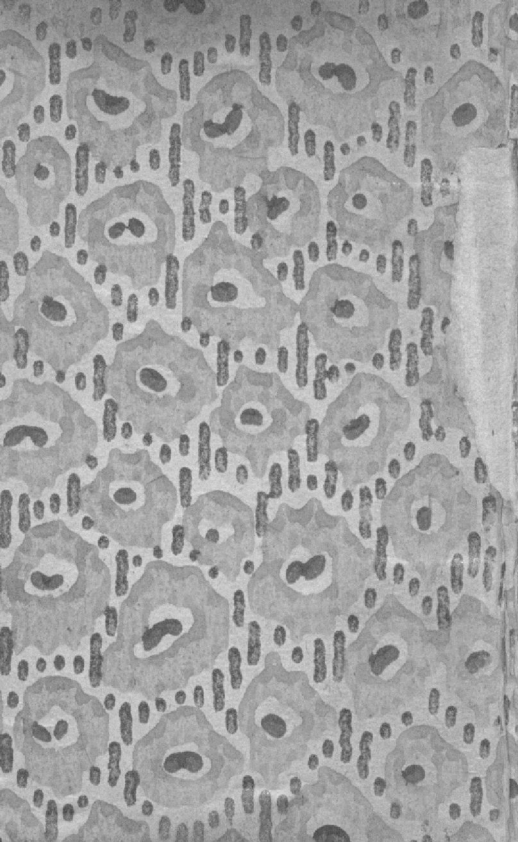
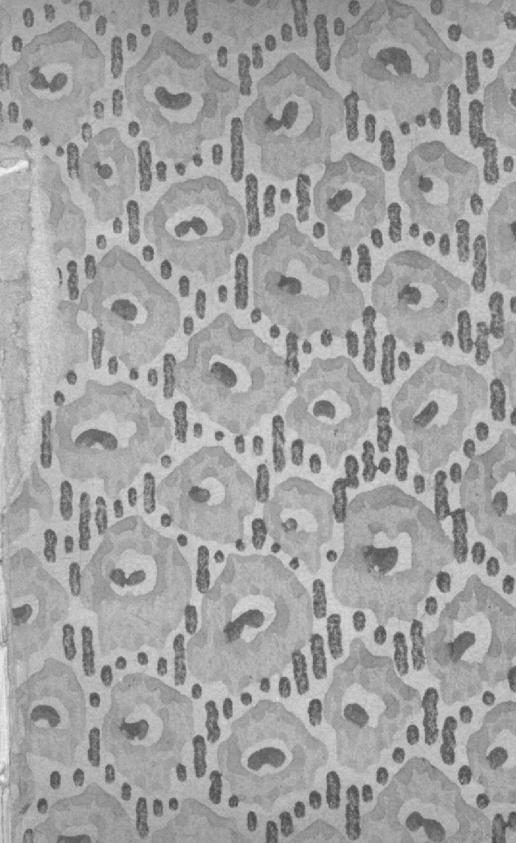




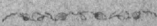






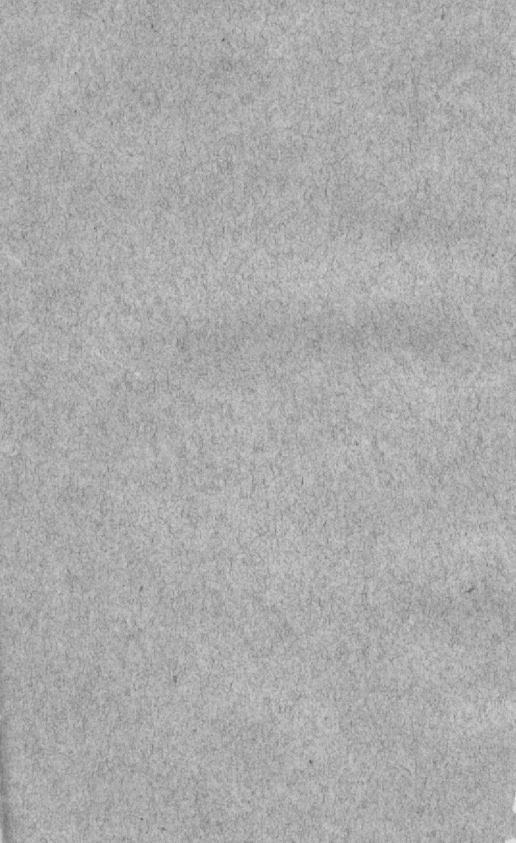
LOS SEIS LIBROS
DE
LA GALATEA

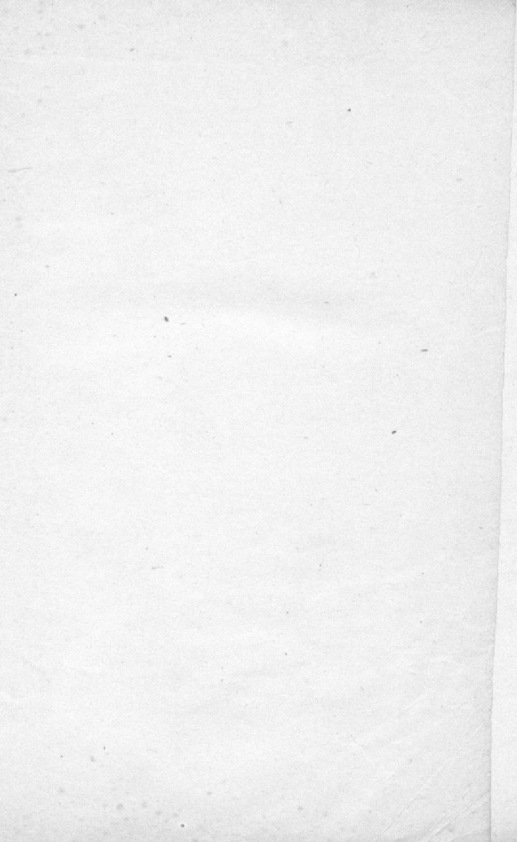
POR
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



MADRID.
NICOLÁS MOYA, LIBRERO, EDITOR.
Calle de Carretas, núm. 8.

—
1883.







LA GALATEA.

OBRAS DE CERVANTES

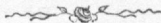


<i>El Ingenioso Hidalgo Don Quijote</i>	
<i>de la Mancha.</i>	2 vol. 8 ptas.
<i>Trabajos de Persiles y Sigismunda. 1 » 4 »</i>	
<i>Novelas ejemplares.</i>	1 » 4 »
<i>Los seis libros de la Galatea.</i>	1 vol. 4 ptas.

Se ha hecho una tirada especial de *ciento veinte ejemplares numerados*; los números 1 á 20 en papel de china, y los 21 á 120 en papel de hilo.

LOS SEIS LIBROS
DE
LA GALATEA

POR
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.



MADRID.
NICOLÁS MOYA, LIBRERO, EDITOR.
Calle de Carretas, núm. 8.

—
1883.



C.R - 356

IMPRENTA DE NICOLÁS MOYA
Garcilaso, 6

Tf: 119076

DEDICATORIA

AL ILMO. SEÑOR ASCANIO COLONNA

ABAD DE SANTA SOFÍA.



Ha podido tanto conmigo el valor de V. S. I. que me ha quitado el miedo, que con razon debiera tener, en osar ofrecerle estas primicias de mi corto ingenio. Mas considerando que el extremado de V. S. I. no sólo vino á España para ilustrar las mejores universidades della, sino tambien pará ser norte por donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente los que en la de poesía se ejercitan), no he querido perder la ocasion de seguir esta guía, pues sé que en ella y por ella todos hallan seguro puerto y favorable acogimiento. Hágame V. S. I. bueno á mi deseo, el cual envío delante para dar algun ser á este mi pequeño servicio; y si por esto no lo mereciere, merézcalo á lo ménos por haber seguido algunos años las vencedoras banderas de aquel sol de la milicia

que ayer nos quitó el cielo delante de los ojos, pero no de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas digna de ella, que fué el excellentísimo padre de V. S. I., juntando á esto el efeto de reverencia que hacían en mi ánimo las cosas, que como en profecía oí muchas veces decir de V. S. I. al cardenal de Aquaviva siendo yo su camarero en Roma; las cuales ahora no sólo las veo cumplidas, sino todo el mundo que goza de la virtud, cristiandad, magnificencia y bondad de V. S. I., con que da cada día señales de la clara y generosa extirpe do descende: la cual en antigüedad compite con el principio y príncipes de la grandeza de Roma, y en las virtudes y heróicas obras con la misma virtud y más encumbradas hazañas, como nos lo certifican mil verdaderas historias llenas de los famosos hechos del tronco y ramos de la Real casa Colonna, debajo de cuya fuerza y sitio yo me pongo ahora, para hacer escudo á los murmuradores que ninguna cosa perdonan. Aunque, si V. S. I. perdona este mi atrevimiento, ni tendré que temer, ni más que desear, sino que nuestro Señor guarde la ilustrísima persona de V. S. I. con el acrecentamiento de dignidad y estado que todos sus servidores deseamos.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR

B. L. M. de V. S. su mayor servidor,
Miguel de Cervántes Saavedra.

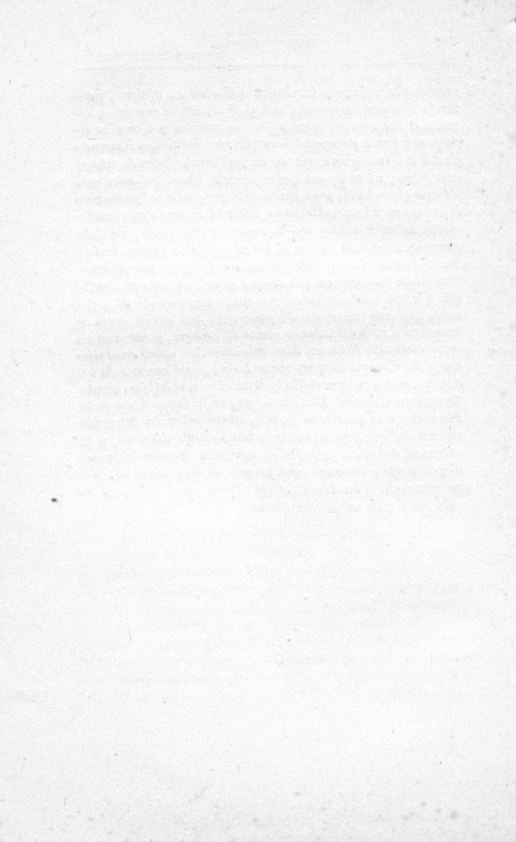


PRÓLOGO.

La ocupacion de escribir églogas en tiempo que en general la poesía anda tan desfavorecida, bien recelo que no será tenida por ejercicio tan loable, que no sea necesario dar alguna particular satisfaccion á los que siguiendo el diverso gusto de su inclinacion natural, todo lo que es diferente dél estiman por trabajo y tiempo perdido. Mas, pues, á ninguno toca satisfacer á ingenios que se encierran en términos tan limitados, sólo quiero responder á los que libres de pasion, con mayor fundamento se mueven á no admitir las diferencias de la poesía vulgar, creyendo que los que en esta edad tratan de ella se mueven á publicar sus escritos con ligera consideracion, llevados de la fuerza que la pasion de las composiciones propias suele tener en los autores de ellas. Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinacion que á la poesía siempre he tenido, y la edad, que habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia á semejantes ocupaciones; demas de que no puede

negarse que los estudios de esta facultad (en el pasado tiempo con razon tan estimada) traen consigo más que medianos provechos : como son enriquecer el poeta , considerando su propia lengua , y enseñorearse del artificio de la elocuencia que en ella cabe para empresas más altas y de mayor importancia , y abrir camino para que á su imitacion los ánimos estrechos que en la brevedad del lenguaje antiguo quieren que se acabe la abundancia de la lengua castellana , entiendan que tiene campo abierto, fácil y espacioso , por el cual con facilidad y dulzura, con gravedad y elocuencia pueden correr con libertad, descubriendo la diversidad de conceptos agudos , sutiles, graves y levantados , que en la fertilidad de los ingenios españoles la favorable influencia del cielo con tal ventaja en diversas partes ha producido, y cada hora produce en la edad dichosa nuestra ; de lo cual puedo ser yo cierto testigo , que conozco algunos que con justo derecho y sin el empacho que yo llevo , pudieran pasar con seguridad carrera tan peligrosa. Mas son tan ordinarias y tan diferentes las humanas dificultades , y tan varios los fines y las acciones, que unos con deseo de gloria se aventuran, otros con temor de infamia no se atreven á publicar lo que una vez descubierto ha de sufrir el juicio del vulgo peligroso y casi siempre engañado. Yo , no porque tenga razon para ser confiado , he dado muestra de atrevido en la publicacion deste libro , sino porque no sabría determinar de estos dos inconvenientes cuál sea el mayor : ó el de quien con ligereza, deseando comunicar el talento que del cielo ha recibido , temprano se aventura á ofrecer los frutos de su ingenio á su patria y amigos , ó el que de puro escrupuloso , perezoso y tardío , jamás acabando de contentarse de lo que hace y entiende, teniendo sólo por acertado lo que no alcanza , nunca se determina á descubrir y comunicar sus escritos. De manera , que así como la osadía y confianza del uno podría condenarse por la licencia demasiada que con seguridad se concede , así-

mesmo el recelo y la tardanza del otro es vicioso, pues tarde ó nunca aprovecha con el fruto de su ingenio y estudio á los que esperan y desean ayudas y ejemplos semejantes para pasar adelante en sus ejercicios. Huyendo destos dos inconvenientes no he publicado ántes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado, pues para más que para mi gusto solo le compuso mi entendimiento. Bien sé lo que suele condenarse exceder nadie en la materia del estilo que debe guardarse en ella, pues el príncipe de la poesía latina fué calumniado en algunas de sus églogas por haberse levantado más que en las otras; y así no temeré mucho que alguno condene haber mezclado razones de filosofía entre algunas amorosas de pastores, que pocas veces se levantan á más que tratar cosas de campo, y esto con su acostumbrada llaneza. Mas advirtiendo (como en el discurso de la obra alguna vez se hace), que muchos de los disfrazados pastores della lo eran sólo en el hábito, queda llana esta objecion. Las demas que en la invencion y en la disposicion se pudieren poner, discúlpelas la intencion segura del que leyere, como lo hará siendo discreto, y la voluntad del autor, que fué de agradar, haciendo en esto lo que pudo y alcanzó, que ya que en esta parte la obra no responda á su deseo, otras ofrece para adelante de más gusto y de mayor artificio.



AL AUTOR, POR VARIOS INGENIOS.

DE LUIS GALVEZ DE MONTALVO.

Miéntras del yugo sarracino anduvo
Tu cuello preso y tu cerviz domada,
Y allí tu alma al de la fe amarrada
A más rigor, mayor firmeza tuvo,
Gozóse el cielo; más la tierra estuvo
Casi viuda sin ti; y desamparada
De nuestras musas la real morada,
Tristeza, llanto, soledad mantuvo.
Pero despues que diste al patrio suelo
Tu alma sana y tu garganta suelta,
Dentre las fuerzas bárbaras confusas,
Descubre claro tu valor el cielo;
Gózase el mundo en tu felice vuelta,
Y cobra España las perdidas musas.

DE DON LUIS VARGAS MANRIQUE.

Hicieron muestra en vos de su grandeza,
Gran CERVANTES, los dioses soberanos,
Y cual primera, dones inmortales
Sin tasa os repartió naturaleza.
Jove su rayo os dió, que es la viveza,
De palabras que mueven pedernales,
Diana en escuder á los mortales
En castidad de estilo con presteza.
Mercurio las historias marañadas,
Marte el fuerte vigor que el brazo os mueve,
Cupido y Vénus todos sus amores,
Apolo las canciones concertadas,
Su ciencia las Hermanas todas nueve,
Y al fin el dios silvestre sus pastores.

DE LOPEZ MALDONADO.

Salen del mar y vuelven á sus senos
Despues de una veloz larga carrera,
Como á su madre universal primera;
Los hijos della largo tiempo ajenos.

Con su partida no la hacen ménos,
Ni con su vuelta más soberbia y fiera,
Porque tiene quedándose ella entera,
De su humor siempre sus estanques llenos.

La mar sois vos, oh Galatea extremada,
Los rios, los loores premio y fruto
Con que alcanzais la más ilustre vida.

Por más que deis jamás sereis menguada,
Y ménos cuando os den todos tributo:
Con él vendreis á veros más crecida.

LA GALATEA

LIBRO PRIMERO

MiéntRAS que al triste lamentable acento
Del mal acorde son del canto mío,
En eco amargo del cansado aliento
Responde el monte, el prado, el llano, el río,
Demos al sordo y presuroso viento
Las quejas, que del pecho ardiente y frío
Salen á mi pesar, pidiendo en vano
Ayuda al río, al monte, al prado, al llano.
Crece el humor de mis cansados ojos
Las aguas de este río, y de este prado
Las variadas flores son abrojos
Y espinas que en el alma se han entrado :
No escucha el alto monte mis enojos,
Y el llano de escucharlos se ha cansado ;
Y así un pequeño alivio al dolor mío
No hallo en monte, en llano, en prado, en río.
Creí que el fuego, que en el alma enciende
El niño alado, el lazo con que aprieta,
La red sutil con que los dioses prende,
Y la furia y rigor de su saeta,
Que así ofendiera como á mí me ofende,
Al sujeto sin par que me sujeta ;
Mas contra una alma que es de mármol hecha,
La red no puede, el fuego, el lazo y flecha.
Yo sí que al fuego me consumo y quemo,
Y al lazo pongo humilde la garganta,

Y á la red invisible poco temo ,
Y el rigor de la flecha no me espanta :
Por esto soy llegado á tal extremo ,
A tanto daño , á desventura tanta ,
Que tengo por mi gloria y mi sosiego
La saeta , la red , el lazo , el fuego.

Esto cantaba Elicio , pastor en las riberas de Tajo , con quien naturaleza se mostró tan liberal , cuanto la fortuna y el amor escasos ; aunque los discursos del tiempo consumidor y renovador de las humanas obras le trujeron á términos que tuvo por dichosos los infinitos y desdichados en que se había visto , y en los que su deseo le había puesto , por la incomparable belleza de la sin par Galatea , pastora en las mismas riberas nacida ; y aunque en el pastoral y rústico ejercicio criada , fué de tan alto y subido entendimiento , que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al discreto trato de la Corte acostumbradas , se tuvieran por dichosas de parecerla en algo , así en la discrecion como en la hermosura , por los infinitos y ricos dones con que el cielo á Galatea había adornado. Fué querida y con entrañable ahinco amada de muchos pastores y ganaderos , que por las riberas del Tajo su ganado apacentaban : entre los cuales se atrevió á quererla el gallardo Elicio , con tan puro y sincero amor , cuanto la virtud y honestidad de Galatea permitía. De Galatea no se entiende que aborreciese á Elicio , ni ménos que le amase ; porque á veces casi como convencida y obligada á los muchos servicios de Elicio , con algun honesto favor le subía al cielo ; y otras veces , sin tener cuenta con esto , de tal manera le desdefiaba , que el enamorado pastor la suerte de su estado apenas conocía. No eran las buenas partes y virtudes de Elicio para aborrecerse , ni la hermosura , gracia y bondad de Galatea para no amarse. Por lo uno , Galatea no desechaba de todo punto á Elicio. Por lo otro , Elicio no podía , ni debía , ni quería olvidar á Galatea. Parecíale á Galatea , que pues Elicio con tanto

miramiento de su honra la amaba, que sería demasiada ingratitud no pagarle con algun honesto favor sus honestos pensamientos. Imaginábase Elicio que pues Galatea no desdénaba sus servicios, que tendrían buen suceso sus deseos; y cuando estas imaginaciones le avivaban la esperanza, hallábase tan contento y atrevido, que mil veces quiso descubrir á Galatea, lo que con tanta dificultad encubría. Pero la discrecion de Galatea conocía bien en los movimientos del rostro lo que Elicio en el alma traía; y tal el suyo mostraba, que al enamorado pastor se le helaban las palabras en la boca, y quedábase solamente con el gusto de aquel primer movimiento, por parecerle que á la honestidad de Galatea se le hacía agravio en tratarle de cosas que en alguna manera pudiesen tener sombra de no ser tan honestas, que la misma honestidad en ellas se transformase. Con estos altibajos de su vida, la pasaba el pastor tan mala, que á veces tuviera por bien el mal de perderla, á trueco de no sentir el que le causaba no acabarla. Y así un dia, puesta la consideracion en la variedad de sus pensamientos, hallándose en medio de un deleitoso prado, convidado de la soledad y del murmurio de un deleitoso arroyuelo que por el llano corría, sacando de su zurrón un polido rabel, al son del cual sus querellas al cielo cantando comunicaba, con voz en extremo buena cantó los versos siguientes:

Amoroso pensamiento,
Si te precias de ser mio,
Camina con tanto viento,
Que ni te humille el desvío,
Ni ensoberbezca el contento:
Ten un medio (si se acierta
A tenerle en tal porfía),
No huyas el alegría,
Ni ménos cierres la puerta
Al llanto que amor envía.

Si quieres que de mi vida
No se acabe la carrera,

CERVANTES.— *La Galatea.*

No la lleves tan corrida ,
Ni subas do no se espera
Sino muerte en la caida :
Esa vana presuncion
En dos cosas parará ,
La una en tu perdicion
La otra en que pagará
Tus deudas el corazon.

Dél naciste, y en naciendo
Pecaste, y págalo él ,
Huyes dél , y si pretendo
Recogerte un poco en él ,
Ni te alcanzo , ni te entiendo :
Ese vuelo peligroso
Con que te subes al cielo
(Si no fueres venturoso)
Ha de poner por el suelo
Mi descanso y tu reposo.

Dirás que quien bien se emplea
Y se ofrece á la ventura ,
Que no es posible que sea
De tal juzgado á locura
El brío de que se arrea ;
Y que en tan alta ocasion ,
Es gloria que par no tiene
Tener tanta presuncion ,
Cuanto más si le conviene
Al alma y al corazon.

Yo lo tengo así entendido ;
Mas quiero desengañarte ,
Que es señal ser atrevido ,
Tener de amor ménos parte
Que el humilde y encogido :
Subes tras una beldad

Que no puede ser mayor :
No entiendo tu calidad ,
Que puedas tener amor
Con tanta desigualdad.

Que si el pensamiento mira
Un sujeto levantado ,

Contéplalo, y se retira
Por no ser caso acertado
Poner tan alta la mira :
Cuanto más que el amor nace
Junto con la confianza,
Y en ella se ceba y pace,
Y en faltando la esperanza
Como niebla se deshace.

Pues tú que ves tan distante
El medio del fin que quieres,
Sin esperanza y constante,
Si en el camino murieres,
Morirás como ignorante :
Pero no te se dé nada,
Que en esta empresa amorosa
Do la causa es sublimada,
El morir es vida honrosa,
La pena gloria extremada.

No dejara tan presto el agradable canto el enamorado Elicio, si no sonaran á su derecha mano las voces de Erastro, que con el rebaño de sus cabras hacía el lugar donde estaba se venía. Era Erastro un rústico ganadero ; pero no le valió tanto su rústica y selvática suerte, que defendiese que de su robusto pecho el blando amor no tomase entera posesion, haciéndole querer más que á su vida á la hermosa Galatea, á la cual sus querellas, cuando ocasion se le ofrecía, declaraba. Y aunque rústico, era, como verdadero enamorado, en las cosas del amor tan discreto, que cuando en ellas hablaba parecía que el mismo amor se las mostraba y por su lengua las profesaría ; pero con todo eso, puesto que de Galatea eran escuchadas, eran en aquella cuenta tenidas en que las cosas de burla se tienen. No le daba á Elicio pena la competencia de Erastro, porque entendía del ingenio de Galatea que á cosas más altas la inclinaba, ántes tenia lástima y envidia á Erastro ; lástima en ver que al fin amaba, y en parte donde era imposible coger el fruto de sus deseos : envidia por parecerle que quizá no era tal su entendi-

miento, que diese lugar el alma á que sintiese los desdenes ó favores de Galatea de suerte, ó que los unos le acabasen, ó los otros lo enloqueciesen. Venía Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando á cada uno el título que su condición y ánimo merecía: á quién llamaba Leon, á quién Gavilan, á quién Robusto, á quién Manchado; y ellos, como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él daban á entender el gusto que de su gusto sentían. De esta manera llegó Erastro, adonde de Elicio fué agradablemente recibido y aún rogado, que si en otra parte no había determinado de pasar el sol de las calurosas siestas, pues aquella en que estaban era tan aparejada para ello, no le fuese enojoso pasarlo en su compañía. « Con nadie, respondió Erastro, la podría yo tener mejor que contigo, Elicio: si ya no fuese con aquella que está tan enrobrecida á mis demandas, cuan hecha encina á tus continuos quejidos. » Luego los dos se sentaron sobre la menuda hierba, dejando andar á sus archurras el ganado, despuntando con los rumiadores dientes las tiernas hierbezuelas del herboso llano. Y como Erastro por muchas y descubiertas señales conocía claramente que Elicio á Galatea amaba, y que el merecimiento de Elicio era de mayores quilates que el suyo, en señal de que reconocía esta verdad, en medio de sus pláticas entre otras razones le dijo las siguientes: « No sé, gallardo y enamorado Elicio, si habrá sido causa de darte pesadumbre el amor que á Galatea tengo, y si lo ha sido, debes perdonarme, porque jamás imaginé de enojarte; ni de Galatea quise otra cosa que servirla. Mala rabia ó cruda roña consume ó acabe mis retozadores chivatos y mis ternezuelos corderillos; cuando dejaren las tetas de las queridas madres, no hallen en el verde prado para sustentarse,

sino amargas tueras y ponzoñosas adelfas, si no he procurado mil veces quitarla de la memoria, y si otras tantas no he andado á los médicos y curas del lugar á que me diesen remedio para las ánsias que por su causa padezco. Los unos me mandan que tome no sé qué bebedizos de paciencia : los otros dicen que me encomiende á Dios, que todo lo cura, ó que todo es locura. Permíteme, buen Elicio, que yo la quiera, pues puedes estar seguro que si tú con tus habilidades y extremadas gracias y razones no la ablandas, mal podré yo con mis simplezas enternecerla. Esta licencia te pido, por lo que estoy obligado á tu merecimiento : que puesto que no me la diceses, tan imposible sería dejar de amarla, como hacer que estas aguas no mojâsen, ni el sol con sus peinados cabellos no nos alumbrase.» No pudo dejar de reírse Elicio de las razones de Erastro, y del comedimiento con que la licencia de amar á Galatea le pedía ; y así le respondió : « No me pesa á mí, Erastro, que tú ames á Galatea : pésame bien de entender de su condicion, que podrán poco para con ella tus verdaderas razones y no fingidas palabras ; déte Dios tan buen suceso en tus deseos, cuanto merece la sinceridad de tus pensamientos ; y de aquí adelante no dejes por mi respeto de querer á Galatea, que no soy de tan ruin condicion, que ya que á mí me falte ventura, huelgue de que otros no la tengan : ántes te ruego por lo que debes á la voluntad que te muestro, que no me niegues tu conversacion y amistad ; pues de la mía puedes estar tan seguro, como te he certificado : anden nuestros ganados juntos, pues andan nuestros pensamientos apareados : tú al son de tu zampoña publicarás el contento ó pena, que el alegre ó triste rostro de Galatea te causare ; yo al de mi rabel en el silencio de las sosegadas noches, ó en el calor de las ardientes siestas á la fresca sombra de los verdes árboles de que esta nuestra ribera está tan adornada, te ayudaré á llevar la pesada carga de tus trabajos, dando noticia al cielo de los míos. Y para señal de

nuestro buen propósito y verdadera amistad, en tanto que se hacen mayores las sombras destos árboles, y el sol hácia el occidente se declina, acordemos nuestros instrumentos, y demos principio al ejercicio que de aquí adelante hemos de tener.» No se hizo de rogar Erastro; ántes con muestras de extraño contento, por verse en tanta amistad con Elicio, sacó su zampoña y Elicio su rabel, y comenzando el uno, y replicando el otro, cantaron lo que se sigue:

ELICIO.

Blanda, suave, reposadamente,
Ingrato amor, me sujetaste el día
Que los cabellos de oro y bella frente
Miré del sol, que al sol oscurecía:
Tu sosiego cruel, cual de serpiente
En las rubias madejas se escondía,
Yo por mirar el sol en los manojos,
Todo vine á beberle por los ojos.

ERASTRO.

Atónito quedé y embelesado,
Como estaba sin voz de piedra dura,
Cuando de Galatea el extremado
Donaire ví, la gracia y hermosura:
Amor me estaba en el siniestro lado,
Con las saetas de oro ¡ ay muerte dura!
Haciéndome una puerta por do entrase
Galatea, y el alma me robase.

ELICIO.

¿ Con qué milagro, amor, abres el pecho
Del miserable amante que te sigue,
Y de la llaga interna que le has hecho
Crecida gloria muestra que consigue?
¿ Cómo el daño que haces es provecho?
¿ Cómo en tu muerte alegre vida vive
El alma que prueba estos efectos todos?
La causa sabe, pero no los modos.

ERASTRO.

No se ven tantos rostros figurados
En roto espejo, ó hecho por tal arte,
Que si uno en él se mira, retratados
Se ve una multitud en cada parte;
Cuantos nacen cuidados y cuidados
De un cuidado cruel que no se parte
Del alma mia á su rigor vencida,
Hasta apartarse junto con la vida.

ELICIO.

La blanca nieve y colorada rosa,
Que el verano no gasta, ni el invierno,
El sol de dos luceros, do reposa
El blando amor, y á do estará in eterno
La voz cual la de Orfeo poderosa
De suspender las furias del infierno,
Y otras cosas que ví quedando ciego,
Yesca me han hecho al invisible fuego.

ERASTRO.

Dos hermosas manzanas coloradas,
Que tales me semejan dos mejillas,
Y el arco de dos cejas levantadas,
Que el de Iris no llegó á sus maravillas,
Dos rayos, dos hileras extremadas
De perlas entre grana, si hay decillas,
Mil gracias que no tienen par ni cuento
Niebla me han hecho al amoroso viento.

ELICIO.

Yo ardo y no me abraso, vivo y muero,
Estoy léjos y cerca de mí mismo,
Espero en solo un punto y desespero,
Súbome al cielo, bájome al abismo,
Quiero lo que aborrezco; blando y fiero
Me pone el amaro parasismo:

Y con estos contrarios paso á paso
Cerca estoy ya del último traspaso.

ERASTRO.

Yo te prometo , Elicio , que le diera
Todo cuanto en la vida me ha quedado
A Galatea , porque me volviera
El alma y corazon que me ha robado;
Y despues del ganado , le añadiera
Mi perro Gavilan con el Manchado ;
Pero como ella debe de ser diosa ,
El alma querrá más que no otra cosa.

ELICIO.

Erastro , el corazon que en alta parte,
Es puesto por el hado , suerte ó sino ,
Quererle derribar por fuerza ó arte ,
O diligencia humana , es desatino :
Debes de su ventura contentarte ,
Que aunque mueras sin ella , yo imagino ,
Que no hay vida en el mundo más dichosa
Como el morir por causa tan honrosa.

Ya se aparejaba Erastro para seguir adelante en su canto , cuando sintieron , por un espeso montecillo que á sus espaldas estaba , un no pequeño estruendo y ruido ; y levantándose los dos en pié por ver lo que era , vieron que del monte salía un pastor corriendo á la mayor priesa del mundo , con un cuchillo desnudo en la mano , y la color del rostro mudada : y que tras él venia otro ligero pastor , que á pocos pasos alcanzó al primero , y asiéndole por el cabezon del pellico , levantó el brazo en el aire cuanto pudo , y un agudo puñal que sin vaina traía se le escondió dos veces en el cuerpo , diciendo : « Recibe ¡ oh mal lograda Leónida ! la vida de este traidor , que en venganza de tu muerte sacrífico. » Y esto fué con tanta presteza , que no tuvieron lugar Elicio y Erastro de estor-

bárselo , porque llegaron á tiempo que ya el herido pastor daba el último aliento, envuelto en estas pocas y mal formadas palabras : « Dejárasme , Lisandro , satisfacer al cielo con más largo arrepentimiento el agravio que te hice , y despues quitárasme la vida , que ahora por la causa que he dicho , mal contenta de estas carnes se aparta ; » y sin poder decir más , cerró los ojos en sempiterna noche. Por las cuales palabras imaginaron Elicio y Erastro , que no con pequeña causa había el otro pastor ejecutado en él tan cruda y violenta muerte. Y por mejor informarse de todo el suceso , quisieran preguntárselo al pastor homicida ; pero él con tirado paso , dejando al pastor muerto , y á los dos admirados , se tornó á entrar por el montecillo adelante. Y queriendo Elicio seguirle , y saber dél lo que deseaba , le vieron tornar á salir del bosque , y estando por buen espacio desviado de ellos , en alta voz , les dijo : « Perdonadme , comedidos pastores , si yo no lo he sido en haber hecho en vuestra presencia lo que habeis visto , porque la justa y mortal ira que contra ese traidor tenía concebida no me dió lugar á más moderados discursos : lo que os aviso es , que si no quereis enojar á la deidad que en el alto cielo mora , no hagais las obsequias y plegarias acostumbradas por el alma traidora de aqueese cuerpo que delante teneis , ni á él deis sepultura , si ya aquí en vuestra tierra no se acostumbra darla á los traidores : » y diciendo esto á todo correr se volvió á entrar por el monte , con tanta priesa que quitó la esperanza á Elicio de alcanzarle , aunque le siguiese ; y así se volvieron los dos con tiernas entrañas á hacer el piadoso oficio , y dar sepultura como mejor pudiesen al miserable cuerpo que tan repentinamente había acabado el curso de sus cortos dias. Erastro fué á su cabafia , que no léjos estaba , y trayendo suficiente aderezo hizo una sepultura en el mismo lugar do el cuerpo estaba , y dándole el último vale , le pusieron en ella. Y no sin compasion de su desdichado caso , se volvieron á sus

ganados, y recogiénolos con alguna priesa, porque ya el sol se entraba á más andar por las puertas del occidente, se recogieron á sus acostumbrados albergues, donde no su sosiego dellos, ni el poco que sus cuidados le concedían, podían apartar á Elicio de pensar qué causas habian movido á los dos pastores para venir á tan desesperado trance; y ya le pesaba de no haber seguido al pastor homicida, y saber dél si fuera posible lo que deseaba. Con este pensamiento, y con los muchos que sus amores le causaban, despues de haber dejado en segura parte su rebaño, se salió de su cabaña, como otras veces solía, y con la luz de la hermosa Diana, que resplandeciente en el cielo se mostraba, se entró por la espesura de un espeso bosque adelante, buscando algun solitario lugar, adonde el silencio de la noche con más quietud pudiese soltar la rienda á sus amorosas imaginaciones, por ser cosa ya averiguada que á los tristes imaginativos corazones ninguna cosa les es de mayor gusto que la soledad despertadora de memorias tristes ó alegres. Y así yéndose poco á poco, gustando de un templado céfiro que en el rostro le hería, lleno de suavísimo olor que de las olorosas flores de que el verde suelo estaba colmado, al pasar por ellas blandamente robaba envuelto en el aire delicado, oyó una voz como de persona que dolorosamente se quejaba, y recogiendo por un poco en sí mismo el aliento, porque el ruido no le estorbaba de oír lo que era, sintió que de unas apretadas zarzas, que poco desviadas dél estaban, la entristecida voz salía; y aunque interrota de infinitos suspiros, entendió que estas tristes razones pronunciaba: «Cobarde y temeroso brazo, enemigo mortal de lo que á tí mismo debes, mira que ya no queda de quien tomar venganza sino de tí mismo: ¿De qué te sirve alargar la vida que tan aborrecida tengo? Si piensas que es nuestro mal de los que el tiempo suele curar, vives engañado; porque no hay cosa más fuera de remedio, que nuestra desventura; pues quien la pudiera

hacer buena la tuvo tan corta, que en los verdes años de su alegre juventud ofreció la vida al carnicero cuchillo que se la quitase por la traicion del malvado Carino, que hoy con perder la suya habrá aplacado en parte á aquella venturosa alma de Leónida, si en la celeste parte donde mora puede haber deseo de venganza alguna. ¡Ah Carino, Carino! ruego yo á los altos cielos, si dellos las justas plegarias son oídas, que no admitan la disculpa, si alguna dieres, de la traicion que me hiciste, y que permitan que tu cuerpo carezca de sepultura, así como tu alma careció de misericordia. Y tú, hermosa y mal lograda Leónida, recibe en muestra del amor que en vida te tuve, las lágrimas que en tu muerte derramo; y no atribuyas á poco sentimiento el no acabar la vida con el que de tu muerte recibo; pues sería poca recompensa á lo que debo y deseo sentir, el dolor que tan presto se acabase: tú verás, si de las cosas de acá tienes cuenta, cómo este miserable cuerpo quedará un día consumido del dolor, poco á poco, para mayor pena y sentimiento: bien así como la mojada y encendida pólvora, que sin hacer estrépito, ni levantar llama en alto, entre sí mismo se consume, sin dejar de sí sino el rastro de las consumidas cenizas. Duéleme cuanto puede dolerme; oh alma del alma mía! que ya que no pude gozarte en la vida, en la muerte no puedo hacerte las obsequias y honras que á tu bondad y virtud convenían; pero yo te prometo y juro, que el poco tiempo, que será bien poco, que esta apasionada ánima mía rigiere la pesada carga deste miserable cuerpo, y la voz cansada tuviere aliento que la forme, de no tratar otra cosa en mis tristes y amargas canciones, que de tus alabanzas y merecimientos.» A este punto cesó la voz, por la cual Elicio conoció claramente que aquel era el pastor homicida, de que recibió mucho gusto, por parecerle que estaba en parte donde podría saber dél lo que deseaba: y queriendo llegar más cerca, hubo de tornarse á parar, porque le pareció que el pastor templaba un rabel, y qui-

so escuchar primero si al son dél alguna cosa diría ; y no tardó mucho , que con suave y acordada voz oyó que desta manera cantaba :

LISANDRO.

¡ Oh alma venturosa ,
Que del humano velo
Libre al alta region viva volaste ,
Dejando en tenebrosa
Cárcel de desconsuelo
Mi vida , aunque contigo la llevaste !
Sin tí , oscura dejaste
La luz clara del día ,
Por tierra derribada
La esperanza fundada
En el más firme asiento de alegría :
En fin , con tu partida
Quedó vivo el dolor , muerta la vida.
Envuelto en tus despojos
La muerte se ha llevado
El más subido extremo de belleza ,
La luz de aquellos ojos
Que en haberte mirado
Tenían encerrada su riqueza :
Con presta ligereza
Del alto pensamiento,
Y enamorado pecho
La gloria se ha deshecho,
Como la cera al sol ó niebla al viento ;
Y toda mi ventura
Cierra la piedra de tu sepultura.
¿ Cómo pudo la mano
Inexorable y cruda ,
Y el intento cruel , facineroso
Del vengativo hermano ,
Dejar libre y desnuda
Tu alma del mortal velo hermoso ?
¿ Por qué turbó el reposo
De nuestros corazones ?
Que si no se se acabaran ,

En uno se juntaran
Con honestas y santas condiciones.
¡ Ay, fiera mano esquiva,
Cómo ordenaste que muriendo viva !

En llanto sempiterno
Mi ánima mezquina
Los años pasará meses y días :
La tuya en gozo eterno ,
Y edad firme y continua
No temerá del tiempo las porfías :
Con dulces alegrías
Verás firme la gloria
Que tu loable vida
Te tuvo merecida ;
Y si puede caber en tu memoria
Del suelo no perderla ,
De quien tanto te amó debes tenerla.

Mas ¡ oh cuán simple he sido ,
Alma bendita y bella !
De pedir que te acuerdes ni aún burlando
De mí que te he querido ,
Pues sé que mi querella
Se irá con tal favor eternizando :
Mejor es , que pensando
Que soy de tí olvidado ,
Me apriete con mi llaga ,
Haga que se deshaga
Con el dolor la vida que ha quedado ,
Con tan extraña suerte ,
Que no tiene por mal el de la muerte.

Goza en el santo coro
Con otras almas santas ,
Alma , de aquel seguro bien eterno ,
Alto , rico tesoro ,
Mercedes , gracias tantas ,
Que goza el que no huye el buen sendero :
Allí gozar espero ,
Si por tus pasos guío ,
Contigo en paz entera
De eterna primavera
Sin temor, sobresalto, ni desvío ;
A esto me encamina ,
Pues será hazaña de tus obras dina.

Y pues vosotras , celestiales almas ,
Veis el bien que deseo ,
Creced las alas á tan buen deseo.

Aquí cesó la voz , pero no los suspiros del desdichado que cantado había , y lo uno y lo otro fué parte de acrecentar en Elicio la gana de saber quién era . Y rompiendo por las espinosas zarzas , por llegar más presto á do la voz salía , salió á un pequeño prado , que todo en redondo á manera de teatro de espesísimas é intrincadas matas estaba ceñido , en el cual vió un pastor que con extremado brio estaba con el pié derecho delante y el izquierdo atras , y el diestro brazo levantado , á guisa de quien esperaba hacer algun recio tiro . Y así era la verdad , porque con el ruido que Elicio al romper por las matas había becho , pensando ser alguna fiera (de la cual convenía defenderse el pastor del bosque) , se había puesto á punto de arrojarle una pesada piedra que en la mano tenía . Elicio , conociendo por su apostura su intento , ántes que le efectuase , le dijo : « Sosiega el pecho , lastimado pastor , que el que aquí viene trae el suyo aparejado á lo que mandarle quisieres , y quien el deseo de saber tu ventura le ha hecho romper tus lágrimas y turbar el alivio que de estar solo se te podría seguir . » Con estas blandas y comedidas palabras de Elicio se sosegó el pastor , y con no ménos blandura le respondió , diciendo : « Tu buen ofrecimiento agradezco , cualquiera que tú seas , comedido pastor ; pero si ventura quieres saber de mí que nunca la tuve , mal podrás ser satisfecho .

— Verdad dices , respondió Elicio , pues por las palabras y quejas que esta noche te he oído , muestras bien claro la poca ó ninguna que tienes ; pero no ménos satisfarás mi deseo con decirme tus trabajos , que con declararme tus contentos ; y así la fortuna te los dé en lo que desees , que no meniegues lo que te suplico , si ya el no conocerme no me lo impide ; aunque para asegurarte y moverte , te hago saber que no tengo el alma tan contenta , que no

sienta en el punto que es razon las miserias que me contare : esto te digo , porque sé que no hay cosa más excusada y áun perdida, que contar el miserable sus desdichas á quien tiene el pecho colmado de contentos.

— Tus buenas razones me obligan , respondió el pastor , á que te satisfagas en lo que me pides , así porque no imagines que de poco y acobardado ánimo nacen las quejas y lamentaciones que dices que de mí has oido, como porque conozcas que áun es muy poco el sentimiento que muestro á la causa que tengo de mostrarlo. » Elicio se lo agradeció mucho , y despues de haber pasado entre los dos más palabras de comedimiento , dando señales Elicio de ser verdadero amigo del pastor del bosque , y conociendo él que no eran fingidos ofrecimientos , vino á conceder lo que Elicio rogaba. Y sentándose los dos sobre la verde hierba , cubiertos con el resplandor de la hermosa Diana , que en claridad aquella noche con su hermano competir podía , el pastor del bosque , con muestras de un tierno dolor comenzó á decir desta manera :

« En las riberas de Bétis , caudalosisimo rio que la gran Vandalia enriquece , nació Lisandro (que éste es el nombre desdichado mio) , y de tan nobles padres , cual pluguiera al soberano Dios que en más baja fortuna fuera engendrado ; porque muchas veces la nobleza del linaje pone alas y esfuerza el ánimo á levantar los ojos adonde la humilde suerte no osára jamas levantarlos , y de tales atrevimientos suelen suceder á menudo semejantes calamidades como las que de mí oirás , si con atencion me escuchas. Nació asimismo en mi aldea una pastora , cuyo nombre era Leónida , suma de toda la hermosura , que en gran parte de la tierra segun yo imagino pudiera hallarse : de no ménos nobles y ricos padres nacida , que su hermosura y virtud merecían. De do nació que por ser los parientes de entrambos de los más principales del lugar , y estar en ellos el mando y gobernacion del pueblo , la envidia , enemiga mortal de la sosegada vida , sobre algu-

nas diferencias del gobierno del pueblo vino á poner entre ellos cizafia y mortalísima discordia ; de manera , que el pueblo fué dividido en dos parcialidades , la una seguía la de mis parientes , la otra la de los de Leónida , con tan arraigado rencor y mal ánimo , que no ha sido parte para ponerlos en paz ninguna humana diligencia. Ordenó pues la suerte , para echar de todo punto el sello á nuestra amistad , que yo me enamorase de la hermosa Leónida , hija de Parmindro , principal cabeza del bando contrario : fué mi amor tan de véras , que aunque procuré con infinitos medios quitarle de mis entrañas , el fin de todos venía á parar á quedar más vencido y sujeto. Poníase me delante un monte de dificultades , que conseguir el fin de mi deseo me estorbaban , como eran el mucho valor de Leónida , la endurecida enemistad de nuestros padres , las pocas coyunturas ó ninguna que se me ofrecían para descubrirle mi pensamiento ; y con todo esto , cuando ponía los ojos de la imaginacion en la singular belleza de Leónida , cualquiera dificultad se allanaba , de suerte que me parecía poco romper por entre agudas puntas de diamantes para llegar al fin de mis amorosos y honestos pensamientos.

« Habiendo pues por muchos días combatido conmigo mismo , por ver si podría apartar el alma de tan ardua empresa , y viendo ser imposible , recogí toda mi industria á considerar con cual podría dar á entender á Leónida el secreto amor de mi pecho : y como los principios en cualquier negocio sean siempre dificultosos , en los que tratan de amor son por la mayor parte dificultosísimos , hasta que el mismo amor , cuando se quiere mostrar favorable , abre las puertas del remedio , donde parece que están más cerradas , y así se pareció en mí , pues guiado por su pensamiento el mio , vine á imaginar que ningun medio se ofrecía mejor á mi deseo , que hacerme amigo de los padres de Silvia , una pastora que era en grande extremo amiga de Leónida , y muchas veces la una á la otra en

compañía de sus padres en sus casas se visitaban. Tenía Silvia un pariente que se llamaba Carino, compañero muy familiar de Crisalvo, hermano de la hermosa Leónida cuya bizarría y aspereza de costumbres le habían dado renombre de cruel, y así de todos los que le conocían el cruel Crisalvo era ordinariamente llamado : y ni más ni menos á Carino el pariente de Silvia, y compañero de Crisalvo, por ser entremetido y agudo de ingenio, el astuto Carino le llamaban, del cual y de Silvia (por parecerme que me convenía) con el medio de muchos presentes y dádivas forjé la amistad, al parecer posible; á lo menos de parte de Silvia fué más firme de lo que yo quisiera, pues los regalos y favores que ella con limpias entrañas me hacía obligada de mis continuos servicios, tomó por instrumentos mi fortuna para ponerme en la desdicha que ahora me veo. Era Silvia hermosa en extremo, y de tantas gracias adornada, que la dureza del crudo corazón de Crisalvo se movió á amarla : y esto yo no lo supe sino con mi daño, y de allí á muchos días, y ya que con larga experiencia estuve seguro de la voluntad de Silvia, un día ofreciéndoseme comodidad, con las más tiernas palabras que pude, le descubrí la llaga de mi lastimado pecho, diciéndole que aunque era tan profunda y peligrosa, no lo sentía yo tanto, sólo por imaginar que en su solicitud estaba el remedio de ella, advirtiéndole asímesmo el honesto fin á que mis pensamientos se encaminaban, que era juntarme por legítimo matrimonio con la bella Leónida : y que pues era causa tan justa y buena, no se había de desdeniar de tomarla á su cargo. En fin, por no serte prolijo, el amor me ministró tales palabras que le dijese, que ella vencida de ellas, y más por la pena que ella como discreta por las señales de mi rostro conoció que en mi alma moraba, se determinó de tomar á su cargo mi remedio y decir á Leónida lo que yo por ella sentía, prometiendo de hacer por mí todo cuanto su fuerza é industria alcanzase, puesto que se le hacía dificultosa ta

CERVANTES.—*La Galatea.*

empresa, por la inimizcia grande que entre nuestros padres conocia, aunque por otra parte imaginaba poder dar principio al fin de sus discordias, si Leónida conmigo se casase. Movida, pues, con esta buena intencion y enternecida con lágrimas que yo derramaba, como ya he dicho, se aventuró á ser intercesora de mi contento, y discurrendo consigo qué entrada tendria para con Leónida, me mandó que le escribiese una carta, la cual ella se ofrecia á darla cuando tiempo le pareciese. Parecióme á mí bien su parecer, y aquel mismo dia le envié una que, por haber sido principio del contento que por su respuesta sentí, siempre la he tenido en la memoria, puesto que fuera mejor no acordarme de cosas alegres en tiempo tan triste como es el en que ahora me hallo. Recibió la carta Silvia, y aguardaba ocasion de ponerla en las manos de Leónida.

— No, dijo Elicio, atajando las razones de Lisandro, no es justo que me dejes de decir la carta que á Leónida enviaste, que por ser la primera, y por hallarte tan enamorado en aquella sazon, sin duda debe de ser discreta. Y pues me has dicho que la tienes en la memoria y el gusto que por ella granjeaste, no me lo niegues ahora en no decírmela.

— Bien dices, amigo, respondió Lisandro, que yo estaba entónces tan enamorado y temeroso, como ahora descontento y desesperado, y por esta razon me parece que no acerté á decir alguna, aunque fué harto acortamiento que Leónida las creyese las que en la carta iban. Ya que tanto desees saberlas, decía de esta manera :

LISANDRO Á LEÓNIDA.

« Miétras que he podido, aunque con grandísimo dolor mio, resistir con las propias fuerzas á la amorosa llama que por tí, ¡ oh hermosa Leónida ! me abrasa, jamás he tenido atrevimiento, temeroso del subido valor

que en tí conozco, de descubrirte el amor que te tengo ; más ya que es consumida aquella virtud que hasta aquí me ha hecho fuerte , háme sido forzoso , descubriendo la llaga de mi pecho , tentar con escribirte tu primero y último remedio. Que sea el primero , tú lo sabes , y de ser el último está en tu mano , de la cual espero la misericordia que tu hermosura promete y mis honestos deseos merecen. Los cuales , y el fin adonde se encaminan , conocerás de Silvia , que ésta te dará ; y pues ella se ha atrevido , con ser quien es , á llevártela , entiende que son tan justos , cuanto á tu merecimiento se deben. »

No le parecieron mal á Elicio las razones de la carta de Lisandro , el cual prosiguiendo la historia de sus amores , dijo : « No pasaron muchos días sin que esta carta viniese á las hermosas manos de Leónida , por medio de las plaudosas de Silvia , mi verdadera amiga : la cual , junto con dársela , le dijo tales cosas que con ellas templó en gran parte la ira y alteracion que con mi carta Leónida había recibido , como fué decirle cuanto bien se seguiría , si por nuestro casamiento la enemistad de nuestros padres se acababa , y que el fin de tan buena intencion la había de mover á no desechár mis deseos ; cuanto más que no se debía compadecer con su hermosura , dejar morir sin más respeto á quien tanto como yo la amaba , » añadiendo á estas otras razones que Leónida conoció que lo eran. Pero por no mostrarse al primer encuentro rendida , y á los primeros pasos alcanzada , no dió tan agradable respuesta á Silvia como ella quisiera. Pero con todo esto , por intercesion de Silvia , que á ello le forzó , respondió con esta carta que ahora te diré.

LEÓNIDA Á LISANDRO.

« Si entendiera , Lisandro , que tu mucho atrevimiento había nacido de mi poca honestidad , en mí mesma ejecutarla la pena que tu culpa merece ; pero por asegurarme

de esto lo que yo de mí conozco, vengo á conocer que más ha procedido tu osadía de pensamientos ociosos, que de enamorados; y aunque ellos sean de la manera que dices, no pienses que me has de mover á mí para remediallos, como á Silvia para creellos, de la cual tengo más queja por haberme forzado á responderte, que de tí que te atreviste á escribirme, pues el callar fuera digna respuesta á tu locura. Si te retraes de lo comenzado, harás como discreto, porque te hago saber que pienso tener más cuenta con mi honra que con tus vanidades.»

Esta fué la respuesta de Leónida, la cual junto con las esperanzas que Silvia me dió, aunque ella parecía algo áspera, me hizo tener por el más bien afortunado del mundo. Mientras estas cosas entre nosotros pasaban, no se descuidaba Crisalvo de solicitar á Silvia con infinitos mensajes, presentes y servicios; más era tan fuerte y desabrida la condicion de Crisalvo, que jamás pudo mover á la de Silvia á que un pequeño favor le diese. De lo cual estaba tan desesperado é impaciente, como un agarrochado y vencido toro. Por causa de sus amores había tomado amistad con el astuto Carino, pariente de Silvia, habiendo los dos sido primero mortales enemigos, porque en cierta lucha que un día de una grande fiesta delante de todo el pueblo los zagales más diestros del lugar tuvieron, Carino fué vencido de Crisalvo y maltratado: de manera que concibió en su corazon odio perpetuo contra Crisalvo, y no ménos lo tenía contra otro hermano mio, por haberle sido contrario en unos amores, de los cuales mi hermano llevó el fruto que Carino esperaba. Este rencor y mala voluntad tuvo Carino secreto hasta que el tiempo le descubrió ocasion como á un mismo punto se vengase de entrambos, por el más cruel estilo que imaginarse puede. Yo le tenía por amigo, porque la entrada en casa de Silvia no se me impidiese: Crisalvo le adoraba, porque favoreciese sus pensamientos con Silvia; y era de suerte su amistad, que todas las veces que Leónida venia á casa

de Silvia, Carino la acompañaba ; por la cual causa le pareció bien á Silvia darle cuenta , pues era mi amigo , de los amores que yo con Leónida trataba , que en aquella sazón andaban ya tan vivos y venturosos , por la buena intercesion de Silvia , que ya no esperábamos sino tiempo y lugar donde coger el honesto fruto de nuestros limpios deseos ; los cuales sabidos de Carino , me tomó por instrumento para hacer la mayor traicion del mundo. Porque un día , haciendo del leal con Crisalvo , y dándole á entender que tenía en más su amistad que la honra de su parienta , le dijo , que la principal causa porque Silvia no le amaba ni favorecía , era por estar de mí enamorada , y que ya nuestros amores iban tan al descubierto , que si él no hubiera estado ciego de la pasión amorosa , en mil señales lo hubiera ya reconocido ; y que para certificarse más de la verdad que le decía , que de allí adelante mirase en ello , porque vería claramente cómo sin empacho alguno Silvia me daba extraordinarios favores. Con estas nuevas debió de quedar tan fuera de sí Crisalvo , como pareció por lo que de ellas sucedió. De allí adelante Crisalvo traía espías por ver lo que yo con Silvia pasaba ; y como muchas veces procurase hallarme sólo con ella para tratar , no de los amores que él pensaba , sino de lo que á los míos convenía , éranle á Crisalvo referidas , con otros favores que de limpia amistad precedidos Silvia á cada paso me hacía. Por lo que vino Crisalvo á términos tan desesperados , que muchas veces procuró matarme , aunque yo no pensaba que era por semejante ocasion , sino por lo de la antigua enemistad de nuestros padres. Mas por ser el hermano de Leónida , tenía yo más cuenta con guardarme , que con ofenderle , teniendo por cierto que si yo con su hermana me casaba , tendrían fin nuestras enemistades , de lo que él estaba bien ajeno ; ántes se pensaba que por serle yo enemigo había procurado tratar amores con Silvia , y no porque yo bien la quisiese : y esto le acrecentaba la cólera y enojo de manera que le sacaba de juicio,

aunque él tenía tan poco, que poco era menester para acabárselo; y pudo tanto en él este mal pensamiento, que vino á aborrecer á Silvia tanto cuanto la había querido, sólo porque á mí me favorecía no con la voluntad que él pensaba, sino como Carino le decía; y así en cualesquier corrillos y juntas que se hallaba, decía mal de Silvia, dándole títulos ó renombres deshonestos. Pero como todos conocían su terrible condicion y la bondad de Silvia, daban poco ó ningun crédito á sus palabras. En este medio había concertado Silvia con Leónida, que los dos nos desposásemos, y que para que más á nuestro salvo se hiciese, sería bien que un día que con Carino Leónida viniere á su casa, no volviese por aquella noche á la de sus padres, sino que desde allí en compañía de Carino se fuese á una aldea que media legua de la nuestra estaba, donde unos ricos parientes míos vivían, en cuya casa con más quietud podíamos poner en efecto nuestras intenciones. Porque si del suceso de ellas los padres de Leónida no fuesen contentos, á lo ménos estando ella ausente sería más fácil el concertarse. Tomado, pues, este apuntamiento, y dando cuenta dél á Carino, le ofreció con muestras de grandísimo ánimo, que llevaría á Leónida á la otra aldea, como ella fuese contenta. Los servicios que yo hice á Carino por la buena voluntad que mostraba, las palabras de ofrecimiento que le dije, los abrazos que le dí, me parece que bastaran á deshacer en un corazón de acero cualquiera mala intencion que contra mí tuviera. Pero el traidor de Carino echando á las espaldas mis palabras, obras y promesas, sin tener cuenta con la que á sí mismo debía, ordenó la traicion que ahora oirás. Informado Carino de la voluntad de Leónida, y viendo ser conforme á la que Silvia le había dicho, ordenó que la primera noche que por las muestras del día entendiesen que había de ser oscura, se pusiese por obra la ida de Leónida, ofreciéndose de nuevo á guardar el secreto y lealtad posible.

» Despues de hecho este concierto que has oido, se fué á Crisalvo, segun despues acá he sabido, y le dijo que su parienta Silvia iba tan adelante en los amores que conmigo traía, que en una cierta noche había determinado de sacarla de casa de sus padres, y llevarla á la otra aldea, do mis parientes moraban, donde se le ofrecía coyuntura de vengar su corazon en entrambos, en Silvia por la poca cuenta que de sus servicios había hecho, en mí por nuestra vieja enemistad, y por el enojo que le había hecho en quitarle á Silvia, pues por sólo mi respeto le dejaba. De tal manera le supo encarecer y decir Carino lo que quiso, que con mucho ménos á otro corazon no tan cruel como el suyo moviera á cualquier mal pensamiento. Llegado, pues, ya el dia que yo pensé que fuera el de mi mayor contento, dejando dicho á Carino, no lo que hizo, sino lo que había de hacer, me fuí á la otra aldea á dar órden cómo recibir á Leónida. Y fué el dejarla encomendada á Carino, como quien deja á la simple corderuela en poder de los hambrientos lobos, ó la mansa paloma entre las uñas del fiero gavilan que la despedace. ¡ Ay, amigo, que llegando á este paso con la imaginacion, no sé como tengo fuerzas para sostener la vida, ni pensamiento para pensarlo, cuanto más lengua para decirlo! ¡ Ay, mal aconsejado Lisandro! ¿ Cómo, y no sabías tú las condiciones dobladas de Carino! ¿ Mas quién no se fiara de sus palabras, aventurando él tan poco en hacerlas verdaderas con las obras! ¡ Ay, mal lograda Leónida! ¡ Cuán mal supe gozar de la merced que me hiciste en escogermme por tuyo! En fin, por concluir con la tragedia de mi desgracia, sabrás, discreto pastor, que la noche que Carino había de traer consigo á Leónida, á la aldea, donde yo la esperaba, él llamó á otro pastor, que debía de tener por enemigo, aunque él se lo encubría debajo de su falsa acostumbrada disimulacion, el cual Libeo se llamaba, y le rogó que aquella noche le hiciese compañía, porque determinaba llevar una pastora,

su aficionada , á la aldea que te he dicho , donde pensaba desposarse con ella. Líbeo, que era gallardo y enamorado, con facilidad le ofreció su compañía. Despidióse Leónida de Silvia con estrechos abrazos y amorosas lágrimas, como presagio que había de ser la última despedida. Debía de considerar entónces la sin ventura la traicion que á sus padres hacía , y no la que á ella Carino le ordenaba , y cuán mala cuenta daba de la buena opinion que della en el pueblo se tenía. Mas pasando de paso por todos estos pensamientos , forzada del enamorado que la vencía , se entregó á la guardia de Carino , que adonde yo la aguardaba la trujese. ¡ Cuántas veces se viene á la memoria, llegando á este punto, lo que soñé el día que le tuviera yo por dichoso, si en él feneciera la cuenta de los de mi vida! Acuérdomé que saliéndome de la aldea un poco ántes que el sol acabase de quitar sus rayos de nuestro horizonte, me senté al pié de un alto fresno en el mismo camino por donde Leónida había de venir , esperando que cerrase algo más la noche para adelantarme y recebilla, y sin saber cómo y sin yo quererlo me quedé dormido ; y apenas hube entregado los ojos al sueño , cuando me pareció que el árbol donde estaba arrimado, rindiéndose á la furia de un recísimo viento que soplabá, desarraigando las hondas raíces de la tierra , sobre mi cuerpo se caía , y que procurando yo evadirme del grave peso , á una y otra parte me revolvía : y estando en esta pesadumbre , me pareció ver una blanca cierva junto á mí, á la cual yo ahincadamente suplicaba que como mejor pudiese apartase de mis hombros la pesada carga ; y que queriendo ella movida de compasion hacerlo , al mismo instante salió un fiero leon del bosque , y cogiéndola entre sus agudas uñas , se metía con ella por el bosque adelante ; y que despues que con gran trabajo me había escapado del grave peso , la iba á buscar al monte, y la hallaba despedazada y herida por mil partes : de lo cual tanto dolor sentía, que el alma se me arrancaba sólo por la compasion que ella había mostrado

de mi trabajo ; y así comencé á llorar entre sueños , de manera que las mismas lágrimas me despertaron , y hallando las mejillas bañadas del llanto , quedé fuera de mí , considerando lo que había soñado ; pero con la alegría que esperaba tener de ver á mi Leónida , no eché de ver entónces que la fortuna entre sueños me mostraba lo que de allí á poco rato despierto me había de suceder. A la sazón que yo desperté , acababa de cerrar la noche con tanta escuridad , con tan espantosos truenos y relámpagos , como convenia para cometerse con más facilidad la crueldad que en ella se cometió. Así como Carino salió de casa de Silvia con Leónida , se la entregó á Líbeo , diciéndole que se fuese con ella por el camino de la aldea que he dicho ; y aunque Leónida se alteró de ver á Líbeo , Carino la aseguró que no era menor amigo mio Líbeo que él propio , y que con toda seguridad podía ir con él poco á poco en tanto que él se adelantaba á darme á mí las nuevas de su llegada. Creyó la simple , en fin como enamorada , las palabras del falso Carino , y con menor recelo del que convenia , guiada del comedido Líbeo , tendía los temerosos pasos para venir á buscar el último de su vida , pensando hallar el mejor de su contento. Adelantóse Carino de los dos , como ya te he dicho , y vino á dar aviso á Crisalvo de lo que pasaba , el cual con otros cuatro parientes suyos en el mismo camino por donde habían de pasar , que todo era cerrado de bosque de una y otra parte , escondidos estaban : y díjoles como Silvia venia , y sólo yo que la acompañaba , y que se alegrasen de la buena ocasion que la suerte les ponía en las manos para vengarse de la injuria que los dos le habíamos hecho , y que él sería el primero que en Silvia , aunque era parienta suya , probase los filos de su cuchillo. Apercibiéronse luego los cinco crueles carniceros para colorarse en la inocente sangre de los dos , que tan sin cuidado de traicion semejante por el camino se venían ; los cuales llegados á do la celada estaba , al instante fueron con ellos los pérfi-

dos homicidas , y cerráronlos en medio. Crisalvo se llegó á Leónida, pensando ser Silvia , y con injuriosas y turbadas palabras , con la infernal cólera que le señoreaba, con seis mortales heridas la dejó tendida en el suelo , á tiempo que ya Libeo por los otros cuatro , creyendo que á mí me las daban , con infinitas puñaladas se revolcaba por la tierra. Carino que vió cuán bien había salido el traidor intento suyo , sin aguardar razones , se les quitó delante ; y los cinco traidores contentísimos , como si hubieran hecho alguna famosa hazaña , se volvieron á su aldea , y Crisalvo se fué á casa de Silvia á dar él mismo á sus padres la nueva de lo que había hecho , por acrecentarles el pesar y sentimiento , diciéndoles , que fuesen á dar sepultura á su hija Silvia , á quien él había quitado la vida , por haber hecho más caudal de la fría voluntad de Lisandro su enemigo , que no de los continuos servicios suyos. Silvia , que sintió lo que Crisalvo decía , dándole el alma lo que había sido , le dijo como ella estaba viva , y áun libre de todo lo que la imputaba , y que mirase no hubiese muerto á quien le doliese más su muerte que perder él mismo la vida. Y con esto le dijo , que su hermana Leónida se había partido aquella noche de su casa en traje no acostumbrado. Atónito quedó Crisalvo de ver á Silvia viva , teniendo él por cierto que la dejaba ya muerta , y con no pequeño sobresalto acudió luego á su casa , y no hallando en ella á su hermana , con grandísima confusion y furia volvió él sólo á ver quién era la que había muerto , pues Silvia estaba viva. Miéntras todas estas cosas pasaban , estaba yo con una ánsia extraña esperando á Carino y Leónida ; y pareciéndome que ya tardaban más de lo que debían , quise ir á encontrarlos , ó á saber si por algun caso aquella noche se habían detenido y no anduve mucho por el camino , cuando oí una lastimada voz que decía : ¡Oh soberano Hacedor del cielo ! encoge la mano de tu justicia , y abre la de tu misericordia para tenerla de esta alma que presto te dará cuenta de las

ofensas que te ha hecho. ¡ Ay, Lisandro, Lisandro, y cómo la amistad de Carino te costará la vida, pues no es posible que te la acabe el dolor de haberla yo por tí perdido ! ¡ Ay, cruel hermano ! ¿ es posible que sin oír mis disculpas, tan presto me quisiste dar la pena de mi yerro ? Cuando estas razones oí, en la voz y en ellas conocí luego ser Leónida la que las decía, y présago de mi desventura, con el sentido turbado fuí atento á dar adonde Leónida estaba envuelta en su propia sangre, y habiéndola conocido luego, dejándome caer sobre el herido cuerpo, haciendo los extremos de dolor posible, le dije : ¿ Qué desdicha es esta, bien mio ? Anima mia, ¿ cuál fué la cruel mano que no ha tenido respeto á tanta hermosura ? En estas palabras fuí conocido de Leónida ; y levantando con gran trabajo los cansados brazos, los echó por cima de mi cuello, y apretando con la mayor fuerza que pudo, juntando su boca con la mia, con flacas y mal pronunciadas razones me dijo solas éstas : mi hermano me ha muerto, Carino vendido, Libeo está sin vida, la cual te dé Dios á tí, Lisandro mio, largos y felices años, y á mí me deje gozar en la otra del reposo que á mí me ha negado ; y juntando más su boca con la mia, habiendo cerrado los labios para darme el primero y último beso, al abrillos se le salió el alma, y quedó muerta en mis brazos. Cuando yo lo sentí, abandonándome sobre el cuezpo, quedé sin ningún sentido ; y si como era yo el vivo, fuera el muerto, quien en aquel trance nos viera, el lamentable de Píramo y Tisbe trujera á la memoria. Mas despues que volví en mí abriendo ya la boca para llenar el aire de voces y suspiros, sentí que hacía donde yo estaba venía uno con apresurados pasos, y llegando cerca, aunque la noche hacía oscura, los ojos del alma me dieron á conocer que el que allí venía era Crisalvo, como era la verdad ; él tornaba á certificarse, si por ventura era su hermana Leónida la que había muerto : y como yo le conocí, sin que de mí se guardase, llegué á él como sañudo leon, y

dándole dos heridas , di con él en tierra ; y ántes de espirar , le llevé arrastrando adonde Leónida estaba y poniendo en la mano muerta de Leónida el puñal que su hermano traía , que era el mismo con que ella había muerto , ayudándole yo á ello , tres veces se le hincó por el corazon ; y consolado en algo el mio con la muerte de Crisalvo , sin más detenerme tomé sobre mis hombros el cuerpo de Leónida , llevéle á la aldea donde mis parientes vivían . Y contándoles el caso les rogué le diesen honrada sepultura , y luego determiné de tomar en Carino la venganza que en Crisalvo , el cual por haberse ausentado de nuestra aldea se ha tardado hasta hoy que le hallé á la salida de este bosque , despues de haber seis meses que ando en su demanda ; él ha hecho ya el fin que su traicion merecía , y á mí no me queda ya de quién tomar venganza , sino es de la vida , que tan contra mi voluntad sostengo . Esta es , pastor , la causa de do proceden los lamentos que me has oido . Si te parece que es bastante para causar mayores sentimientos , á tu buena discrecion dejo que lo considere . » Y con esto dió fin á su plática , y principió á tantas lágrimas , que no pudo dejar Elicio de tenerle compañía en ellas ; pero despues que por largo espacio habían desfogado con tiernos suspiros el uno la pena que sentía , el otro la compasion que de ella tomaba , Elicio comenzó con las mejores razones que supo á consolar á Lisandro , aunque era su mal tan sin consuelo como por el suceso de él había visto ; y entre otras cosas que le dijo , y la que á Lisandro más le cuadró fué decirle : « Que en los males sin remedio , el mejor era no esperarles ninguno , y que pues de la honestidad y noble condicion de Leónida se podría creer , segun él decia , que de dulce vida gozaba , ántes debía alegrarse del bien que ella había ganado , que no entristecerse por el que él había perdido . » Á lo cual respondió Lisandro : « Bien conozco , amigo , que tienen fuerza tus razones para hacerme creer que son verdaderas ; pero no que la tienen ni la tendrán las que todo el

mundo decirme pudiese, para darme consuelo alguno : en la muerte de Leónida comenzó mi desventura , la cual se acabará cuando yo la torne á ver ; y pues esto no puede ser sin que yo muera , al que me induciere á procurar la muerte tendré yo por más amigo de mi vida.» No quiso Elicio darle más pesadumbre con sus consuelos , pues él no los tenía por tales : sólo le rogó que se viniese con él á su cabaña , en la cual estaría todo el tiempo que gusto le diese , ofreciéndole su amistad en todo aquello que podría ser bueno para servirle. Lisandro se lo agradeció cuanto fué posible , y aunque no quería aceptar el venir con Elicio , todavía lo hubo de hacer forzado de su importunacion : y así los dos se levantaron y se vinieron á la cabaña de Elicio , donde reposaron lo poco que de la noche quedaba. Pero ya que la blanca aurora dejaba el lecho del celoso marido , y comenzaba á dar muestras del venidero día , levantándose Erastro comenzó de poner en orden el ganado de Elicio y suyo , para sacarle al pasto acostumbrado.

Elicio convidó á Lisandro á que con él se viniese ; y así , viniendo los tres pastores con el manso rebaño de sus ovejas por una cañada abajo , al subir de una ladera oyeron el sonido de una suave zampofia , que luego por los dos enamorados Elicio y Erastro fué conocido , que era Galatea quien la sonaba : y no tardó mucho que por la cumbre de la cuesta se comenzaron á descubrir algunas ovejas , y luego tras ellas Galatea , cuya hermosura era tanta , que sería mejor dejarla en su punto , pues faltan palabras para encarecerla. Venia vestida de serrana , con los luengos cabellos sueltos al viento , de quien el mismo sol parecía tener envidia , porque hiriéndolos con sus rayos , procuraba quitarles la luz si pudiera , mas la que salia de la vislumbre de ellos , otro nuevo sol semejava. Estaba Erastro fuera de sí mirándola , y Elicio no podia apartar los ojos de verla. Cuando Galatea vió que el rebaño de Elicio y Erastro con el suyo se juntaba , mos-

trando no gustar de tenerles aquel día en su compañía, llamó á la borrega mansa de su manada, á la cual siguieron las demas, y encaminóla á otra parte diferente de la que los pastores llevaban. Viendo Elicio lo que Galatea hacía, sin poder sufrir tan notorio desden, llegándose á do la pastora estaba, le dijo: «Deja, hermosa Galatea, que tu rebaño venga con el nuestro, y si no gustas de nuestra compañía, escoge la que más te agradare, que no por tu ausencia dejarán tus ovejas de ser bien apacentadas; pues yo, que nací para servirte, tendré más cuenta de ellas que de las mías propias; y no quieras tan á la clara desdeñarme, pues no lo merece la limpia voluntad que te tengo, que segun el viaje que traías, á la fuente de las Pizarras te encaminabas, y ahora que me has visto quieres torcer el camino: y si esto es así como pienso, dime adónde quieres hoy y siempre apacentar tu ganado, que yo te juro de no llevar allí jamás el mío.

—Yo te prometo, Elicio, respondió Galatea, que no por huir de tu compañía ni de la de Erastro he vuelto del camino que tú imaginas que llevaba, porque mi intencion es pasar hoy la siesta en el arroyo de las Palmas en compañía de mi amiga Florisa, que allá me aguarda, porque desde ayer concertamos las dos de apacentar hoy allí nuestros ganados; y como yo venía descuidada sonando mi zampoña, la mansa borrega tomó el camino de las Pizarras como de ella más acostumbrado: la voluntad que me tienes y ofrecimientos que me haces te agradezco, y no tengas en poco haber dado yo disculpa á tu sospecha.

—¡Ay, Galatea! replicó Elicio, ¡y cuán bien que finges lo que te parece, teniendo tan poca necesidad de usar conmigo artificio, pues al cabo no tengo de querer más de lo que tu quieras! Ora vayas al arroyo de las Palmeras, al soto del Concejo, ó á la fuente de las Pizarras, ten por cierto que no has de ir sola, que siempre mi alma te acompaña, y si tú no la ves, es porque no quieres verla, por no obligarte á remediarla.

—Hasta ahora, respondió Galatea, tengo por ver la primera alma, y así no tengo culpa, si no he remediado ninguna.

—No sé cómo puedes decir eso, respondió Elicio, hermosa Galatea, que las veas para herirlas y no para curarlas.

—Testimonio me levantas, replicó Galatea, en decir que yo sin armas, pues á mujeres no son concedidas, haya herido á nadie.

—¡Ay, discreta Galatea! dijo Elicio, ¡cómo te burlas con lo que de mi alma sientes, á la cual invisiblemente has llegado, y no con otras armas que con las de tu hermosura! Y no me quejo yo tanto del daño que me has hecho, como de que le tengas en poco.

—En ménos me tendría yo, respondió Galatea, si en más le tuviese.»

A esta sazón llegó Erastro, y viendo que Galatea se iba y los dejaba, le dijo: «¿Adónde vas ó de quien huyes, hermosa Galatea? Si de nosotros, que te adoramos, te alejas ¿quién esperará de tí compañía? ¡Ay, enemiga, cuán al desgaire te vas, triunfando de nuestras voluntades! El cielo destruya la buena que tengo si no deseo verte enamorada de quien estime tus quejas en el grado que tú estimas las mías. ¿Ríeste de lo que digo, Galatea? Pues yo lloro de lo que tu haces.»

No pudo Galatea responder á Erastro, porque andaba guiando su ganado hácia el arroyo de las Palmas, y abajando desde léjos la cabeza en señal de despedirse, los dejó: y como se vió sola, en tanto que llegaba adonde su amiga Florisa creyó estaría, con la extremada voz que el cielo plugo darle, fue cantando este soneto:

GALATEA.

Afuera el fuego, el lazo, el hielo y flecha
De amor que abrasa, aprieta, enfria y hiere,
Que tal llama mi alma no la quiere,
Ni queda de tal fudo satisfecha.

Consuma, cifa, hiele, mate, estrecha
Tenga otra voluntad cuanto quisiere,
Que por dardo, ó por nieve, ó red no espere
Tener la mia en un calor deshecha.

Su fuego enfriará mi casto intento,
El fudo romperé por fuerza ó arte,
La nieve deshará mi ardiente celo,

La flecha embotará mi pensamiento:
Y así no temeré en segura parte
De amor el fuego, el lazo, el dardo, el hielo.

Con mas justa causa se pudieran parar los brutos, mover los árboles y juntar las piedras á escuchar el suave canto y dulce armonía de Galatea, que cuando á la cítara de Orfeo, lira de Apolo y música de Anfiön los muros de Troya y Tébas por sí mismos se fundaron, sin que artífice alguno pudiese en ellos las manos; y las hermanas, negras moradoras del hondo caos, á la extremada voz del incauto amante se ablandaron. El acabar el canto Galatea y llegar á donde Florisa estaba fué todo á un tiempo, de la cual fué con alegre rostro recibida, como aquella que era su amiga verdadera, y con quien Galatea sus pensamientos comunicaba; y despues que las dos dejaron ir á su albedrío sus ganados á que de la verde hierba paciesen, convidadas de la claridad del agua de un arroyo que por allí corría, determinaron de lavarse los hermosos rostros (pues no era menester para acrecentarles hermosura el vano y enfadoso artificio con que los suyos martirizan las damas, que en las grandes ciudades se tienen por más hermosas); tan hermosas quedaron despues de lavadas como ántes lo estaban, excepto que por haber llegado las manos con movimiento al rostro, quedaron

sus mejillas encendidas y sonrosadas, de modo que un no se qué de hermosura les acrecentaba, especialmente á Galatea, en quien se vieron juntas las tres gracias, á quien los antiguos griegos pintaban desnudas por mostrar entre otros efectos que eran señoras de la belleza. Comenzaron luego á coger diversas flores del verde prado, con intencion de hacer sendas guirnaldas con que recoger los desordenados cabellos, que sueltos por las espaldas traían. En este ejercicio andaban ocupadas las dos hermosas pastoras, cuando por el arroyo abajo vieron al improviso venir una pastora de gentil donaire y apostura, de que no poco se admiraron, porque les pareció que no era pastora de su aldea ni de las otras comarcas á ella, á cuya causa con más atencion la miraron, y vieron que venía poco á poco hácia donde ellas estaban; y aunque estaban bien cerca, ella venía tan embebida y transportada en sus pensamientos, que nunca las vió hasta que ellas quisieron mostrarse. De trecho en trecho se paraba, y vueltos los ojos al cielo daba unos suspiros tan dolorosos, que de lo más íntimo de sus entrañas parecían arrancados: torcía asimesmo sus blancas manos, y dejaba correr por sus mejillas algunas lágrimas, que líquidas perlas semejaban. Por los extremos de dolor que la pastora hacía, conocieron Galatea y Florisa que de algun interno dolor traía el alma ocupada, y por ver en qué paraban sus sentimientos, entrambas se escondieron entre unos cerrados mirtos, y desde allí con curiosos ojos miraban lo que la pastora hacía: la cual llegándose al márgen del arroyo, con atentos ojos se paró á mirar el agua que por él corría, y dejándose caer á la orilla de él, como persona cansada, corvando una de sus hermosas manos, cogió en ella del agua clara, con la cual lavándose los húmedos ojos, con voz baja y debilitada dijo: «¡Ay, claras y frescas aguas! ¡Cuán poca parte es vuestra frialdad para templar el fuego que en mis entrañas siento! Mal podré esperar de vosotras, ni áun de todas las que contiene el gran mar

Océano, el remedio que hé menester, pues aplicadas todas al ardor que me consume, haríades el mismo efecto que suele hacer la pequeña cantidad en la ardiente fragua, que más su llama acrecienta. ¡Ay, tristes ojos, causadores de mi perdicion, y en qué fuerte punto os alcé para tan gran caída! ¡Ay, fortuna, enemiga de mi descanso, con cuanta velocidad me derribaste de la cumbre de mis contentos al abismo de la miseria en que me hallo! ¡Ay, cruda hermana! ¿Cómo no aplacó la ira de tu desamorado pecho la humilde y amorosa presencia de Artidoro? ¿Qué palabras te pudo decir él para que le diceses tan aceda y cruel respuesta? Bien parece, hermana, que tú no le tenías en la cuenta que yo le tengo, que si así fuera, á fe que tú te mostraras tan humilde cuanto él á tí sujeto.» Todo esto que la pastora decía, mezclaba con tantas lágrimas, que no hubiera corazon que escuchándola no se enterneciera; y despues que por algun espacio hubo sosegado el afligido pecho, al son del agua que mansamente corría, acomodando á su propósito una copla antigua, con suave y delicada voz cantó esta glosa:

*Ya la esperanza es perdida,
Y un solo bien me consuela:
Que el tiempo que pasa y vuela
Llevará presto la vida.*

Dos cosas hay en amor,
Con que su gusto se alcanza,
Deseo de lo mejor,
Es la otra la esperanza
Que pone esfuerzo al temor:
Las dos hicieron manida
En mi pecho y no las veo;
Antes en la alma afligida,
Porque me acabe el deseo,
Ya la esperanza es perdida.

Si el deseo desfallece
Cuando la esperanza mengua,

Al contrario en mí parece,
Pues cuanto ella más desmengua,
Tanto más él se engrandece :
Y no hay usar de cautela
Con las llagas que me atizan ;
Que en esta amorosa escuela
Mil males me martirizan ,
Y un solo bien me consuela.

Apénas hubo llegado
El bien á mi pensamiento ,
Cuando el cielo , suerte y hado ,
Con ligero movimiento
Le han del alma arrebatado :
Y si alguno hay que se duela
De mi mal tan lastimero ,
Al mal amaina la vela ,
Y al bien pasa más ligero
Que el tiempo que pasa y vuela.

¿Quién hay que no se consuma
Con estas ansias que tomo ,
Pues en ella se ve en suma
Ser los cuidados de plomo ,
Y los placeres de pluma?
Y aunque va tan decaída
Mi dichosa nueva andanza ,
En ella este bien se anida :
Que quién llevó la esperanza
Llevará presto la vida.

Presto acabó el canto la pastora , pero no las lágrimas con que le solemnizaba ; de las cuales movidas á compasión Galatea y Florisa , salieron de do escondidas estaban , y con amorosas y corteses palabras á la triste pastora saludaron , diciéndole entre otras razones : «Así los cielos , hermosa pastora , se muestren favorables á lo que pedirles quisieres , y dellos alcances lo que desees , que nos digas , si no te es enojoso , qué ventura ó qué destino te ha traído por esta tierra , que segun la plática que nosotras tenemos della , jamás por estas riberas te habermos visto. Y por haber oído lo que poco há cantaste , y

entender por ello que no tiene tu corazon el sosiego que há de menester , y por las lágrimas que has derramado, de que dan indicios tus hermosos ojos , en ley de buen comedimento estamos obligadas á procurarte el consuelo que de nuestra parte fuera posible ; y si fuere tu mal de los que no sufren ser consolados , á lo menos conocerás en nosotras una buena voluntad de servirte.

—No sé con qué pagaros , respondió la forastera pastora , hermosas zagalas , los corteses ofrecimientos que me haceis , si no es con callar , y agradecellos y estimallos en en el punto que merecen , y con no negaros lo que de mí saber quisiéredes , puesto que me sería mejor pasar en silencio los sucesos de mi ventura , que no con decirlos daros indicios para que me tengais por liviana.

—No muestra tu rostro y gentil postura , respondió Galatea , que el cielo te ha dado tan grosero entendimiento , que con él hicieses cosa que despues hubieses de perder reputacion en decirla ; y pues tu vista y palabras en tan poco han hecho esta impresion en nosotras , que ya te tenemos por discreta , muéstranoslo con contarnos tu vida , si llega á tu discrecion tu ventura.

—A lo que yo creo , respondió la pastora , en igual andan entrambas , si ya no me ha dado la suerte más juicio para que sienta más los dolores que se ofrecen ; pero yo estoy bien cierta que sobrepujan tanto mis males á mi discrecion , quanto dellos es vencida toda mi habilidad , pues no tengo ninguna para saber remediallos ; y porque la experiencia os desengañe si quisiéredes oirme , bellas zagalas , yo os contaré con las más breves razones que pudiese , cómo del mucho entendimiento que juzgais que tengo ha nacido el mal que le hace ventaja.

—Con ninguna cosa , discreta zagala , satisfacerás más nuestros deseos , respondió Florisa , que con darnos cuenta de lo que te hemos rogado.

—Apartémonos pues , dijo la pastora , de este lugar , y busquemos otro donde sin ser vistas ni estorbadas pueda

deciros lo que me pesa de habéroslo prometido, porque adivino que no estará en más en perderse la buena opinion que con vosotras hé cobrado, que cuanto tarde en descubriros mis pensamientos, si acaso los vuestros no han sido tocados de la enfermedad que yo padezco.»

Deseosas de que la pastora cumpliese lo que prometía, se levantaron luego las tres, y se fueron á un lugar secreto y apartado que ya Galatea y Florisa sabían, donde debajo de la agradable sombra de unos copados mirtos, sin ser vistas de alguno, podían todas tres estar sentadas, y luego con extremado donaire y gracia la forastera pastora comenzó á decir desta manera.

«En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fuí yo nacida, y criada no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea: mis padres son labradores, y á la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio los imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodando tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me había puesto, que ninguna cosa me daba más gusto que ver multiplicar y crecer mi ganado, sin tener cuenta con más que con procurarle los mas fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese: no tenía ni podía tener mas cuidados que los que podían nacer del pastoral oficio en que me ocupaba. Las selvas eran mis compañeras, en cuya soledad muchas veces convidada de la suave armonía de los dulces pajarillos, despedía la voz á mil honestos cantares, sin que en ellos mezclase suspiros ni razones que de enamorado pecho diesen indicio alguno. ¡Ay cuántas veces, sólo por contentarme á mí mesma y por dar lugar al tiempo que se pasase, andaba de ribera en ribera, de valle en valle, cogiendo aquí la blanca azucena, allí el cárdeno lirio, acá la colorada rosa, acullá la olorosa clavellina, haciendo de todas suertes de odo-

ríferas flores una tejida guirnalda, con que adornaba y recogía mis cabellos, y despues mirándome en las claras y reposadas aguas de alguna fuente, quedaba tan gozosa de haberme visto, que no trocara mi contento por otro alguno! Y ¡cuántas hice burla de algunas zagalas que pensando hallar en mi pecho alguna manera de compasion del mal que los suyos sentían, con abundancia de lágrimas y suspiros los secretos enamorados de su alma me descubrian! Acuérdome ahora, hermosas pastoras, que llegó á mi un dia una zagala amiga mia, y echándome los brazos al cuello, y juntando su rostro con el mio, hechos sus ojos fuentes, me dijo: ¡Ay, hermana Teolinda! que éste es el nombre de esta desdichada, y ¡cómo creo que el fin de mis dias es llegado, pues amor no ha tenido la cuenta conmigo que mis deseos merecían! Yo entónces, admirada de los extremos que la veía hacer, creyendo que algun gran mal le había sucedido de pérdida de ganado ó de muerte de padre ó hermano, limpiándole los ojos con la manga de mi camisa, le rogné que me dijese qué mal era el que tanto le aquejaba. Ella prosiguiendo en sus lágrimas y no dando tregua á sus suspiros, me dijo: «¿Qué mayor mal quieres, oh Teolinda, que me haya sucedido, que el haberse ausentado sin decirme nada el hijo del mayoral de nuestra aldea, á quien yo quiero más que á los propios ojos de la cara: y haber visto esta mañana en poder de Leocadia, la hija del rabadan Lisalco, una cinta encarnada que yo había dado á aquel fementido de Eugenio, por donde se me ha confirmado la sospecha que yo tenía de los amores que el traidor con ella trataba?» Cuando yo acabé de entender sus quejas, os juro, amigas y señoras mías, que no pude acabar conmigo de no reirme y decirle: «Mia fe, Lidia, que así se llamaba la sin ventura, pensé que de otra mayor llaga venías herida, segun te quejabas. Pero ahora conozco cuán fuera de sentido andais vosotras las que presumís de enamoradas, en hacer caso de semejantes

nifierías. Dime por tu vida, Lidia amiga, ¿cuánto vale una cinta encarnada, para que te duela de verla en poder de Leocadia, ni de que se la haya dado Eugenio? Mejor harías de tener cuenta con tu honra y con lo que conviene al pasto de tus ovejas, y no entremeterte en estas burlerías de amor, pues no se saca de ellas, según veo, sino menoscabo de nuestras honras y sosiego.» Cuando Lidia oyó de mí tan contraria respuesta de la que esperaba de mi boca y piadosa condicion, no hizo otra cosa sino bajar la cabeza, y acrecentando lágrimas á lágrimas y sollozos á sollozos, se apartó de mí, y volviendo á cabo de poco trecho el rostro, me dijo: «Ruego yo á Dios, Teolinda, que presto te veas en estado que tengas por dichoso el mio, y que el amor te trate de manera que cuentes tu pena á quien la estime y sienta en el grado que tú has hecho la mía.» Y con esto se fué y yo me quedé riendo de sus desvaríos. Mas ¡ay, desdichada! y ¡cómo á cada paso conozco que me va alcanzando bien su maldicion, pues aún ahora temo que estoy contando mi pena á quien se dolerá poco de haberla sabido!» Á esto respondió Galatea: «Pluguiera á Dios, discreta Teolinda, que así como hallarás en nosotras compasion de tu daño, pudieras hallar el remedio dél, que presto perdieras la sospecha que de nuestro conocimiento tienes.

—Vuestra hermosa presencia y agradable conversacion, dulces pastoras, respondió Teolinda, me hacen esperar eso; pero mi corta ventura me fuerza á temer estotro; mas suceda lo que sucediere, que al fin habré de contaros lo que os he prometido.

«Con la libertad que os he dicho y en los ejercicios que os he contado, pasaba yo mi vida tan alegre y sosegadamente, que no sabía qué pedirme el deseo, hasta que el vengativo amor me vino á tomar estrecha cuenta de la poca que con él tenía, y alcanzóme en ella de manera, que con quedar su esclava creo que aún no está pagado ni satisfecho. Acaeció pues que un día (que fuera para mí

el más venturoso de los de mi vida, si el tiempo y las ocasiones no hubieran traído tal descuento á mis alegrías), viniendo yo con otras pastoras de nuestra aldea á cortar ramos y á coger juncia y flores y verdes espadañas para adornar el templo y calles de nuestro lugar (por ser el siguiente día solemnísima fiesta, y estar obligados los moradores de nuestro pueblo por promesa y voto á guardarla), acertamos á pasar todas juntas por un deleitoso bosque que entre el aldea y el río está puesto, adonde hallamos una junta de agraciados pastores, que á la sombra de los verdes árboles pasaban el ardor de la caliente siesta, los cuales como nos vieron, al punto fuimos de ellos conocidas, por ser todos cuál primo, y cuál hermano, y cuál pariente nuestro; y saliéndonos al encuentro, y entendido de nosotras el intento que llevábamos, con corteses palabras nos persuadieron y forzaron á que adelante no pasásemos, porque algunos de ellos traerían los ramos y flores por que íbamos: y así vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querían, y luego seis de los mozos, apercibidos de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos.

»Nosotras, que seis éramos, nos juntamos donde los demas pastores estaban, los cuales nos recibieron con el comedimiento posible, especialmente un pastor forastero que allí estaba, que de ninguna de nosotras fué conocido, el cual era de tan gentil donaire y brío, que quedaron todas admiradas en verle; pero yo quedé admirada y rendida. No sé qué os diga, pastoras, sino que así como mis ojos le vieron, sentí enternecerme el corazón y comenzó á discurrir por todas mis venas un hielo que me encendía, y sin saber cómo, sentí que mi alma se alegraba de tener puestos los ojos en el hermoso rostro del no conocido pastor; y en un punto, sin ser en los casos de amor experimentada, vine á conocer que era amor el que salteado me había; luego quisiera quejarme de él si el tiempo y la

ocasion me dieran lugar á ello. En fin, yo quedé cual ahora estoy, vencida y enamorada, aunque con más confianza de salud que la que ahora tengo. ¡ Ay cuántas veces en aquella sazón me quise llegar á Lidia, que con nosotras estaba y decirle : perdóname, Lidia hermana, de la desabrida respuesta que te dí el otro día, porque te hago saber que ya tengo más experiencia del mal de que te quejabas, que tú misma ! Una cosa me tiene maravillada, de cómo cuantas allí estaban no conocieron por los movimientos de mi rostro los secretos de mi corazón ; y debiólo de causar que todos los pastores se volvieron al forastero, y le rogaron que acabase de cantar una canción que había comenzado ántes que nosotras llegásemos ; el cual, sin hacerse de rogar, siguió su comenzado canto con tan extremada y maravillosa voz, que todos los que la escuchaban estaban transportados en oírlo. Entónces acabé yo de entregarme de todo en todo á todo lo que el amor quiso, sin quedar en mí mas voluntad que si no la hubiera tenido para cosa alguna en mi vida ; y puesto que yo estaba más suspensa que todos escuchando la suave armonía del pastor, no por eso dejé de poner grandísima atención á lo que en sus versos cantaba, porque me tenía ya el amor puesta en tal extremo, que me llegara al alma si le oyera cantar cosas de enamorado, que imaginara que ya tenía ocupados sus pensamientos, y quizá en parte que no tuviesen alguna los míos en lo que deseaban ; mas lo que entónces cantó no fueron sino ciertas alabanzas del pastoral estado y de la sosegada vida del campo, y algunos avisos útiles á la conservación del ganado : de que no poco quedé yo contenta, pareciéndome que si el pastor estuviera enamorado, que de ninguna cosa tratara que de sus amores, por ser condicion de los amantes parecerles mal gastado el tiempo que en otra cosa que en ensalzar y alabar la causa de sus tristezas ó contentos se gasta. Ved, amigas, en cuán poco espacio estaba ya maestra en la escuela de amor. El acabar el pastor su canto, y el descubrir

los que con los ramos venían, fué todo á un tiempo : los cuales, á quien de léjos los miraba, no parecían sino un pequeño montecillo que con todos sus árboles se movía; segun venían pomposos y enramados ; y llegando ya cerca de nosotras, todos seis entonaron sus voces, y comenzando el uno y respondiéndolo todos, con muestras de grandísimo contento, y con muchos placenteros alaridos, dieron principio á un gracioso villancico.

» Con este contento y alegría llegaron más presto de lo que yo quisiera, porque me quitaron la que yo sentía de la vista del pastor. Descargados pues de la verde carga, vimos que traía cada uno una hermosa guirnalda enroscada en el brazo, compuesta de diversas y agradables flores, las cuales con graciosas palabras á cada una de nosotras la suya presentaron y se ofrecieron de llevar los ramos hasta el aldea : mas agradeciéndoles nosotras su buen comedimiento, llenas de alegría, queríamos dar la vuelta al lugar, cuando Eleuco, un anciano pastor que allí estaba, nos dijo : « Bien será, hermosas pastoras, que nos pagueis lo que por vosotras nuestros zagales han hecho, con dejarnos las guirnaldas, que demasiadas llevais de lo que á buscar veníades ; pero ha de ser con condicion que de vuestra mano las deis á quien os pareciere.

— Si con tan pequeña paga quedareis de nosotras satisfechos, respondió la una, yo por mí soy contenta » ; y tomando la guirnalda con ambas manos, la puso en la cabeza de un gallardo primo suyo ; las otras, guiadas de este ejemplo, dieron las suyas á diferentes zagales que allí estaban, que todos sus parientes eran. Yo que á lo último quedaba y que allí deudo alguno no tenía, mostrando hacer de la desenvuelta, me llegué al forastero pastor, y poniéndole la guirnalda en la cabeza, le dije : « Esta te doy, buen zagal, por dos cosas : la una, por el contento que á todos nos has dado con tu agradable canto ; la otra, porque en nuestra aldea se usa honrar á los extranjeros. » Todos los circunstantes recibieron gusto de lo que yo hacía

pero ¿qué os diré yo de lo que mi alma sintió viéndome tan cerca de quien me la tenía robada, sino que diera cualquiera otro bien que acertara á desear en aquel punto fuera de quererle, por poder ceñirle con mis brazos al cuello, como le ceñí las sienes con la guirnalda? El pastor se me humilló, y con discretas palabras me agradeció la merced que le hacía, y al despedirse de mí, con voz baja, hurtando la ocasión á los muchos ojos que allí había, me dijo: «Mejor te he pagado de lo que piensas, hermosa pastora, la guirnalda que me has dado; prenda llevas contigo, que si la sabes estimar conocerás que me quedas deudora.» Bien quisiera yo responderle; pero la prisa que mis compañeras me daban era tanta, que no tuve lugar de responderle. De esta manera me volví al aldea, con tan diferente corazón del con que había salido, que yo misma de mí mesma me maravillaba. La compañía me era enojosa, y cualquiera pensamiento que me viniese, que á pensar en mi pastor no se encaminase, con gran presteza procuraba luego desecharle de mi memoria, como indigno de ocupar el lugar que de amorosos cuidados estaba lleno. Y no sé cómo en tan pequeño espacio de tiempo me transformé en otro ser del que tenía; porque yo ya no vivía en mí, sino en Artidoro, que así se llama la mitad de mi alma que ando buscando: do quiera que volvía los ojos me parecía ver su figura, cualquiera cosa que escuchaba, luego sonaba en mis oídos su suave música y armonía: á ninguna parte movía los piés que no diera por hallarle en ella mi vida, si él la quisiera: en los manjares no hallaba el acostumbrado gusto, ni las manos acertaban á tocar cosa que se le diese. En fin, todos mis sentidos estaban trocados del ser que primero tenían, ni el alma obraba por ellos como era acostumbrada. En considerar la nueva Teolinda que en mí había nacido, y en contemplar las gracias del pastor, que impresas en el alma me quedaron, se me pasó todo aquel día y la noche ántes de la solemne fiesta, la cual venida, fué con grandísimo re-

gocijo y aplauso de todos los moradores de nuestra aldea y de los circunvecinos lugares solemnizada. Y despues de acabadas en el templo las sacras oblaciones y cumplidas las debidas ceremonias en una ancha plaza que delante del templo se hacía, á la sombra de cuatro antiguos y frondosos álamos que en ella estaban, se juntó casi la más gente del pueblo, y haciéndose todos un corro, dieron lugar á que los zagales vecinos y forasteros se ejercitasen por honra de la fiesta en algunos pastoriles ejercicios.

»Luego en el instante se mostraron en la plaza un buen número de dispuestos y gallardos pastores, los cuales, dando alegres muestras de su juventud y destreza, dieron principio á mil graciosos juegos, ora tirando la pesada barra, ora mostrando la ligereza de sus sueltos miembros en los desusados saltos, ora descubriendo su crecida fuerza é industriosa mafia en las intrincadas luchas, ora enseñando la velocidad de sus piés en las largas carreras, procurando cada uno ser tal en todo, que el primero premio alcanzase de muchos que los mayores del pueblo tenían puestos para los mejores que en tales ejercicios se aventajasen; pero en éstos que he contado, ni en otros muchos que callo por no ser prolija, ninguno de cuantos allí estaban vecinos y comarcanos llegó al punto que mi Artidoro, el cual con su presencia quiso honrar y alegrar nuestra fiesta y llevarse el primero honor y premio de todos los juegos que se hicieron. Tal era, pastoras, su destreza y gallardía; las alabanzas que todos le daban eran tantas, que yo me ensoberbecía y un desusado contento en el pecho me retozaba sólo en considerar cuán bien había sabido ocupar mis pensamientos; pero con todo eso me daba grandísima pesadumbre que Artidoro, como forastero, se había de partir presto de nuestra aldea, y que si él se iba sin saber á lo ménos lo que de mí llevaba, que era el alma, qué vida sería la mía en su ausencia, ó cómo podría yo olvidar mi pena siquiera con quejarme, pues no tenía de quién sino de mí mesma. Estando yo pues en es-

tas imaginaciones, se acabó la fiesta y regocijo, y queriendo Artidoro despedirse de los pastores sus amigos, todos ellos juntos le rogaron que por los dias que había de durar el octavario de la fiesta, fuese contento de pasarlos con ellos, si otra cosa de más gusto no se lo impedía. «Ninguna me la puede dar á mí mayor, graciosos pastores, respondió Artidoro, que serviros en esto y en todo lo que mas fuere vuestra voluntad, que puesto que la mia era por ahora querer buscar á un hermano mio que pocos dias há falta de nuestra aldea, cumpliré vuestro deseo, por ser yo el que gano en ello;» todos se lo agradecieron mucho quedaron contentos de su quedada; pero más lo quedé yo considerando que en aquellos ocho dias no podía dejar de ofrecérseme ocasion donde le descubriese lo que ya encubrir no podía.

Toda aquella noche casi se nos pasó en bailes y juegos, y en contar unas á otras las pruebas que habíamos visto hacer á los pastores aquel día, diciendo: Fulano bailó mejor que fulano, puesto que el tal sabía más mudanzas que el tal: Mingo derribó á Bras, pero Bras corrió mas que Mingo; y al fin, fin, todas concluían que Artidoro, el pastor forastero, había llevado la ventaja á todos, loándole cada una en particular sus particulares gracias: las cuales alabanzas, como ya he dicho, todas en mi contento redundaban. Venida la mañana del día despues de la fiesta, ántes que la fresca aurora perdiere el rocío aljofarado de sus hermosos cabellos, y que el sol acabase de descubrir sus rayos por las cumbres de los vecinos montes, nos juntamos hasta una docena de pastoras, de las mas miradas del pueblo, y asidas unas de otras de las manos, al son de una gaita y de una zampoña, haciendo y deshaciendo intrincadas vueltas y bailes, nos salimos de la aldea á un verde prado que no léjos della estaba, dando gran contento á todos los que nuestra enmarañada danza miraban; y la ventura, que hasta entónce mis cosas de bien en mejor iba guiando, ordenó que en aquel mismo prado

hallásemos todos los pastores del lugar y con ellos á Artidoro, los cuales como nos vieron, acordando luégo el son de un tamborino suyo con el de nuestras zampoñas, con el mismo compas y baile nos salieron á recibir mezclándonos unos con otros confusa y concertadamente, y mudando los instrumentos el son, mudamos de baile, de manera que fué menester que las pastoras nos desasiésemos y diésemos las manos á los pastores, y quiso mi buena dicha que acerté yo á dar la mia á Artidoro. No sé cómo os encarezca, amigas, lo que en tal punto sentí, si no es deciros que me turbé de manera que no acertaba á dar paso concertado en el baile, tanto que le convenía á Artidoro llevarme con fuerza tras sí, porque no rompiese soltándome el hilo de la concertada danza, y tomando dello ocasion le dije: «¿En qué te ha ofendido mi mano, Artidoro, que así la aprietas?» El me respondió con voz que de ninguno pudo ser oída: «¿Mas qué te ha hecho á tí mi alma, que así la maltratas?

— Mi ofensa es clara, respondí yo mansamente; mas la tuya ni la veo ni podrá verse.

— Y aun ahí está el daño, replicó Artidoro, que tengas vista para hacer mal y te falte para sanarle.» En esto cesaron nuestras razones, porque los bailes cesaron, quedando yo contenta y pensativa de lo que Artidoro me había dicho; y aunque consideraba que eran razones enamoradas, no me aseguraban si eran de enamorado. Luégo nos sentamos todos los pastores y pastoras sobre la verde hierba, y habiendo reposado un poco del cansancio de los bailes pasados, el viejo Eleuco, acordando su instrumento, que un rabel era, con la zampoña de otro pastor, rogó á Artidoro que alguna cosa cantase, pues él más que otro alguno lo debía hacer, por haberle dado el cielo tal gracia, que sería ingrato si encubrir la quisiese. Artidoro, agradeciendo las alabanzas que le daba, comenzó luego á cantar unos versos que, por haberme puesto en mí sospecha aquellas palabras que ántes me había dicho, los tomé

tan en la memoria, que áun hasta ahora no se me han olvidado, los cuales, aunque os dé pesadumbre de oírlos, sólo porque hacen al caso para que entendaís punto por punto por los que me ha traído el amor á la ocasion en que me hallo, os los habré de decir, que son éstos :

En áspera, cerrada, oscura roche
Sin ver jamás el esperado día,
Y en contino crecido amargo llanto,
Ajeno de placer, contento y risa
Merece estar, y en una viva muerte
Aquel que sin amor pasa la vida.

¿Qué puede ser la más alegre vida,
Sino una sombra de una breve noche,
O natural retrato de la muerte,
Si en todas cuantas horas tiene el día,
Puesto silencio al congojoso llanto,
No admite del amor la dulce risa?

Do vive el blando amor, vive la risa,
Y adonde muere, muere nuestra vida,
Y el sabroso placer se vuelve en llanto,
Y en tenebrosa sempiterna noche
La clara luz del sosegado día,
Y es vivir sin él amarga muerte.

Los rigurosos trances de la muerte
No huye el amador ; ántes con risa
Desea la ocasion y espera el día
Donde puede ofrecer la cara vida,
Hasta ver la tranquila última noche,
Al amoroso fuego, al dulce llanto.

No se llama de amor el llanto, llanto,
Ni su muerte llamarse debe muerte,
Ni á su noche dar título de noche,
Ni su risa llamarse debe risa,
Y su vida tener por cierta vida
Y solo festejar su alegre día.

¡ Oh venturoso para mí este día
Do pudo poner freno al triste llanto,
Y alegrarme de haber dado mi vida
A quien dárme la puede, ó darme muerte !
¿ Mas qué puede esperarse, sino es risa
De un rostro que al sol vence y vuelve en noche ?

Vuelto há mi escura noche en claro día
Amor, y en risa mi crecido llanto,
Y mi cercana muerte en larga vida.

» Estos fueron los versos, hermosas pastoras, que con maravillosa gracia y no ménos satisfaccion de los que le escuchaban aquel día cantó mi Artidoro, de los cuales y de las razones que ántes me había dicho, tomé yo ocasion de imaginar si por ventura mi vista algun nuevo accidente amoroso en el pecho de Artidoro había causado, y no me salió tan vana mi sospecha, que él mismo no me la certificase al volvernó al aldea. » A este punto del cuento de sus amores llegaba Teolinda cuando las pastoras sintieron grandísimo estruendo de voces de pastores y ladridos de perros, que fue causa para que dejasen la comenzada plática, y se parasen á mirar por entre las ramas lo que era; y así vieron que por un verde llano que á su mano derecha estaba, atravesaba una multitud de perros los cuales venían siguiendo una temerosa liebre, que á toda furia á las espesas matas venía á guarecerse; y no tardó mucho, que por el mismo lugar donde las pastoras estaban, la vieron entrar y irse derecha al lado de Galatea, y allí vencida del cansancio de la larga carrera y casi como segura del cercano peligro, se dejó caer en el suelo con tan cansado aliento, que parecía que faltaba poco para dar el último espíritu. Los perros por el olor y rastro la signieron hasta entrar donde estaban las pastoras; mas Galatea, tomando la temerosa liebre en los brazos, estorbó su vengativo intento á los codiciosos perros, por parecerle no ser bien si dejaba de defender á quien della había querido valerse. De allí á poco llegaron algunos pastores, que en seguimiento de los perros y de la liebre venían; entre los cuales venía el padre de Galatea, por cuyo respeto ella, Florisa y Teolinda le salieron á recibir con la debida cortesía. Él y los pastores quedaron admirados de la hermosura de Teolinda y con deseo de

saber quién fuese, porque bien conocieron que era forastera. No poco les pesó desta llegada á Galatea y Florisa, por el gusto que les había quitado de saber el suceso de los amores de Teolinda, á la cual rogaron fuese servida de no partirse por algunos dias de su compañía si en ello no se estorbaba acaso el cumplimiento de sus deseos. « Antes por ver si pueden cumplirse, respondió Teolinda, me conviene estar algun dia en esta ribera; y así por esto, como por no dejar imperfecto mi comenzado cuento, habré de hacer lo que me mandais. » Galatea y Florisa la abrazaron y le ofrecieron de nuevo su amistad y de servirle en cuanto sus fuerzas alcanzasen.

En este entretanto, habiendo el padre de Galatea y los otros pastores en el márgen del claro arroyo tendido sus gabanes y sacado de sus zurronez algunos rústicos manjares, convidaron á Galatea y sus compañeras á que con ellos comiesen. Acetaron ellas el convite, y sentándose luego, desecharon la hambre, que por ser ya subido el dia comenzaba á fatigarles. En estos y en algunos cuentos que por entretener el tiempo los pastores contaron, se llegó la hora acostumbrada de recogerse al aldea. Y luego Galatea y Florisa, dando vuelta á sus rebaños, los recogieron, y en compañía de la hermosa Teolinda y de los otros pastores hácia el lugar poco á poco se encaminaron; y al quebrar de la cuesta, donde aquella mañana habían topado á Elicio, oyeron todos la zampofia del desamorado Lenio, el cual era un pastor en cuyo pecho jamás el amor pudo hacer morada, y de esto vivía él tan alegre y satisfecho, que en cualquiera conversacion y junta de pastores que se hallaba, no era otro su intento sino decir mal del amor y de los enamorados, y todos sus cantares á este fin se encaminaban; y por esta tan extraña condicion que tenía, era de todos los pastores de todas aquellas comarcas conocido, y de unos aborrecido, y de otros estimado. Galatea y los que allí venían se separaron á escuchar, por ver si Lenio, como de costumbre tenía, alguna

cosa cantaba, y luego vieron que, dando su zampoña á otro compañero suyo, al son della comenzó á cantar lo que se sigue :

LENIO.

Un vano descuidado pensamiento,
Una loca altanera fantasía,
Un no sé qué, que la memoria cria
Sin sér, sin calidad, sin fundamento ;
Una esperanza que se lleva el viento ;
Un dolor con renombre de alegría,
Una noche confusa do no hay día,
Un ciego error de nuestro entendimiento ;
Son las raíces propias de do nace
Esta quimera antigua celebrada,
Que amor tiene por nombre en todo el suelo.
Y el alma que en amor tal se complace,
Merece ser del suelo desterrada,
Y que no la recojan en el cielo.

A la sazón que Lenio cantaba lo que habeis oído, habían ya llegado con sus rebaños Elicio y Erastro en compañía del lastimado Lisandro, y pareciéndole á Elicio que la lengua de Lenio en decir mal del amor á más de lo que era razón se extendía, quiso mostrarle á la clara su engaño, y aprovechándose del mismo concepto de los versos que él había cantado, al tiempo que ya llegaba Galatea, Florisa y Teolinda y los demas pastores, al son de la zampoña de Erastro, comenzó á cantar desta manera :

ELICIO.

Merece quien en el suelo
En su pecho á amor encierra,
Que le desechen del cielo,
Y no le sufra la tierra.
Amor, que es virtud entera,
Con otras muchas que alcanza,

De una en otra semejanza
Sube á la causa primera :
Y merece el que su celo
De tal amor le destierra,
Que le desechen del cielo
Y no le acoja la tierra.

Un bello rostro y figura,
Aunque caduca y mortal,
Es un traslado y sefial
De la divina hermosura :
Y el que lo hermoso en el suelo
Desama y echa por tierra,
Desechado sea del cielo,
Y no le sufra la tierra.

Amor tomado en sí solo,
Sin mezcla de otro accidente,
Es al suelo conveniente
Como los rayos de Apolo:
Y el que tuviere recelo
De amor que tal bien encierra,
Merece no ver el cielo
Y que le trague la tierra.

Bien se conoce que amor
Está de mil bienes lleno,
Pues hace del malo bueno,
Y del que es bueno mejor :
Y así el que discrepa un pelo
En limpia amorosa guerra,
Ni merece ver el cielo
Ni sustentarse en la tierra.

El amor es infinito,
Si se funda en ser honesto,
Y aquel que se acaba presto,
No es amor, sino apetito :
Y al que sin alzar el vuelo
Con su voluntad se cierra,
Mátele rayo del cielo,
Y no le cubra la tierra.

No recibieron poco gusto los enamorados pastores de ver cuán bien Elicio su parte defendía ; pero no por esto el desamorado Lenio dejó de estar firme en su opinion, ántes quería de nuevo volver á cantar , y á mostrar en lo

que cantase, de cuán poco momento eran las razones de Elicio para escurecer la verdad tan clara que él á su parecer sustentaba ; mas el padre de Galatea , que Aurelio el venerable se llamaba , le dijo : « No te fatigues por agora, discreto Lenio , en querernos mostrar en tu canto lo que en tu corazon sientes , que el camino de aquí á la aldea es breve , y me parece que es menester más tiempo del que piensas para defenderte de los muchos que tienen tu contrario parecer. Guarda tus razones para lugar más oportuno , que algun dia te juntarás tú y Elicio con otros pastores en la fuente de las Pizarras ó arroyo de las Palmas, donde con más comodidad y sosiego podais argüir y aclarar vuestras diferentes opiniones.

— La que Elicio tiene , es opinion , respondió Lenio ; que la mía no es sino ciencia averiguada , la cual en breve ó en largo tiempo , por traer ella consigo la verdad , me obligó á sustentarla ; pero no faltará tiempo , como dices, más aparejado para este efeto.

— Ese procuraré yo , respondió Elicio , porque me pesa que á tan subido ingenio como el tuyo , amigo Lenio , le falte quien le pueda requintar y subir de punto , como es el limpio y verdadero amor , de quien te muestras enemigo.

— Engañado estás , Elicio , replicó Lenio , si piensas por afeitadas y sofísticas palabras hacerme mudar de lo que no me tendría por hombre si me mudase.

— Tan malo es , dijo Elicio , ser pertinaz en el mal , como bueno perseverar en el bien ; y siempre he oido decir á mis mayores que es de sabios tomar consejo.

— No niego yo eso , respondió Lenio , cuando yo entendiese que mi parecer no es justo ; pero en tanto que la experiencia y la razon no me mostraren el contrario de lo que hasta aquí me han mostrado , yo creo que mi opinion es tan verdadera quanto la tuya falsa.

— Si se castigasen los herejes de amor , dijo esta á sazón Erastro , desde ahora comenzara yo , amigo Lenio , á cor-

tar leña con que te abrasaran por el mayor hereje y enemigo que el amor tiene.

— Y aún si yo no viera otra cosa del amor, sino que tú, Erastro, le sigues y eres del bando de los enamorados, respondió Lenio, sola ella me bastara á renegar dél con cien mil lenguas, si cien mil lenguas tuviera.

— Pues ¿parécete, Lenio, replicó Erastro, que no soy bueno para enamorado?

— Antes me parece, respondió Lenio, que los que fueren de tu condicion y entendimiento, son propios para ser ministros suyos; porque quien es cojo, con el más mínimo traspie da de ojos, y el que tiene poco discurso, poco há menester para que le pierda del todo; y los que siguen la bandera de este nuestro valeroso capitan, yo tengo para mí que no son los más sabios del mundo; y si lo han sido, en el punto que se enamoraron dejaron de serlo. » Grande fué el enojo que Erastro recibió de lo que Lenio le dijo, y así le respondió: « Paréceme, Lenio, que tus desvariadas razones merecen otro castigo que palabras; mas yo espero que algun día pagarás lo que agora has dicho, sin que te valga lo que en tu defensa dijeres.

— Si yo entendiése de tí, Erastro, respondió Lenio, que fueses tan valiente como enamorado, no dejarían de darme temor tus amenazas; mas como sé que te quedas atras en lo uno, como vas adelante en lo otro, ántes me causa risa que espanto. » Aquí acabó de perder la paciencia Erastro, y si no fuera por Lisandro y por Elicio, que en medio se pusieron, él respondiera á Lenio con las manos; porque ya su lengua, turbada con la cólera, apenas podía usar su oficio. Grande fue el gusto que todos recibieron de la graciosa pendencia de los pastores, y más de la cólera y enojo que Erastro mostraba, que fué menester que el padre de Galatea hiciese las amistades de Lenio y suyas, aunque Erastro, si no fuera por no perder el respeto al padre de su señora, en ninguna manera las hiciera. Luego que la cuestion fué acabada, todos con re-

gocijo se encaminaron á la aldea , y en tanto que llegaban , la hermosa Florisa al son de la zampoña de Galatea, cantó este soneto :

FLORISA.

Crezcan las simples ovejuelas mías
En el cerrado bosque y verde prado,
Y el caluroso estío é invierno helado
Abunde en hierbas verdes y aguas frías.

Pase en sueños las noches y los días
En lo que toca al pastoral estado ,
Sin que de amor un mínimo cuidado
Sienta , ni sus ancianas nifierías.

Este mil bienes del amor pregona ,
Aquél publica dél vanos cuidados ,
Yo no sé si los dos andan perdidos ,
Ni sabré al vencedor dar la corona :
Sé bien que son de amor los escogidos
Tan pocos , cuanto muchos los llamados.

Breve se les hizo á los pastores el camino, engañados y entretenidos con la graciosa voz de Florisa , la cual no dejó el canto hasta que estuvieron bien cerca de la aldea y de las cabañas de Elicio y Erastro, que con Lisandro se quedaron en ellas , despidiéndose primero del venerable Aurelio , de Galatea y Florisa que con Teolinda al aldea se fueron , y los demas pastores cada cual adonde tenía su cabanía. Aquella misma noche pidió el lastimado Lisandro licencia á Elicio para volverse á su tierra, ó adonde pudiese conforme á sus deseos acabar lo poco que á su parecer le quedaba de vida. Elicio con todas las razones que supo decirle , y con infinitísimos ofrecimientos de la verdadera amistad que le ofreció, jamás pudo acabar con él que en su compañía siquiera algunos días se quedase ; y así el sin ventura pastor abrazando á Elicio con abundantes lágrimas y suspiros se despidió dél , prometiendo de avisarle de su estado donde quiera que él estuviese ; y habiéndole acompañado Elicio media legua de

su cabaña, le tornó á abrazar estrechamente, y tornándose á hacer de nuevo nuevos ofrecimientos, se apartaron, quedando Elicio con gran pesar del que Lisandro llevaba; y así se volvió á su cabaña á pasar lo más de la noche en sus amorosas imaginaciones, y á esperar el venidero día para gozar el bien que de ver á Galatea se le causaba. La cual, despues que llegó á su aldea, deseando saber el suceso de los amores de Teolinda, procuró hacer de manera que aquella noche estuviesen solas ella y Florisa y Teolinda; y hallando la comodidad que deseaba, la enamorada pastora prosiguió su cuento como se verá en en el segundo libro.

LIBRO SEGUNDO.

Libres ya y desembarazadas de lo que aquella noche con sus ganados habían de hacer, procuraron recogerse y apartarse con Teolinda en parte donde sin ser de nadie impedidas, pudiesen oír lo que del suceso de sus amores les faltaba. Y así se fueron á un pequeño jardín, que estaba en casa de Galatea, y sentándose las tres debajo de una verde y pomposa parra que intrincadamente por unas redes de palo se entretejía, tornando á repetir Teolinda algunas palabras de lo que ántes había dicho, prosiguió diciendo: «Después de acabado nuestro baile y el canto de Artidoro, como ya os he dicho, bellas pastoras, á todos nos pareció volvernos al aldea á hacer en el templo los solenes sacrificios, y por parecernos asimesmo que la solenidad de la fiesta daba en alguna manera licencia; pero no teniendo cuenta tan á punto con el recogimiento, con más libertad nos holgásemos, y por esto todos los pastores y pastoras en monton confuso, alegre y regocijadamente al aldea nos volvimos, hablando cada uno con quien más gusto le daba. Ordenó pues la suerte y mi diligencia, y áun la solicitud de Artidoro, que sin mostrar artificio en ello los dos nos apartamos de manera que á nuestro salvo pudiéramos hablar en aquel camino más de lo que hablamos, si cada uno por sí no tuviera respeto á lo que á sí mesmo y al otro debía. En fin, yo

por sacarle á barrera , como decirse suele , le dije : « Años se te harán , Artidoro , los días que en nuestra aldea estuvieres , pues debes de tener en la tuya cosas en que ocuparte , que te deben de dar más gusto.

— Todo el que yo puedo esperar en mi vida trocara , respondió Artidoro , por que fueran no años , sino siglos los días que aquí tengo de estar ; pues en acabándose , no espero tener otros que más contento me hagan.

— ¿ Tanto es el que recibes , respondí yo , en mirar nuestras fiestas ?

— No nace de ahí , respondió él , sino de contemplar la hermosura de las pastoras de vuestra aldea.

— Es verdad , repliqué yo , que deben de faltar hermosas zagalas en la tuya.

— Verdad es que allá no faltan , respondió él , pero aquí sobran : de manera que una sola que yo he visto , basta para que en su comparacion las de allá se tengan por feas.

— Tu cortesía te hace decir eso ; oh Artidoro ! respondí yo ; porque bien sé que en este pueblo no hay ninguna que tanto se aventaje como dices.

— Mejor sé yo ser verdad lo que digo , respondió él , pues he visto la una y mirado las otras.

— Quizá la miraste de léjos , y la distancia del lugar , dije yo , te hizo parecer otra cosa de lo que debe ser.

— De la misma manera , respondió él , que á tí te veo y estoy mirando agora , la he mirado y visto á ella , y yo me holgaría de haberme engañado , si no conforma su condicion con su hermosura.

— No me pesara á mí ser esa que dices , por el gusto que debe sentir la que se ve pregonada y tenida por hermosa.

— Harto más , respondió Artidoro , quisiera yo que tú no fueras.

— Pues ¿ qué perdieras tú , respondí yo , si como yo no soy la que dices , lo fuera ?

— Lo que he ganado, respondió él, bien lo sé; de lo que he de perder, estoy incierto y temeroso.

— Bien sabes hacer el enamorado, dije yo, ¡oh Artidoro!

— Mejor sabes tú enamorar ¡oh Teolinda! respondió él. » A esto le dije: « No sé si te diga, Artidoro, que deseo que ninguno de los dos sea el engañado. » A lo que él respondió: « De que yo no me engaño estoy bien seguro, y de querer tú desengañarte está en tu mano, todas las veces que quisieres hacer experiencia de la limpia voluntad que tengo de servirte. » « Esa te pagaré yo con la misma, repliqué yo, por parecerme que no sería bien á tan poca costa quedar en deuda con alguno. » A esta sazón, sin que él tuviese lugar de responderme, llegó Eleuco el mayoral y dijo con voz alta: Ea, gallardos pastores y hermosas pastoras, haced que sientan en el aldea nuestra venida, entonando vosotras, zagalas, algun villancico, de modo que nosotros os respondamos; porque vean los del pueblo cuánto hacemos al caso los que aquí vamos para alegrar nuestra fiesta. » Y porque en ninguna cosa que Eleuco mandaba, dejaba de ser obedecido, luego los pastores me dieron á mi la mano para que comenzase, y así sirviéndome de la ocasion y aprovechándome de lo que con Artidoro había pasado, di principio al villancico.

En los estados de amor
Nadie llega á ser perfeto,
Sino el honesto y secreto.

Para llegar al suave
Gusto de amor, si se acierta,
Es el secreto la puerta
Y la honestidad la llave;
Y esta entrada no la sabe
Quien presume de discreto,
Sino el honesto y secreto.

Amar humana beldad
Suele ser reprehendido,
Si tal amor no es medido
Con razon y honestidad:

Y amor de tal calidad
Luego le alcanza en efeto
El que es honesto y secreto.

Es ya caso averiguado,
Que no se puede negar,
Que á veces pierde el hablar
Lo que el callar ha ganado:
Y el que fuere enamorado
Jamás se verá en aprieto,
Si fuere honesto y secreto.

Cuanto una parlera lengua
Y unos atrevidos ojos
Suelen causar mil enojos
Y poner al alma en mengua,
Tanto este dolor desmengua,
Y se libra de este aprieto
El que es honesto y secreto.

« No sé si acerté, hermosas pastoras, en cantar lo que habeis oído; pero sé muy bien que se supo aprovechar dello Artidoro, pues en todo el tiempo que en nuestra aldea estuvo, puesto que me habló muchas veces, fué con tanto recato, secreto y honestidad, que los ociosos ojos y lenguas parleras ni tuvieron ni vieron que decir cosa á que nuestra honra perjudicase. Mas con el temor que yo tenía que acabado el término que Artidoro había prometido de estar en nuestra aldea, se había de ir á la suya, procuré, aunque á costa de mi vergüenza, que no quedase mi corazon con lástima de haber callado lo que despues fuera excusado decirse estando Artidoro ausente. Y así, despues que mis ojos dieron licencia que los suyos hermosísimos amorosamente me mirasen, no estuvieron quedas las lenguas, ni dejaron de mostrar con palabras lo que hasta entónces por señas los ojos habían bien claramente manifestado. En fin, sabreis, amigas mías, que un día hallándome acaso sola con Artidoro, con señales de un encendido amor y comedimento me descubrió el verdadero y honesto amor que me tenía; y aunque yo quisiera entónces hacer de la retirada y melindrosa, por -

que temía, como ya os he dicho, que él se partiese, no quise desdeñarle ni despedirle, y tambien por parecerme que los sinsabores que se dan y sienten en el principio de los amores, son causa de que abandonen y dejen la comenzada empresa los que en sus deseos no son muy experimentados; y por esto yo le dí respuesta tal cual yo deseaba dársela, quedando en resolucion concertados en que él se fuese á su aldea, y que de allí á pocos dias con alguna honrosa tercería me enviase á pedir por esposa á mis padres; de lo que él fué tan contento y satisfecho, que no acababa de llamar venturoso el dia en que sus ojos me miraron. De mí os sé decir que no trocara mi contento por ningun otro que imaginar pudiera, por estar segura que el valor y calidad de Artidoro era tal, que mi padre sería contento de recibirle por yerno. En el dichoso punto que habeis oido, pastoras, estaba el de nuestros amores, que no quedaban sino dos ó tres dias á la partida de Artidoro, quando la fortuna, como aquella que jamás tuvo término en sus cosas, ordenó que una hermana mía de poco menos edad que yo, á nuestra aldea tornase de otra adonde algunos dias habia estado en casa de una tia nuestra, que mal dispuesta se hallaba; y por que considereis, señoras, cuán extraños y no pensados casos en el mundo suceden, quiero que entendais una cosa que creo no os dejará de causar alguna admiracion extraña; y es que esta hermana mía que os he dicho, que hasta entónces habia estado ausente, me parece tanto en el rostro, estatura donaire y brio, si alguno tengo, que no sólo los de nuestro lugar, sino nuestros mismos padres muchas veces nos han desconocido, y á la una por la otra hablado, de manera que para no caer en este engaño, por la diferencia de los vestidos, que diferentes eran, nos diferenciaban. En una cosa sola, á lo que yo creo, nos hizo bien diferentes la naturaleza, que fué en las condiciones, por ser la de mi hermana más áspera de lo que mi contento habia menester, pues por ser ella

ménos piadosa que advertida, tendré yo que llorar todo el tiempo que la vida me durare. Sucedió, pues, que luego que mi hermana vino al aldea, con el deseo que tenía de volver al agradable pastoral ejercicio suyo, madrugó luego otro día más de lo que yo quisiera, y con las ovejas propias que yo solía llevar, se fué al prado, aunque yo quise seguirla por el contento que se me seguía de la vista de mi Artidoro, con no sé qué ocasion mi madre me detuvo todo aquel día en casa, que fué el último de mis alegrías. Porque aquella noche, habiendo mi hermana recogido su ganado, me dijo como en secreto que tenía necesidad de decirme una cosa que mucho me importaba. Yo, que cualquiera otra pudiera pensar de la que me dijo, procuré que presto á solas nos viésemos, adonde ella con rostro algo alterado, estando yo colgada de sus palabras, me comenzó á decir: «No sé, hermana mía, lo que piense de tu honestidad ni ménos sé si calle lo que no puedo dejar de decirte, por ver si me das alguna disculpa de la culpa que imagino que tienes; y aunque yo, como hermana menor, estaba obligada á hablarte con más respeto, debes perdonarme, porque en lo que hoy he visto hallarás la disculpa de lo que te dijere.»

Cuando yo desta manera la oí hablar, no sabía qué responderle, sino decirle que pasase adelante con su plática. «Has de saber, hermana, signió ella, que esta mañana, saliendo con nuestras ovejas al prado, y yendo sola con ellas por la ribera de nuestro fresco Henares, al pasar por el alameda del concejo salió á mí un pastor, que con verdad osaré jurar que jamás le he visto en estos nuestros contornos; y con una extraña desenvoltura me comenzó á hacer tan amorosas salutations, que yo estaba con vergüenza y confusa, sin saber qué responderle; y él, no escarmentado del enojo, que á lo que yo creo en mi rostro mostraba, se llegó á mí diciéndome: «¿Qué silencio es este, hermosa Teolinda, último refugio desta ánima que os adora?» Y faltó poco que no me

tomó las manos para besármelas, añadiendo á lo que he dicho un catálogo de requiebros que parecía que los traía estudiados. Luego dí yo en la cuenta, considerando que él daba en el error en que otros muchos han dado, y que pensaba que con vos estaba hablando : de donde me nació sospecha que si vos, hermana, jamás le hubiéradéis visto ni familiarmente tratado, no fuera posible tener él atrevimiento de hablaros de aquella manera : de lo cual tomé tanto enojo, que apenas podía formar palabra para responderle ; pero al fin respondí de la suerte que su atrevimiento merecía, y cual á mí me pareció que estábades vos, hermana, obligada á responder á quien con tanta libertad os hablara ; y si no fuera porque en aquel instante llegó la pastora Licea, yo le añadiera tales razones, que fuera bien arrepentido de haberme dicho las suyas : y es lo bueno que nunca le quise decir el engaño en que estaba, sino que así creyó él que yo era Teolinda, como si con vos mesma estuviera hablando. En fin, él se fué llamándome ingrata, desagradecida y de poco conocimiento ; y á lo que yo puedo juzgar del semblante que él llevaba, á fe, hermana, que otra vez no ose á hablaros, aunque más sola os encuentre. Lo que deseo saber es, quién es este pastor, y qué conversacion ha sido la de entrambos, de do nace que con tanta desenvoltura él se atreviese á hablaros.» A vuestra mucha discrecion dejó, discretas pastoras, lo que mi alma sentiría oyendo lo que mi hermana me contaba ; pero al fin disimulando lo mejor que pude, le dije : « La mayor merced del mundo me has hecho, hermana Leonarda, que así se llamaba la turbadora de mi descanso, en haberme quitado con tus ásperas razones el fastidio y desasosiego que me daban las importunas dese pastor que dices : el cual es un forastero que habrá ocho dias que está en esta nuestra aldea, en cuyo pensamiento ha cabido tanta arrogancia y locura, que do quiera que me ve, me trata de la manera que has visto, dándose á entender que tiene granjeada mi voluntad ;

y aunque yo le he desengañado, quizá con más ásperas palabras de las que tú le dijiste, no por eso deja él de proseguir en su vano propósito: y á fe, hermana, que deseo que venga ya el nuevo día para ir á decirle que si no se aparta de su vanidad, que espere el fin della que mis palabras siempre le han significado.» Y así era la verdad, dulces amigas, que diera yo porque ya fuera el alba cuanto pedirseme pudiera, sólo por ir á ver á mi Artidoro y desengañarle del error en que había caído, temerosa que con la aceda y desabrida respuesta que mi hermana le había dado, él no se desdijese y hiciese alguna cosa que en perjuicio de nuestro concierto viniese. Las largas noches del escabroso Diciembre no dieron más pesadumbre al amante que del venidero día algun contento esperase, cuanto á mí me dió disgusto aquella, puesto que era de las escasas del verano, segun deseaba ver la nueva luz para ir á ver la luz por quien mis ojos veían. Y así, ántes que las estrellas perdiesen del todo la claridad, estando aún en duda si era de noche ó de día, forzada de mi deseo, con la ocasion de ir á apacentar las ovejas, salí del aldea, y dando más priesa al ganado de la acostumbrada para que caminase, llegué al lugar adonde otras veces solía hallar á Artidoro; el cual hallé solo y sin ninguno que dél noticia me diese, de que no pocos saltos me dió el corazon, que casi adivinó el mal que le estaba guardado. ¡ Cuántas veces, viendo que no le hallaba, quise con mi voz herir el aire, llamando el amado nombre de mi Artidoro, y decir: ¡ ven, bien mío, que yo soy la verdadera Teolinda, que más que á sí te quiere y ama! sino que el temor que de otro que de él fuesen mis palabras oídas, me hizo tener mas silencio del que quisiera; y así despues que hube rodeado una y otra vez toda la ribera y el soto del manso Henares, me senté cansada al pié de un verde sauce, esperando que del todo el claro sol con sus rayos por la faz de la tierra extendiese, para que con su claridad no quedase mata, cueva, espesura,

choza ni cabaña, que de mí mi bien no fuese buscado. Mas apenas había dado la nueva luz lugar para discernir los colores, cuando luego se me ofreció á los ojos un cortecido álamo blanco, que delante de mí estaba, en el cual y en otros muchos ví escritas unas letras, que luego conocí ser de la mano de Artidoro, allí fijadas; y levantándome con prisa á ver lo que decían, ví hermosas pastoras, que era esto:

Pastora en quien la belleza
En tanto extremo se halla
Que no hay á quien comparalla,
Sino á tu mesma crueza:
Mi firmeza y tu mudanza
Han sembrado á mano llena
Tus promesas en la arena,
Y en el viento mi esperanza.

Nunca imaginara yo
Que cupiera en lo que ví,
Tras un dulce alegre sí
Tan amargo y triste no;
Mas yo no fuera engañado,
Si pusiera en mi ventura
Así como en tu hermosura,
Los ojos que te han mirado.

Pues cuanto tu gracia extraña
Promete, alegre y concierta
Tanto turba y desconcierta
Mi desdicha, y enmaraña:
Unos ojos me engañaron,
Al parecer piadosos
¡Ay, ojos falsos, hermosos!
Los que os ven ¿en qué pecaron?

Díme, pastora cruel:
¿A quién no podrá engañar
Tu sabio honesto mirar
Y tus palabras de miel?
De mí ya está conocido,
Que con ménos que hicieras,
Días há que me tuvieras
Preso, engañado y rendido.

Las letras que fijaré
En esta áspera corteza ,
Crecerán con más firmeza
Que no ha crecido tu fe ;
La cual pusiste en la boca
Y en vanos prometimientos ,
No firme al mar y á los vientos
Como bien fundada roca.

Tan terrible y rigurosa
Como víbora pisada
Tan cruel como agraciada ,
Tan falsa como hermosa :
Lo que manda tu crueldad
Cumpliré sin más rodeo ,
Pues nunca fué mi deseo
Contrario á tu voluntad.

Yo moriré desterrado ,
Porque tú vivas contenta ;
Mas mira que amor no sienta
Del modo que me has tratado ;
Porque en amorosa danza ,
Aunque amor ponga estrechez ,
Sobre el compas de firmeza ,
No se sufre hacer mudanza.

Así como en la belleza
Pasas cualquiera mujer ,
Creí yo que en el querer
Fueras de mayor firmeza ;
Mas ya sé por mi pasión ,
Que quiso pintar natura
Un ángel en tu figura ,
Y el tiempo en tu condicion.

Si quieres saber do voy
Y el fin de mi triste vida ,
La sangre por mí vertida
Te llevará donde estoy ;
Y aunque nada no te cale
De nuestro amor y concierto ,
No niegues al cuerpo muerto
El triste y último vale.

Que bien serás rigurosa ,
Y más que un diamante dura ,
Si el cuerpo y la sepultura

No te vuelven piadosa :
Y en caso tan desdichado
Tendré por dulce partido ,
Si fui vivo aborrecido ,
Ser muerto y por tí llorado.

» ¿ Qué palabras serán bastantes , pastoras , para daros á entender el extremo de dolor que ocupó mi corazon , cuando claramente entendí que los versos que había leído eran de mi querido Artidoro ? Mas no hay para qué encarecérosle , pues no llegó al punto que era menester para acabarme la vida , la cual desde entónces acá tengo tan aborrecida , que no sentiría ni me podría venir mayor gusto que perderla . Los suspiros que entónces dí , las lágrimas , que derramé , las lástimas que hice , fueron tantas y tales , que ninguno me oyera , que por loca no me juzgara . En fin , yo quedé tal , que sin acordarme de lo que á mi honra debía , propuse de desamparar la cara patria , amados padres y queridos hermanos , y dejar con la guardia de sí mesmo el simple ganado mio ; y sin entretenerme en otras cuentas , mas que en aquellas que para mi gusto entendí ser necesarias , aquella mesma mañana , abrazando mil veces la corteza donde las manos de mi Artidoro habían llegado , me partí de aquel lugar con intencion de venir á estas riberas , donde sé que Artidoro tiene y hace su habitacion , por ver si ha sido tan inconsiderado y cruel consigo , que haya puesto en ejecucion lo que en los últimos versos dejó escrito : que si así fuese , desde aquí os prometo , amigas mías , que no sea menor el deseo y presteza con que le siga en la muerte , que ha sido la voluntad con que le he amado en la vida . Mas ¡ ay de mí ! Y cómo creo que no hay sospecha que en mi daño sea , que no salga verdadera ! Pues há ya nueve dias que á estas frescas riberas he llegado , y en todos ellos no he sabido nuevas de lo que deseo ; y quiera Dios que cuando las sepa , no sean las últimas que sospecho . Veis aquí , discretas zagalas , el lamentable suceso de mi ena-

morada vida. Ya os he dicho quién soy y lo que busco, si algunas sabeis de mi contento, así la fortuna os conceda el mayor que deseais, que no me lo negueis.» Con tantas lágrimas acompañaba la enamorada pastora las palabras que decía, que bien tuviera corazon de acero quien de ellas no se doliera. Galatea y Florisa, que naturalmente eran de condicion piadosa, no pudieron detener las suyas, ni ménos dejaron con las más blandas y eficaces razones que pudieron de consolarla, dándole por consejo que se estuviese algunos dias en su compañía, quizá haría la fortuna que en ellos algunas nuevas de Artidoro supiese; pues no permitiría el cielo que por tan extraño engaño acabase un pastor, tan discreto como ella le pintaba, el curso de sus verdes años; y que podría ser que Artidoro, habiendo con el discurso del tiempo vuelto á mejor discurso y propósito su pensamiento, volviese á ver la deseada patria y dulces amigos; y que por esto, allí mejor que en otra parte, podia tener esperanza de hallarle. Con estas y otras razones, la pastora algo consolada, holgó de quedarse con ellas, agradeciéndoles la merced que le hacían y el deseo que mostraban de procurar su contento. A esta sazón la serena noche, aguijando por el cielo el estrellado carro, daba señal que el nuevo día se acercaba; y las pastoras con el deseo y necesidad de reposo se levantaron, y del fresco jardín á sus estancias se fueron. Mas apenas el claro sol había con sus calientes rayos deshecho y consumido la cerrada niebla que en las frescas mañanas por el aire suele extenderse, cuando las tres pastoras, dejando los ociosos lechos, al usado ejercicio de apacentar su ganado se volvieron con harto diferentes pensamientos Galatea y Florisa del que la hermosa Teolinda llevaba, la cual iba tan triste y pensativa, que era maravilla. Y á esta causa, Galatea, por ver si podría en algo divertirla, le rogó que, puesta aparte un poco la melancolía, fuese servida de cantar algunos versos al son de la zampaña de Florisa. A esto res-

pondió Teolinda : « Si la mucha causa que tengo de llorar , con la poca que de cantar tengo , entendiera que en algo se menguara , bien pudieras , hermosa Galatea , perdonarme , porque no hiciera lo que me mandas ; pero por saber ya por experiencia que lo que mi lengua cantando pronuncia , mi corazon llorando lo soleniza , haré lo que quieres , pues en ello , sin ir contra mi deseo , satisfaré el tuyo. » Y luego la pastora Florisa tocó su zampoña , á cuyo son Teolinda cantó este soneto :

TEOLINDA.

« Sabido he por mi mal adónde llega
La cruda fuerza de un notorio engaño ,
Y cómo amor procura con mi daño
Darme la vida , que el temor me niega.

Mi alma de las carnes se despega ,
Siguiendo aquella que por hado extraño
La tiene puesta en pena , en mal tamaño
Que el bien la turba y el dolor sosiega.

Si vivo , vivo en fe de la esperanza ,
Que aunque es pequeña y débil , se sustenta ,
Siendo á la fuerza de mi amor asida.

¡ Oh firme comenzar , frágil mudanza ,
Amarga suma de una dulce cuenta ,
Cómo acabais por términos la vida !

No había bien acabado de cantar Teolinda el soneto que habeis oído cuando las tres pastoras sintieron á su mano derecha por la ladera del fresco valle el son de una zampoña , cuya suavidad era de suerte , que todas se suspendieron y pararon para con más atencion gozar de la suave armonía. Y de allí á poco oyeron que al son de la zampoña el de un pequeño rabel se acordaba con tanta gracia y destreza , que las dos pastoras Galatea y Florisa estaban suspensas , imaginando qué pastores podrían ser los que tan acordadamente sonaban , porque bien vieron que ninguno de los que ellas conocían , si Elicio no , era en la

música tan diestro. A esta sazón dijo Teolinda. «Si los oídos no me engañan, hermosas pastoras, yo creo que tenéis hoy en vuestras riberas á los dos nombrados y famosos pastores Tirsi y Damon; naturales de mi patria; á lo menos Tirsi, que en la famosa Compluto, villa fundada en las riberas de nuestro Henares, fué nacido; y Damon, su íntimo y perfecto amigo, si no estoy mal informada, de las montañas de Leon trae su origen, y en la nombrada Mantua Carpentánea fué criado: tan aventajados los dos en todo género de discrecion, ciencia y loables ejercicios, que no sólo en el circuito de nuestra comarca son conocidos, pero por todo el de la tierra conocidos y estimados: y no penseis, pastoras, que el ingenio destes dos pastores sólo se extiende en saber lo que al pastoral estado le conviene; porque pasa tan adelante, que lo escondido del cielo y lo no sabido de la tierra por términos y modos concertados enseñan y disputan; y estoy confusa en pensar qué causa les habrá movido á dejar Tirsi su dulce y querida Fili, y á Damon su hermosa y honesta Amarili: Fili de Tirsi, Amarili de Damon, tan amadas, que no hay en nuestra aldea ni en los contornos della persona, ni en la campaña bosque, prado, fuente ó rio, que de sus encendidos y honestos amores no tengan entera noticia.

— Deja por ahora, Teolinda, dijo Florisa, de alabarnos estos pastores, que más nos importa escuchar lo que vienen cantando, pues no menor gracia me parece que tienen en la voz que en la música de los instrumentos.

— Pues ¿qué direis, replicó Teolinda, cuando veais que todo eso sobrepuja la excelencia de su poesía, la cual es de manera, que al uno ya le ha dado renombre de divino, y al otro de más que humano?» Estando en estas razones las pastoras, vieron que por la ladera del valle por donde ellas mismas iban se descubrían dos pastores de gallarda disposicion y extremado brio, de poco más edad el uno que el otro; tan bien vestidos, aunque pas-

torilmente, que más parecían en su talle y apostura bizzarros cortesanos, que serranos ganaderos. Traía cada uno un bien tallado pellico de blanca y finísima lana, guarnecidos de leonado y pardo, colores á quien sus pastoras eran mas aficionadas; pendían de sus hombros sendos zurrone, no ménos vistosos y adornados que los pellicos; venían de verde laurel y fresca hiedra coronados, con los retorcidos cayados debajo del brazo puestos; no traían compañía alguna, y tan embebecidos en su música venían, que estuvieron gran espacio sin ver á las pastoras, que por la mesma ladera iban caminando, no poco admiradas del gentil donaire y gracia de los pastores, los cuales con concertadas voces, comenzando el uno y replicando el otro, esto que se sigue cantaban:

DAMON. — TIRSI.

D. Tirsi, que el solitario cuerpo alejas
Con atrevido paso, aunque forzoso,
De aquella luz con quien el alma dejas:
¿Cómo en son no te dueles doloroso,
Pues hay tanta razon para quejarte
Del fiero turbador de tu reposo?

T. Damon, si el cuerpo miserable parte
Sin la mitad del alma en la partida,
Dejando de ella la mas alta parte,
¿De qué virtud ó sér será movida
Mi lengua, que por muerta ya la cuento,
Pues con el alma se quedó la vida?

Y aunque nuestro que veo, oigo y siento,
Fantasma soy por el amor formada,
Que con sola esperanza me sustento.

D. ¡Oh Tirsi venturoso, y qué envidiada
Es tu suerte de mí con causa justa,
Por ser de las de amor mas extremada!

A tí sola la ausencia te disgusta,
Y tienes el arrimo de esperanza,
Con quien el alma en sus desdichas gusta.

Pero ; ay de mí , que adonde voy me alcanza
La fría mano del temor esquivo ,
Y del desden la rigurosa lanza !

Ten la vida por muerte , aunque más viva
Se te muestre , pastor ; que es cual la vela ,
Que cuando muere , mas su luz aviva.

Ni con el tiempo que ligero vuela ,
Ni con los medios que el ausencia ofrece
Mi alma fatigada se consuela.

T. El firme y puro amor jamás descrece
En el discurso de la ausencia amarga ,
Antes en fe de la memoria crece.

Así que en el ausencia corta ó larga ,
No ve remedio , el amador perfecto ,
De dar alivio á la amorosa carga.

Que la memoria puesta en el objeto
Que amor puso en el alma , representa
La amada imágen viva al intelete.

Y allí en blando silencio le da cuenta
De su bien ó su mal , segun la mira
Amorosa , ó de amor libre y exenta.

Y si ves que mi alma no suspira ,
Es porque veo á Fili acá en mi pecho ,
De modo que á cantar me llama y tira.

D. Si en el hermoso rostro algun despecho
Vieras de Fili cuando te partiste
Del bien que así te tiene satisfecho ,

Yo sé , discreto Tirsi , que tan triste
Vinieras como yo cuitado vengo ,
Que ví al contrario de lo que tú viste.

T. Damon , con lo que he dicho me entretengo ,
Y el extremo del mal de ausencia templo ,
Y alegre voy , si voy , si quedo ó vengo ,

Que aquella que nació por vivo ejemplo ,
De la inmortal belleza acá en el suelo
Digna de mármol , de corona y templo ,

Con su rara virtud y honesto celo
Así los ojos codiciosos ciega ,
Que de ningun contrario me recelo.

La estrecha sujecion que no le niega

Mi alma al alma suya , el alto intento ,
Que sólo en la adorar pára y sosiega ,

El tener deste amor conocimiento ,
Fili , y corresponder á fe tan pura
Destierran el dolor , traen el contento.

D. Dichoso Tirsi , Tirsi con ventura ,
De la cual gocés siglos prolongados
En amoroso gusto , en paz segura :

Yo , á quien los cortos implacables hados
Trujeron á un estado tan incierto ,
Pobre en el merecer , rico en cuidados ,

Bien es que muera ; pues , estando muerto ,
No temeré á Amarili rigurosa ,
Ni del ingrato amor el desconcierto.

¡ Oh más que el cielo , oh más que el sol hermosa ,
Y para mí más dura que un diamante ,
Presta á mi mal , y al bien muy perezosa !

¿ Cuál ábrego , cuál cierzo , cuál levante ,
Te sopló de aspereza que así ordenas ,
Que huiga el paso , y no te esté delante ?

Yo moriré , pastora , en las ajenas
Tierras , pues tu lo mandas , condenado
A hierros , muerte , yugos y cadenas.

T. Pues con tantas ventajas te ha dotado ,
Damon amigo , el piadoso cielo
De un ingenio tan vivo y levantado ;

Templa con él el llanto , templa el duelo ,
Considerando bien , que no contino
Nos quema el sol , ni nos enfria el hielo.

Quiero decir que no sigue un camino
Siempre con pasos llanos reposados
Para darnos el bien nuestro destino.

Que alguna vez por trances no pensados ,
Lejos al parecer de gusto y gloria ,
Nos lleva á mil contentos regalados.

Revuelve , dulce amigo , la memoria
Por los honestos gustos que algun tiempo
Amor te dió por prendas de victoria.

Y si es posible , busca un pasatiempo
Que al alma engañe , en tanto que se pasa
Este desamorado airado tiempo.

D. Al hielo que por término me abrasa,
Y al fuego que sin término me hiela,
¿Quién le pondrá, pastor, término ó tasa?

En vano cansa, en vano se desvela
El desfavorecido que procura
A su gusto cortar de amor la tela,
Que si sobra en amor falta en ventura.

Aquí cesó el extremado canto de los agraciados pastores, pero no en el gusto que las pastoras habían recibido en escucharle; ántes quisieran que tan presto no se acabara, por ser de aquellos que no todas veces suelen oírse. A esta sazón los dos gallardos pastores encaminaban sus pasos hácia donde las pastoras estaban, de que pesó á Teolinda, porque temió ser dellos conocida, y por esta causa rogó á Galatea que de aquel lugar se desviasen: ella lo hizo, y ellos pasaron, y al pasar oyó Galatea que Tirsi á Damon decía: «Estas riberas, amigo Damon, son en las que la hermosa Galatea apacienta su ganado, y adonde trae el suyo el enamorado Elicio, íntimo y particular amigo tuyo, á quien dé la ventura tal suceso en sus amores, cuanto merecen sus honestos y buenos deseos. Yo ha muchos días que no se en qué términos le trae su suerte; pero segun he oído decir de la recatada condicion de la discreta Galatea, por quien él muere, temo que mas aina debe de estar quejoso que satisfecho.

—No me maravillaría yo de esto, respondió Damon, porque en cuantas gracias y particulares dones con que el cielo enriqueció á Galatea, al fin la hizo mujer, en cuyo frágil sujeto no se halla todas veces el conocimiento que se debe, y el que ha menester el que por ellas lo ménos que aventura es la vida. Lo que yo he oído decir de los amores de Elicio es, que él adora á Galatea, sin salir del término que á su honestidad se debe, y que la discrecion de Galatea es tanta, que no da muestras de querer ni de aborrecer á Elicio, y así debe de andar el desdichado sujeto á mil contrarios accidentes, esperando en el tiempo

y la fortuna medios harto perdidos, que le alarguen ó acorten la vida, de los cuales está mas cierto el acortarla que entretenerla.» Hasta aquí pudo oir Galatea de lo que della y de Elicio los pastores tratando iban, de que no recibió poco contento, por entender que lo que la fama de sus cosas publicaba, era lo que á su limpia intencion se debía; y desde aquel punto determinó de no hacer por Elicio cosa que diese ocasion á que la fama no saliese verdadera en lo que de sus pensamientos publicaba. A este tiempo los dos bizarros pastores con vagarosos pasos poco á poco hácia el aldea se encaminaban, con deseo de hallarse á las bodas del venturoso pastor Daranio, que con Silveria de los verdes ojos se casaba; y ésta fué una de las causas por que ellos habían dejado sus rebaños, y al lugar de Galatea se venían; pero ya que les faltaba poco del camino, á la mano derecha dél sintieron el son de un rabel que acordaba y suavemente sonaba, y parándose Damon trabó á Tirsi del brazo, diciéndole: «Espera, escucha un poco, Tirsi, que si los oidos no me mienten, el son que á ellos llega es el rabel de mi buen amigo Elicio, á quien dió naturaleza tanta gracia en muchas y diversas habilidades, cuanto las oirás si le escuchas y conocerás si le tratas.

—No creas, Damon, respondió Tirsi, que hasta agora estoy por conocer las buenas partes de Elicio, que dias há que la fama me las tiene bien manifestadas; pero calla agora, y escuchemos si canta alguna cosa que del estado de su vida nos dé algun manifestó indicio.

—Bien dices, replicó Damon, mas será menester, para que mejor le oigamos, que nos lleguemos por entre estas ramas de modo que sin ser vistos dél de más cerca le escuchemos.» Hiciéronlo así y pusieronse en parte tan buena, que ninguna palabra que Elicio dijo ó cantó, dejó de ser dellos oida y aun notada. Estaba Elicio en compañía de su amigo Erastro, de quien pocas veces se apartaba por el entretenimiento y gusto que de su buena con-

versacion recibía, y todos ó los más ratos del día en cantar y tañer se les pasaba; y á este punto, tocando su rabel Elicio y su zampogna Erastro á estos versos dió principio Elicio.

ELICIO.

Rendido á un amoroso pensamiento
 Con mi dolor contento,
 Sin esperar más gloria,
 Sigo la que persigue mi memoria,
 Porque con tino en ella se presenta
 De los brazos de amor libre y exenta.
 Con los ojos del alma aún no es posible
 Ver el rostro apacible
 De la enemiga mía,
 Gloria y honor de cuanto el cielo cria,
 Y los del cuerpo quedan sólo en vella
 Ciegos, por haber visto el sol en ella.
 ¡ Oh dura servidumbre, aunque gustosa !
 ¡ Oh mano poderosa
 De amor, que así pudiste
 Quitarme, ingrato, el bien que prometiste
 De hacerme, cuando libre me burlaba
 De ti, del arco tuyo y de tu aljaba !
 ¡ Cuánta belleza, cuánta blanca mano
 Me mostraste tirano !
 ¡ Cuánto te fatigaste
 Primero que á mi cuello el lazo echaste :
 Y aún quedarás vencido en la pelea,
 Si no hubiera en el mundo Galatea.
 Ella fue sola la que sola pudo
 Rendir el golpe crudo
 De corazon exento
 Y avasallar el libre pensamiento,
 El cual, si á su querer no se rindiera,
 Por de mármol ó acero le tuviera.
 ¿ Qué libertad puede mostrar su fuero
 Ante el rostro severo
 Y más que el sol hermoso
 De la que turba y causa mi reposo ?
 ¡ Ay rostro, que en el suelo

Descubres cuanto bien encierra el cielo !

¿Cómo pudo juntar naturaleza

Tal rigor y aspereza

Con tanta hermosura,

Tanto valor y condición tan dura?

Mas mi dicha consiente

En mi daño juntar lo diferente.

Esle tan fácil á mi corta suerte

Ver con la amarga muerte

Junta la dulce vida,

Y estar su mal á do su bien anida,

Que entre contrarios veo

Que mengua la esperanza, y no el deseo.

No cantó mas el enamorado pastor, ni quisieron más detenerse Tirsi y Damon, ántes haciendo gallarda é imprevista muestra, hacía donde estaba Elicio se fueron, el cual como los vió, conociendo á su amigo Damon, con increíble alegría le salió á recibir, diciéndole: «¿Qué ventura ha ordenado, discreto Damon, que la des tan buena con tu presencia á estas riberas, que grandes tiempos ha que te desean?

— No puede ser sino buena, respondió Damon, pues me ha traído á verte ; oh Elicio ! cosa que yo estimo en tanto cuanto es el deseo que de ello tenía, y la larga ausencia y la amistad que te tengo me obligaba ; pero si por alguna cosa puedes decir lo que has dicho, es porque tienes delante al famoso Tirsi, gloria y honor del castellano suelo.» Cuando Elicio oyó decir que aquel era Tirsi, de él solamente por fama conocido, recibíéndole con mucha cortesía, le dijo : « Bien conforma tu agradable semblante, nombrado Tirsi, con lo que de tu valor y discrecion en las cercanas y apartadas tierras la parlera fama pregonar ; y así, á mí á quien tus escritos han admirado é inclinado á desear conocerte y servirte, puedes de hoy más tener y tratar como verdadero amigo.

— Es tan conocido lo que yo gano en eso, respondió Tirsi, que en vano pregonaría la fama lo que la afición

que me tienes te hace decir que de mi pregonera, si no conociese la merced que me haces en querer ponerme en el número de tus amigos ; y porque entre los que lo son , las palabras de comedimiento han de ser excusadas , cesen las nuestras en este caso , y den las obras testimonio de nuestras voluntades.

— La mía será contino de servirte , replicó Elicio , como lo verás ; oh Tirsi ! si el tiempo ó la fortuna me ponen en estado que valga algo para ello : porque el que agora tengo , puesto que no le trocaría con otro de mayores ventajas , es tal , que apenas me deja con libertad , de ofrecer el deseo.

— Teniendo como tienes el tuyo en lugar tan alto , dijo Damon , por locura tendría procurar bajarle á cosa que ménos fuese ; y así , amigo Elicio , no digas mal del estado en que te hallas , porque yo te prometo , que cuando se comparase con el mio , hallaría yo ocasion de tenerte más envidia que lástima.

— Bien parece , Damon , dijo Elicio , que ha muchos dias que faltas destas riberas , pues no sabes lo que en ellas amor me hace sentir ; y si esto no es , no debes conocer , ni tener experiencia de la condicion de Galatea , que si della tuvieses noticia , trocarías en lástima la envidia que de mi tendrías.

— Quien ha gustado de la condicion de Amarili , ¿ qué cosa nueva puede esperar de la de Galatea ? respondió Damon.

— Si la estada tuya en estas riberas , replicó Elicio , fuere tan larga como yo deseo , tú , Damon , conocerás y verás en ellas , y oirás en otras como andan en igual balanza su crueldad y gentileza : extremos que acaban la vida al que su desventura trujo á términos de adorarla.

— En las riberas de nuestro Henares , dijo á esta sazón Tirsi , más fama tenía Galatea de hermosa que de cruel ; pero sobre todo se dice que es discreta ; y si ésta es la verdad , como lo debe ser , de su discrecion nace el cono-

cerse, y de conocerse estimarse, y de estimarse no querer perderse, y del no querer perderse viene el no querer contentarte; y viendo tú, Elicio, cuán mal corresponde á tus deseos, das nombre de crueldad á lo que debías llamar honroso recato; y no me maravillo, que en fin es condicion propia de los enamorados poco favorecidos.

— Razon tendrías en lo que has dicho; oh Tirsi! replicó Elicio, cuando mis deseos se desviarán del camino que á su honra y honestidad conviene; pero si van tan medidos como á su valor y crédito se debe, ¿de qué sirve tanto desden, tan amargas y desabridas respuestas, y tan á la clara esconder el rostro al que tiene puesta toda su gloria en sólo verle? ¡Ay Tirsi, Tirsi!; y cómo te debes tener el amor puesto en lo alto de sus contentos, pues con tan sossegado espíritu hablas de sus efectos! No sé yo como viene bien lo que tú agora dices, con lo que un tiempo decias cuando cantabas:

¡ Ay de cuán ricas esperanzas vengo
Al deseo más pobre y encogido !

con lo demas que á esto añadiste. » Hasta este punto había estado callando Erastro, mirando lo que entre los pastores pasaba, admirado de ver su gentil donaire y apostura con las muestras que cada uno daba de la mucha discrecion que tenía. Pero viendo que de lance en lance á razonar de casos de amor se habían reducido, como aquel que tan experimentado en ellos estaba, rompió el silencio, y dijo: «Bien creo, discretos pastores, que la larga experiencia os habrá mostrado que no se puede reducir á continuado término la condicion de los enamorados corazones, los cuales como se gobiernan por voluntad ajena, á mil contrarios accidentes están sujetos; y así tú, famoso Tirsi, no tienes de qué maravillarte de lo que Elicio ha dicho, ni él tampoco de lo que tú dices, ni traer por ejem-

plo aquello que él dice que cantabas, ni ménos lo que yo sé que cantaste cuando dijiste :

La amarillez y la flaqueza mía,

donde claramente mostrabas el afligido estado que entón-ces poseías, porque de allí á poco llegaron á nuestras cabafias las nuevas de tu contento, solenizadas en aquellos versos tan nombrados tuyos, que si mal no me acuerdo comenzaban :

Sale el aurora, y de su fértil mano.

Por do claro se conoce la diferencia que hay de tiempos á tiempos, y como con ellos suele mudar amor los estados, haciendo que hoy se ría el que ayer lloraba, y que mañana llóre el que hoy ríe. Y por tener yo tan conocida esta su condicion, no puede la aspereza y desden zahareño de Galatea acabar de arribar mis esperanzas, puesto que yo no espero de ella otra cosa, sino es que se contente de que yo la quiera.

— El que no esperase buen suceso de un tan enamorado y medido deseo como el que has mostrado; oh pastor! respondió Damon, renombre más que de desesperado merecía: por cierto que es gran cosa lo que de Galatea pretendes. Pero dime, pastor, así ella te la conceda: ¿es posible que tan á regla tienes tu deseo, que no se adelanta á desear más de lo que has dicho?

— Bien puedes creerle, amigo Damon, dijo Elicio, por que el valor de Galatea no da lugar á que de ella otra cosa se desee ni se espere, y aun ésta es tan difícil de obtenerse, que á veces á Erastro se entibia la esperanza y á mí se enfria, de manera que él tiene por cierto, y yo por averiguado, que primero ha de llegar la muerte que el cumplimiento della. Mas porque no es razon recibir tan honrados huéspedes con los amargos cuentos de nuestras

miserias, quédense ellas aquí, y recojámonos al aldea, donde descansareis del pesado trabajo del camino, y con más sosiego, si de ello gustáredes, entenderéis el desasosiego nuestro». Holgaron todos de acomodarse á la voluntad de Elicio, el cual y Erastro recogiendo sus ganados, puesto que era algunas horas ántes de lo acostumbrado, en compañía de los dos pastores, hablando en diversas cosas, aunque todas enamoradas, hacía el aldea se encaminaron. Mas como todo el pasatiempo de Erastro era tañer y cantar, así por esto como por el deseo que tenía de saber si los dos nuevos pastores lo hacían tan bien como de ellos se sonaba, por moverlos y convidarlos á que otro tanto hiciesen, rogó á Elicio, que su rabel tocase, al son del cual así comenzó á cantar.

ERASTRO.

Ante la luz de unos serenos ojos
Que al sol dan luz con queda luz al suelo,
Mi alma así se enciende, que recelo
Que presto tendrás, muerte, sus despojos.

Con la luz se conciertan los manojos
De aquellos rayos del señor de Delo:
Tales son los cabellos de quien suelo
Adorar su beldad puesto de hinojos.

¡ Oh clara luz, oh rayos del sol claro,
Antes el mismo sol ! de vos espero
Sólo que consintais que Erastro os quiera.

Si en esto el cielo se me muestra avaro,
Antes que acabe del dolor que muero,
Haced ¡ oh rayos ! que de un rayo muera.

No les pareció mal el soneto á los pastores, ni les descontentó la voz de Erastro, que puesto que no era de las muy extremadas, no dejaba de ser de las acordadas, y luego Elicio, movido del ejemplo de Erastro, le hizo que tocase su zampogna, al son de la cual este soneto dijo:

CERVANTES.— *La Galatea*.

ELICIO.

¡ Ay , que al alto designio que se cría
En mi amoroso firme pensamiento ,
Contradicen el cielo , el fuego , el viento ,
La agua , la tierra y la enemiga mía !
Contrarios son de quien temer debía ,
Y abandonar la empresa y sano intento ;
Mas ¿ quién podrá estorbar lo que el violento
Hado implacable quiere , amor porfía ?
El alto cielo , amor , el viento , el fuego ,
La agua , la tierra y mi enemiga bella ,
Cada cual con fuerza , y con mi hado ,
Mi bien estorbe , esparza , abrase , y luego
Deshaga mi esperanza ; que áun sin ella
Imposible es dejar lo comenzado .

En acabando Elicio , luego Damon , al son de la mesma
zampoña de Erastro , desta manera comenzó á cantar .

DAMON.

Mas blando fuí que no la blanda cera ,
Cuando imprimí en mi alma la figura
De la bella Amarili , esquivá y dura ,
Cual duro mármol ó silvestre fiera .
Amor me puso entónce en la esfera
Más alta de su bien y su ventura :
Agora temo que la sepultura
Ha de acabar mi presuncion primera
Arrimóse el amor á la esperanza ,
Cual vid al olmo , y fué subiendo apriesa ,
Mas faltóle el humor y cesó el vuelo :
No el de mis ojos , que por larga usanza
Fortuna sabe bien , que jamás cesa
De dar tributo al rostro , al pecho , al suelo .

Acabó Damon ; y comenzó Tírsi al son de los instru-
mentos de los tres pastores á cantar este soneto .

TIRSI.

Por medio de los filos de la muerte
Rompí mi fe, y á tal punto he llegado,
Que no envidio el más alto y rico estado
Que encierra humana venturosa suerte.
Todo esté bien nació de sólo verte,
Hermosa Fili; oh Fili! á quien el hado
Dotó de un sér tan raro y extremado,
Que en risa el llanto, el mal en bien convierte.
Como amansa el rigor de la sentencia,
Si el condenado el rostro del rey mira,
Y es ley que nunca tuerce su derecho;
Así ante tu hermosísima presencia
La muerte huye, el daño se retira,
Y deja en su lugar vida y provecho.

Al acabar Tirsi, todos los instrumentos de los pastores formaron tan agradable música, que causaba grande contento á quien la oía, y más ayudándoles de entre las espesas ramas mil suertes de pintados pajarillos, que con divina armonía parece que como á coros les iban respondiendo. Desta suerte habían caminado un trecho, cuando llegaron á una antigua ermita que en la ladera de un montecillo estaba, no tan desviada del camino, que dejase de oírse el son de un arpa que dentro al parecer tañían, el cual oído por Erastro, dijo: « Deteneos, pastores, que según pienso, hoy oiremos todos lo que há días yo deseo oír, que es la voz de un agraciado mozo que dentro de aquella ermita habrá doce ó catorce días se ha venido á vivir una vida más áspera de lo que á mí me parece que puedan llevar sus pocos años, y algunas veces que por aquí he pasado, he sentido tocar un arpa y entonar una voz tan suave, que me ha puesto en grandísimo deseo de escucharla; pero siempre he llegado á punto que él le ponía en su canto; y aunque con hablarle he procurado hacerme su amigo, ofreciéndole á su servicio todo

lo que valgo y puedo, nunca he podido acabar con él que me descubra quién es, y las causas que le han movido á venir de tan pocos años á ponerse en tanta soledad y estrechez. Lo que Erastro decía del mozo y nuevo ermitaño, puso en los pastores el mismo deseo de conocerle que él tenía, y así acordaron de llegarse á la ermita de modo que sin ser sentidos pudiesen entender lo que cantaba ántes que llegasen á hablarle; y haciéndolo así, les sucedió tan bien, que se pusieron en parte donde, sin ser vistos ni sentidos, oyeron que al son de la arpa el que estaba dentro semejantes versos decía.

Si han sido el cielo, amor y la fortuna
Sin ser de mí ofendidos,
Contentos de ponerme en tal estado,
En vano al aire envío mis gemidos :
En vano hasta la luna
Se vió mi pensamiento levantado.
¡ Oh riguroso hado !
¡ Por cuán extrañas desusadas vías
Mis dulces alegrías
Han venido á parar en tal extremo
Que estoy muriendo, y áun la vida temo !
Contra mí mismo estoy ardiendo en ira,
Por ver que sufro tanto
Sin romper este pecho, y dar al viento
Esta alma, que en mitad del duro llanto
Al corazon retira
Las últimas reliquias del aliento ;
Y allí de nuevo siento
Que acude la esperanza á darme fuerza,
Y aunque fingida á mi vivir es fuerza.
Y no es piedad del cielo, porque ordena
A larga vida dar más larga pena.
Del caro amigo el lastimado pecho
Enterneció este mío,
Y la empresa difícil tomé á cargo.
¡ Oh discreto fingir de desvarío !
¡ Oh nunca visto hecho !
¡ Oh caso gustosísimo y amargo !
¡ Cuán dadivoso y largo

Amor se me mostró por bien ajeno ,
Y cuán avaro y lleno
De temor y lealtad para conmigo !
Pero á más nos obliga un firme amigo.

Injustas pagas , voluntades justas
A cada paso vemos
Dadas por mano de fortuna esquivá ,
Y de tí , falso amor , de quien sabemos
Que te alegras y gustas
De que un firme amador muriendo viva ,
Abrasadora y viva
Llama se enciende en tus ligeras alas ,
Y las buenas y malas
Saetas en cenizas se resuelvan ,
O al dispararlas contra tí se vuelvan.
¿ Por qué camino , con qué fraude y maña ,
Por qué extraño rodeo
Entera posesion de mí tomaste ?
Y ¿ cómo en mi piadoso alto deseo ,
Y en mis limpias entrañas
La sana voluntad , falso , trocaste ?
¿ Juicio habrá que baste
A llevar en paciencia el ver , perjuro ,
Que entré libre y seguro
A tratar de tus glorias y tus penas ,
Y agora al cuello sienta tus cadenas ?

Mas no de tí , sino de mí sería
Razon que me quejase ,
Que á tu fuego no hice resistencia.
Yo me entregué , yo hice que soplase
El viento que dormía
De la ocasion con furia y violencia :
Justísima sentencia
Ha dado el cielo contra mí que muera ,
Aunque sólo se espera
De mi infelice hado y desventura ,
Que no acabe mi mal la sepultura.

¡ Oh amigo dulce , oh dulce mi enemiga ,
Timbrio , y Nísida bella ,
Dichosos juntamente y desdichados !
¿ Cuál dura , inicua inexorable estrella
De mi daño enemiga ;
Cuál fuerza injusta de implacables hados

Nos tiene así apartados ?
¡ Oh miserable , humana , fragil suerte !
¡ Cuán presto se convierte
En súbito pesar una alegría ,
Y sigue oscura noche al claro día !
De la inestabilidad de la mudanza
De las humanas cosas
¿Cuál será el atrevido que se fie ?
Con alas vuela el tiempo presurosas ,
Y tras sí la esperanza
Se lleva del que llora y del que rie ;
Y ya que el cielo envíe
Su favor , sólo sirve al que con celo
Santo levanta al cielo
El alma en fuego de su amor deshecha ,
Y al que no más le daña que aprovecha.
Yo como puedo , buen Señor , levanto
La una y otra palma ,
Los ojos , la intencion al cielo santo ,
Por quien espera el alma
Ver vuelto en risa su continuo llanto.

Con un profundo suspiro dió fin al lastimado canto el recogido mozo , que dentro en la ermita estaba ; y sintiendo los pastores que adelanté no proseguía , sin detenerse más , todos juntos entraron en ella , donde vieron á un cabo sentado encima de una dura piedra á un dispuesto y agraciado mancebo , al parecer de edad de veinte y dos años , vestido de un tosco buriel , con los pies descalzos y una áspera sogá ceñida al cuerpo , que de cordon le servía. Estaba con la cabeza inclinada á un lado , y la una mano asida de la parte de la túnica que sobre el corazón caía , y el otro brazo á la otra parte flojamente derribado , y por verle de esta manera , y por no haber hecho movimiento al entrar de los pastores , claramente conocieron que desmayado estaba , como era la verdad , porque la profunda imaginacion de sus miserias muchas veces á semejante término le conducía. Llegóse á él , Erastro , y trabándole recio del brazo , le hizo volver en sí , aunque

tan desacordado, que parecía que de un pesado sueño recordaba, las cuales muestras de dolor, no pequeño le causaron á los que lo veían, y luego Erastro le dijo: «¿Qué es esto, señor, que es lo que siente vuestro fatigado pecho? No dejéis de decirlo, que presentes tenéis quien no rehusarán fatiga alguna por dar remedio á la vuestra.

— No son esos, respondió el mancebo con voz algo desmayada, los primeros ofrecimientos que me has hecho, ni aún serían los últimos que yo acertase á servir si pudiese; pero háme traído la fortuna á términos, que ni ellos pueden aprovecharme, ni yo satisfacerlos más de con el deseo. Este puedes tomar en cuenta del bueno que me ofreces; y si otra cosa de mí deseas saber, el tiempo que no encubre nada, te dirá más de lo que yo quisiera.

— Si al tiempo dejás que me satisfaga de lo que me dices, respondió Erastro, poco debe agradecerse tal paga; pues él á pesar nuestro echa en las plazas lo más secreto de nuestros corazones. » A este tiempo todos los demás pastores le rogaron que la ocasion de su tristeza les contase, especialmente Tirsi, que con eficaces razones le persuadió y dió á entender que no hay mal en esta vida que con ella su remedio no se alcanzase, si ya la muerte, atajadora de los humanos discursos, no se opone á ellos; y á esto añadió otras palabras, que al obstinado mozo movieron á que con las suyas hiciese satisfechos á todos de lo que dél saber deseaban, y así les dijo: «Puesto que á mí me fuera mejor, ¡oh agradable compañía! vivir lo poco que me queda de vida sin ella, y haberme recogido á mayor soledad de la que tengo, todavía por no mostrarme esquivo á la voluntad que me habeis mostrado, determino de contaros todo aquello que entiendo bastará, y los términos por donde la mudable fortuna me ha traído al estrecho estado en que me hallo; pero porque me parece que es ya algo tarde, y segun mis desventuras son muchas, sería posible que ántes de contároslas la noche sobreviniese, será bien que todos juntos á la aldea nos

vamos, pues á mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenía determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudiéremos, os haré ciertos de mis desgracias.» A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decía, y poniéndole en medio de ellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

« En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrio, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondría. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vías que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocían el nombre de Timbrio y el de Silerio, que es el mío, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increíble gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entretiéndonos, hasta que un día (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrio un pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrio le fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo dándole aviso que le hallaría en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agra-

vio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrio desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla se avisase á Timbrio. Ordenó más mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podía, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no poco descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaría, dejándome con más pena que yo sabré ahora significaros. Mas al cabo de pocos dias, pudiendo en mí más el deseo que de verle tenía, que no la flaqueza que me fatigaba, me puse luego en camino; y para que con más brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venía, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partían, me desembarqué con solo un amigo y un criado mio: y no creo que debí de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban, viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecía, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fué como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo, y así me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi

viaje por tierra eran necesarias ; más considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba , acordé de volverme á Barcelona , adonde como ciudad más grande podría ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba , correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amanecióme en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efeto aguardaba á que el dia más se levantara , y estando á punto de partirme , sentí un grande estruendo por la tierra , y que toda la gente corría á la calle más principal del pueblo ; y preguntando á uno qué era aquello , me respondió : « Llegáos, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabreis lo que deseais. » Hícelo así , y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo , y en mucho tumulto de gente , señales que algun sentenciado á muerte entre ellos venia , todo lo que me certificó la voz del pregonero , que declaraba que por haber sido salteador y bandolero , la justicia mandaba ahorcar un hombre , que como á mí llegó , luego conocí que era el de mi buen amigo Timbrio , el cual venía á pié con unas esposas á las manos y una soga á la garganta , los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba , diciendo y protestando á los clérigos que con él iban , que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios , cuyo retrato delante de los ojos tenía , que nunca , en todo el discurso de su vida , había cometido cosa por donde públicamente mereciese recibir tan ignominiosa muerte , y que á todos rogaba , rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban.

» Considérese aquí , si tanto la consideracion pudo levantarse , enal quedaría yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecía : no sé qué os diga , señores , sino que quedé tan embelesado y fuera de mí , y de tal modo quedé ajeno de todos mis sentidos , que una estatua de mármol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo , las levan-

tadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrio, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazon, y despertando en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrio, sin mirar al peligro que me ponía, sino al de Timbrio, por ver si podía librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con más que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrio iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habían desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije : ¿ Adónde está ; oh Timbrio ! el esfuerzo de tu valeroso pecho ? ¿ Qué esperas ó qué aguardas ? ¿ Por qué no te favoreces de la ocasion presente ? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que ésta mia hace escudo á la sinrazon que, segun creo, aquí te es hecha.

» Estas palabras mias y el conocerme Timbrio, fué parte para que, olvidado todo temor, rompíese las ataduras ó esposas de las manos ; más todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasion movidos, no ayudaran su deseo ; los cuales, tomándole en peso, á pesar de los que estorbarlo querían, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la sola mia de resistirlas ; y con más ofensa que á mi parecer mi pecado merecía, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron : el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrio aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luégo la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la ejecucion.

» Llegó á Timbrio esta triste nueva allá en la iglesia donde estaba ; y segun yo despues supe , más alteracion le dió mi sentencia , que le había dado la de su muerte ; y por librarme della , de nuevo se ofrecía á entregarse otra vez en poder de la justicia ; pero los sacerdotes le aconsejaron que servía de poco aquello , ántes era añadir mal á mal , y desgracia á desgracia , pues no sería parte el entregarse él para que yo fuese suelto , pues no lo podía ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrio no se diese á la justicia ; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él había hecho , por pagarme en la misma moneda , ó morir en la demanda. De toda su intencion fuí avisado por un clérigo que á confesarme vino , con el cual le envié á decir , que el mejor remedio que mi desdicha podía tener , era que él se salvase , y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso , ántes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe también la causa por qué á mi amigo Timbrio llevaban al amargo suplicio , segun me contó el mismo sacerdote que os he dicho ; y fué que viniendo Timbrio caminando por el reino de Cataluña , á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros , los cuales tenían por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan , que por ciertas enemistades andaba en la compañía , como es ya antiguo uso de aquel reino , quando los enemistados son personas de cuenta , salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden , no solamente en las vidas , pero en las haciendas , cosa ajena de toda cristiandad , y digna de toda lástima. Sucedió , pues , que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrio lo que llevaba , llegó en aquella sazón el señor y caudillo dellos , y como en fin era caballero , no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrio se hiciese , ántes , pareciéndole hombre de valor y prendas , le hizo mil cortesés ofrecimientos , rogán-

dole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro día por la mañana le daría una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrio dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedía, obligado de las buenas obras dél recibidas: fuéronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recibidos fueron.

» Mas la fortuna que hasta entónces con Timbrio se había burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, sólo para este efeto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrio, á quien tuvieron por un salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debía de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel que no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin más averiguaciones lo sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efeto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estábase Timbrio en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararía la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrio y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzaran de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco más de media noche sería, hora acomodada á facinerosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente

por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo : «Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra.» Los ecos destas tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los femeniles pechos, y aún pusieron confusión en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecía sino que las mismas piedras, con que las casas fabricadas estaban ofrecían acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumía. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salían cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeñuelo hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada vírgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusión era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponían. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacía, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valía al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco aquellos descreídos perros; los cuales, despues de abrasadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muerto los defensores, más cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venía, sin impedimento alguno se vol-

vieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo había, dejándole desolado y sin gente, porque toda la más gente se llevaban, y la otra á la montaña se había recogido.

» ¿Quién en triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y éstos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mismos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramente adquirida. Y viendo que no había quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que había visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dijo, que seguramente me llevaría á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aún defendido, si de nuevo prenderme quisiesen; seguile en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habría hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como despues supe, con algunas heridas se había escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estuvo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio; y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles.

» Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester había, y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme revés alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fue tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me

siento con fuerzas para encarecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos había sucedido; pero todo este placer mio se agnaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, ántes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazón no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo: «¡Ay, amigo Silerio! y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada día con mas obligacion de serviros!» Palabras fueron éstas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él más replicó, solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles había nacido: su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus perfecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y la belleza, que lo que la una encendía, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el más subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo más bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo falto de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que había cobrado á la hermosa Nísida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y más si más tuviera y pudiera, y así usé de un artificio el más extraño que hasta hoy se habrá oído ni leído; y fué que acordé de vestirme como truhan,

y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome comencé á ensayar en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reía de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondía al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran príncipe y que yo de nuevo venía á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansais de escucharme, direos lo que entónces le canté, con ser la primera vez.» Todos dijeron que ninguna cosa les daría más contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que así le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese dejase de contarles. «Pues esa licencia me dais, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir cómo comencé á dar muestras de mi locura, que fué con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decía.

SILERIO.

De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel,
¿Qué se puede esperar dél,
Que no sean obras del cielo?

No se ve en la edad presente
Ni se vió en la edad pasada
República gobernada
De príncipe tan prudente:
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Que se puede esperar dél
Que no sean obras del cielo?

CERVANTES. — *La Galatea.*

Del que trae por bien ajeno,
Sin codiciar más despojo,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno :
Del que lo más deste suelo
Es lo ménos que hay en él,
¿ Qué se puede esperar dél ?
Que no sean obras del cielo ?

La liberal fama vuestra ,
Que hasta el cielo se levanta ,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra
Del que no discrepa un pelo
De ser al cielo fiel ,
¿ Qué se puede esperar dél ?
Que no sean obras del cielo ?

Del que con cristiano pecho
Siempre en el rigor se tarda ,
Y á la justicia le guarda
Con clemencia su derecho ;
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él ,
¿ Qué se puede esperar dél ?
Que no sean obras del cielo ?

» Estas y otras cosas de más risa y juego canté entónces á Timbrio , procurando acomodar el brío y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhan ; y salí tan bien con ello , que en pocos dias fuí conocido de toda la más gente principal de la ciudad , y la fama del truhan español por toda ella volaba : hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver , el cual de-geo les cumpliera yo con mucha facilidad , si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin , no me pude excusar que un día de un banquete allá no fuese , donde ví más cerca la justa causa que Timbrio tenía de padecer , y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Ví á Nísida , á Nísida ví para

no ver más , ni hay más que ver despues de haberla visto
¡ Oh fuerza poderosa de amor , contra quien valen pocas las
poderosas nuestras ! Y ¿ es posible que en un punto , en un
momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pusieses
en términos de dar con todos ellos por tierra ? ¡ Ay , que
si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de
quien yo era , la amistad que á Timbrio debía , el mucho
valor de Nísida , y el afrentoso hábito en que me hallaba ,
que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso
deseo que en mí había nacido , no naciese tambien la es-
peranza de alcanzarla , que es el arrimo con que el amor
camina ó vuelve atras en los enamorados principios ! En
fin , ví la belleza que os he dicho , y porque me importaba
tanto el verla , siempre procuré granjear el amistad de sus
padres y de todos los de su casa ; y esto con hacer de gra-
cioso y bien criado , haciendo mi oficio con la mayor dis-
crecion y gracia á mi posible. Y rogándome un caballero
que aquel día á la mesa estaba , que alguna cosa en loor
de la hermosura de Nísida cantase , quiso la ventura que
me acordase de unos versos que muchos días ántes para
otra ocasion casi semejante yo había hecho , y sirviéndome
para la presente , los dije , que eran éstos.

SILERIO.

Nísida , con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado ,
Que en daros á vos dió al suelo
Una imágen y traslado
De cuanto encubre su velo :
Si él no tuvo más que os dar ,
Ni vos más que desear ,
Con facilidad se entiende
Que lo imposible pretende
Quien os pretende loar.

De esa beldad peregrina
La perfeccion soberana

Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina,
Y diga, bien se conviene,
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso
Más que el mundo tuvo ó tiene.

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella más luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo más perfecto dellas
A sus mejillas se debe.

De márfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico candal
De agudos dichos y sabios,
Y armonía celestial:
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

» Con estas y otras cosas que entónces canté, quedaron todos tan mis aficionados, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningún día dejase de visitarlos: y así sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primer designio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desenvolturas. Pero ya que los muchos días, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aque-

lla casa me mostraban, hubieron quitado alguna sombra al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenía, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que sólo de mi solicitud la esperaba. Mas ¡ ay de mí ! que yo estaba entónces más para pedir medecina para mi llaga, que salud para la ajena ; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nísida habían hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en ménos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio.

» A vuestra consideracion discreta dejo el imaginar lo que podía sentir un corazon á quien de una parte combatían las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido, porque si las unas le obligaban á no salir de lo que ellas y la razon le pedían, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud ajena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que más la mostraban eran los padres de Nísida ; y áun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡ Ay (decía yo entre mí cuando Nísida tales ofrecimientos me hacía), ay, con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podría remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho ! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible é incierto, imposible sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo cual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de ménos años, aunque no de ménos discrecion y hermosura que Nísida), estaban maravilladas ; y con más deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese.

»Viendo pues yo que la ventura me ofrecía la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria había fabricado, una vez que acaso la bella Nísida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije : « No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imagináis que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con el venir á términos de conoceros, y como criado serviros, sólo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lástima viendo cuán léjos está el remedio della, pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabreis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi misma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el más liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltarán amigos; mas hales salido tan al revés su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber cómo aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aún son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que deseareis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo, pero tambien sé que en diciéndoosle, no os maravillareis sino de cómo no lo tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero

enemigo tomó posesion en sus entrañas. En entrando en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermosura; mas tan principal y honesta, que jamás el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento.» A este punto llegaba yo, cuando Nísida me dijo: « Por cierto, Astor, que entónces era éste el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sean tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destos amorosos efetos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él que mayor mal de su aceda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime; ¿llamarías tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remedialla. Así que Astor, perdóname, que las obras deste tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das.»

» Cuando yo oí a Nísida semejantes razones, luégo quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho: mas como yo entendía la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar más sola y mejor conyuntura, y así le respondí: « Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no ménos de risa que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan traba-

dos, y tan fuera de su propio ser, que la memoria sólo sirve de tesorera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen: y así los ojos ven como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados: y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? ¿podría ser? y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiría el amor. Y de aquí nace andar entre el temer y osar el corazón del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mías ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la viese y mirase si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaría: encargóme asimismo que buscase orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo ménos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. «Veámosla, dijo Nísida: porque deseo ver cómo escriben los enamorados discretos.» Luego saqué yo una carta del seno, que algunos días antes estaba escrita, esperando ocasión de que Nísida la viese, y ofreciéndome la ventura ésta, se la mostré; la cual por haberla yo leído muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran éstas.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

« Determinado había, hermosa señora, que el fin decastrado mio os diese noticia de quién yo era pareciéndome ser mejor que alabáredes mi silencio en la muerte, que no que vituperáredes mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porque en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para serviros, ó alcanzar la muerte para nunca más ofenderos ».

» Con mucha atención estuvo Nísida escuchando esta carta, y en acabándola de oír, dijo: « No tiene de qué agravarse la dama á quien esta carta se envía, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho, no se puede esperar más mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para más animarte te quiero asegurar, que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida; porque entónces conoce ella que no es vana la presunción que de sí tiene, lo cual sería al revés, si se viese que de nadie era solicitada ».

— Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor, que el atreverme á darla, por lo ménos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendría á mí que á Timbrio.

— No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar la sen-

tencia que aún el juez no tiene dada : muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla éste á que te aventuras.

— Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respondí yo, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la ajena culpa merece ; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado ; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como ahora : y en este entretanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envía, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio para que con este engaño, el se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer.

— De mal artificio quieres usar, respondió Nísida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ajeno alguna blanda ó esquivá respuesta, ¿ no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí más quejoso que satisfecho ? Cuanto más, que por no haber dado hasta agora respuesta á semejantes cartas, no querría comenzar á darlas mentirosas y fingidamente ; más aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes decir quién es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo y cosa tal que él quede contento por ahora ; y puesto que despues las cosas sucedan al revés de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira.

— Eso no me lo mandes ; oh Nísida ! respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondría el darle á ella la carta : basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas.

—No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venía, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venía, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora ».

» Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aún no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y así besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, había de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me había sucedido, que fué parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entónces le tenían ofuscado; y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los míos no serían dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaría el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecían. Una cosa se me ha olvidado de deciros; que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamás la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mías: y séos decir, señores, que si callaba, no era

por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con esto no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamás la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre con más que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la ajena. Sucedió pues que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho tan rico tesoro encubierto, cuando solo ó apartado alguna vez me hallaba con algunas amorosas y lamentables canciones le descubría con velo de fingido nombre; y así una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, solo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré decir, que son éstos:

SILERIO.

¿Qué laberinto es éste, do se encierra
Mi loca levantada fantasía?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mía?
¿O quién reducirá mi pensamiento
Al término que pide un sano intento?
Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida

Sin que me acordara el crudo hecho,
Yo fuera de mí mismo el homicida;
Mas si yo acabo, en el acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengan derechas
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gano
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamás espera,
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era
Mi limpia fe, más firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ajeno, y á sí mesmo ofende.

Socorre ¡oh blando amor! levanta y guía
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envía
Al alma y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva su osadía,
Facilitar la más difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

»El estar tan transportado en mis continuas imaginaciones fué ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como

los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenía, era á Nísida, segun se podía colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, ántes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, sólo por dejarme comodidad de que solo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado, y me dijo: «Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche, y no me ha dicho dónde, sino que le aparece no sé qué dineros y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino despues que estuvo escuchando no sé que versos que poco há cantábades, y segun los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo ántes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efeto tan dañado propósito.» Con extrañio sobresalto escuché lo que el paje me decía, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento; y ántes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacía, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones me pareció que éstas decía. «Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mio, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aqué-

lla en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento : de una sola cosa me pesa dulce amigo, y es que no puedo despedirme de tí en esta amarga partida ; mas admite por disculpa el ser tú la causa della ; Oh Nísida , Nísida y cuán cierto está de tu hermosura , que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla , con la pena de morir por ella ! Silerio la vió , y si no quedára cual imagino que ha quedado , perdiera en gran parte conmigo la opinion que tiene de discreto ; mas pues mi ventura así lo ha querido , sepa el cielo que no soy ménos amigo de Silerio , que él lo es mio ; y para muestras desta verdad , apártese Timbrio de su gloria , destiérrese de su contento , vaya peregrino de tierra en tierra , ausente de Silerio y de Nísida , dos verdaderas y mejores mitades de su alma : » y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta , y hallándome allí , me dijo : « ¿ Qué quieres , amigo , á tales horas ? ¿ Hay por ventura algo de nuevo ?

— Hay tanto , le respondí yo , que aunque hubiera ménos no me pesára. » En fin , por no cansaros más , yo llegué á tales términos con él , que le persuadí y dí á entender ser su imaginacion falsa , no en cuanto estaba yo enamorado , sino en el de quién , porque no era Nísida , sino de su hermana Blanca ; y súpelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero ; y porque más crédito á ello diese , la memoria me ofreció unas estancias que muchos dias ántes yo mesmo había hecho á otra dama del mismo nombre , y díjele que para la hermana de Nísida las había compuesto , las cuales vinieron tan á propósito , que aunque sea fuera dél decirlas agora , no las quiero pasar en silencio , que fueron éstas :

SILERIO.

¡ Oh Blanca , á quien rendida está la nieye ,
Y en condicion más que la nieve helada !

No presumais ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada :
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.

Blanca gentil en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra :
Antes que el mío en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mío encierra ;
Que esta será tan caudalosa paga,
Que á quanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar quería
De oro el más finísimo ducado,
Y por tan alta posesion tendría
Por bien perder la del más alto estado :
Pues esto conocéis ; oh Blanca mía !
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced ; oh Blanca ! que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallára
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuérades vos, no me trocará
Por el más rico que en el mundo hubiera.
Y si mi sér en aquel sér tornara
De Juan de Espera en Dios, dichosa fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos ; oh Blanca ! entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estor-
bara el son de muchas zampoñas y acordados caramillos,
que á sus espaldas se oía ; y volviendo la cabeza, vieron
venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores,
puestos en dos hileras, y en medio venía un dispuesto
pastor, coronado con una guirnalda de madreselva, y de
otras diferentes flores. Traía un baston en la una mano,
y con grave paso poco á poco se movía, y los demas pas-
tores con el mismo aplauso y tocando todos sus instru-
mentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego

que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traían, y los demás ser todos circunvecinos, que á sus bodas querían hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta de desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hacía la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida había puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haría satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazón llegó el montón de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contento, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto á la aldea llegó á sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocían la extremada condición suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interrromper el suave canto, desta manera cantando hacía ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.
Deste tal las corderas

Antes que venga la sazón madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasión más dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mío
Al abundoso pasto, al claro río.

Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pío y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo :
¡ Oh cielo santo y justo !
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
de aquel que por servirte, amor le ofende.

No lleve este tirano
Los despojos á tí sólo debidos,
Antes con larga mano
Y premios merecidos
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fue de todos los pastores cortesantemente recibido ; el cual, como oyese nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él solo por fama conocía, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo : « ¿ Qué encarecimientos bastarían, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las nifierías de amor no se mezcláran con las véras de vuestros celebrados escritos ? Pero pues ya estais éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discrecion os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos.

— Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinion que los ocupa,

vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen más gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discrecion que encerrar pudieran.

— No más, Tirsí, no más, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones.

— Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aún burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aún tenga por buenas tus intenciones.

— Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, ¡oh Elicio! sino, dígalo el aire, á quien continuo acrecientas con suspiros, y la hierba destos prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro día cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vituperas». No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsí, se había puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fueron de los pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampofía tocase, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,

Ni mi alma no la espere ;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballos,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos :
Yo los veo, y yo los ví,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les dí.

Ya no tengo más que dar,
Ni imagino más que dé,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear :
Cierta está mi perdicion,
Si estos ojos do el bien sobra
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intencion.

Aunque durase este día
Mil siglos como deseo,
A mí que tanto bien veo,
Un punto me parecía :
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa :
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fénix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento :
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señoríos,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar á la aldea, á donde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasion de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero dia á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los más con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitado Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia como se verá en el siguiente libro.

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasion de las bodas de Daranio aquella noche en la aldea había, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damón y Erastro dejásen de acomodarse en parte, donde sin ser de algunos estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia: el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. « Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdon de la falsa imaginacion que de mí había tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo, olvidado del mio, no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos dias se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasion como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siempre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenía ya alguna noticia de ellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discrecion, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que Timbrio no sentía el dolor que yo dél publicaba ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como

decía. Todo esto fue parte para que me determinase, y en la primera ocasion me descubriese, como lo hice un día que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le enca-recí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenía, el cual era tan fuerte, que me había movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, sólo por tener lugar de decirle lo que decía, añadiendo á estas otras razones que á Nísida le debió parecer que lo eran; mas no quiso mostrar entónces por palabras lo que des-pues con obras no pudo tener cubierto, ántes con grave-dad y honestidad extraña reprendió mi atrevimiento, acusó mi osadía, afeó mis palabras, y desmayó mi con-fianza, pero no de manera que me desterrase de su pre-sencia, que era lo que yo más temía; sólo concluyó con decirme que de allí adelante tuviese más cuenta con lo que á su honestidad era obligado y procurase que el arti-ficio de mi mentiroso hábito no se descubriese: conclusion fué ésta que cerró y acabó la tragedia de mi vida, pue por ella entendí que Nísida daría oídos á las quejas de Timbrio. ¿ En qué pecho pudo caber ni puede el extremo de dolor que entónces en el mio se encerraba, pues el fin de su mayor deseo era el remate y fin de su contento. Alegrábame el buen principio que al remedio de Timbrio había dado, y esta alegría en mi pesar redundaba, por parecerme, como era la verdad, que en viendo á Nísida en poder ajeno, el propio mio se acababa. ¡ Oh fuerza po-derosa de verdadera amistad, á cuánto te extiendes, y á cuánto me obligaste! Pues yo mismo, forzado de tu obli-gacion, afilé con mi industria el cuchillo que había de degollar mis esperanzas, las cuales, muriendo en mi alma vivieron y resucitaron en la de Timbrio, cuando de mí supo todo lo que con Nísida pasado había; pero ella an-daba tan recatada con él y conmigo, que nunca de todo punto dió á entender que de la solicitud mia y amor de Timbrio se contentaba, ni ménos se desdeñó de suerte,

que sus sinsabores y desvíos hiciesen á los dos abandonar la empresa. Hasta que, habiendo llegado á noticia de Timbrio, cómo su enemigo Pransiles (aquel caballero á quien él había agraviado en Jerez), deseoso de satisfacer su honra, le enviaba á desafiar, señalándole campo franco y seguro en una tierra del Estado del duque de Gravina dándole término de seis meses desde entónces hasta el día de la batalla; el cuidado deste aviso no fué parte para que se descuidase de lo que á sus amores convenía; ántes con nueva solicitud mia y servicios suyos, vino á estar Nísida de manera que no se mostraba esquiva aunque la mirase Timbrio y en casa de sus padres visitase, guardando en todo tan honesto decoro quanto á su valor era obligada. Acercándose ya el término del desafio, y viendo Timbrio serle inexcusable aquella jornada, determinó de partirse, y ántes que lo hiciese escribió á Nísida una carta, tal, que acabó con ella en un punto lo que yo en muchos meses atras y en muchas palabras no había comenzado. Tengo la carta en la memoria, y por hacer al caso de mi cuento, no os dejaré de decir, que así decia.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

Salud te envía aquel que no la tiene,
Nísida, ni la espera en tiempo alguno,
Si por tus manos mismas no le viene.

El nombre aborrecible de importuno
Temo me adquirirán estos renglones,
Escritos con mi sangre de uno en uno.

Mas la furia cruel de mis pasiones
De tal modo me turban, que no puedo
Huir las amorosas sinrazones.

Entre un ardiente osar y un frio miedo
Arrimado á mi fe y al valor tuyo,
Mientras ésta recibes triste quedo:

Por ver que en escribirte me destruyo,
Si tienes á donaire lo que digo,
Y entregas al desden lo que no es suyo.

El cielo verdadero me es testigo
Si no te adoro desde el mismo punto
Que ví ese rostro hermoso y mi enemigo.

El verte y adorarte llegó junto,
Porque ¿quién fuera aquél que no adorára
De un ángel bello el sin igual trasunto?

Mi alma tu belleza al mundo rara
Vió tan curiosamente, que no quiso
En el rostro parar la vista clara.
Allá en el alma tuya un paraíso
Fue descubriendo de bellezas tantas,
Que dan de nueva gloria cierto aviso.

Con estas ricas alas te levantas
Hasta llegar al cielo, y en la tierra
Al sabio admiras, y al que es simple espantas.

¡Dichosa el alma que tal bien encierra,
Y no ménos dichoso el que por ella
La suya rinde á la amorosa guerra!

En denda soy á mi fatal estrella
Que me quiso rendir á quien encubre
En tan hermoso cuerpo alma tan bella.

Tu condicion, señora, me descubre
El desengaño de mi pensamiento,
Y de temor á mi esperanza cubre.

Pero en fe de mi justo honroso intento
Hago buen rostro á la desconfianza,
Y cobro al postrer punto nuevo aliento.

Dicen que no hay amor sin esperanza:
Pienso que es opinion; que yo no espero,
Y del amor la fuerza más me alcanza.

Por sola tu bondad te adoro y quiero,
Atraído tambien de tu belleza,
Que fué la red que amor tendió primero,

Para atraer con rara sutileza
Al alma descuidada libre mía
Al amoroso fiudo y su estrechez.

Sustenta amor su mando y tiranía
Con cualquiera belleza en algun pecho,
Pero no en la curiosa fantasía,

Que mira, no de amor el lazo estrecho
Que tiende en los cabellos de oro fino,
Dejando al que los mira satisfecho,

Ni en el pecho, á quien llama alabastrino

Quien del pecho no pasa más adentro,
Ni en el marfil del cuello peregrino;
Sino del alma al escondido centro
Mira, y contempla mil bellezas puras
Que le acuden y salen al encuentro.

Mortales y caducas hermosuras
No satisfacen á la inmortal alma
Si de la luz perfecta no anda á oscuras.

Tu sin igual virtud lleva la palma,
Y los despojos de mis pensamientos,
Y á los torpes sentidos tiene en calma.

Y en esta sujecion están contentos,
Porque miden su dura amarga pena
Con el valor de tus merecimientos.

Aro en el mar, y siembro en el arena,
Cuando la fuerza extraña del deseo
A más que á contemplarte me condena.

Tu alteza entiendo, mi bajeza veo,
Y en extremos que son tan diferentes,
Ni hay medio que esperar, ni le poseo.

Ofrécense por esto inconvenientes
Tantos á mi remedio, cuantas tiene
El cielo estrellas, y la tierra gentes.

Conozco lo que al alma le conviene,
Sé lo mejor, y á lo peor me atengo,
Llevado del amor que me entretiene.

Mas ya, Nísida bella, al paso vengo
De mí con mortal ánsia deseado.
Do acabaré la pena que sostengo.

El enemigo brazo levantado
Me espera y la feroz aguda espada
Contra mí con tu saña conjurado.

Presto será tu voluntad vengada
Del vano atrevimiento de esta mia,
De tí sin causa alguna desechada.

Otro más duro trance, otra agonía,
Aunque fuera mayor que de la muerte,
No turbára mi triste fantasía.

Si cupiera en mi corta amarga suerte
Verte de mis deseos satisfecha,
Así como al contrario puedo verte.

La senda de mi bien hállola estrecha,
La de mi mal tan ancha y espaciosa,

Cual de mi desventura ha sido hecha.

Por esta corre airada y presurosa
La muerte en tu desden fortalecida,
De triunfar de mi vida deseosa.

Por aquélla mi bien va de vencida,
De tu rigor, señora, perseguido,
Que es el que ha de acabar mi corta vida.

A términos tan tristes conducido
Me tiene mi ventura, que ya temo
Al enemigo airado y ofendido,

Sólo por ver que el fuego en que me quemo
Es hielo en ese pecho, y esto es parte
Para que yo acobarde al paso extremo.

Que si tú no te muestras de mi parte,
¿A quién no temerá mi flaca mano;
Aunque más la acompañe esfuerzo y arte?

Pero si me ayudaras, ¿que romano
O griego capitán me contrastara,
Que al fin su intento no saliera vano?

Por el mayor peligro me arrojara,
Y de las fieras manos de la muerte
Los despojos seguro arrebatara.

Tú sola puedes levantar mi suerte
Sobre la humana pompa, ó derribarla
Al centro, do no hay bien con que se acierte.

Que si como ha podido sublimarla
El puro amor, quisiera la fortuna,
En la difícil cumbre sustentarla,

Subida sobre el cielo de la luna
Se viera mi esperanza, que ahora yace
En lugar do no espera en cosa alguna.

Tal estoy ya, que ya me satisface
El mal que tu desden airado esquivo
Por tan extraños términos me hace,

Sólo por ver que en tu memoria vivo,
Y que te acuerdas Nísida, siquiera
De hacerme mal, que yo por bien recibo.

Con más facilidad contar pudiera
Del mar los granos de la blanca arena,
Y las estrellas de la octava esfera,

Que no las ansias, el dolor, la pena,
A que el fiero rigor de tu aspereza,
Sin haberte ofendido, me condena.

No midas tu valor con mi bajeza ;
Que al respeto de tu sér famoso
Por tierra quedará cualquier alteza.

Así cual soy te amo , y decir oso
Que me adelanto en firme enamorado
Al más subido término amoroso ,

Por esto no merezco ser tratado
Como enemigo , ántes me parece
Que debería ser remunerado.

Mal con tanta beldad se compadece
Tamaña crueldad , y mal asienta
Ingratitud do tal valor florece.

Quisiérate pedir , Nísida , cuenta
De un alma que te dí : ¿ dónde la echaste ?

¿ O cómo estando ausente me sustenta ?

¿ Ser señora de un alma no acetaste ?

Pues ¿ qué te puede dar quien más te quiera ?

¡ Cuán bien tu presuncion aquí mostraste !

Sin alma estoy desde la vez primera
Que te ví por mi mal y por bien mio ;
Que todo fuera mal si no te viera.

Allí el freno te dí de mi albedrío ;
Tú me gobiernas , por tí sola vivo ,
Y aún puede mucho más tu poderío.

En el fuego de amor puro me vivo
Y me deshago , pues cual fénix luego
De la muerte de amor vida recibo.

En fe desta mi fe te pido y ruego
Sólo que creas , Nísida , que es cierto
Que vivo ardiendo en amoroso fuego.

Y que tú puedes ya despues de muerto
Reducirme á la vida , y en un punto
Del mar airado conducirme al puerto.

Que está para conmigo en tí tan junto
El querer y el poder , que es todo uno
Sin discrepar y sin faltar un punto ,
Y acabo por no ser más importuno.

» No sé si las razones desta carta , ó las muchas que yo
ántes á Nísida había dicho , asegurándole el verdadero
amor que Timbrio le tenía , ó los continuos servicios de
Timbrio , ó los cielos que así lo tenían ordenado , movie-

ron las entrañas de Nísida para que en el punto que la acabó de leer me llamase, y con lágrimas en los ojos me dijese : « ¡ Ay, Silerio, Silerio, y cómo creo que á costa de la salud mía has querido granjear la de tu amigo ! Hagan los hados, que á este punto me han traído, con las obras de Timbrio verdaderas tus palabras ; y si las unas y las otras me han engañado, tome de mi ofensa venganza el cielo, al cual pongo por testigo de la fuerza que el deseo me hace, para que no le tenga más encubierto : mas ¡ ay, cuán liviano descargo es éste para tan pesada culpa ! pues debiera yo primero morir callando porque mi honra viviera, que con decir lo que ahora quiero decirte, enterrarla á ella, y acabar mi vida. » Confuso me tenían estas palabras de Nísida, y más el sobresalto con que las decía ; y queriendo con las mías animarla á que sin temor alguno se declarase, no fué menester importunarla mucho, que al fin me dijo que no sólo amaba, pero que adoraba á Timbrio, y que aquella voluntad tuviera ella cubierta siempre, si la forzosa ocasion de la partida de Timbrio no la forzara á descubrirla. Cuál yo quedé, pastores, oyendo lo que Nísida decía, y la voluntad amorosa que tener á Timbrio mostraba, no es posible encarecerlo : y aún es bien que carezca de encarecimiento dolor que á tanto se extiende ; no porque me pesase de ver á Timbrio querido, sino de verme á mí imposibilitado de tener jamás contento, pues estaba y está claro que ni podía ni puedo vivir sin Nísida, á la cual, como otras veces he dicho, viéndola en ajenas manos puesta, era enajenarme yo de todo gusto, y si alguno la suerte en este trance me concedía, era considerar el bien de mi amigo Timbrio, y esto fué parte para que no llegase á un mismo punto mi muerte y la declaracion de la voluntad de Nísida.

Escuchéla como pude, y aseguréla como supe de la entereza del pecho de Timbrio, á lo cual ella me respondió que ya no había necesidad de asegurarle aquello, porque

estaba de manera, que no podía ni le convenía dejar de creermelo, y que sólo me rogaba, si fuese posible, procurase de persuadir á Timbrio buscarse algun medio honroso para no venir á batalla con su enemigo : y respondiéndole yo ser eso imposible sin quedar deshonorado, se sosegó, y quitándose del cuello unas preciosas reliquias, me las dió para que á Timbrio de su parte las diese. Quedó ansimesmo concertado entre los dos, que ella sabía que sus padres habían de ir á ver el combate de Timbrio, y que llevarían á ella y á su hermana consigo ; mas porque no le bastaría el ánimo de estar presente al riguroso trance de Timbrio, que ella fingiría estar mal dispuesta, con la cual ocasion se quedaría en una casa de placer donde sus padres habían de posar, que media legua estaba de la villa donde se había de hacer el combate, y que allí esperaría su mala ó buena suerte segun la tuviese Timbrio : mandóme tambien que para acortar el deseo que tendría de saber el suceso de Timbrio, que llevase yo conmigo una toca blanca, que ella me dió, y que si Timbrio venciese, me la atase al brazo, y volviese á darle las nuevas ; y si fuese vencido, que no la atase, y así ella sabría por la señal de la toca desde lejos el principio de su contento ó el fin de su vida. Prometile de hacer todo lo que me mandaba, y tomando las reliquias y la toca me despedí della con la mayor tristeza y el mayor contento que jamás tuve : mi poca ventura causaba la tristeza, y la mucha de Timbrio el alegría. El supo de mí lo que de parte de Nísida le llevaba, y quedó con ello tan lozano, contento y orgulloso, que el peligro de la batalla que esperaba, por ninguno le tenía ; pareciéndole que en ser favorecido de su señora, aun la misma muerte contrastar no le podría. Paso agora en silencio los encarecimientos que Timbrio hizo para mostrarse agradecido á lo que á mi solicitud debía, porque fueron tales, que mostraba estar fuera de sesos tratando en ello. Esforzado, pues, y animado con esta buena nueva, comenzó á aparejar su partida, llevando por padrinos un

caballero español y otro napolitano. Y á la fama de este particular duelo se movió á verlo infinita gente del reino, yendo tambien allá los padres de Nísida, llevando con ellos á ella y á su hermana Blanca; y como á Timbrio tocaba escoger las armas, quiso mostrar que no en la ventaja dellas, sino en la razon que tenía, fundaba su derecho, y así las que escogió fueron espada y daga, sin otra arma defensiva alguna. Pocos dias faltaban al término señalado, cuando de la ciudad de Nápoles se partieron con otros muchos caballeros Nísida y su padre, habiendo llegado primero ella, acordándose muchas veces que no me olvidase de nuestro concierto; pero mi cansada memoria, que jamás sirvió sino de acordarme solas las cosas de mi disgusto, por no mudar su condicion, se olvidó tanto de lo que Nísida me había dicho, quanto vió que convenia para quitarme la vida, ó á lo ménos para ponerme en el miserable estado en que agora me veo.» Con grande atencion estaban los pastores escuchando lo que Silerio contaba, quando interrumpió el hilo de su cuento la voz de un lastimado pastor, que entre unos árboles cantando estaba, y no tan léjos de las ventanas de la estancia donde ellos estaban, que dejase de oirse todo lo que decía. La voz era de suerte que puso silencio á Silerio, el cual en ninguna manera quiso pasar adelante, ántes rogó á los demás pastores que la escuchasen, pues para lo poco que de su cuento quedaba, tiempo habría de acabarlo. Hiciéraseles de mal esto á Tirsi y Damon, si no les dijera Elicio: « Poco se perderá pastores, en escuchar al desdichado Mireno, que sin duda es el pastor que canta, y á quien ha traído la fortuna á términos, que imagino que no espera él ninguno en su contento.

—¿Cómo le ha de esperar, dijo Erastro, si mañana se desposa Daranio con la pastora Silveria, con quien él pensaba casarse? Pero en fin han podido más con los padres de Silveria las riquezas de Daranio, que las habilidades de Mireno.

—Verdad dices, replicó Elicio; pero con Silveria más había de poder la voluntad que de Mireno tenía conocida, que otro tesoro alguno: cuanto más, que no es Mireno tan pobre, que aunque Silveria se casara con él, fuera su necesidad notada. » Por estas razones que Elicio y Erastro dijeron, creció el deseo en los pastores de escuchar lo que Mireno cantaba; y así rogó Silerio que más no se hablase, y todos con atento oído se pararon á escucharle; el cual, adigido de la ingratitud de Silveria, viendo que otro día con Daranio se desposaba, con la rabia y dolor que le causaba este hecho se había salido de su casa acompañado de sólo su rabel, y convidándole la soledad y silencio de un pequeño pradecillo que junto á las paredes de la alden estaba, y confiado que en tan sosegada noche ninguno le escucharía, se sentó al pié de un árbol, y templando su rabel, desta manera cantando estaba:

MIRENO.

¡Cielo sereno, que con tantos ojos
Los dulces amorosos hurtos miras,
Y con tu curso alegras ó entristeces
A aquel que en tu silencio sus enojos
A quien los causa dice, ó al que retiras
De gusto tal, y espacio no le ofreces!
Si acaso no careces
De tu benignidad para conmigo,
Pues ya con sólo hablar me satisfago,
Y sabes cuanto hago,
No es mucho que ahora escuches lo que digo;
Que mi voz lastimera
Saldrá con la doliente ánima afuera.
Ya mi cansada voz, ya mis lamentos
Bien poco ofenderán al aire vano,
Pues á término tal soy reducido,
Que ofrece amor á los airados vientos
Mis esperanzas, y en ajena mano
Ha puesto el bien que tuve merecido.
Será el fruto cogido,
Que sembró mi amoroso pensamiento,

CERVANTES.— *La Galatea.*

Y regaron mis lágrimas cansadas,
Por las afortunadas
Manos, á quien faltó merecimiento
Y sobró la ventura,
Que allana lo difícil y asegura.

Pues el que ve su gloria convertida
En tan amarga dolorosa pena,
Y tomando su bien cualquier camino
¿ Por qué no acaba la enojosa vida?
¿ Por qué no rompe la vital cadena
Contra todas las fuerzas del destino?
Poco á poco camino
Al dulce trance de la amarga muerte:
Y así, atrevido aunque cansado brazo,
Sufrid el embarazo
Del vivir, pues ensalza nuestra suerte
Saber que á amor le place,
Que el dolor haga lo que el hierro hace.

Cierta mi muerte está, pues no es posible
Que viva aquel que tiene la esperanza
Tan muerta, y tan ajeno está de gloria;
Pero temo que amor haga imposible
Mi muerte, y que una falsa confianza
Dé vida, á mi pesar, á la memoria.
Mas ¡ qué! si por la historia
De mis pasados bienes la paseo,
Y miro bien que todos son pasados,
Y los graves cuidados
Que triste agora en su lugar poseo,
Ella será mas parte
Para que della y del vivir me aparte.

¡ Ay, bien único y sólo al alma mía,
Sol que mi tempestad aserenaste,
Término del valor que se desea!
¿ Será posible que se llega el día
Donde he de conocer que me olvidaste?
¿ Y que permita amor que yo le vea?
Primero que esto sea,
Primero que tu blanco hermoso cuello
Esté de ajenos brazos rodeado,
Primero que el dorado,
Oro es mejor decir, de tu cabello
A Daranio enriquezca,

Con fenecer mi vida el mal fenezca.

Nadie por fe te tuvo merecida
Mejor que yo, mas veo que es fe muerta
La que con obras no se manifiesta ;
Si se estimara el entregar la vida
Al dolor cierto y á la gloria incierta ,
Pudiera yo esperar alegre fiesta ;
Mas no se admite en esta
Cruda ley que amor usa el buen deseo ,
Pues es proverbio antiguo entre amadores ,
Que son obras amores ,
Y yo que por mi mal sólo poseo
La voluntad de hacellas ,
¿ Qué no me ha de faltar , faltando en ellas ?

En tí pensaba yo que se rompiera
Esta ley del avaro amor usada ;
Pastora , y que los ojos levantarás
A una alma de la tuya prisionera ,
Y 'á tu propio querer tan ajustada ,
Que si la conocieras la estimaras :
Pensé que no trocaras
Una fe que dió muestras de tan buena ,
Por una que quillata sus deseos
Con los vanos arreos
De la riqueza de cuidados llena ;
Entregástete al oro
Por entregarme á mí continuo al lloro.

Abatida pobreza , causadora
Deste dolor que me atormenta el alma ,
Aquél te loa que jamás te mira :
Turbóse en ver tu rostro mi pastora ,
A su amor tu aspereza puso en calma ,
Y así por no encontrarte , el pie retira ,
Mal contigo se aspira
A conseguir intentos amorosos ;
Tú derribas las altas esperanzas ,
Y siembras mil mudanzas
En mujeriles pechos codiciosos ;
Tú jamás perficionas
Con amor el valor de las personas.

Sol es el oro , cuyos rayos ciegan
La vista más aguda , si se ceba
En la vana apariencia del provecho.

A liberales manos no se niegan
Las que gustan de hacer notoria prueba
De un blando, codicioso, hermoso pecho.
Oro tuerce el derecho
De la limpia intencion y fe sincera,
Y más que la firmeza de un amante
Acaba un diamante,
Pues su dureza vuelve un pecho cera
Por más duro que sea,
Pues se le da con él lo que desea.

De tí me pesa, dulce mi enemiga,
Que tantas tuyas puras perfecciones
Con una avara muestra has afeado:
Tanto del oro te mostraste amiga
Que echaste á las espaldas mis pasiones,
Y al olvido entregaste mi cuidado.
En fin, ¡ que te has casado!
¡ Casádote has, pastora! El cielo haga
Tan buena tu eleccion como querrias,
Y de las penas mías
Injustas, no recibas justa paga.
Mas ¡ ay! que el cielo amigo
Da premio á la virtud, y al mal castigo.

Aquí dió fin á su canto el lastimado Mireno con muestras de tanto dolor, que le causó á todos los que le escuchaban, principalmente á los que le conocían y sabían sus virtudes, gallarda disposicion y honroso trato. Y despues de haber dicho entre los pastores algunos discursos sobre la extraña condicion de las mujeres, en especial sobre el casamiento de Silveria, que olvidada del amor y bondad de Mireno, á las riquezas de Daranio se había entregado, deseosos de que Silerio diese fin á su cuento, puesto silencio á todo, sin ser menester pedirselo, él comenzó á seguir, diciendo. « Llegando, pues, el dia del riguroso trance, habiéndose quedado Nísida media legua ántes de la villa en unos jardines como conmigo había concertado, con excusa que dió á sus padres de no hallarse bien dispuesta, al partirme della me encargó la brevedad de mi tornada, con la señal de la toca, porque

en traerla ó no, ella entendiase el bueno ó el mal suceso de Timbrio. Tornéielo á prometer agraviándome de que tanto me lo encargase. Y con esto me despedí della y de su hermana, que con ella se quedaba. Y llegado al puesto del combate, y llegada la hora de comenzarle, despues de haber hecho los padrinos de entrambos las ceremonias y amonestaciones que en tal caso se requieren, puestos los dos caballeros en la estacada, al temeroso son de una ronca trompeta se acometieron con tanta destreza y arte, que causaba admiracion en quien los miraba. Pero el amor, ó la razon, que es lo más cierto, que á Timbrio favorecía, le dió tal esfuerzo, que aunque á costa de algunas heridas, en poco espacio puso á su contrario de suerte, que teniéndole á sus pies herido y desangrado, le importunaba que si quería salvar la vida, se rindiese; pero el desdichado Pransiles le persuadía que le acabase de matar, pues le era más fácil á él y de ménos daño pasar por mil muertes, que rendirse una; mas el generoso ánimo de Timbrio es de manera, que ni quiso matar á su enemigo, ni ménos que se confesase por rendido: sólo se contentó con que dijese y conociese que era tan bueno Timbrio como él: lo cual Pransiles confesó de buena gana, pues hacía en esto tan poco, que sin verse en aquel término pudiera muy bien decirlo. Todos los circunstantes que entendieron lo que Timbrio con su enemigo había pasado, lo alabaron y estimaron en mucho. Y apénas hube yo visto el feliz suceso de mi amigo, cuando con alegría increíble y presta ligereza volví á dar las nuevas á Nísida. Pero ¡ay de mí! que el descuido de entónces me ha puesto en el cuidado de agora. ¡Oh memoria, memoria mía! ¿por qué no la tuviste para lo que tanto me importaba? Mas creo que estaba ordenado en mi ventura, que el principio de aquella alegría fuese el remate y fin de todos mis contentos. Yo volví á ver á Nísida con la presteza que he dicho, pero volví sin ponerme la blanca toca al brazo. Nísida, que con crecido deseo estaba espe-

rando y mirando desde unos altos corredores mi tornada, viéndome volver sin la toca, entendió que algun siniestro revés á Timbrio había sucedido, y creyólo y sintiólo de manera, que sin ser parte otra cosa, faltándole todos los espíritus, cayó en el suelo con tan extraño desmayo, que todos por muerta la tuvieron: cuando ya yo llegué, hallé toda la gente de su casa alborotada, y á su hermana haciendo mil extremos de dolor sobre el cuerpo de la triste Nísida. Cuando yo la ví en tal estado, creyendo firmemente que era muerta, y viendo que la fuerza del dolor me iba sacando de sentido, temeroso que estando fuera dél no diese ó descubriese algunas muestras de mis pensamientos, me salí de la casa, y poco á poco volví á dar las desdichadas nuevas al desdichado Timbrio. Pero como me hubiesen privado las ansias de mi fatiga las fuerzas de cuerpo y alma, no fueron tan ligeros mis pasos, que no lo hubiesen sido más otros que la triste nueva á los padres de Nísida llevasen, certificándoles cierto, que de un agudo parasismo había quedado muerta. Debíó de oír esto Timbrio; y debíó quedar cual yo quedé, si no quedé peor; sólo sé decir que cuando llegué á do pensaba hallarle, era ya algo anochecido, y supe de uno de sus padrinos que con el otro y por la posta se había partido á Nápoles, con muestras de tanto descontento, como si de la contienda vencido y deshonorado salido hubiera. Luego imaginé yo lo que ser podía, y púseme luego en camino para seguirlo: y ántes que á Nápoles llegase, tuve nuevas ciertas de que Nísida no era muerta, sino que le había dado un desmayo que le duró veinte y cuatro horas, al cabo de las cuales había vuelto en sí con muchas lágrimas y suspiros.

Con la certidumbre desta nueva me consolé, y con más contento llegué á Nápoles, pensando hallar allí á Timbrio; pero no fue así, porque el caballero con quien él había venido, me certificó que en llegando á Nápoles se partió sin decir cosa alguna, y que no sabía á qué parte;

sólo imaginaba que segun le vió triste y melancólico despues de la batalla, que no podía creer sino que á desesperarse hubiese ido. Nuevas fueron éstas que me tornaron á mis primeras lágrimas, y aún no contenta mi ventura con esto, ordenó que al cabo de pocos dias llegasen á Nápoles los padres de Nísida, sin ella y sin su hermana, las cuales, segun supe y segun era pública voz, entrambas á dos se habían ausentado una noche, viniendo con sus padres á Nápoles, sin que se supiese de ellas nueva alguna. Tan confuso quedé con esto que no sabía qué hacerme ni decirme: y estando puesto en esta confusion tan extraña, vine á saber, aunque no muy cierto, que Timbrio en el puerto de Gaeta en una gruesa nave que para España iba se habia embarcado, y pensando que podría ser verdad, me vine luego á España, y en Jerez y en todas las partes que imaginé que podría estar, le he buscado sin hallar del rastro alguno: finalmente he venido á la ciudad de Toledo, donde están todos los parientes de los padres de Nísida, y lo que he alcanzado á saber es, que ellos se vuelven á Toledo sin haber sabido nuevas de sus hijas. Viéndome, pues, yo ausente de Timbrio, ajeno de Nísida, y considerando que ya que los hallase, ha de ser para gusto suyo y perdicion mia; cansado ya y desengañado de las cosas deste falso mundo en que vivimos, he acordado de volver el pensamiento á mejor norte, y gastar lo poco que de vivir me queda, en servicio del que estima los deseos y las obras en el punto que merecen; y así he escogido este hábito que veis, y la ermita que habeis visto, donde en dulce soledad reprima mis deseos y encamine mis obras á mejor paradero: puesto que como viene de tan atras la corrida de las malas inclinaciones que hasta aquí he tenido, no son tan fáciles de parar, que no trascorran algo, y vuelva la memoria á combatirme, representándome las pasadas cosas; y cuando en estos puntos me veo, al son de aquella arpa que escogí por compañera en mi soledad, procuro aliviar la pesada

carga de mis cuidados, hasta que el cielo le tenga y se acuerde de llamarme á mejor vida.

» Este es, pastores, el suceso de mi desventura; y si he sido largo en contárosle, es porque no ha sido ella corta en fatigarme. Lo que os ruego es, me dejéis volver á mi ermita, porque aunque vuestra compañía me es agradable, he llegado á términos que ninguna cosa me da más gusto que la soledad; y de aquí entenderéis la vida que paso, y el mal que sustento.» Acabó con esto Silerio su cuento; pero no las lágrimas con que muchas veces le había acompañado. Los pastores le consolaron en ellas lo mejor que pudieron, especialmente Damon y Tirsi, los cuales con muchas razones le persuadieron á no perder la esperanza de ver á su amigo Timbrio con más contento que él sabría imaginar, pues no era posible sino que tras tanta fortuna aserenase el cielo, del cual se debía esperar que no consentiría que la falsa nueva de la muerte de Nísida, á noticia de Timbrio con más verdadera relacion no viniese ántes que la desesperacion la acabase; y que de Nísida se podía creer y conjeturar, que por ver á Timbrio ausente se habría partido en su busca; y que si entónces la fortuna por tan extraños accidentes los había apartado, agora por otros no ménos extraños sabría juntarlos. Todas estas razones y otras muchas que le dijeron le consolaron algo, pero no de manera que despertasen la esperanza de verse en la vida más contenta, ni áun él la procuraba, por parecerle que la que había escogido era la que más le convenía. Gran parte era ya pasada de la noche, cuando los pastores acordaron de reposar el poco tiempo que hasta el día quedaba, en el cual se habían de celebrar las bodas de Daranio y Silveria. Mas apénas había dejado la blanca aurora el enfadoso lecho del celoso marido, cuando dejaron los suyos todos los más pastores del aldea, y cada cual como mejor pudo, comenzó por su parte á regocijar la fiesta. Cuál trayendo verdes ramos para adornar la puerta de los desposados, y cuál con su

tamborino y flauta les daba la madrugada ; acullá se oía la regocijada gaita , acá sonaba el acordado rabel , allí el antiguo salterio , aquí los cursados albogues ; quién con coloradas cintas adornaba sus castañetas para los esperados bailes , quién pulía y repulía sus rústicos aderezos para mostrarse galan á los ojos de alguna su querida pastorcilla , de modo que por cualquier parte de la aldea que se fuese , todo sabía á contento , placer y fiesta. Sólo el triste y desdichado Mireno era aquel á quien todas estas alegrías causaban suma tristeza ; el cual habiéndose salido del aldea por no ver hacer sacrificio de su gloria , se subió en una costezuela que junto al aldea estaba ; y allí sentándose al pie de un antiguo fresno , puesta la mano en la mejilla , y la caperuza encajada hasta los ojos , que en el suelo tenía clavados , comenzó á imaginar el desdichado punto en que se hallaba , y cuán sin poderlo estorbar , ante sus ojos había de ver coger el fruto de sus deseos ; y esta consideracion le tenía de suerte , que lloraba tan tierna y amargamente , que ninguno en tal trance le viera que con lágrimas no le acompañara.

A esta sazón , Damon y Tirsi , Elicio y Erastro se levantaron , y asemándose á una ventana que al campo salía , lo primero en quien pusieron los ojos fué en el lastimado Mireno , y en verle de la suerte que estaba , conocieron bien el dolor que padecía ; y movidos á compasion , determinaron todos de ir á consolarle , como lo hicieran , si Elicio no les rogara que le dejaran ir solo , porque imaginaba que por ser Mireno , tan amigo suyo , con él , más abiertamente que con otro , su dolor comunicaría. Los pastores se lo concedieron , y yendo allá Elicio , hallóle tan fuera de sí , y tan en su dolor transportado , que ni le conoció Mireno , ni le habló palabra ; lo cual visto por Elicio , hizo señal á los demás pastores que viniesen ; los cuales temiendo algun extraño accidente á Mireno sucedido , pues Elicio con priesa los llamaba , fueron luego allá , y vieron que estaba Mireno con los ojos tan fijos en

el suelo, y tan sin hacer movimiento alguno que una estatua semejaba, pues con la llegada de Elicio, ni con la de Tirsi, Damon y Erastro no volvió de su extraño embelamiento, sino fué, que á cabo de un buen espacio de tiempo, casi como entre dientes, comenzó á decir: «¿Tú eres, Silveria, Silveria? Si tú lo eres, yo no soy Mireno y si soy Mireno, tú no eres Silveria; porque no es posible que esté Silveria sin Mireno, ó Mireno sin Silveria: pues ¿quién soy yo, desdichado? ó ¿quién eres tú, desconocida? Yo bien sé que no soy Mireno, porque tú no has querido ser Silveria, á lo ménos la Silveria que ser debías, y yo pensaba que fueras.»

A esta sazón alzó los ojos, y como vió alrededor de sí los cuatro pastores, y conoció entre ellos á Elicio, se levantó, y sin dejar su amargo llanto, le echó los brazos al cuello, diciéndole: «¡Ay verdadero amigo mío! y cómo ahora no tendrás ocasion de envidiar mi estado, como le envidiabas cuando de Silveria me veías favorecido: pues si entónces me llamaste venturoso, ahora puedes llamarme desdichado; y trocar todos los títulos alegres que en aquel tiempo me dabas, en los de pesar que ahora puedes darme: yo si que te podré llamar dichoso, Elicio, pues te consuela más la esperanza que tienes de ser querido, que no te fatiga el verdadero temor de ser olvidado.

— Confuso me tienes; oh Mireno! respondió Elicio de ver los extremos que haces por lo que Silveria ha hecho, sabiendo que tiene padres, á quien ha sido justo haber obedecido.

— Si ella tuviera amor, replicó Mireno, poco inconveniente era la obligacion de los padres para dejar de cumplir con lo que el amor debía; de do vengo á considerar; oh Elicio! que si me quiso bien, hizo mal en casarse; y si fué fingido el amor que me mostraba, hizo peor en engañarme, y ofrecirme el desengaño á tiempo que no puede aprovecharme, sino es con dejar en sus manos la vida.

— No está en término la tuya, Mireno, replicó Elicio, que tengas por remedio el acabarla, pues podría ser que la mundanza de Silveria no estuviese en la voluntad, sino en la fuerza de la obediencia de sus padres; y si tú la quisiste limpia y honestamente doncella, también la puedes querer agora casada, correspondiendo ella agora como entónces á tus buenos y honestos deseos.

— Mal conoces á Silveria, Elicio, respondió Mireno, pues imaginas della que ha de hacer cosa de que pueda ser notada.

— Esta mesma razon que has dicho te condena, respondió Elicio, pues si tú, Mireno, sabes de Silveria, que no hará cosa que mal le esté, en la que ha hecho no debe de haber errado.

— Si no ha errado, respondió Mireno, ha acertado á quitarme todo el buen suceso que de mis buenos pensamientos esperaba: y sólo en esto la culpo, que nunca me advirtió deste daño, ántes temiéndome dél, con firme juramento me aseguraba que eran imaginaciones mías, y que nunca á la suya había llegado pensar con Daranio casarse, ni se casaría, si conmigo no, con él ni con otro alguno, aunque aventurara en ello quedar en perpetua desgracia con sus padres y parientes: y debajo deste seguro y prometimiento faltar y romper la fe agora de la manera que has visto, ¿qué razon hay que tal consienta, ó qué corazon que tal sufra?» Aquí tornó Mireno, á renovar su llanto, y aquí de nuevo le tuvieron lástima los pastores. A este instante llegaron dos zagales adonde ellos estaban, que el uno era pariente de Mireno, y el otro criado de Daranio, que á llamar á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro venían, porque las fiestas de su desposorio querían comenzarse. Pesábales á los pastores de dejar sólo á Mireno, pero aquel pastor su pariente se ofreció á quedar con él; y aún Mireno dijo á Elicio que se quería ausentar de aquella tierra, por no ver cada dia á los ojos la causa de su desventura. Elicio le loó su determinacion, y

le encargó que do quiera que estuviese, le avisase de cómo le iba. Mireno se lo prometió; y sacando del seno un papel, le rogó que en hallando comodidad se le diese á Silveria. Y con esto se despidió de todos los pastores, no sin muestra de mucho dolor y tristeza: el cual no se hubo bien apartado de su presencia, cuando Elicio, deseoso de saber lo que en el papel venía, viendo que pues estaba abierto, importaba poco leerle, le descogió, y convidando á los otros pastores á escucharle, vió que en él venían escritos estos versos.

MIRENO Á SILVERIA.

El pastor que te ha entregado
Lo más de cuanto tenía,
Pastora, agora te envía
Lo ménos que le ha quedado,
Que es este pobre papel,
Adonde claro verás
La fe que en tí no hallarás,
Y el dolor que queda en él.

Pero poco acaso hace
Darte desto cuenta estrecha,
Si mi fe no me aprovecha
Y mi mal te satisface:
No pienses que es mi intencion
Quejarme porque me dejas;
Que llegan tarde las quejas
De mi temprana pasion.

Tiempo fué ya que escucharas
El cuento de mis enojos,
Y aún si lloraran mis ojos,
Las lágrimas enjugaras:
Entónces era Mireno
El que era de tí mirado.
Mas; ay, cómo te has trocado,
Tiempo bueno, tiempo bueno!

Si durara aquel engaño,
Templárase mi disgusto,
Pues mas vale un falso gusto,
Que un notorio y cierto daño;

Pero tú, por quien se ordena
Mi terrible mal andanza,
Has hecho con tu mudanza
Falso el bien, cierta la pena.

Tus palabras lisonjeras
Y mis créditos oídos
Me han dado bienes fingidos,
Y males que son de véras:
Los bienes con su apariencia
Crecieron mi sanidad;
Los males con su verdad
Han doblado mi dolencia.

Por esto juzgo y discierno
Por cosa cierta y notoria
Que tiene el amor su gloria
A las puertas del infierno:
Y que un desden acarrea
Y un olvido en un momento
Desde la gloria el tormento,
Al que en amor no se emplea.

Con tanta presteza has hecho
Este mudamiento extraño,
Que estoy ya dentro del daño
Y no salgo del provecho.
Porque imagino que ayer
Era cuando me querías,
O á lo ménos lo fingías,
Que es lo que se ha de creer.

Y el agradable sonido
De tus palabras sabrosas
Y razones amorosas
Aun me suena en el oído.
Estas memorias siuaves
Al fin me dan más tormento,
Pues tus palabras el viento
Llevó, y las obras quien sabes.

¿Eras tú la que jurabas
Que se acabasen tus días,
Si á Mireno no querías
Sobre todo cuanto amabas?
Eras tú, Silveria, quien
Hizo de mí tal caudal,
Que siendo todo tu mal,

Me tenias por tu bien ?

¡ Oh , que títulos te diera
De ingrata , como mereces ,
Si como tú me aborreces ,
Tambien yo te aborreciera !
Mas no puedo aprovecharme
Del medio de aborrecerte ,
Que estimo más el quererte
Que tú has hecho el olvidarme.

Triste gemido á mi canto
Ha dado tu mano fiera ,
Invierno á mi primavera ,
Y á mi risa amargo llanto
Mi gasajo ha vuelto en luto ,
Y de mis blandos amores
Cambió en abrojos las flores ,
Y en veneno el dulce fruto.

Y aun dirás , y esto me daña ,
Que es el haberte casado ,
Y el haberme así olvidado ,
Una honesta honrosa hazafia.
Disculpa fuera admitida ,
Si no te fuera notorio
Que estaba en tu desposorio
El fin de mi triste vida.

Mas en fin tu gusto fué
Gusto , pero no fue justo ,
Pues con premio tan injusto
Pagó mi inviolable fe :
La cual por ver que se ofrece
De mostrar la fe que alcanza ,
Ni la muda tu mudanza ,
Ni mi mal la desfallece.

Quien esto vendrá á entender
Cierto estoy que no se asombre ,
Viendo al fin que yo soy hombre ,
Y tú , Silveria , mujer ,
Adonde la ligereza
Hace de contino asiento ,
Y adonde en mí el sufrimiento
Es otra naturaleza.

Ya te contemplo casada ,
Y de serlo arrepentida ,

Porque ya es cosa sabida
Que no estarás firme en nada :
Procura alegre llevarlo
El yugo que echaste al cuello,
Que podrás aborrecello,
Y no podrás desechallo.

Mas eres tan inhumana
Y de tan mudable ser,
Que lo que quisiste ayer,
Has de aborrecer mañana :
Y así por extraña cosa
Dirá aquel que de tí hable:
Hermosa, pero mudable :
Mudable, pero hermosa.

No parecieron mal los versos de Mireno á los pastores, sino la ocasion á que se habían hecho, considerando con cuánta presteza la mudanza de Silveria le había traído á punto de desamparar al amada patria y queridos amigos, temeroso cada uno que en el suceso de sus pretensiones lo mismo le sucediese. Entrados pues en el aldea, y llegados adonde Daranio y Silveria estaban, la fiesta se comenzó tan alegre y regocijadamente, cuanto en las riberas del Tajo en muchos tiempos se había visto; que por ser Daranio uno de los más ricos pastores de toda aquella comarca, y Silveria de las hermosas pastoras de toda la ribera, acudieron á sus bodas toda ó la más pastoría de aquellos contornos, y así se hizo una célebre junta de discretos pastores y hermosas pastoras; y entre los que á los demas en muchas y diversas habilidades se aventajaron fueron el triste Orompo y el celoso Orfenio, el ausente Crisio y el desamado Marsillio, mancebos todos, y todos enamorados, aunque de diferentes pasiones oprimidos, porque al triste Orompo fatigaba la temprana muerte de su querida Listea, y al celoso Orfenio la insufrible rabia de los celos, siendo enamorado de la hermosa pastora Eandra; al ausente Crisio el verse apartado de Claraura, bella y discreta pastora á quien él por único

bien suyo tenía ; y al desesperado Marsilio el desamor que para con él en el pecho de Belisa se encerraba. Eran todos amigos y de una misma aldea , y la pasión del uno el otro no la ignoraba ; ántes en dolorosa competencia muchas veces se habían juntado á encarecer cada cual la causa de su tormento , procurando cada uno mostrar como mejor podía , que su dolor á cualquier otro se aventajaba , teniendo por suma gloria ser en la pena mejorado ; y tenían todos tal ingenio , ó por mejor decir , tal dolor padecían , que como quiera que le significasen , mostraban ser el mayor que imaginarse podía : por estas disputas y competencias eran famosos y conocidos en toda la ribera del Tajo , y habían puesto deseo á Tirsi y á Damon de conocerlos ; y viéndolos allí juntos , unos á otros se hicieron corteses y agradables recibimientos , principalmente todos con admiración miraban á los dos pastores Tirsi y Damon , hasta allí dellos solamente por fama conocidos.

A esta sazón salió el rico pastor Daranio á la serrana vestido , traía camisa alta de cuello plegado , almilla de frisa , sayo verde escotado , zaragüelles de delgado lienzo , antiparras azules , zapato redondo , cinto tachonado , y de la color del sayo una cuarteada caperuza.

No ménos salió bien aderezada su esposa Silveria porque venía con saya y cuerpos leónados , guarnecidos de raso blanco , camisa de pechos , labrada de azul y verde , gorguera de hilo amarillo , sembrado de argentería , invención de Galatea y Florisa que la vistieron , garbín turquesado con flecos de encarnada seda , alcorque dorado , zapatillas justas , corales ricos , y sortija de oro , y sobre todo su belleza , que más que todo la adornaba. Salió tras ella la sin par Galatea , como sol tras el aurora , y su amiga Florisa , con otras muchas y hermosas pastoras que por honrar las bodas á ellas habían venido , entre las cuales también iba Teolinda con cuidado de hurtar el rostro á los ojos de Damon y Tirsi por no ser dellos conocida : y luego las pastoras , siguiendo á los pastores que

guiaban, al son de muchos pastoriles instrumentos hacía el templo se encaminaron: en el cual espacio le tuvieron Elicio y Erastro de cebar los ojos en el hermoso rostro de Galatea, deseando que durara aquel camino más que la larga peregrinación de Ulises; y con el contento de verla iba tan fuera de sí Erastro, que hablando con Elicio le dijo: «¿Qué miras, pastor, si á Galatea no miras? Pero ¿cómo podrás mirar el sol de sus cabellos, el cielo de su frente, las estrellas de sus ojos, la nieve de su rostro, la grana de sus mejillas, el color de sus labios, el marfil de sus dientes, el cristal de su cuello y el mármol de su pecho?

— Todo eso he podido ver; oh Erastro! respondió Elicio, y ninguna cosa de cuantas has dicho es causa de mi tormento, sino es la aspereza de su condicion, que si no fuera tal cómo tú sabes, todas las gracias y bellezas que en Galatea conoces, fueran ocasion de mayor gloria nuestra.

— Bien dices, dijo Erastro; pero todavía no me podrás negar, que á no ser Galatea tan hermosa, no fuera tan deseada; y á no ser tan deseada, no fuera tanta nuestra pena, pues toda ella nace del deseo.

— No te puedo yo negar, Erastro, respondió Elicio, que todo cualquier dolor y pesadumbre no nazca de la privacion y falta de aquello que deseamos; más juntamente te quiero decir que ha perdido conmigo mucho la calidad de amor con que yo pensé que á Galatea querías; porque si solamente la quieres por ser hermosa, muy poco tiene que agradecerte, pues no habrá ningun hombre, por rústico que sea, que la mire, que no la desee, porque la belleza donde quiera que está trae consigo el hacer desear; así que á este simple deseo, por ser tan natural, ningun premio se le debe, porque si se le debiera, con sólo desear el cielo, le tuviéramos merecido; mas ya ves, Erastro, ser esto tan al revés, como nuestra verdadera ley nos lo tiene mostrado; y puesto caso que hermosura y belleza sea una principal parte para atraernos á desearla y á procurar

gozarla, el que fuere verdadero enamorado no ha de tener tal gozo por último bien suyo ; sino que aunque la belleza le acarree este deseo , la ha de querer solamente por ser bueno , sin que otro algun interesse le mueva ; y éste se puede llamar aún en las cosas de acá perfecto y verdadero amor , y es digno de ser agradecido y premiado , como vemos que premia conocida y aventajadamente el Hacedor de todas las cosas aquellos que sin moverles otro interes alguno de temor , de pena ó de esperanza de gloria , le quieren , le aman y le sirven solamente por ser bueno y digno de ser amado ; y esta es la última y mayor perfeccion que en el amor divino se encierra , y en el humano tambien , cuando no se quiere más de por ser bueno lo que se ama , sin haber error de entendimiento , porque muchas veces lo malo nos parece bueno , y lo bueno malo , y así amamos lo uno , y aborrecemos lo otro , y este tal amor no merece premio , sino castigo. Quiero inferir de todo lo que he dicho , ¡ oh Erastro ! que si tú quieres y amas la hermosura de Galatea , con intencion de gozarla , y en esto pára el fin de tu deseo sin pasar adelante á querer su virtud , su acrecentamiento de fama , su salud , su vida y bienes , entiende que no amas como debes , ni debes ser remunerado como quieres. » Quisiera Erastro replicar á Elicio , y darle á entender cómo no entendía bien del amor con que á Galatea amaba ; pero estorbólo el son de la zampoña del desamorado Lenio , el cual quiso tambien hallarse á las bodas de Daranio , y regocijar la fiesta con su canto ; y así , puesto delante de los desposados , en tanto que al templo llegaban , al son del rabel de Eugenio estos versos fué cantando.

LENIO.

Desconocido , ingrato Amor , que asombras
A veces los gallardos corazones ,
Y con vanas figuras , vanas sombras ,
Pones al alma libre mil prisiones :
Si de ser Dios te precias , y te nombras

Con tan subido nombre, no perdones
Al que rendido al lazo de himeneo
Rindiere al nuevo nudo su deseo.

En conservar la ley pura y sincera
Del santo matrimonio pon tu fuerza,
Descoge en este campo tu bandera,
Haz á tu condicion en esto fuerza :
¡ Qué bella flor, qué dulce fruto espera
Por pequeño trabajo el que se esfuerza
A llevar este yugo como debe,
Que aunque parece carga, es carga leve !

Tú puedes, si te olvidas de tus hechos
Y de tu condicion tan desabrida,
Hacer alegres tálamos y lechos
Do el yugo conyugal á dos anida :
Enciértrate en sus almas y en sus pechos
Hasta que acabe el curso de su vida,
Y vayan á gozar, como se espera,
De la agradable eterna primavera.

Deja las pastoriles cabañuelas,
Y al libre pastorcillo hacer su oficio,
Vuela mas alto ya, pues tanto vuelas,
Y aspira á mejor grado y ejercicio :
En vano te fatigas y desvelas
En hacer de las almas sacrificio,
Si las rindes con mejor intento
Al dulce de himeneo ayuntamiento.

Aquí puedes mostrar la poderosa
Mano de tu poder maravilloso,
Haciendo que la nueva tierna esposa
Quiera, y que sea querida de su esposo,
Sin que aquella infernal rabia celosa
Les turbe su contento y su reposo,
Ni el desden sacudido y zahareño
Les prive del sabroso y dulce sueño.

Mas si, pérfido amor, nunca escuchadas
Fueron de tí plegarias de tu amigo,
Bien serán estas mias desechadas,
Que te soy y seré siempre enemigo :
Tu condicion, tus obras mal miradas,
De quien es todo el mundo buen testigo,
Hacen que yo no espere de tu mano
Contento alegre, venturoso y sano.

Ya se maravillaban los que al desamorado Lenio escuchando iban, de ver con cuánta mansedumbre las cosas de amor trataba, llamándole dios y de mano poderosa; cosa que jamás le habían oído decir: mas habiendo oído los versos con que acabó su canto, no pudieron dejar de reirse, porque ya les pareció que se iba colerizando, y que si adelante en su canto pasara, él pusiera al amor como otras veces solía; pero faltóle el tiempo, porque se acabó el camino. Y así llegados al templo y hechas en él por los sacerdotes las acostumbradas ceremonias, Daranio y Silveria quedaron en perpetuo y estrecho fudo ligados, no sin envidia de muchos que los miraban, ni dolor de algunos que la hermosura de Silveria codiciaban; pero todo dolor sobrepujara el que sintiera el sin ventura Mireno, si á este espectáculo se hallara presente. Vueltos pues los desposados del templo con la misma compañía que habían llevado, llegaron á la plaza de la aldea, donde hallaron las mesas puestas, y adonde quiso Daranio hacer públicamente demostracion de sus riquezas, haciendo á todo el pueblo un generoso y suntuoso convite. Estaba la plaza tan enramada, que una hermosa verde floresta parecía, entretejidas las ramas por cima de tal modo, que los agudos rayos del sol en todo aquel circuito no hallaban entrada para calentar el fresco suelo, que cubierto con muchas espadañas y con mucha diversidad de flores se mostraba. Allí pues con general contento de todos se solemnizó el generoso banquete al son de muchos pastoriles instrumentos, sin que diesen ménos gusto que el que suelen dar las acordadas músicas que en los reales palacios se acostumbran; pero lo que más autorizó la fiesta, fué ver que en alzándose las mesas, en el mismo lugar con mucha presteza hicieron un tablado, para efeto de que los cuatro discretos [y lastimados pastores Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, que por honrar las bodas de su amigo Daranio, y por satisfacer el deseo que Tirsi y Damon tenían de escucharles, querían allí en público re-

citar una égloga, que ellos mismos de la ocasion de sus anesmos dolores habían compuesto. Acomodados pues en sus asientos todos los pastores y pastoras que allí estaban, despues que la zampofia de Erastro, y la lira de Lenio y los otros instrumentos hicieron prestar á los presentes un sosegado y maravilloso silencio, el primero que se mostró en el humilde teatro, fué el triste Orompo con un pellico negro vestido, y un cayado de amarillo boj en la mano, el remate del cual era una fea figura de la muerte: venía con hojas de funesto ciprés coronado, insinias todas de la tristeza que en él reinaba por la inmadura muerte de su querida Listea; y despues que con triste semblante los llorosos ojos á una y á otra parte hubo tendido, con muestras de infinito dolor y amargura rompió el silencio con semejantes razones.

OROMPO.

Salid de lo hondo del pecho cuitado,
Palabras sangrientas con muerte mezcladas,
Y si los suspiros os tienen atadas,
Abrid y romped el siniestro costado:
El aire os impide, que está ya inflamado
Del fiero veneno de vuestros acentos,
Salid, y siquiera os lleven los vientos,
Que todo mi bien tambien me han llevado.

Poco perdereis en veros perdidas,
Pues ya os ha faltado el alto sujeto,
Por quien en estilo grave y perfeto
Hablábades cosas de punto subidas:
Notadas un tiempo y bien conocidas
Fuisteis por dulces, alegres, sabrosas,
Agora por tristes, amargas, llorosas,
Sereis de la tierra y del cielo tenidas.

Pero aunque salgais, palabras, temblando,
¿Con cuáles podreis decir lo que siento,
Si es incapaz mi fiero tormento
De irse cual es al vivo pintando?
Mas ¡ay, que me falta el cómo y el cuándo
De significar mi pena y mi mengua!

Aquello que falta y no puede la lengua,
Suplan mis ojos contino llorando.

¡ Oh muerte, que atajas y acortas el hilo
De mil pretensiones gustosas humanas,
Y en un volver de ojos las sierras allanas,
Y haces iguales á Henares y al Nilo !
¿ Por qué no templaste, traidora, el estilo
Tuyo cruel ? ¿ Por qué á mi despecho
Probaste en el blanco y más lindo pecho,
De tu fiero alfanje la furia y el filo ?

¿ En qué te ofendían ¡ oh falsa ! los años
Tan tiernos y verdes de aquella cordera ?
¿ Por qué te mostraste con ella tan fiera ?
¿ Por qué en el suyo creciste mis daños ?
¡ Oh mi enemiga y amiga de engaños !
De mí, que te busco, te escondes y ausentas,
Y quieres y trabas razones y cuentas
Con el que más teme tus males tamaños.

En años maduros tu ley tan injusta
Pudiera mostrar su fuerza crecida,
Y no descargar la dura herida
En quien del vivir há poco que gusta :
Mas esa tu hoz que todo lo ajusta,
Ni mando ni ruego jamás la doblega,
Así con rigor la flor tierna siega
Como la caña fludosa y robusta.

Cuando á Listea del suelo quitaste,
Tu ser, tu valor, tu fuerza, tu brío,
Tu ira, tu mando y tu señorío
Con solo aquel triunfo al mundo mostraste.
Llevando á Listea, tambien te llevaste
La gracia, el donaire, belleza y cordura
Mayor de la tierra, y en su sepultura
Este bien todo con ella encerraste.

Sin ella en tiniebla perpetua ha quedado
Mi vida penosa, que tanto se alarga,
Que es insufrible á mis hombros su carga.
Que es muerte la vida dél del que es desdichado :
Ni espero en fortuna, ni espero en el hado,
Ni espero en el tiempo, ni espero en el cielo,
Ni tengo de quién espere consuelo,
Ni es bien que se espere en mal tan sobrado.

¡ Oh, vos que sentís qué cosa es dolores !

Venid y tomad consuelo en los mios,
Que en viendo su ahinco, sus fuerzas, sus bríos,
Vereis que los vuestros son mucho menores :
¿ Dó estáis agora, gallardos pastores ?
¿ Crisio, Marsilio y Orfenio, qué haceis ?
¿ Por qué no venís ? ¿ Por qué no tenéis,
Por más que los vuestros, mis daños mayores ?

Mas ¿ quién es aquel que asoma y que quiebra
Por la encrucijada de aqueste sendero ?
Marsilio es sin duda, de amor prisionero,
Belisa es la causa á quien siempre celebra ;
A éste le roe la fiera culebra
Del crudo desden el pecho y el alma,
Y pasa su vida en tormenta sin calma,
Y aún no es cual la mia su suerte tan negra.

Él piensa que el arma, que el alma le aqueja,
Es más que el dolor de mi desventura.
Aquí será bien que entre esta espesura
Me esconda por ver si acaso se queja.
Mas ¡ ay ! que á la pena que nunca me deja,
Pensar igualarla es gran desatino,
Pues abre la senda y cierra el camino
Al mal que se acerca, y al bien que se aleja.

MARSILIO.

Pasos que al de la muerte
Me llevais paso á paso,
Forzoso he de acusar vuestra pereza,
Seguid tan dulce suerte,
Que en este amargo paso
Está mi bien, y en vuestra ligereza,
Mirad que la dureza
De la enemiga mia
En el airado pecho
Contrario á mi provecho,
En su entereza está cual ser solía ;
Huigamos, si es posible,
Del áspero rigor suyo terrible,
¿ A qué apartado clima,
A qué region incierta
Iré á vivir, que pueda asegurarme
Del mal que me lastima,

Del ansia triste y cierta,
Que no se ha de acabar hasta acabarme?
Ni estar quedo, ó mudarme
A la arenosa Libia,
O al lugar donde habita
El fiero y blanco scita,
Un solo punto mi dolor alivia;
Que no está mi contento
En hacer de lugares mudamiento.

Aquí y allí me alcanza
El desden riguroso
De la sin par cruel pastora mia,
Sin que amor ni esperanza
Un término dichoso
Me pueda prometer en tal porfía
Belisa, luz del día,
Gloria de la edad nuestra,
Si valen ya contigo
Ruegos de un firme amigo,
Templa el rigor airado de tu diestra,
Y el fuego deste mio
Pueda en tu pecho deshacer el frío.

Más sorda á mi lamento,
Más implacable y fiera
Que á la voz del cansado marinero
El riguroso viento,
Que el mar turba y altera,
Y amenaza á la vida el fin postrero:
Mármol, diamante, acero,
Alpestre y dura roca,
Robusta antigua encina,
Roble que nunca inclina
La altiva rama al cierzo que le toca,
Todo es blando y suave
Comparado al rigor que en tu alma cabe.

Mi duro amargo hado,
Mi inexorable estrella,
Mi voluntad que todo lo consiente,
Me tienen condenado,
Belisa ingrata y bella,
A que te sirva y ame eternamente:
Aunque tu hermosa frente
Con riguroso ceño,

Y tus serenos ojos
Me anuncien mil enojos,
Serás desta alma conocido dueño,
En tanto que en el suelo
La cubriere mortal corpóreo velo.

¿Hay bien que se le iguale
Al mal que me atormenta?
¿Y hay mal en todo el mundo tan esquivo?
El uno y otro sale
De toda humana cuenta,
Y aun yo sin ella en viva muerte vivo:
En el desden avivo
Mi fe, y allí se enciende
Con el helado frio:
Mirad que desvarío,
Y el dolor desusado que me ofende,
Y si podrá igualarse
Al mal que más quisiere aventajarse.

¿Más quién es el que mueve
Las ramas intrincadas
Deste acopado mirto y verde asiento?
Ors. Un pastor que se atreve,
Con razones fundadas
En la pura verdad de su tormento,
Mostrar que el sentimiento
De su dolor crecido
Al tuyo se aventaja,
Por más que tú lo estimes,
Levantes y sublimes.

Mars. Vencido quedarás en tal baraja,
Orompo, fiel amigo,
Y tú mismo serás dello testigo.
Si de las ansias mías,
Si de mi mal insano,
La más mínima parte conocieras,
Cesáran tus porfias,
Orompo, viendo llano,
Que tú penas de burla, y yo de veras.

Ors. Haz, Marsilio, quimeras
De tu dolor extraño,
Y al mío menoscaba,
Que la vida me acaba:
Que yo espero sacarte deste engaño,

Mostrando al descubierto
Que el tuyo es sombra de mi mal, que es cierto :
Pero la voz sonora
De Crisio oigo que suena,
Pastor que en la opinion se te parece :
Escuchémosle ahora,
Que su cansada pena
No ménos que la tuya se engrandece.

Mars. Hoy el tiempo me ofrece
Lugar y coyuntura,
Donde pueda mostraros
A entrambos, y enteraros
De que sola la mía es desventura.

Ors. Atiende ahora, Marsillo,
La voz de Crisio y lamentable estilo.

CRISIO.

¡ Ay dura, ay importuna, ay triste ausencia !
¡ Cuán fuera debió estar de conocerte
El que igualó tu fuerza y violencia
Al poder invencible de la muerte !
Que cuando con mayor rigor sentencia,
¿ Qué puede más su limitada suerte
Que deshacer el fudo y recia liga,
Que á cuerpo y alma estrechamente liga ?

Tu duro alfanje á mayor mal se extiende,
Pues un espíritu en dos mitades parte.
¡ Oh milagros de amor que nadie entiende,
Ni se alcanza por ciencia ni por arte,
Que deje su mitad con quien la entiende
Allá mi alma, y traiga acá la parte
Más frágil, con la cual más mal me siente,
Que estar mil veces de la vida ausente !

Ausente estoy de aquellos ojos bellos
Que serenaban la tormenta mía,
Ojos, vida de aquel que pudo vellos,
Si de allí no pasó la fantasía ;
Que verlos y pensar de merecellos
Es loco atrevimiento y demasía :
Yo los ví, desdichado, y no los veo,
Y márame de verlos el deseo.

Deseo, y con razon, ver dividida
(Por acortar el término á mi daño)
Esta antigua amistad, que tiene unida
Mi alma al cuerpo con amor tamaño,
Que siendo de las carnes despedida
Con ligereza presta y vuelo extraño
Podrá tornar á ver aquellos ojos,
Que son descanso y gloria á sus enojos.

Enojos son la paga y recompensa
Que amor concede al amador ausente,
En quien se cifra el mayor mal y ofensa,
Que en los males de amor se encierra y siente :
Ni poner discrecion á la defensa,
Ni un querer firme, levantado, ardiente,
Aprovecha á templar deste tormento
La dura pena y el furor violento.

Violento es el rigor desta dolencia,
Pero junto con esto es tan durable,
Que se acaba primero la paciencia
Y aun de la vida el curso miserable :
Muerte, desvíos, celos, inclemencia,
De airado pecho condicion mudable,
No atormentan así, ni dañan tanto
Como este mal, que el nombre pone espanto.

Espanto fuera, si dolor tan fiero
Dolores tan mortales no causara,
Pero todos son flacos, pues no muero
Ausente de mi vida dulce y cara ;
Mas cese aquí mi canto lastimero,
Que á compañía tan discreta y rara
Como es la que allí veo, será justo
Que muestre al verla más sabroso gusto.

Or. Gusto nos da, buen Crisio, tu presencia,
Y más viniendo á tiempo que podremos
Acabar nuestra antigua diferencia.

Cris. Orompo, si es tu gusto, comencemos,
Pues que juez de la contienda nuestra
Tan recto aquí, en Marsilio le tendremos.

Mars. Indicio dais y conocida muestra
Del error en que os trae tan embebidos
Esa vana opinion notoria vuestra ;

Pues quereis que á los míos preferidos
Vuestros dolores tan pequeños sean,

Harto llorados, más que conocidos.

Mas porque el suelo y cielo juntos vean
Cuánto vuestro dolor es ménos grave

Que las ansias que el alma me rodean ,

La más pequeña que en mi pecho cabe ,
Pienso mostrar en vuestra competencia
Así como mi ingenio torpe sabe.

Y dejaré á vosotros la sentencia ,
Y el juzgar si mi mal es muy más fuerte
Que el riguroso de la larga ausencia :

O el amargo espantoso de la muerte ,
Dè quien entrambos os quejais sin tiento ,
Llamando dura y corta á vuestra suerte.

Or. Deso yo soy , Marsilio , muy contento ,
Pues la razon que tengo de mi parte
El triunfo le asegura á mi tormento.

Cris. Aunque de exagerar me falta el arte ,
Vereis cuando yo os muestre mi tristeza
Cómo quedan las vuestras á una parte.

Mars. ¿ Qué ausencia llega á la inmortal dureza
De mi pastora , que es con ser tan dura ,
Señora universal de la belleza ?

Or. ¡ Oh , á qué buen tiempo llega y coyuntura
Orfenio ! ¿ Véisle asomado ? Estad atentos ,
Oiréisle ponderar su desventura.

Celos en la ocasion de sus tormentos ,
Celos , cuchillo y ciertos turbadores
De las paces de amor y los contentos.

Cris. Escuchad , que ya canta sus dolores.

ORFENIO.

¡ Oh sombra oscura , que contino sigues
A mi confusa triste fantasía ,
Enfadosa tiniebla , siempre fría ,
Que á mi contento y á mi luz persigues !

¿ Cuánto será que tu rigor mitigues ,
Monstruo cruel y rigurosa arpía ?

¿ Qué ganas en turbarme el alegría ?
O ¿ qué bien en quitármela consignes ?

Mas si la condicion de que te arreas
Se extiende á pretender quitar la vida
Al que te dió la tuya y te ha engendrado ,

No me debe admirar que de mí seas
Y de todo mi bien fiero homicida,
Sino de verme vivo en tal estado.

Or. Si el prado deleitoso,
Orfenio te es alegre cual solía
En tiempo más dichoso,
Ven, pasarás el día
En nuestra lastimada compañía.
Con los tristes el triste
Bien ves que se acomoda fácilmente,
Ven, que aquí se resiste
Par desta clara fuente
Del levantado sol el rayo ardiente :

Ven, y el usado estilo
Levanta, y como sueles te defiende
De Crisio y de Marsilio,
Que cada cual pretende
Mostrar que sólo es mal el que le ofende.

Yo sólo en este caso
Contrario habré de ser á tí y á ellos,
Pues los males que paso
Bien podré encarecellos,
Mas no mostrar la mayor parte de ellos.

Orf. No al gusto le es sabrosa
Así á la corderuela deshambrida
La hierba, ni gustosa
Salud restituida
A aquel que ya la tuvo por perdida,

Como es á mí sabroso
Mostrar en la contienda que se ofrece,
Que el dolor riguroso
Que el corazon padece,
Sobre el mayor del suelo se engrandece.

Calle su mal sobrado
Orompo, encubra Crisio su dolencia
Marsilio esté callado :
Muerte, desden ni ausencia,
No tengan con los celos competencia.

Pero si el cielo quiere
Que hoy salga al campo la contienda nuestra,
Comience el que quisiere,
Y dé á los otros muestra
De su dolor con torpe lengua ó diestra.

Que no está en la elegancia,
Y modo de decir el fundamento
Y principal sustancia
Del verdadero cuento,
Que en la pura verdad tiene su asiento.

Cris. Siento pastor que tu arrogancia mucha
En esta lucha de pasiones nuestras
Dará mil muestras de tu desvarío.

Orf. Templa ese brío, ó muéstralo á su tiempo,
Que es pasatiempo, Crisio, tu congoja;
Que alma que afloja con volver el paso,
No hay que hacer caso de su sentimiento.

Cris. Es mi tormento tan extraño y fiero,
Que presto espero que tú mismo digas,
Que á mis fatigas no se iguala alguna.

Mars. Desde la cuna soy yo desdichado.

Or. Aun engendrado pienso que no estaba,
Cuando sobraba en mí la desventura.

Orf. En mí se apura la mayor desdicha.

Cris. Tu mal es dicha, comparado al mío.

Mars. Opuesto al brío de mi mal extraño,
Es gloria el daño que á vosotros daña.

Or. Esta maraña quedará muy clara,
Cuando á la clara mi dolor descubra:
Ninguno encubra agora su tormento,
Que yo del mío doy principio al cuento.

Mis esperanzas, que fueron
Sembradas en parte buena,
Dulce fruto prometieron,
Y cuando darle quisieron,
Convirtióle el cielo en pena:
Ví su flor maravillosa
En mil muestras deseosa
De darme una rica suerte,
Y en aquel punto la muerte,
Cortómela de envidiosa.
Yo quedé cual labrador,
Que del trabajo contino
De su espaciosa labor
Fruto amargo de dolor
Le concede su destino:
Y áun le quita la esperanza

De otra buena nueva andanza,
Porque cubrió con la tierra
El cielo donde se encierra
De su bien la confianza.
Pues si á término he llegado
Que de tener gusto ó gloria
Vivo ya desesperado,
De que yo soy más penado,
Es cosa cierta y notoria:
Que la esperanza asegura
En la mayor desventura
Un dichoso fin que viene:
Mas ¡ ay de aquel que la tiene
Cerrada en la sepultura !

MARSILIO.

Yo, que el humor de mis ojos
Siempre derramado ha sido
En lugar donde han nacido
Cien mil espinas y abrojos,
Que el corazon me han herido:
Yo sí soy el desdichado,
Pues con nunca haber mostrado
Un momento el rostro enjuto,
Ni hoja, ni flor, ni fruto
He del trabajo sacado.
Que si alguna muestra viera
De algun pequeño provecho,
Sosegárase mi pecho,
Y aunque nunca se cumpliera,
Quedara al fin satisfecho:
Porque viera que valía
Mi enamorada porfia
Con quien es tan desabrida,
Que á mi hielo está encendida,
Y á mi fuego helada y fria.
Pues si es el trabajo vano
De mi llanto y sospirar,
Y dél no pienso cesar,
¿ A mi dolor inhumano
Cuál se le podrá igualar?
Lo que tu dolor concierta

Es, que está la causa muerta,
Orompo, de tu tristeza,
La mía en más entereza
Cuando más me desconcierta.

CRISIO.

Yo, que teniendo en sazón
El fruto que se debía
A mi continua pasión,
Una súbita ocasión
De gozarla me desvía;
Muy bien podré ser llamado
Sobre todos desdichado,
Pues que vendré á padecer,
Pues no puedo perecer
Adonde el alma he dejado.
Del bien que lleva la muerte,
El no poder recobrallo,
En alivio se convierte,
Y un corazón duro y fuerte
El tiempo suele ablandallo:
Mas en ausencia se siente
Con un extraño accidente,
Sin sombra de ningún bien,
Celos, muertes y desden;
Que esto y más teme el ausente.
Cuando tarda el cumplimiento
De la cercana esperanza,
Aflige más el tormento,
Y allí llega el sufrimiento
Adonde ella nunca alcanza:
En las ansias desiguales
El remedio de los males,
Es el no esperar remedio;
Mas carecen deste medio
Las de ausencia más mortales.

ORFENIO.

El fruto que fué sembrado
Por mi trabajo contino,
A dulce sazón llegado

Fué con próspero destino
 En mi poder entregado :
 Y apenas pude llegar
 A términos tan sin par,
 Cuando vine á conocer
 La ocasion de aquel placer
 Ser para mí de pesar.
 Yo tengo el fruto en la mano,
 Y el tenerle me fatiga,
 Porque en mi mal inhumano
 A la más granada espiga
 La roe un fiero gusano :
 Aborrezco lo que quiero ,
 Y por lo que vivo muero ,
 Y yo me fabrico y pinto
 Un revuelto laberinto,
 De do salir nunca espero.
 Busco la muerte en mi daño ,
 Que ella es vida á mi dolencia
 Con la verdad más me engaño ,
 Y en ausencia y en presencia
 Va creciendo un mal tamaño.
 No hay esperanza que acierte
 A remediar mal tan fuerte ,
 Ni por estar ni alejarme
 Es imposible apartarme
 Desta triste viva muerte.

OROMPO.

¿No es error conocido
 Decir que el daño que la muerte hace
 Por ser tan extendido ,
 En parte satisface ,
 Pues la esperanza quita
 Que el dolor administra y solicita ?
 Si de la gloria muerta
 No se quedara viva la memoria
 Que el gusto desconcierta ,
 Es cosa ya notoria
 Que el no esperar tenella
 Tempa el dolor en parte de perdella.

Pero si está presente la memoria,

CERVANTES.— *La Galatea.*

La memoria del bien ya fenecido
Más viva y más ardiente
Que cuando poseído,
¿ Quien duda que esta pena
No está más que otras de miserias llena ?

MARSILIO.

Si á un pobre caminante
Le sucediese por extraña vía
Huírsele delante
Al fenecer el día
El albergue esperado,
Y con vana presteza procurado,
Quedaría sin duda
Confuso del temor que allí le ofrece
La oscura noche y muda,
Y más si no amanece ;
Que el cielo á su ventura
No concede la luz serena y pura.
Yo soy el que camino
Para llegar á albergue venturoso,
Y cuando más vecino
Pienso estar del reposo,
Cual fugitiva sombra
El bien me huye, y el dolor me asombra.

CRISIO.

Cual rando y hondo río
Suele impedir al caminante el paso,
Y al viento, nieve y frío
Le tiene en campo raso,
Y el albergue delante
Se le muestra de allí poco distante ;
Tal mi contento impide
Esta penosa y tan prolija ausencia,
Que nunca se comide
A aliviar su dolencia,
Y casi ante mis ojos
Veo quien remediara mis enojos.
Y el ver de mis dolores
Tan cerca la salud, tanto me aprieta

Que los hace mayores ,
Pues por causa secreta ,
Cuanto el bien es cercano ,
Tanto más léjos huye de mi mano.

ORFENIO.

Mostróseme á la vista
Un rico albergue de mil bienes lleno ,
Triunfé de su conquista ,
Y cuando más sereno
Se me mostraba el hado ,
Vilo en escuridad negra cambiado.

Allí donde consiste
El bien de los amantes bien queridos ,
Allí mi mal asiste ,
Allí se ven unidos
Los males y desdenes ,
Donde suelen estar todos los bienes.

Dentro desta morada
Estoy, de do salir nunca procuro ,
Por mi dolor fundada
De tan extraño muro ,
Que pienso que le abaten
Cuantos le quieren, miran y combaten.

OROMPO. — CRISIO. — MARSILIO.

Or. Antes el sol acabará el camino
Que es propio suyo , dando vuelta al cielo
Despues de haber tocado en cada sino,
Que la parte menor de nuestro duelo
Podamos declarar como se siente,
Por más que el bien hablar levante el vuelo.

Tú dices , Crisio , que el que vive ausente ,
Muere : yo , que estoy muerto , pues mi vida
A muerte la entregó el hado inclemente.

Y tú , Marsilio , afirmas que perdida
Tienes de gusto y bien toda esperanza ,
Pues un fiero desden es tu homicida :

Tú repites , Orfenio , que la lanza
Aguda de los celos te traspasa ,
No sólo el pecho , que hasta el alma alcanza.

Y como el uno lo que el otro pasa
No siente, su dolor solo exagera,
Y piensa que al rigor del otro pasa.

Y por nuestra contienda lastimera
De tristes argumentos está llena
Del caudaloso Tajo la ribera.

Ni por esto desmengua nuestra pena,
Antes por el tratar la llaga tanto
A mayor sentimiento nos condena.

Cuanto puede decir la lengua, y cuanto
Pueden pensar los tristes pensamientos
Es ocasion de renovar el llanto.

Cesen pues los agudos argumentos,
Que en fin no hay mal que no fatigue y pene,
Ni bien que dé seguros los contentos.

Harto mal tiene quien su vida tiene
Cerrada en una estrecha sepultura,
Y en soledad amarga se mantiene.

¡ Desdichado del triste sin ventura
Que padece de celos la dolencia,
Con quien no valen fuerzas ni cordura :

Y aquel que en el rigor de larga ausencia
Pasa los tristes miserables días,
Llegado al flaco arrimo de paciencia ;

Y no ménos aquel que en sus porfías
Siente cuando más arde, en su pastora
Entrañas duras é intenciones frías !

Cris. Hágase lo que pide Orompo agora,
Pues ya de recoger nuestro ganado
Se va llegando á mas andar la hora :

Y en tanto que al albergue acostumbrado
Llegamos, y que el sol claro se aleja,
Escondiendo su faz del verde prado ;

Con voz amarga y lamentable queja,
Al son de los acordes instrumentos
Cantemos el dolor que nos aqueja.

Mars. Comienza pues ¡ oh Crisio ! y tus acentos
Lleguen á los oidos de Claraura
Llevados mansamente de los vientos,
Como á quien todo su dolor restaura.

CRISIO.

Al que ausencia viene á dar
Su cáliz triste á beber,
No tiene mal que temer,
Ni ningún bien que esperar.
En esta amarga dolencia
No hay mal que no esté cifrado
Temor de ser olvidado,
Celos de ajena presencia.
Quien la viniere á probar,
Luego vendrá á conocer
Que no hay mal de que temer,
Ni ménos bien que esperar.

OROMPO.

Ved si es mal el que me aqueja
Más que muerte conocida,
Pues forma quejas la vida
De que la muerte la deja.
Cuando la muerte llevó
Toda mi gloria y contento,
Por darme mayor tormento
Con la vida me dejó:
El mal viene, el bien se aleja
Con tan ligera corrida
Que forma quejas la vida
De que la muerte la deja.

MARSILIO.

En mi terrible pesar
Ya faltan por más enojos,
Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.
La ingratitud y desden
Me tienen ya de tal suerte,
Que espero y llamo á la muerte
Por más vida y por más bien:
Poco se podrá tardar,
Pues faltan en mis enojos

Las lágrimas á los ojos,
Y el aliento al sospirar.

ORFENIO.

Celos, á fe, si pudiera,
Que yo hiciera por mejor
Que fueran celos amor,
Y que el amor celos fuera.
Deste trueco granjeara
Tanto bien y tanta gloria,
Que la palma y la vitoria
De enamorado llevara :
Y aún fueran de tal manera
Los celos en mi favor,
Que á ser los celos amor,
El amor yo solo fuera.

Con esta última cancion del celoso Orfenio dieron fin á su égloga los discretos pastores, dejando satisfechos de su discrecion á todos los que escuchado los habían : especialmente á Damon y á Tirsi, que gran contento en oirlos recibieron, pareciéndoles que de más de pastoril ingenio parecían las razones y argumentos que para salir con su propósito los cuatro pastores habían propuesto. Pero habiéndose movido contienda entre muchos de los circunstantes sobre cuál de los cuatro había alegado mejor de su derecho, en fin se vino á conformar el parecer de todos con el que dió el discreto Damon, diciéndoles : Que él para sí tenía que entre todos los disgustos y sinsabores que el amor trae consigo, ninguno fatiga tanto al enamorado pecho, como la incurable pestilencia de los celos, y que no se podían igualar á ella la pérdida de Orompo, ausencia de Crisio, ni la desconfianza de Marsilio : « La causa es, dijo, que no cabe en razon natural que las cosas que están imposibilitadas de alcanzarse, puedan por largo tiempo apremiar la voluntad á quererlas, ni fatigar al deseo por alcanzarlas ; porque el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que cuanto más deseo le sobrase, tanto más el entendimiento le falta-

ría : y por esta misma razon digo , que la pena que Orompo padece , no es sino una lástima y compasion del bien perdido ; y por haberle perdido de manera que no es posible tornarle á cobrar , esta imposibilidad ha de ser causa para que su dolor se acabe ; que puesto que el humano entendimiento no puede estar tan unido siempre en la razon , que deje de sentir la pérdida del bien que cobrar no se puede , y que en efeto ha de dar muestra de su sentimiento con tiernas lágrimas , ardientes suspiros y lastimosas palabras , so pena de que quien esto no hiciese , ántes por bruto que por hombre racional sería tenido : en fin , el discurso del tiempo cura esta dolencia , la razon la mitiga , y las nuevas ocasiones tienen mucha parte para borrarla de la memoria. Todo esto es al revés en el ausencia , como apuntó bien Crisio en sus versos , que como la esperanza en el ausente ande tan junta con el deseo , dale terrible fatiga la dilacion de la tornada ; porque como no le impide otra cosa el gozar su bien , sino algun brazo de mar , ó alguna distancia de tierra , parécete que teniendo lo principal , que es la voluntad de la persona amada , que se hace notorio agravio á su gusto , que cosas que son tan ménos como un poco de agua ó tierra le impidan su felicidad y gloria. Juntase asimesmo á esta pena el temor de ser olvidado , las mudanzas de los humanos corazones ; y en tanto que la ausencia dura , sin duda alguna que es extrañío el rigor y aspereza con que trata al alma del desdichado ausente. Pero como tiene tan cerca el remedio , que consiste en la tornada , puédese llevar con algun alivio su tormento ; y si sucediere ser la ausencia de manera que sea imposible volver á la presencia deseada , aquella imposibilidad viene á ser el remedio , como el de la muerte. El dolor de que Marsilio se queja , puesto que es como el mesmo que yo padezco , y por esta causa me había de parecer mayor que otro alguno , no por eso dejara de decir lo que la razon me muestra , ántes que aquello á que la pasion me incita. Confieso que es terrible dolor querer y

no ser querido, pero mayor sería amar y ser aborrecido. Y si los nuevos amadores nos guiásemos por lo que la razon y la experiencia nos enseña, veríamos que todos los principios en cualquiera cosa son dificultosos, y que no padece esta regla excepcion en los casos de amor, ántes en ellos más se confirma y fortalece: así que quejarse el nuevo amante de la dureza del rebelde pecho de su señora, va fuera de todo razonable término; porque como el amor sea, y ha de ser voluntario, y no forzoso, no debo yo quejarme de no ser querido de quien quiero, ni debo hacer caudal del cargo que le hago, diciéndole que está obligada á amarme porque yo la amo: que puesto que la persona amada debe en ley de naturaleza y en buena cortesía no mostrarse ingrata con quien bien la quiere, no por eso le ha de ser forzoso y de obligacion que corresponda del todo y por todo á los deseos de su amante; que si esto así fuese, mil enamorados importunos habría que por su solicitud alcanzasen lo que quizá no se les debería de derecho; y como el amor tenga por padre al conocimiento, puede ser que no halle en mí la que es de mí bien querida partes tan buenas que la muevan é inclinen á quererme: y así no está obligada, como ya he dicho, á amarme, como yo estaré obligado á adorarla, porque hallé en ella lo que á mí me falta: y por esta razon no debe el desdefiado quejarse de su amada, sino de su ventura, que le negó las gracias que al conocimiento de su señora pudieran mover á bien quererle; y así debe procurar con continuos servicios, con amorosas razones, con la no importuna presencia, con las ejercitadas virtudes, adobar y enmendar en él la falta que naturaleza hizo: que éste es tan principal remedio, que estoy para afirmar que será imposible dejar de ser amado el que con tan justos medios procure granjear la voluntad de su señora; y pues este mal del desden tiene el bien deste remedio, consuélase Marsilio, y tenga lástima al desdichado y celoso Orfenio, en cuya desventura se encierra la mayor que en las de amor imaginar

se puede. ¡ Oh celos turbadores de la sosegada paz amorosa ! ¡ Celos, cuchillo de las más firmes esperanzas ! No sé yo qué pudo saber de linajes el que á vosotros os hizo hijos del amor , siendo tan al revés , que por el mismo caso dejara el amor de serlo , si tales hijos engendrara. ¡ Oh celos , hipócritas y fementidos ladrones ! pues para que se haga cuenta de vosotros en el mundo , en viendo nacer alguna centella de amor en algun pecho , luego procurais mezclaros con ella , volviéndoos de su color , y áun procurais usurparle el mando y señorío que tiene : y de aquí nace que como os ven tan unidos con el amor , puesto que por vuestros efectos dáis á conocer que no sois el mismo amor , todavía procurais que entienda el ignorante que sois sus hijos , siendo , como lo sois , nacidos de una baja sospecha , engendrados de un vil y desastrado temor , criados á los pechos de falsas imaginaciones , crecidos entre vilísimas envidias , sustentados de chismes y mentiras. Y porque se vea la destruicion que hace en los enamorados pechos esta maldita dolencia de los rabiosos celos , en siendo el amante celoso , conviene , con paz sea dicho de los celosos enamorados , conviene , digo , que sea como lo es , traidor , astuto , revoltoso , chismero , antojadizo , y áun mal criado ; y á tanto se extiende la celosa furia que le señorea , que á la persona que más quiere es á quien más mal desea.

» Querría el amante celoso que sólo para él su dama fuese hermosa , y fea para todo el mundo : desea que no tenga ojos para ver más de lo que él quisiere , ni oídos para oír , ni lengua para hablar ; que sea retirada , desabrida , soberbia y mal acondicionada ; y áun á veces desea , apretado desta pasion diabólica , que su dama se muera , y que todo se acabe. Todas estas pasiones engendran los celos en los ánimos de los amantes celosos : al revés de las virtudes que el puro y sencillo amor multiplica en los verdaderos y cometidos amadores , porque en el pecho de un buen enamorado , se encierra discrecion , valentía , li-

beralidad, comedimiento y todo aquello que le puede hacer loable á los ojos de las gentes. Tiene más asimismo la fuerza deste crudo veneno, que no hay antidoto que le preserve, consejo que le valga, amigo que le ayude, ni disculpa que le cuadre: todo esto cabe en el enamorado celoso, y más; cualquiera sombra le espanta, cualquiera nifiería le turba, y cualquiera sospecha falsa ó verdadera le deshace. Y á toda esta desventura se le añade otra, que son las disculpas que le engañan. Y no habiendo para la enfermedad de los celos otra medicina que las disculpas, y no queriendo el enfermo celoso admitirlas, síguese que esta enfermedad es sin remedio, y que á todas las demas debe anteponerse. Y así, es mi parecer, que Orfenio es el más penado, pero no el más enamorado; porque no son los celos señales de mucho amor, sino de mucha curiosidad impertinente; y si son señales de amor, es como la calentura en el hombre enfermo, que el tenerla es señal de tener vida, pero vida enferma y mal dispuesta; y así el enamorado celoso tiene amor, mas es amor enfermo y mal acondicionado; y tambien el ser celoso es señal de poca confianza del valor de sí mesmo. Y que sea esto verdad, nos lo muestra el discreto y firme enamorado, el cual sin llegar á la escuridad de los celos, toca en las sombras del temor, pero no se entra tanto en ellas, que le escurezcan el sol de su contento, ni dellas se aparta tanto que le descuiden de andar solícito y temeroso; que si este discreto temor faltase en el amante, yo le tendría por soberbio, y demasiadamente confiado; porque, como dice un comun proverbio nuestro, quien bien ama, teme; y áun es razon que tema el amante, que como la cosa que ama es en extremo buena, ó á él le pareció serlo, no parezca lo mesmo á los ojos de quien la mirare: y por la mesma causa se engendra el amor en otro que pueda y venga á turbar el suyo. Teme, y tema el buen enamorado las mudanzas de los tiempos, de las nuevas ocasiones que en su daño podrían ofrecerse, de que con brevedad no se

acabe el dichoso estado que goza ; y este temor ha de ser tan secreto , que no le salga á la lengua para decirle , ni aún á los ojos para significarle : y hace tan contrarios efectos este temor del que los celos hacen en los pechos enamorados , que cría en ellos nuevos deseos de acrecentar más el amor si pudiesen , de procurar con toda solicitud que los ojos de su amada no vean en ellos cosa que no sea digna de alabanza , mostrándose liberales , comedidos , galanes , limpios y bien criados : y tanto cuanto este virtuoso temor es justo se alabe , tanto y mas es digno que los celos se vituperen.» Calló en diciendo esto el famoso Damon , y llevó tras la suya las contrarias opiniones de algunos que escuchado le habían , dejando á todos satisfechos de la verdad que con tanta llaneza les había mostrado. Pero no se quedara sin respuesta , si los pastores Orompo , Crisio , Marsilio y Orfenio hubieran estado presentes á su plática ; los cuales , cansados de la recitada égloga , se habían ido á casa de su amigo Daranio. Estando todos en esto , ya que los bailes y danzas querían renovarse , vieron que por una parte de la plaza entraban tres dispuestos pastores , que luego de todos fueron conocidos ; los cuales eran el gentil Francenio , el libre Lauso y el anciano Arsindo , el cual venía en medio de los dos pastores con una hermosa guirnalda de verde lauro en las manos ; y atravesando por medio de la plaza , vinieron á parar adonde Tirsi , Damon , Elicio y Erastro , y todos los más principales pastores estaban , á los cuales con corteses palabras saludaron , y con no menor cortesía fueron dellos recibidos , especialmente Lauso de Damon , de quien era antiguo y verdadero amigo. Cesando los comedimientos , puestos los ojos Arsindo en Damon , y en Tirsi , comenzó á hablar desta manera : « La fama de vuestra sabiduría , que cerca y léjos se extiende , discretos y gallardos pastores , es la que á estos pastores y á mí nos trae á suplicaros querais ser jueces de una graciosa contienda que entre estos dos pastores ha nacido ; y es , que la fiesta pasada

Francenio y Lauso, que están presentes, se hallaron en una conversacion de hermosas pastoras, entre las cuales por pasar sin pesadumbre las horas ociosas del dia, entre otros muchos juegos ordenaron el que se llama de los propósitos. Sucedió pues, que llegando la vez de proponer y comenzar á uno destos pastores, quiso la suerte que la pastora que á su lado estaba, y á la mano derecha tenía, fuese, segun él dice, la tesorera de los secretos de su alma, y la que por más discreta y más enamorada en la opinion de todos estaba. Llegándose pues al oido, le dijo :

Huyendo va la esperanza.

»La pastora, sin detenerse en nada, prosiguió adelante, y al decir despues cada uno en público lo que al otro habia dicho en secreto, hallóse que la pastora habia seguido el propósito, diciendo :

Tenella con el deseo.

»Fué celebrada por los que presentes estaban la agudeza desta respuesta, pero el que más la solemnizó fue el pastor Lauso, y no ménos le pareció bien á Francenio ; y asi cada uno viendo que lo propuesto y respondido eran ver-sos medidos, se ofreció de glosallos ; y despues de haberlo hecho, cada cual procura que su gloria á la del otro se aventaje ; y para asegurarse desto, me quisieron hacer juez dello ; pero como yo supe que vuestra presencia alegraba nuestras riberas, aconsejéles que á vosotros viniesen, de cuya extremada ciencia y sabiduría cuestiones de mayor importancia pueden bien fiarse. Han seguido ellos mi parecer y yo he querido tomar el trabajo de hacer esta guirnalda para que sea dada en premio al que vosotros, pastores, viéredes que mejor ha glosado. Calló Arsindo, y esperó la respuesta de los pastores, que fue agradecerle la buena opinion que dellos tenía, y ofrecerse de ser jue-

ces desapasionados en aquella honrosa contienda. Con este seguro, luego Francenio tornó á repetir los versos, y á decir su glosa, que era ésta :

*Huyendo va la esperanza :
Tenella con el deseo.*

GLOSA.

Cuando me pienso salvar
En la fe de mi querer,
Me vienen luego á faltar
Las faltas del merecer
Y las sobras del pesar:
Muérese la confianza,
No tiene pulsos la vida,
Pues se ve en mi mala andanza,
Que del temor perseguida
Huyendo va la esperanza.
Huye y llévase consigo
Todo el gusto de mi pena,
Dejando por más castigo
Las llaves de mi cadena
En poder de mi enemigo :
Tanto se aleja, que creo
Que presto se hará invisible
Y en su ligereza veo
Que ni puedo, ni es posible
Tenella con el deseo.

» Dicha la glosa de Francenio, Lauso comenzó la suya que así decía :

En el punto que os miré,
Como tan hermosa os vi,
Luego temí y esperé ;
Pero en fin tanto temí,
Que con el temor quedé.
De veros esto se alcanza :
Una flaca confianza
Y un temor acobardado,

Que por no verle á su lado
Huyendo va la esperanza.
Y aunque me deja y se va
Con tan extraña corrida,
Por milagro se verá
Que se acabará mi vida,
Y mi amor no acabará:
Sin esperanza me veo;
Mas por llevar el trofeo
De amador sin interese,
No querría, aunque pudiese
Tenella con el deseo.»

En acabando Lauso de decir su glosa, dijo Arsindo: «Veis aquí, famosos Damon y Tirsi, declarada la causa sobre que es la contienda destos pastores: sólo resta agora que vosotros deis la guirnalda á quien viéredes que con más justo título la merece; que Lauso y Francenio son tan amigos, y vuestra sentencia será tan justa, que ellos tendrán por bien lo que por vosotros fuere juzgado.

—No entiendas, Arsindo, respondió Tirsi, que con tanta presteza, aunque nuestros ingenios fueran de la calidad que tú los imaginas, se puede ni debe juzgar la diferencia, si hay alguna, en estas discretas glosas; lo que yo sé decir dellas, y lo que Damon no querrá contradecirme, es que igualmente entrambas son buenas, y que la guirnalda se debe dar á la pastora que dió la ocasion á tan curiosa y loable contienda: y si deste parecer quedais satisfechos, pagádnosle con honrar las bodas de nuestro amigo Daranio, alegrándolas con vuestras sgradables canciones, y autorizándolas con vuestra honrosa presencia». A todos pareció bien la sentencia de Tirsi, los dos pastores la consintieron, y se ofrecieron de hacer lo que Tirsi les mandaba. Pero las pastoras y pastores que á Lauso conocían, se maravillaban de ver la libre condicion suya en la red amorosa envuelta; porque luego vieron en la amarillez de su rostro, en el silencio de su lengua y en la contienda que con Francenio había tomado, que no es-

taba su voluntad tan exenta como solía, y andaba entre sí imaginando quién podría ser la pastora que de su libre corazón triunfado había. Quién imaginaba que la discreta Belisa, y quién que la gallarda Leandra, y algunos que la sin par Arminda, moviéndoles á imaginar esto la ordinaria costumbre que Lauso tenía de visitar las cabañas destas pastoras, y ser cada una dellas para sujetar con su gracia, valor y hermosura otros tan libres corazones como el de Lauso; y desta duda tardaron muchos días en certificarse, porque el enamorado pastor apenas de sí mismo fiaba el secreto de sus amores. Acabado esto, luego toda la juventud del pueblo renovó las danzas, y los pastoriles instrumentos formaron una agradable música. Pero viendo que ya el sol apresuraba su carrera hácia el ocaso, cesaron las concertadas voces, y todos los que allí estaban determinaron de llevar á los desposados hasta su casa. Y el anciano Arsindo, por cumplir lo que á Tirsi había prometido, en el espacio que había desde la plaza hasta la casa de Daranio, al son de la zampoña de Erastro, estos versos fue cantando.

ARSINDO.

Haga señales el cielo
De regocijo y contento
En tan venturoso día :
Celébrese en todo el suelo
Este alegre casamiento
Con general alegría :
Cámbiese de hoy más el llanto
En suave y dulce canto,
Y en lugar de los pesares
Vengan gustos á millares
Que destierren el quebranto.
Todo el bien suceda en colmo
Entre desposados tales,
Tan para en uno nacidos :
Peras les ofrezca el olmo ,

Cerezas los carrascales ,
Guindas los mirtos floridos :
Hallen perlas en los riscos ,
Uvas les den los lentiscos ,
Manzanas los algarrobos ,
Y sin temor de los lobos
Ensanchen más sus apriscos.
Y sus machorras ovejas
Vengan á ser parideras ,
Con que doblen su ganancia ;
Las solícitas abejas
En los surcos de sus eras
Hagan miel en abundancia :
Logren siempre su semilla
En el campo y en la villa
Cogida á tiempo y sazon ;
No éntre en sus viñas pulgon ,
Ni en su trigo la neguilla.
Y dos hijos presto tengan
Tan hechos en paz y amor
Cuanto pueden desear :
Y en siendo crecidos vengan
A ser el uno doctor ,
Y otro cura del lugar :
Sean siempre los primeros
En virtudes y en dineros ;
Que sí serán , y áun señores ,
Si no salen fiadores
De agudos alcabaleros.
Más años que Sarra vivan
Con salud tan confirmada ,
Que dello pese al dotor :
Y ningun pesar reciban
Ni por hija mal casada ,
Ni por hijo jugador :
Y cuando los dos estén
Viejos cual Matusalen ,
Mueran sin temor de daño ,
Y háganles su cabo de año
Por siempre jamás amen.

Con grandísimo gusto fueron escuchados los rústicos versos de Arsindo , en los cuales más se alargara , si no lo

impidiera el llegar á la casa de Daranio, el cual convidando á todos los que con él venían, se quedó en ella, si no fué que Galatea y Florisa, por temor que Teolinda de Tirsi y Damon no fuese conocida, no quisieron quedarse á la cena de los desposados. Bien quisieran Elicio y Erastro acompañar á Galatea hasta su casa, pero no fue posible que lo consintiese, y así se hubieron de quedar con sus amigos; y ellas se fueron cansadas de los bailes de aquel día, y Teolinda con más pena que nunca, viendo que en las solenes bodas de Daranio, donde tantos pastores habían acudido, sólo su Artidoro faltaba. Con esta penosa imaginacion pasó aquella noche en compañía de Galatea y de Florisa, que con más libres y desapasionados corazones la pasaron, hasta que en el nuevo venidero día les sucedió lo que se dirá en el libro que se sigue.

LIBRO CUARTO.

Con gran deseo esperaba la hermosa Teolinda el venidero día para despedirse de Galatea y Florisa, y acabar de buscar por todas las riberas de Tajo á su querido Artidoro, con intencion de fenecer la vida en triste y amarga soledad, si fuese tan corta de ventura, que del amado pastor alguna nueva no supiese. Llegada, pues, la hora desenda, cuando el sol comenzaba á tender sus rayos por la tierra: ella se levantó, y con lágrimas en sus ojos pidió licencia á las dos pastoras para proseguir su demanda; las cuales con muchas razones le persuadieron que en su compañía algunos días más esperase, ofreciéndole Galatea de enviar algun pastor de los de su padre á buscar á Artidoro por todas las riberas de Tajo, y por donde se imaginase que podría ser hallado. Teolinda agradeció sus ofrecimientos, pero no quiso hacer lo que le pedían; antes despues de haber mostrado con las mejores palabras que supo la obligacion en que quedaba de servir todos los días de su vida las obras que dellas había recibido, y abrazándolas con tierno sentimiento, les rogaba que una sola hora no la detuviesen.

Viendo, pues, Galatea y Florisa cuán en vano trabajaban en pensar detenerla, le encargaron que de cualquiera suceso bueno ó malo que en aquella amorosa demanda le sucediese, procurase de avisarlas, certificándola del gusto

que de su contento, ó la pena que de su desgracia recibirían. Teolinda se ofreció ser ella misma quien las nuevas de su buena dicha trujese, pues las malas no tendría sufrimiento la vida para resistirlas; y así sería excusado que della saberse pudiesen. Con esta promesa de Teolinda se satisficieron Galatea y Florisa, y determinaron de acompañarla algun trecho fuera del lugar. Y así, tomando las dos solas sus cayados, y habiendo proveído el zurrón de Teolinda de algunos regalos para el trabajoso camino, se salieron con ella del aldea, á tiempo que ya los rayos del sol más derechos y con más fuerza comenzaban á herir la tierra. Y habiéndola acompañado casi media legua del lugar, al tiempo que ya querían volverse y dejarla, vieron atravesar por una quebrada, que poco desviada dellas estaba, cuatro hombres de á caballo y algunos de á pie, que luego conocieron ser cazadores en el hábito y en los alcones y perros que llevaban: y estándolos con atención mirando por ver si los conocían, vieron salir de entre unas espesas matas, que cerca de la quebrada estaban, dos pastoras de gallardo talle y brío: traían los rostros rebozados con dos blancos lienzo; y alzando la una dellas la voz, pidió á los cazadores que se detuviesen, los cuales así lo hicieron, y llegándose entrambas á uno dellos, que en su talle y postura el principal de todos parecía, le asieron las riendas del caballo, y estuvieron un poco hablando con él, sin que las tres pastoras pudiesen oír palabra de las que decían, por la distancia del lugar que lo estorbaba. Solamente vieron que á poco espacio que con él hablaron, el caballero se apeó, y habiendo, á lo que juzgarse pudo, mandado á los que le acompañaban que se volviesen, quedando sólo un mozo con el caballo, trabó á las dos pastoras de las manos, y poco á poco comenzó á entrar con ellas por medio de un cerrado bosque que allí estaba: lo cual visto por las tres pastoras Galatea, Florisa y Teolinda, determinaron de ver, si pudiesen, quién eran las disfrazadas pastoras y el caballero que las llevaba: y así

acordaron de rodear por una parte del bosque, y mirar si podían ponerse en alguna que pudiese serlo para satisfacerles de lo que deseaban. Y haciéndolo así, como pensado lo habían, atajaron al caballero y á las pastoras, y mirando Galatea por entre las ramas lo que hacían, vió que torciendo sobre la mano derecha, se emboscaban en lo más espeso del bosque, y luego por sus mismas pisadas les fueron siguiendo, hasta que el caballero y las pastoras pareciéndoles estar bien adentro del bosque, en medio de un estrecho pradecillo que de infinitas breñas estaba rodeado, se pararon. Galatea y sus compañeras se llegaron tan cerca, que sin ser vistas ni sentidas veían todo lo que el caballero y las pastoras hacían y decían; las cuales, habiendo mirado á una y otra parte por ver si podrían ser vistas de alguno, aseguradas desto, la una se quitó el rebozo, y apenas se le hubo quitado cuando de Teolinda fué conocida; y llegándose al oído de Galatea, le dijo con la mas baja voz que pudo: «Extrañísima aventura es ésta porque sino es que con la pena que traigo he perdido el conocimiento, sin duda alguna, aquella pastora que se ha quitado el rebozo es la bella Rosaura, hija de Roselio, señor de una aldea que á la nuestra está vecina, y no sé qué pueda ser la causa que la haya movido á ponerse en tan extraño traje, y á dejar su tierra, cosas que tan en perjuicio de su honestidad se declaran. Mas ¡ay desdichada! añadió Teolinda, que el caballero que con ella está es Grisaldo, hijo mayor del rico Laurencio, que junto á esta vuestra aldea tiene otras dos suyas.

— Verdad dices, Teolinda, respondió Galatea, que yo le conozco; pero calla y sósíégate, que presto veremos con qué intento ha sido aquí su venida.» Quietóse con esto Teolinda, y con atencion se puso á mirar lo que Rosaura hacía, la cual, llegándose al caballero, que de edad de veinte años parecía, con voz turbada y airado semblante le comenzó á decir: «En parte estamos, fementido caballero, donde podré tomar de tu desamor y descuido la

deseada venganza. Pero aunque yo la tomase de tí tal, que la vida te costase, poca recompensa sería al daño que me tienes hecho. Vesme aquí, desconocido Grisaldo, desconocida por conocerte; ves aquí que ha mudado el traje por buscarte la que nunca mudó la voluntad de quererte. Considera, ingrato y desamorado, que la que apénas en su casa y con sus criadas sabía mover el paso, agora por tu causa anda de valle en valle y de sierra en sierra, con tanta soledad buscando tu compañía.» Todas estas razones que la bella Rosaura decía, las escuchaba el caballero con los ojos hincados en el suelo, y haciendo rayas en la tierra con la punta de un cuchillo de monte que en la mano tenía. Pero no contenta Rosaura con lo dicho, con semejantes palabras prosiguió su plática: «Dime, ¿conoces por ventura, conoces, Grisaldo, que yo soy aquella que no há mucho tiempo que enjugó tus lágrimas, atajó tus suspiros, remedió tus penas, y sobre todo la que creyó tus palabras? ó ¿por suerte entiendes tú que eres aquel á quien parecían cortos y de ninguna fuerza todos los juramentos que imaginarse podían para asegurarme la verdad con que me engañabas? ¿Eres tú acaso, Grisaldo, aquel cuyas infinitas lágrimas ablandaron la dureza del honesto corazón mio? Tú eres, que ya te veo, y yo soy, que ya me conozco. Pero si tú eres Grisaldo, el que yo creo, y yo soy Rosaura, la que tú imaginas, cúpleme la palabra que me diste, darte he yo la promesa que nunca te he negado. Hanme dicho que te casas con Leopersia, la hija de Marcello, tan á gusto tuyo, que eres tú mismo el que la procuras: si esta nueva me ha dado pesadumbre, bien se puede ver por lo que he hecho por venir á estorbar el cumplimiento della; y si tú la puedes hacer verdadera, á tu conciencia lo dejo. ¿Qué respondes á esto, enemigo mortal de mi descanso? ¿Otorgas por ventura callando, lo que por el pensamiento sería justo que no te pasase? Alza los ojos ya, y pónlos en éstos que por su mal te miraron; levántalos, y mira á quién engañas, á quién dejas, y á

quién olvidas. Verás que engañas, si bien lo consideras, á la que siempre te trató verdades; dejas á quien ha dejado á su honra y á sí misma por seguirte; olvidas á la que jamás te apartó de su memoria. Considera, Grisaldo, que en nobleza no te debo nada, y que en riqueza no te soy desigual, y que te aventajo en bondad del ánimo y en la firmeza de la fe. Cúmpleme, señor, la que diste, si te precias de caballero y no te desprecias de cristiano. Mira que si no correspondest á lo que me debes, que rogaré al cielo que te castigue, al fuego que te consuma, al aire que te falte, al agua que te anegue, á la tierra que no te sufra, y á mis parientes que me venguen; mira que si faltas á la obligacion que me tienes, que has de tener en mí una perpetua turbadora de tus gustos en cuanto la vida me durare: y aún despues de muerta, si ser pudiere, con continuas sombras espantaré tu fementido espíritu, y con espantosas visiones atormentaré tus engañadores ojos: advierte que no pido sino lo que es mio, y que tú ganas en darlo lo que en negarlo pierdes; mueve agora tu lengua para desengafiarme, de cuantas la has movido para ofenderme.»

Calló diciendo esto la hermosa dama, y estuvo un poco esperando á ver lo que Grisaldo respondía, el cual levantando el rostro, que hasta allí inclinado había tenido, encendido con la vergüenza que las razones de Rosaura le habían causado, con sosegada voz le respondió desta manera: «Si yo quisiese negar, ¡oh Rosaura! que no te soy dendor de más de lo que dices, negaría asimesmo que la luz del sol es clara, y aun diría que el fuego es frio y el aire duro. Así que en esta parte confieso lo que te debo, y que estoy obligado á la paga; pero que yo confiese que puedo pagarte como quieres, es imposible, porque el mandamiento de mi padre lo ha prohibido y tu riguroso desden imposibilitado; y no quiero en esta verdad poner otro testigo que á tí mesma, como á quien tan bien sabe cuántas veces y con cuántas lágrimas rogué que me aceptases

por esposo, y que fueses servida que yo cumpliese la palabra que de serlo te había dado; y tú, por las causas que te imaginaste, ó por parecerte ser bien corresponder á las vanas promesas de Artandro, jamás quisiste que á tal ejecucion se llegase: ántes de día en día me ibas entreteniéndolo y haciendo pruebas de mi firmeza, pudiendo asegurarla de todo punto con admitirme por tuyo. También sabes; Rosaura, el deseo que mi padre tenía de ponerme en estado, y la priesa que daba á ello, trayendo los ricos y honrosos casamientos que tú sabes, y cómo yo con mil excusas me apartaba de sus importunaciones, dándotelas siempre á tí para que no dilatases más lo que tanto á tí convenía y yo deseaba, y que al cabo de todo esto te dije un día que la voluntad de mi padre era que yo con Leopersia me casase, y tú en oyendo el nombre de Leopersia, con una furia desesperada me dijiste que más no te hablase, y que me casase norabuena con Leopersia ó con quien más gusto me diese. Sabes también que te persuadí muchas veces que dejases aquellos celosos devaneos, que yo era tuyo y no de Leopersia, y que jamás quisiste admitir mis disculpas ni condescender con mis ruegos; ántes perseverando en tu obstinacion y dureza, y en favorecer á Artandro, me enviaste á decir que te daría gusto en que jamás te viese. Yo hice lo que me mandaste, y por no tener ocasion de quebrar tu mandamiento, viendo también que cumplía el de mi padre, determiné de desposarme con Leopersia, ó á lo ménos desposaréme mañana, que así está concertado entre sus parientes y los míos; porque veas, Rosaura, cuán disculpado estoy de la culpa que me pones, y cuán tarde has tú venido en conocimiento de la sinrazon que conmigo usabas. Mas porque no me juzgues de aquí adelante por tan ingrato como en tu imaginacion me tienes pintado, mira si hay algo en que pueda satisfacer tu voluntad, que como no sea casarme contigo, aventuraré por servirme la hacienda, la vida y la honra. »

En tanto que estas palabras Grisaldo decía, tenía la hermosa Rosaura los ojos clavados en su rostro, vertiendo por ellos tantas lágrimas, que daban bien á entender el dolor que en el alma sentía; pero viendo ella que Grisaldo callaba, dando un profundo y doloroso suspiro, le dijo: « Como no puede caber en tus verdes años tener; oh Grisaldo! larga y conocida experiencia de los infinitos accidentes amorosos, no me maravillo que un pequeño desden mio te haya puesto en la libertad que publicas; pero si tú conocieras que los celosos temores son espuelas que hacen salir al amor de su paso, vieras claramente que los que yo tuve de Leopersia, en que yo más te quisiese redundaban; mas como tú tratabas tan de pasatiempo mis cosas, con la menor ocasion que imaginaste, descubriste el poco amor de tu pecho, y confirmaste las verdaderas sospechas mías, y en tal manera, que me dice que mañana te casas con Leopersia, pero yo te certifico que ántes que á ella llesves al tálamo, me has de llevar á mí á la sepultura, si ya no eres tan cruel que niegues de darla al cuerpo muerto, de cuya alma fuiste siempre señor absoluto; y porque claro conozcas y veas que la que perdió por tí su honestidad y puso en detrimento su honra, tendrá en poco perder la vida, este agudo puñal que aquí traigo pondrá en efecto mi desesperado y honroso intento, y será testigo de la crueldad que en ese tu fementido pecho encierras.» Y diciendo esto sacó del seno una desnuda daga, y con gran celebridad se iba á pasar el corazon con ella, si con mayor presteza Grisaldo no le tuviera el brazo y la rebozada pastora, su compañera, no agujalara á abrazarse con ella. Gran rato estuvieron Grisaldo y la pastora primero que quitasen á Rosaura la daga de las manos, la cual á Grisaldo decía: « Déjame, traidor enemigo, acabar de una vez la tragedia de mi vida, sin que tantas tu desamorado desden me haga probar la muerte.

— Esa no gustarás tú por mi ocasion, replicó Grisaldo, pues quiero que mi padre falte ántes á la palabra que por

mi á Leopersia tiene dada, que faltar yo un punto á lo que conozco que te debo : sosiega el pecho , Rosaura , pues yo te aseguro que este mio no sabrá desear otra cosa que la que fuere de tu contento. »

Con estas enamoradas razones de Grisaldo resucitó Rosaura de la muerte de su tristeza á la vida de su alegría, y sin cesar de llorar se hincó de rodillas ante Grisaldo, pidiéndole las manos en señal de la merced que le hacía. Grisaldo hizo lo mismo, y echándole los brazos al cuello, estuvieron gran rato sin poderse hablar el uno al otro palabra, derramando entrambos cantidad de amorosas lágrimas. La pastora arrebozada, viendo el feliz suceso de su compañera, fatigada del cansancio que había tomado en ayudar á quitar la daga á Rosaura, no pudiendo más sufrir el velo, se le quitó, descubriendo un rostro tan parecido al de Teolinda, que quedaron admiradas de verle Galatea y Florisa ; pero más lo fué Teolinda, pues sin poderlo disimular, alzó la voz, diciendo: « ¡ Oh cielos, y qué es lo que veo ! ¿ No es por ventura esta mi hermana Leonarda, la turbadora de mi reposo? Ella es sin duda alguna. » Y sin más detenerse salió de donde estaba, y con ella Galatea y Florisa ; y como la otra pastora viese á Teolinda, luego la conoció, y con abiertos brazos se fueron la una á la otra, admiradas de haberse hallado en tal lugar, y en tal sazón y coyuntura. Viendo, pues, Grisaldo y Rosaura lo que Leonarda con Teolinda hacía, y que habían sido descubiertos de las pastoras Galatea y Florisa, con no poca vergüenza de que los hubiesen hallado de aquella suerte, se levantaron, y limpiándose las lágrimas, con disimulación y comedi-mento recibieron á las pastoras, que luego de Grisaldo fueron conocidas. Mas la discreta Galatea, por volver en seguridad el disgusto que quizá de su vista los dos enamorados pastores habían recibido, con aquel donaire con ella todas las cosas decía, les dijo : « No os pese de nuestra venida, venturosos Grisaldo y Rosaura, pues sólo

servirá de acrecentar vuestro contento, pues se ha comunicado con quien siempre le tendrá en serviros. Nuestra ventura ha ordenado que os viésemos, y en parte donde ninguna se nos ha encubierto de vuestros pensamientos; y pues el cielo los ha traído á término tan dichoso, en satisfaccion dello asegurad vuestros pechos y perdonad nuestro atrevimiento.

—Nunca tu presencia, hermosa Galatea, respondió Grisaldo, dejó de dar gusto do quiera que estuviere; y siendo esta verdad tan conocida, ántes quedamos en obligacion á tu vista, que con desabrimiento de tu llegada.» Con estas pasaron otras algunas comedidas razones, harto diferentes de las que entre Leonarda y Teolinda pasaban, las cuales, despues de haberse abrazado una y dos veces, con tiernas palabras, mezcladas con amorosas lágrimas, la cuenta de su vida se demandaban, teniendo suspensos mirándolas á todos los que allí estaban, porque se parecían tanto, que casi no se podían decir semejantes, sino una misma cosa; y si no fuera porque el traje de Teolinda era diferente del de Leonarda, sin duda alguna que Galatea y Florisa no supieran diferenciallas: y entónces vieron con cuanta razon Artidoro se había engañado en pensar que Leonarda Teolinda fuese.

Mas viendo Florisa que el sol estaba hácia la mitad del cielo, y que sería bien buscar alguna sombra que de sus rayos la defendiese, ó á lo ménos volverse á la aldea, pues faltándoles la ocasion de apacentar sus ovejas, no debían estarse tanto en el prado, dijo á Teolinda y á Leonarda: «Tiempo habrá, pastoras, donde con más comodidad podais satisfacer nuestros deseos, y daros mas larga cuenta de vuestros pensamientos, y por agora busquemos á dó pasar el rigor de la siesta que nos amenaza, ó en una fresca fuente que está á la salida del valle que atrás dejamos, ó tornándonos á la aldea, donde será Leonarda tratada con la voluntad que tú, Teolinda, de Galatea y de mí conoces. Y si á vosotras, pastoras, hago sólo este

ofrecimiento, no es porque me olvide de Grisaldo y Rosaura, sino porque me parece que á su valor y merecimiento no puedo ofrecerles mas del deseo.

— Ese no faltará en mí miéntas la vida me durare, respondió Grisaldo, de hacer, pastora, lo que fuere en tu servicio, pues no se debe pagar con ménos la voluntad que nos muestras; mas por parecerme que será bien hacer lo que dices, y por tener entendido que no ignorais lo que entre mí y Rosaura ha pasado, no quiero deteneros ni detenerme en referirlo: sólo os ruego seais servidas de llevar á Rosaura en vuestra compañía á vuestra aldea, en tanto que yo aparejo en la mia algunas cosas que son necesarias para concluir lo que nuestros corazones desean; y porque Rosaura quede libre de sospecha, y no la pueda tener jamás de la fe de mi pensamiento, con voluntad considerada mia, siendo vosotras testigos de ella, le doy la mano de ser su verdadero esposo: y diciendo esto, tendió la suya, y tomó la de la bella Rosaura, y ella quedó tan fuera de sí de ver lo que Grisaldo hacía, que apenas pudo responderle palabra, sino que se dejó tomar la mano, y de allí á un pequeño espacio dijo: « A términos me había traído el amor, Grisaldo, señor mío, que con ménos que por mí hicieras te quedara perpetuamente obligada; pero pues tú has querido corresponder ántes á ser quien eres, que no á mi merecimiento, haré yo lo que en mí es, que es darte de nuevo el alma en recompensa deste beneficio, y despues el cielo de tan agradecida voluntad te dé la paga.

— No más, dijo á esta sazón Galatea, no más, señores, que adonde andan las obras tan verdaderas, no han de tener lugar los demasiados comedimientos. Lo que resta es, rogar al cielo que traiga á dichoso fin estos principios, y que en larga y saludable paz gocéis vuestros amores. Y en lo que dices, Grisaldo, que Rosaura venga á nuestra aldea, es tanta la merced que en'ello nos haces, que nosotras mesmas te lo suplicamos.

— De tan buena gana iré en vuestra compañía, dijo Rosaura, que no sé con qué la encarezca más, que con decirnos que no sentiré mucho el ausencia de Grisaldo, estando en vuestra compañía.

— Pues ea, dijo Florisa, que la aldea es léjos, y el sol mucho, y nuestra tardanza de volver á ella notada: vos, señor Grisaldo, podeis ir á hacer lo que os conviniere que en casa de Galatea hallareis á Rosaura, y á éstas, una pastora, que no merecen ser llamadas dos las que tanto se parecen.

— Sea como queráis, » dijo Grisaldo; y tomando á Rosaura de la mano, se salieron todos del bosque, quedando concertado entre ellos que otro día enviaría Grisaldo un pastor de los muchos de su padre á avisar á Rosaura de lo que había de hacer: y que enviando aquel pastor, sin ser notado podría hablar á Galatea ó á Florisa, y dar la órden que más conviniese.

A todos pareció bien este concierto, y habiendo salido del bosque, vió Grisaldo que le estaba esperando su criado con el caballo, y abrazando de nuevo á Rosaura, y despidiéndose de las pastoras, se fué acompañado de lágrimas y de los ojos de Rosaura, que nunca dél se apartaron hasta que le perdieron de vista. Como las pastoras solas quedaron, luego Teolinda se apartó con Leonarda con deseo de saber la causa de su venida. Y Rosaura, así mismo, fué contando á Galatea y á Florisa la ocasion que la había movido á tomar el hábito de pastora, y á venir á buscar á Grisaldo, diciendo: « No os causará admiracion, hermosas pastoras, el verme á mí en este traje, si supiérades hasta do se extiende la poderosa fuerza de amor, la cual no sólo hace mudar el vestido á los que bien quieren, sino la voluntad y el alma, de la manera que más es de su gusto; y hubiera yo perdido el mio enteramente, si de la invencion de este traje no me hubiera aprovechado. Porque sabreis, amigas, que estando yo en el aldea de Leonarda, de quien mi padre es señor, vino á

ella Grisaldo con intencion de estarse allí algunos días, ocupado en el sabroso ejercicio de la caza ; y por ser mi padre muy amigo del suyo , ordenó de hospedarle en casa, y de hacerle todos los regalos que pudiese. Hízolo así : y la venida de Grisaldo á mi casa fué para sacarme á mí della ; porque en efecto , aunque sea á costa de mi vergüenza , os habré de decir que la vista , la conversacion, el valor de Grisaldo , hicieron tal impresion en mi alma, que sin saber cómo , á pocos días que él allí estuvo , yo no estuve más en mí , ni quise , ni pude estar sin hacerle señor de mi libertad. Pero no fué tan arrebatadamente, que primero no estuviese satisfecha que la voluntad de Grisaldo de la mía un punto no discrepaba , segun él me lo dió á entender con muchas y muy verdaderas señales. Enterada , pues , yo de esta verdad , y viendo cuán bien me estaba tener á Grisaldo por esposo , vine á condescender con sus deseos , y á poner en efecto los míos : y así , con la intercesion de una doncella mía en un apartado corredor nos vimos Grisaldo y yo muchas veces , sin que nuestra estada solos á más se extendiese que á vernos , y á darme él la palabra que hoy con más fuerza delante de vosotras me ha tornado á dar. Ordenó , pues , mi triste ventura que en el tiempo que yo de tan dulce estado gozaba , vino asimesmo á visitar á mi padre un valeroso caballero aragonés , que Artandro se decía , el cual vencido , á lo que él mostró , de mi hermosura , si alguna tengo , con grandísima solicitud procuró que yo con él me casase sin que mi padre lo supiese. Había en este medio procurado Grisaldo traer á efecto su propósito , y mostrándome yo algo más dura de lo que fuese menester , le iba entreteniéndolo con palabras con intencion que mi padre saliese al camino de casarme , y que entónces Grisaldo me pidiese por esposa ; pero no quería él hacer esto , porque sabía que la voluntad de su padre era casarle con la rica y hermosa Leopersia , que bien podeis conocerla por la fama de su riqueza y hermosura. Vino esto á mi noticia,

y tomé ocasion de pedirle celos , aunque fingidos , solo por hacer prueba de la enteza de su fe ; y fui tan descuidada, ó por mejor decir tan simple , que pensando que granjeaba algo en ello , comencé á hacer algunos favores á Artandro , lo cual visto por Grisaldo , muchas veces me significó la pena que recibía de lo que yo con Artandro pasaba, y aún me avisó que si no era mi voluntad de que él me cumpliese la palabra que me había dado , que no podía dejar de obedecer á la de sus padres. A todas estas amonestaciones y avisos respondí yo sin ninguno , llena de soberbia y arrogancia , confiada en que los lazos que mi hermosura había echado al alma de Grisaldo , no podrían tan fácilmente ser rompídos , ni aún tocados de otra cualquier belleza. Mas salióme tan al revés mi confianza , como me lo mostró presto Grisaldo , el cual cansado de mis necios y esquivos desdenes , tuvo por bien dejarme y venir obediente al mandado de su padre. Pero apenas se hubo él partido de mi aldea , y apartado de mi presencia , cuando yo conocí el error en que había caído , y con tanto ahinco me comenzó á fatigar el ausencia de Grisaldo y los celos de Leopersia , que la ausencia dél me acababa , y los celos della me consumían. Considerando , pues , que si mi remedio se dilataba , había de dejar en las manos del dolor la vida , determiné de aventurar á perder lo ménos , que á mi parecer era la fama , por ganar más , que es á Grisaldo : y así con excusa que dí á mi padre de ir á ver una tía mia , señora de otra aldea á la nuestra cercana , salí de mi casa acompañada de muchos criados de mi padre ; y llegada en casa de mi tía , le descubrí todo el secreto de mi pensamiento , y le rogué fuese servida de que yo me pusiese este hábito , y viniese á hablar á Grisaldo , certificándole que si yo misma no venía , que tendrían mal suceso mis negocios. Ella me lo concedió , con condicion que trujese á Leonarda conmigo , como persona de quien ella mucho se fiaba : y enviando por ella á nuestra aldea , y acomodándome destos vestidos , y advirtiéndonos

de algunas cosas que las dos habíamos de hacer, nos despedimos della habrá ocho días; y habiendo seis que llegamos á la aldea de Grisaldo, jamás hemos podido hallar lugar de hablarle á solas como yo deseaba, hasta esta mañana que supe que venía á caza, y le aguardé en el mismo lugar donde él se despidió: y he pasado con él todo lo que vosotras, amigas, habeis visto: del cual venturoso suceso quedo tan contenta, cuanto es razon lo quede la que tanto lo deseaba. Esta es, pastoras, la historia de mi vida, y si os he cansado en contárosla, echad la culpa al deseo que teníades de saberla, y al mío, que no pudo hacer ménos de satisfaceros.

— Antes quedamos tan obligadas, respondió Florisa, á la merced que nos has hecho, que aunque siempre nos ocupemos en servirte, no saldremos de la deuda.

— Yo soy la que quedo en ella, replicó Rosaura, y la que procuraré pagarla como mis fuerzas alcanzaren. Pero dejando esto aparte, volved los ojos, pastoras, y vereis los de Teolinda y Leonarda tan llenos de lágrimas, que moverán á los vuestros á no dejar de acompañarlos en ellas. »

Volvieron Galatea y Florisa á mirarlas, y vieron ser verdad lo que Rosaura decía: y lo que el llanto de las dos hermanas causaba era que, despues de haber dicho Leonarda á su hermana todo lo que Rosaura había contado á Galatea y á Florisa, le dijo: « Sabrás, hermana, que así como tú faltaste de nuestra aldea, se imaginó que te había llevado el pastor Artidoro, que aquel mismo día faltó él tambien, sin que de nadie se despidiera: confirmé yo esta opinion en mis padres, porque les conté lo que con Artidoro había pasado en la floresta; con este indicio creció la sospecha, y mi padre procuraba venir en tu busca y de Artidoro, y en efeto lo pusiera por obra, si de allí á dos dias no viniera á nuestra aldea un pastor, que al momento que fue visto, todos le tuvieron por Artidoro: llegando estas nuevas á mi padre de que allí estaba el robador

tuyo, luego vino con la justicia adonde el pastor estaba, la cual le preguntaron si te conocía, ó adónde te había llevado. El pastor negó con juramento que en toda su vida te había visto, ni sabía qué era lo que le preguntaban. Todos los que estaban presentes se maravillaron de ver que el pastor negaba conocerte, habiendo estado diez dias en el pueblo, y hablado y bailado muchas veces contigo, y sin duda alguna creyeron todos que Artidoro era culpado en lo que se le imputaba, y sin querer admitir disculpa suya, ni escucharle palabra, le llevaron á la prision, donde estuvo algunos dias sin que ninguno le hablase, al cabo de los cuales, yéndole á tomar su confesion, tornó á jurar que no te conocía, y que en toda su vida había estado más de aquella vez en nuestra aldea, y que mirasen (y esto otras veces lo había dicho) que aquel Artidoro que ellos pensaban ser él, por ventura no fuese un hermano suyo, que le parecía en tanto extremo como descubriría la verdad cuando les mostrase que se habían engañado, teniendo á él por Artidoro; porque él se llamaba Galercio, hijo de Briseno, natural del aldea de Grisaldo; y en efeto, tantas demostraciones dió, y tantas pruebas hizo, que conocieron claramente todos que él no era Artidoro, de que quedaron más admirados, y decían que tal maravilla como la de parecernos yo á tí, y Galercio á Artidoro, no se había visto en el mundo. Esto que de Galercio se publicaba, me movió á ir á verle muchas veces á do estaba preso; y fue la vista de suerte que quedé sin ella, á lo ménos para mirar cosas que me den gusto, en tanto que á Galercio no viere; pero lo que más mal hay en esto, hermana, es que él se fué de la aldea sin que supiese que llevaba consigo mi libertad, ni yo tuve lugar de decírselo, y así me quedé con la pena que imaginarse puede, hasta que la tia de Rosaura me envió á pedir á mí por algunos dias, todo á fin de venir á acompañar á Rosaura, de lo que recibí sumo contento por saber que veníamos á la aldea de Galercio, y que allí le

podría hacer sabidor de la deuda en que me estaba ; pero he sido tan corta de ventura , que há cuatro días que estamos en su aldea , y nunca le he visto , aunque he preguntado por él , y me dicen que está en el campo con su ganado. He preguntado tambien por Artidoro , y hanme dicho que de unos días á esta parte no parece en el aldea ; y por no apartarme de Rosaura no he tenido lugar de ir á buscar á Galercio , del cual podría saber nuevas de Artidoro. Esto es lo que á mí me ha sucedido , y lo demas que has visto con Grisaldo , despues que faltas , hermana , de la aldea.» Admirada quedó Teolinda de lo que su hermana le contaba ; pero cuando llegó á saber que en el aldea de Artidoro no se sabía dél nueva alguna , no pudo tener las lágrimas , aunque en parte se consoló , creyendo que Galercio sabría nuevas de su hermano ; y así determinó de ir otro día á buscar á Galercio do quiera que estuviese , y habiéndole contado con la más brevedad que pudo Leonarda todo lo que le había sucedido despues que en busca de Artidoro andaba , abrazándola otra vez , se volvió adonde las pastoras estaban , que un poco desviadas del camino iban , por entre unos árboles que del calor del sol un poco las defendían ; y en llegando á ellas Teolinda , les contó todo lo que su hermana le había dicho , con el suceso de sus amores , y la semejanza de Galercio y Artidoro , de que no poco se admiraron , aunque dijo Galatea : « Quien ve la semejanza tan extraña que hay entre tí , Teolinda , y tu hermana , no tiene de qué maravillarse aunque otras vea , pues ninguna , á lo que yo creo , á la vuestra iguala.

— No hay duda , respondió Leonarda , sino que la que hay entre Artidoro y Galercio es tanta , que si á la nuestra no excede , á lo menos en ninguna cosa se quedará atras.

— Quiera el cielo , dijo Florisa , que así como los cuatro os semejais unos á otros , así os acomodeis y parezcáis en la ventura , siendo tan buena la que la fortuna conceda á vuestros deseos , que todo el mundo envidie vuestros contentos , como admira vuestras semejanzas.» Replicara

á estas razones Teolinda, si no lo estorbara la voz que oyeron que dentre los árboles salía, y parándose todas á escucharla, luego conocieron ser la del pastor Lauso, de que Galatea y Florisa grande contento recibieron, porque en extremo deseaban saber de quién andaba Lauso enamorado, y creyeron que desta duda las sacaría lo que el pastor cantase; y por esta ocasion, sin moverse de donde estaban, con grandísimo silencio le escucharon. Estaba el pastor sentado al pié de un verde sauce, acompañado de solos sus pensamientos y de un pequeño rabel, al son del cual desta manera cantaba:

LAUSO.

Si yo dijere el bien del pensamiento,
En mal se vuelva cuanto bien poseo,
Que no es para decirse el bien que siento.

De mí mismo se encubra mi deseo,
Emudezca la lengua en esta parte,
Y en el silencio ponga su trofeo.

Pare aquí el artificio, cese el arte
De exagerar el gusto, que en una alma
Con mano liberal amor reparte.

Baste decir que en sosegada calma
Paso el mar amoroso, confiado
De honesto triunfo y vencedora palma.

Sin saberse la causa, lo causado
Se sepa; que es un bien tan sin medida,
Que sólo para el alma es reservado.

Ya tengo nuevo ser, ya tengo vida,
Ya puedo cobrar nombre en todo el suelo
De ilustre y clara fama conocida.

Que el limpio intento, el amoroso celo
Que encierra el pecho enamorado mio,
Alzarme puede al más subido cielo.

En tí, Silena, espero, en tí confío,
Silena, gloria de mi pensamiento,
Norte por quien se rige mi albedrío.

Espero que el sin par entendimiento
Tuyo levantes á entender que valgo
Por fe lo que no está en merecimiento.

Confío que tendrás, pastora, en algo
(Despues de hacerte cierta la experiencia)
La sana libertad de un pecho hidalgo.

¿Qué bienes no asegura tu presencia?
¿Qué males no destierra, y quién sin ella
Sufrirá un punto la terrible ausencia?

¡ Oh mas que la belleza misma bella,
Más que la propia discrecion discreta,
Sol á mis ojos y á mi mar estrella !

No la que fué de la nombrada Creta,
Robada por el falso hermoso toro,
Igualó á tu hermosura tan perfeta.

Ni aquella que en sus faldas granos de oro
Sintió llover, por quien despues no pudo
Guardar el virginal rico tesoro.

Ni aquella que con brazo airado y crudo
En la sangre castísima del pecho
Tifó el puñal de su limpieza agudo.

No cantó más el enamorado pastor, ni por lo que cantado había pudieron las pastoras venir en conocimiento de lo que deseaban, que puesto que Lauso nombró á Silena en su canto, por este nombre no fué la pastora conocida : y así imaginaron que como Lauso había andado por muchas partes de España, y áun de toda Asia y Europa, que alguna pastora forastera sería la que había rendido la libre voluntad suya ; mas volviendo á considerar que le habían visto pocos días atras triunfar de la libertad, y hacer burla de los enamorados, sin duda creyeron que con disfrazado nombre celebraba alguna conocida pastora, á quien había hecho señora de sus pensamientos : y así sin satisfacerse en su sospecha se fueron hácia la aldea, dejando al pastor en el mismo lugar donde estaba. Mas no hubieron andado mucho, quando vieron venir desde léjos algunos pastores que luego fueron conocidos, porque eran Tirsi, Damon, Elicio, Erastro, Arsindo, Francenio, Crisio, Orompo, Daranio, Orfenio y Marsilio, con todos los más principales pastores de la aldea, y entre ellos el desamorado Lenio, con el lastimado Silerio, los cuales

salían á tener la siesta á la fuente de las Pizarras, á la sombra que en aquel lugar hacían las enricadas ramas de los espesos y verdes árboles; y ántes que los pastores llegasen, tuvieron cuidado Teolinda, Leonarda y Rosaura de rebozarse cada una con un blanco lienzo, porque de Tirsi y Damon no fuesen conocidas. Los pastores llegaron haciendo corteses recibimientos á las pastoras, convidándolas á que en su compañía la siesta pasar quisiesen; mas Galatea se excusó con decir que aquellas forasteras pastoras que con ella venían, tenían necesidad de ir á la aldea: con esto se despidió dellos, llevando tras sí las almas de Elicio y Erastro, y aun las encubiertas pastoras los deseos de conocerlas de cuantos allí estaban. Ellas se fueron á la aldea, y los pastores á la fresca fuente; pero ántes que allá llegasen, Silerio se despidió de todos, pidiendo licencia para volverse á su ermita; y puesto que Tirsi, Damon Elicio y Erastro le rogaron que por aquel día con ellos se quedase, jamás lo pudieron acabar con él, ántes abrazándolos á todos se despidió, encargando y rogando á Erastro que no dejase de verle todas las veces que por su ermita pasase. Erastro se lo prometió; y con esto, torciendo el camino, acompañado de su continua pesadumbre, se volvió á la soledad de su ermita, dejando á los pastores no sin dolor de ver la estrechez de vida que en tan verdes años había escogido; pero más se sentía entre aquellos que le conocían y sabían la calidad y valor de su persona.

Llegados los pastores á la fuente, hallaron en ella á tres caballeros y á dos hermosas damas que de camino venían, y fatigados del cansancio y convidados del ameno y fresco lugar, les pareció ser bien dejar el camino que llevaban, y pasar allí las calurosas horas de la siesta. Venían con ellos algunos criados, de manera que en su apariencia mostraban ser personas de calidad. Quisieran los pastores, así como los vieron, dejarles el lugar desocupado; pero uno de los caballeros, que el principal pa-

recía, viendo que los pastores de comedidos se querían ir á otra parte, les dijo: «Si era por ventura vuestro contento, gallardos pastores, pasar la siesta en este deleitoso sitio, no os lo estorbe nuestra compañía, ántes nos haced merced de que con la vuestra aumentéis nuestro contento, pues no promete menos vuestra gentil disposicion y manera; y siendo el lugar, como lo es tan acomodado para mayor cantidad de gente, hareis agravio á mí y á estas damas, si no venis en lo que yo en su nombre y el mío os pido.

— Con hacer, señor, lo que nos mandas, respondió Elicio, cumpliremos nuestro deseo, que por agora no se extendía á mas que venir á este lugar á pasar en él en buena conversacion la enfadosas horas de la siesta; y aunque fuera diferente nuestro intento, le torciéramos sólo por hacer lo que pedís.

— Obligado quedo, respondió el caballero, á muestras de tanta voluntad, y para más certificarme y obligarme con ella, sentáos, pastores, al rededor desta fresca fuente, donde con algunas cosas que estas damas traen para regalo del camino, podeis despertar la sed, y mitigar en las frescas aguas que esta clara fuente nos ofrece.» Todos lo hicieron así, obligados de su buen comedimiento. Hasta este punto habían tenido las damas cubiertos los rostros con dos ricos antifaces; pero viendo que los pastores se quedaban, se descubrieron, descubriendo una belleza tan extraña, que en gran admiracion puso á todos los que la vieron, pareciéndoles que despues de la de Galatea, no podía haber en la tierra otra que se igualase.

Eran las dos damas igualmente hermosas, aunque la una dellas, que de más edad parecía á la más pequeña en cierto donaire y brío se aventajaba. Sentados pues, y acomodados todos, el segundo caballero, que hasta entonces ninguna cosa había hablado, dijo: «Cuando me paro á considerar, agradables pastores, la ventaja que hace al cortesano y soberbio trato el pastoral y humilde vuestro,

no puedo dejar de tener lástima á mí mesmo , y á vosotros honesta envidia.

— ¿ Por qué dices eso , amigo Darinto ? dijo el otro caballero.

— Dígolo, señor, replicó estotro, porque veo con cuánta curiosidad vos y yo, y los que siguen el trato nuestro, procuramos adornar las personas, sustentar los cuerpos, y aumentar las haciendas, y cuán poco viene á lucirnos, pues los rostros están marchitos de los mal digeridos manjares comidos á deshoras, y tan costosos como mal gastados : la púrpura, el oro, el brocado, ninguna cosa nos adornan, ni pulen, ni son parte para que más bien parezcamos á los ojos de quien nos mira : todo lo cual puedes ver diferente en los que siguen el rústico ejercicio del campo, haciendo experiencia en los que tienes delante, los cuales podría ser, y aun es así, que se hubiesen sustentado y sustentan de manjares simples y en todo contrarios de la vana compostura de los nuestros, y con todo eso mira el moreno de sus rostros, que promete más entera salud que la blancura quebrada de los nuestros, y cuán bien les está á sus robustos y sueltos miembros un pellico de blanca lana, una caperuza parda y unas antiparras de cualquier color que sean ; y con esto á los ojos de sus pastoras deben de parecer más hermosos que los bizarros cortesanos á los de las retiradas damas. ¿ Qué te diría pues, si quisiese, de la sencillez de su vida, de la llaneza de su condicion, y de la honestidad de sus amores? No te digo mas, sino que conmigo puede tanto lo que de la vida pastoral conozco, que de buena gana trocaría la mia con ella.

— En deuda te estamos todos los pastores, dijo Elicio, por la buena opinion que de nosotros tienes ; pero con todo esto te sé decir que hay en la rústica vida nuestra tantos resbaladeros y trabajos, como se encierran en la cortesana vuestra.

— No podré yo dejar de venir en lo que dices, replicó

Darinto, porque ya se sabe bien que es una guerra nuestra vida sobre la tierra; pero en fin, en la pastoral hay ménos que en la ciudadana, por estar más libre de ocasiones que alteren y desasosieguen el espíritu.

— Cuán bien se conforma con tu opinión, Darinto, dijo Damon, la de un pastor amigo mio, que Lauso se llama, el cual, despues de haber gastado algunos años en cortesanos ejercicios, y algunos otros, en los trabajos del duro Marte, al fin se ha reducido á la pobreza de nuestra rústica vida, y ántes que á ella viniese, mostró desearlo mucho, como parece por una cancion que compuso y envió al famoso Larsileo, que en los negocios de la córte tiene larga y ejercitada experiencia, y por haberme á mí parecido bien, la tomé toda en la memoria, y aún os la dijera, si imaginara que á ella me diera lugar el tiempo, y á vosotros no os cansara el escucharla.

— Ninguna otra cosa nos dará más gusto que escucharte, discreto Damon, respondió Darinto, llamando á Damon por su nombre, que ya le sabía por haberle oido nombrar á los otros pastores sus amigos; y así yo de mi parte te ruego nos digas la cancion de Lauso, que pues ella es hecha como dices, á mi propósito, y tú la has tomado de memoria, imposible será que deje de ser buena.» Comenzaba Damon á arrepentirse de lo que había dicho, y procuraba excusarse de lo prometido; mas los caballeros y damas se lo rogaron tanto, y todos los pastores, que el no pudo excusar el decirlo. Y así, habiéndose sosegado un poco, con gentil donaire y gracia dijo desta manera.

DAMON.

En vano imaginar de nuestra mente,
De mil contrarios vientos arrojada
Acá y allá con curso presuroso:
La humana condicion flaca, doliente
En caducos placeres ocupada,
Do busca sin hallarle algun reposo

El mundo mentiroso,
Falso prometedor de alegres gustos :
La voz de sus sirenas
Mal escuchada apénas,
Cuando cambia su gusto en mil disgustos :
La babilonia, el caos que miro y leo
En todo cuanto veo :
El cauteloso trato cortesano
Junto con mi deseo ,
Puesto han la pluma en la cansada mano.

Quisiera yo , señor , que allí llegara
Do llega mi deseo, el corto vuelo
De mi grosera mal cortada pluma,
Sólo para que luego se ocupara
En levantar al más subido cielo
Vuestra rara bondad y virtud suma ;
Mas ¿ quién hay que presuma
Echar sobre sus hombros tanta carga,
Si no es un nuevo Atlante
En fuerzas tan bastante,
Que poco el cielo le fatiga y carga ?
Y aun le será forzoso que se ayude,
Y el grave peso mude
Sobre los brazos de otro Alcides nuevo,
Y aunque se encorve y sude,
Yo tal fatiga por descanso apruebo.

Ya que á mis fuerzas esto es imposible,
Y el inútil deseo doy por muestra
De lo que encierra el justo pensamiento,
Veamos si quizá será posible
Mover la flaca mal contenta diestra
A mostrar por enigma algun contento ;
Mas tan sin fuerzas siento
Mi fuerza en esto, que será forzoso
Que apliqueis los oídos
A los tristes gemidos
De un desdeñado pecho congojoso,
A quien el fuego, el aire, el mar, la tierra
Hacen contino guerra,
Todos en su desdicha conjurados,
Que se remata y cierra
Con la corta ventura de sus hados.
Si esto no fuera, fácil cosa fuera

Tender por la region del gusto el paso
Y reducir cien mil á la memoria
Pintando el monte, el rio y la ribera.
No amor, el hado, la fortuna y caso
Rindieron á un pastor toda su gloria :
Mas desta dulce historia
El tiempo triunfa, y sólo queda della
Una pequenia sombra,
Que ahora espanta, asombra
Al pensamiento que más piensa en ella :
Condicion propia de la humana suerte
Que el gusto nos convierte
En pocas horas en mortal disgusto,
Y nadie habrá que acierte
En muchos años con un firme gusto.

Vuelva y revuelva en alto, suba ó baje
El vano pensamiento al hondo abismo,
Corra en un punto desde Tilo á Batro,
Que él dirá cuanto más sude y trabaje,
Y del término salga de sí mismo
Puesto en la esfera, ó en el cruel baratro
¡ Oh una, y tres, y cuatro,
Cinco, y seis, y más veces venturoso
El simple ganadero,
Que con un pobre apero
Vive con más contento y más reposo
Que el rico Craso, ó el avariento Mida !
Pues con aquella vida
Robusta, pastoral, sencilla y sana,
De todo punto olvida
Esta mísera, falsa cortesana.

En el rigor del erizado invierno
Al tronco entero de robusta encina
De Vulcano abrasada se calienta,
Y allí en sosiego trata del gobierno
Mejor de su ganado, y determina
Dar de sí al cielo no entrincada cuenta.
Y cuando ya se ahuyenta
El encogido, estéril, yerto frio,
Y el gran señor de Delo
Abrasa el aire, el suelo,
En el márgen sentado de algun rio
De verdes sauces y álamos cubierto,

Con rústico concierto
Suelta la voz, ó toca el caramillo,
Y á veces se ve cierto
Las aguas detenerse por oillo.

Poco allí le fatiga el rostro grave
Del privado, que muestra en apariencia
Mandar allí do no es obedecido;
Ni el alto exagerar con voz suave
Del falso adulador, que en poca ausencia
Muda opinion, señor, bando y partido;
Ni el desden sacudido
Del sutil secretario le fatiga,
Ni la altivez honrada
De la llave dorada,
Ni de los varios principes la liga,
Ni del manto ganado un punto parte,
Porque el furor de Marte
A una y otra parte suene airado,
Regido por tal arte,
Que apenas su secuaz se ve medrado.

Reduce á pocos pasos sus pisadas
Del alto monte al apacible llano,
Desde la fresca fuente al claro rio,
Sin que por ver las tierras apartadas
Las movibles campañas del Océano
Are con loco, antiguo desvarío:
No le levanta el brío
Saber que el gran monarca invicto vive
Bien cerca de su aldea,
Y aunque su bien desea,
Poco disgusto en no verle recibe,
No como el ambicioso entremetido,
Que con seso perdido
Anda tras el favor, tras la privanza,
Sin nunca haber teñido
En turca ó mora sangre, espada ó lanza.

No su semblante ó su color se muda
Porque mude color, mude semblante
El señor á quien sirve; pues no tiene
Señor que fuerce á que con lengua muda
Siga cual Clicie á su dorado amante
El dulce ó amargo gusto que le viene:
No le vereis que pene

De temor que un descuido , una nonada
 En el ingrato pecho
 Del señor el derecho
 Borre de sus servicios , y sea dada
 De breve despedida la sentencia :
 No muestra en apariencia
 Otro de lo que encierra el pecho sano ;
 Que la rústica ciencia
 No alcanza el falso trato cortesano.

¿ Quién tendrá vida tal en menosprecio ?
 ¿ Quién no dirá que aquella sola es vida
 Que al sosiego del alma se encamina ?
 El no tenerla el cortesano en precio ,
 Hace que su bondad sea conocida
 De quien aspira al bien y al mal declina.
 ¡ Oh vida do se afina
 En soledad el gusto acompañado !
 ¡ Oh pastoral bajeza ,
 Mas alta que la alteza
 Del cetro más subido y levantado !
 ¡ Oh flores olorosas , oh sombríos
 Bosques , oh claros ríos !
 ¡ Quién gozar os pudiera un breve tiempo
 Sin que los males míos
 Turbasen tan honesto pasatiempo !

Cancion , á parte vas do serán luego
 Conocidas tus faltas y tus obras :
 Mas dí , si aliento cobras ,
 Con rostro humilde enderezado á ruego :
 Señor , perdon , porque el que acá me envía ,
 En vos y en su deseo se confía.

Esta es , señores , la cancion de Lauso , dijo Damon en acabándola : la cual fue tan celebrada de Larsileo , cuanto bien admitida de los que en aquel tiempo la vieron. « Con razon lo puedes decir , respondió Darinto , pues la verdad y artificio suyo es digno de justas alabanzas.

— Estas canciones son las de mi gusto , dijo á este punto el desamorado Lenio ; y no aquellas que á cada paso llegan á mis oídos , llenas de mil simples conceptos amorosos , tan mal dispuestos é intrincados , que osaré jurar que hay

algunas, que ni las alcanza quien las oye, por discreto que sea, ni las entiende quien las hizo. Pero no ménos fatigan otras que se enzarzan en dar alabanzas á Cupido y en exagerar su poder, su valor, sus maravillas y milagros, haciéndole señor del cielo y de la tierra, dándole otros mil atributos de potencia, de mando y señorío; y lo que más me cansa á mí de los que las hacen, es, que cuando hablan de amor, entienden de un no sé quién, que ellos llaman Cupido, que la misma significacion del nombre nos declara quién es él, que es un apetito sensual y vano, digno de todo vituperio.»

Habló el desamorado Lenio, y en fin hubo de parar en decir mal del amor; pero como todos los más de los que allí estaban conocían su condicion, no repararon mucho en sus razones, si no fué Erastro, que le dijo: «¿Piensas, Lenio, por ventura, que siempre estás hablando con el simple Erastro, que no sabe contradecir tus opiniones, ni responder á tus argumentos? Pues quíerote advertir que te será sano callar por ahora, ó á lo ménos tratar de otras cosas que de decir mal del amor, si ya no gustas que la discrecion y ciencia de Tirsi y de Damon te alumbren de la ceguedad en que estás, y te muestren á la clara lo que ellos entienden y lo que tú debes entender del amor y de sus cosas.

—¿Qué me podrán ellos decir que yo no sepa? dijo Lenio; ó ¿qué les podré yo replicar que ellos no ignoren?

—Soberbia es esa, Lenio, respondió Elicio, y en ella muestras cuán fuera vas del camino de la verdad de amor, y que te riges más por el norte de tu parecer y antojo, que no por el que debías regirte, que es el de la verdad y experiencia.

—Antes, por la mucha que yo tengo de sus obras, respondió Lenio, le soy tan contrario como nuestro y mostraré miéntras la vida me durare.

—¿En qué fundas tu razon? dijo Tirsi.

—¿En qué, pastor? respondió Lenio: en que por los

efetos que hacen , conozco cuán mala es la causa que los produce.

— ¿ Cuáles son los efetos de amor que tú tienes por tan malos ? replicó Tirsi.

— Yo te los diré , si con atencion me escuchas , dijo Lenio : pero no querría que mi plática enfadase los oídos de los que están presentes , pudiendo pasar el tiempo en otra conversacion de más gusto.

— Ninguna cosa habrá que sea más del nuestro , dijo Darinto , que oír tratar desta materia , especialmente entre personas que tan bien sabrán defender su opinion ; y así , por mi parte , si la destos pastores no lo estorba , te ruego , Lenio , que sigas adelante la comenzada plática.

— Eso haré yo de buen grado , respondió Lenio , porque pienso mostrar claramente en ella cuánta razon me fuerza á seguir la opinion que sigo , y á vituperar cualquiera otra que á la mia se opusiere.

— Comienza pues , ¡ oh Lenio ! dijo Damon , que no estarás más en ella de cuanto mi compañero Tirsi descubra la suya. » A esta sazón , ya que Lenio se preparaba á decir los vituperios de amor , llegaron á la fuente el venerable Aurelio , padre de Galatea , con algunos pastores , y con él asimismo venían Galatea y Florisa , con las tres rebozadas pastoras , Rosaura , Teolinda y Leonarda , á las cuales , habiéndolas topado á la entrada de la aldea , y sabiendo dellas la junta de pastores que en la fuente de las Pizarras quedaba , á ruego suyo las hizo volver , fiadas las forasteras pastoras en que por sus rebozos no serían de alguno conocidas. Levantáronse todos á recibir á Aurelio y á las pastoras , las cuales se sentaron con las damas , y Aurelio y los pastores con los demas pastores. Pero quando las damas vieron la singular belleza de Galatea , quedaron tan admiradas , que no podían apartar los ojos de mirarla. No lo fué ménos Galatea de la hermosura dellas , especialmente de la que de mayor edad parecía. Pasó entre ellas algunas palabras de comedimiento ; pero todo cesó quando

supieron lo que entre el discreto Tirsi y el desamorado Lenio estaba concertado, de lo que se holgó infinito el venerable Aurelio, porque en extremo deseaba ver aquella junta, y oír aquella disputa; y más entónce, donde tendría Lenio quien tan bien le supiese responder; y así sin más esperar, sentándose Lenio en un tronco de un desmochado olmo, con voz al principio baja, y despues sonora, desta manera comenzó decir.

LENIO.

« Ya casi adivino, valerosa y discreta compañía, cómo ya en vuestro entendimiento me vais juzgando por atrevido y temerario, pues con el poco ingenio y ménos experiencia que puede prometer la rústica vida en que yo algun tiempo me he criado, quiero tomar contienda en materia tan ardua como ésta con el famoso Tirsi, cuya crianza en famosas academias, y cuyos bien sabidos estudios no pueden asegurar en mi pretension sino segura pérdida. Pero confiado que á las veces la fuerza del natural ingenio adornado con algun tanto de experiencia, suele descubrir nuevas sendas, con que facilitan las ciencias por largos años sabidas, quiero atreverme hoy á mostrar en público las razones que me han movido á ser tan enemigo de amor, que he merecido por ello alcanzar renombre de desamorado; y aunque otra cosa no me moviera á hacer esto sino vuestro mandamiento, no me excusara de hacerlo: cuanto más, que no será pequeña la gloria que de aquí he de granjear, aunque pierda la empresa, pues al fin dirá la fama que tuve ánimo para competir con el nombrado Tirsi; y así, con este presupuesto, sin querer ser favorecido sino es de la razon que tengo, á ella sólo invoco y ruego dé tal fuerza á mis palabras y argumentos, que se muestre en ellas y en ellos la que tengo para ser tan enemigo del amor como publico.

» Es, pues, amor, segun he oído decir á mis mayores, un

deseo de belleza : y esta definicion le dan entre otras muchas los que en esta cuestion han llegado más al cabo. Pues si se me concede que el amor es deseo de belleza , forzosamente se me ha de conceder que cual fuere la belleza que se amare , tal será el amor con que se ama. Y porque la belleza es en dos maneras , corpórea é incorpórea , el amor que la belleza corporal amare como último fin suyo, este tal amor no puede ser bueno , y éste es el amor de quien yo soy enemigo ; pero como la belleza corpórea se divide asimismo en dos partes , que son en cuerpos vivos y en cuerpos muertos , tambien puede haber amor de belleza corporal que sea bueno. Muéstrase la una parte de la belleza corporal en cuerpos vivos de varones y de hembras, y ésta consiste en que todas las partes del cuerpo sean de por sí buenas , y que todas juntas hagan un todo perfecto , y formen un cuerpo proporcionado de miembros y suavidad de colores. La otra belleza de la parte corporal no viva , consiste en pinturas , estatuas , edificios ; la cual belleza puede amarse , sin que el amor con que se amare se vitupere. La belleza incorpórea se divide tambien en dos partes : en las virtudes y ciencias del ánima ; y el amor que á la virtud se tiene , necesariamente ha de ser bueno , y ni más ni ménos el que se tiene á las virtuosas ciencias y agradables estudios. Pues como sean estas dos suertes de belleza la causa que engendra el amor en nuestros pechos , siguese que en el amar la una ó la otra consista ser el amor bueno ó malo ; pero como la belleza incorpórea se considera con los ojos del entendimiento limpios y claros , y la belleza corpórea se mira con los ojos corporales , en comparacion de los incorpóreos , turbios y ciegos ; y como sean más prestos los ojos del cuerpo á mirar la belleza presente corporal que agrada , que no los del entendimiento , á considerar la ausente incorpórea que glorifica , siguese que más ordinariamente aman los mortales la caduca y mortal belleza que los destruye , que no la singular y divina que los mejora. Pues deste amor , ó desear la

corporal belleza han nacido, nacen y nacerán en el mundo asolacion de ciudades, ruina de Estados, destruccion de imperios y muertes de amigos: y quando esto generalmente no suceda, ¿qué desdichas mayores, qué tormentos más graves, qué incendio, qué celos, qué penas, qué muertes puede imaginar el humano entendimiento, que á las que padece el miserable amante puedan compararse? Y es la causa desto que, como toda la felicidad del amante consista en gozar la belleza que desea, y esta belleza sea imposible poseerse y gozarse enteramente, aquel no poder llegar al fin que se desea, engendra en él les suspiros, los lágrimas, las quejas y desabrimientos.

» Pues que sea verdad que la belleza de quien hablo no se puede gozar perfeta y enteramente, está manifesto y claro; porque no está en mano del hombre gozar cumplidamente cosa que esté fuera dél, y no sea toda suya; porque las extrañas, conocida cosa es que están siempre debajo del arbitrio de la que llamamos fortuna y caso, y no en poder de nuestro albedrio, y así se concluye que donde hay amor hay dolor: y quien esto negase, negaria asimismo que el sol es claro, y que el fuego abrasa. Mas porque se venga con más facilidad en conocimiento de la amargura que amor encierra, por las pasiones del ánimo discurriendo se verá clara la verdad que sigo. Son pues las pasiones del ánimo, como mejor vosotros sabeis, discretos caballeros y pastores, quatro generales, y no mas. Desear demasiado, alegrarse mucho, gran temor de las futuras miserias, gran dolor de las presentes calamidades; las cuales pasiones, por ser como vientos contrarios que la tranquilidad del ánima perturban, con más propio vocablo perturbaciones son llamadas: y destas perturbaciones la primera es propia del amor, pues el amor no es otra cosa que deseo: y así es el deseo principio y origen de todas nuestras pasiones, de do proceden como cualquier arroyo de su fuente. Y de aquí viene que todas las veces que el deseo de alguna cosa se enciende en nuestros cora-

zones, luego nos mueve á seguirla y á buscarla, y buscándola y siguiéndola, á mil desordenados fines nos conduce. Este deseo es aquel que incita al hermano á procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del ainado, y lo que peor es, el mismo padre de la propia hija : este deseo es el que nuestros pensamientos á dolorosos peligros acarrear. Ni aprovecha que le hagamos obstáculo con la razón : que puesto que nuestro mal claramente conozcamos, no por eso sabemos retirarnos dél : y no se contenta amor de tenernos á una sola voluntad atentos, antes como del deseo de las cosas, como ya está dicho, todas las pasiones nacen, así del primer deseo que nace en nosotros, otros mil se derivan, y estos son enamorados no menos diversos que infinitos, y aunque todas las mas de las veces miren á un solo fin, con todo eso, como son diversos los objetos y diversa la fortuna de los amadores de cada uno, sin duda alguna diversamente se desea.

» Hay algunos que por llegar á alcanzar lo que desean, ponen toda su fuerza en una carrera, en la cual ¡oh cuántas y cuán duras cosas se encuentran! ¡cuántas veces se cae, y cuántas agudas espinas atormentan sus pies, y cuántas veces primero se pierde la fuerza y el aliento, que den alcance á lo que procuran! Algunos otros hay que ya de la cosa amada son poseedores, y ninguna otra desean ni piensan, sino en mantenerse en aquel estado, y teniendo en esto sólo ocupados sus pensamientos, y en esto sólo todas sus obras y tiempo consumido, en la felicidad son míseros, en la riqueza pobres, y en la ventura desventurados. Otros que ya están fuera de la posesion de sus bienes, procurando tornar á ellos usando para ello mil ruegos, mil promesas, mil condiciones, infinitas lágrimas, y al cabo en estas miserias ocupándose, se ponen á términos de perder la vida. Mas no se ven estos tormentos en la entrada de los primeros deseos, porque entonces el engañoso amor nos muestra una senda por

do entremos, al parecer ancha y espaciosa, la cual despues poco á poco se va cerrando de manera, que para volver ni pasar adelante ningun camino se ofrece, y asi engañados y traídos los miseros amantes con una dulce y falsa risa, con un solo volver de ojos, con dos mal formadas palabras que en sus pechos una falsa y flaca esperanza engendran, arrojanse luego á caminar tras ella, aguijados del deseo, y despues á poco trecho y á pocos dias, hallando la senda de su remedio cerrada, y el camino de su gusto impedido, acuden luego á regar su rostro con lágrimas, á turbar el aire con suspiros, fatigar los oídos con lamentables quejas; y lo peor es, que si acaso con lágrimas, con los suspiros y con las quejas no pueden venir al fin de lo que desean, luego mudan estilo, y procuran alcanzar por malos medios lo que por buenos no pueden. De aquí nacen los odios, las iras, las muertes, así de amigos como de enemigos. Por esta causa se ha visto y se ve á cada paso, que las tiernas y delicadas mujeres se ponen á hacer cosas tan extrañas y temerarias, que aun sólo el imaginarlas pone espanto. Por éstas se ven los santos y conyugales lechos de roja sangre bañados, ora de la triste mal advertida esposa, ora del incauto y descuidado marido. Por venir al fin deste deseo es atraído el hermano al hermano, el padre al hijo, y el amigo al amigo. Este rompe enemistades, atropella respetos, traspasa leyes, olvida obligaciones y solicita parientas.

» Mas porque claramente se vea cuánta es la miseria de los enamorados, ya se sabe que ningun apetito tiene tanta fuerza en nosotros, ni con tanto ímpetu al objeto propuesto nos lleva, como aquel que de las espuelas de amor es solicitado; y de aquí viene que ninguna alegría ó contento pasa tanto del debido término, como aquella del amante cuando viene á conseguir alguna cosa de las que desea: y esto se ve, porque ¿qué persona habrá de juicio, si no es el amante, que tenga á suma felicidad un

tocar la mano de su amada, una sortijuela suya, un breve amoroso volver de ojos, y otras cosas semejantes de tan poco momento cual las considera un entendimiento desapasionado? Y no por estos gustos tan colmados, que á su parecer los amantes consiguen, se ha de decir que son felices y bienaventurados; porque no hay ningun contento suyo, que no venga acompañado de innumerables disgustos y sinsabores, con que amor se los agua y turba, y nunca llegó gloria amorosa adonde llega y alcanza la pena: y es tan mala el alegría de los amantes, que los saca fuera de sí mismos, tornándolos descuidados y locos; porque, como ponen todo su intento y fuerzas en mantenerse en aquel gustoso estado que ellos se imaginan, de toda otra cosa se descuidan, de que no poco daño se les sigue, así de hacienda como de honra y vida. Pues á trueco de lo que he dicho, se hacen ellos mismos esclavos de mil congojas, y enemigos de sí propios. Pues ¿qué, cuando sucede que en medio de la carrera de sus gustos, les toca el hierro frio de la pesada lanza de los celos? Allí se les escurece el cielo, se les turba el aire, y todos los elementos se les vuelven contrarios. No tienen entónces de quién esperar contento, pues no se le puede dar el conseguir el fin que desean: allí acude el temor continuo, la desesperacion ordinaria, las agudas sospechas, los pensamientos varios, la solicitud sin provecho, la falsa risa y el verdadero llanto, con otros mil extraños y terribles accidentes que le consumen y atierran. Todas las ocasiones de la cosa amada le fatigan, si mira, si ríe, si torna, si vuelve, si calla, si habla; y finalmente todas las gracias que le movieron á querer bien, son las mismas que atormentan al amante celoso. Y ¿quién no sabe que si la ventura á manos llenas no favorece á los amorosos principios, y con presta diligencia á dulce fin los conduce, cuán costosos le son al amante cualesquier otros medios que el desdichado pone para conseguir su intento? ¿Qué de lágrimas derrama? Qué

de suspiros esparce? ¿Cuántas cartas escribe? Cuántas noches no duerme? Cuántos y cuán contrarios pensamientos le combaten? Cuántos recelos le fatigan, y cuántos temores le sobresaltan? ¿Hay por ventura Tántalo que mas fatiga tenga entre las aguas y el manzano puesto, que la que tiene el miserable amante entre el temor y la esperanza colocado? Son los servicios del amante no favorecido los cántaros de las hijas de Dánao, tan sin provecho derramados, que jamás llegan á conseguir una mínima parte de su intento. ¿Hay águila que así destruya las entrañas de Ticio, como destruyen y roen los celos las del amante celoso? ¿Hay piedra que tanto cargue las espaldas de Sisifo, como carga el amor continuo los pensamientos de los enamorados? ¿Hay rueda de Ixion que más presto se vuelva y atormente, que las prestas y varias imaginaciones de los temerosos amantes? Hay Minos ni Radamanto que así castiguen y apremien las desdichadas condenadas almas, como castiga y apremia el amor al enamorado pecho que al insufrible mando suyo está sujeto? No hay cruda Mejera, ni rabiosa Tisifone, ni vengadora Alecto, que así maltraten el ánima do se encierran, como maltrata esta furia, este deseo á los sin ventura que le reconocen por señor y se le humillan como vasallos: los cuáles por dar alguna disculpa de las locuras que hacen, dicen, ó á lo ménos dijeron los antiguos gentiles, que aquel instinto que incita y mueve al enamorado para amar más que á su propia vida la ajena, era un dios á quien pusieron por nombre Cupido; y que así, forzados de su deidad, no podían dejar de seguir y caminar tras lo que él quería. Movióles á decir esto, y á dar nombre de dios á este deseo, el ver los efetos sobrenaturales que hacen en los enamorados.

» Sin duda parece que es sobrenatural cosa estar un amante en un instante mesmo temeroso y confiado, arder léjos de su amada, helarse cuando más cerca della: mudo cuando parlero, y parlero cuando mudo. Extraña cosa es

asimismo seguir á quien me huye, alabar á quien me vitupera, dar voces á quien no me escucha, servir á una ingrata, y esperar en quien jamás promete ni puede dar cosa que buena sea. ¡ Oh amarga dulzura, oh venenosa medecina de los amantes no sanos ! ¡ Oh triste alegría, oh flor amorosa, que ningun fruto señalas, sino de tardo arrepentimiento ! Estos son los efetos deste dios imaginado ; estas son sus hazañas y maravillosas obras : y aun tambien puede verse en la pintura, con que figuraban á este su vano dios, cuán vanos ellos andaban : pintábanle niño, desnudo, alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, por darnos á entender, entre otras cosas, que en siendo uno enamorado, se vuelve de la condicion de un niño simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento. Decían asimismo que entre las saetas suyas tenía dos, la una de plomo y la otra de oro, con las cuales diferentes efetos hacía, porque la de plomo engendrabá odio en los pechos que tocaba, y la de oro crecía amor en los que hería, por sólo avisarnos que el oro rico es aquel que hace amar, y el plomo pobre aborrecer. Y por esta ocasion no en balde cantan los poetas á Atalanta vencida de tres hermosas manzanas de oro ; y á la bella Dánae preñada de la dorada lluvia ; y al piadoso Eneas descender al infierno con el ramo de oro en la mano : en fin, el oro y la dádiva es una de las más fuertes saetas que el amor tiene, y con la que más corazones sujeta ; bien al revés de la de plomo, metal bajo y menospreciado, como lo es la pobreza, la cual ántes engendra odio y aborrecimiento donde llega, que otra benevolencia alguna. Pero si las razones hasta agora por mí dichas, no bastan á persuadir la que yo tengo de estar mal con este péfido amor, de quien trato hoy, observad en algunos ejemplos verdaderos y pasados los efetos suyos, y vereis, como yo veo, que no ve ni tiene ojos de entendimiento el que no al-

canza la verdad que sigo. Vemos, pues, ¿quién, sino este amor, es aquel que al justo Lot hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas? Este es sin duda el que hizo que el escogido David fuese adúltero y homicida; y el que forzó al libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento de Tamar, su querida hermana; y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dálila, por do perdiendo él su fuerza, perdieron los suyos su amparo, y al cabo él y otros muchos la vida: éste fué el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bailadora niña la cabeza del Precursor de la vida: éste hace que se dude de la salvacion del más sabio y rico rey de los reyes, y aún de todos los hombres: éste redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á torcer un pequeñuelo huso, y ejercitarse en mujeriles ejercicios: éste hizo que la furiosa y enamorada Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano: éste cortó la lengua á Progne, Aragne y á Hipólito, infamó á Pasifae, destruyó á Troya y mató á Egisto: éste hizo cesar las comenzadas obras de la nueva Cartago, y que su primera reina pasase su casto pecho con la aguda espada: éste puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisba el vaso de mortífero veneno, que la acabó la vida: éste quitó la suya al valiente Turno, y el reino á Tarquino, el mando á Marco Antonio, y la vida y la honra á su amiga: éste, en fin, entregó nuestras Españas á la bárbara furia agarena, llamada á la venganza del desordenado amor del miserable Rodrigo. Mas porque pienso que primero nos cubrirá la noche con su sombra, que yo acabase de traeros á la memoria los ejemplos que se ofrecen á la mia, de las hazañas que el amor ha hecho y cada día hace en el mundo, no quiero pasar más adelante en ellos, ni aún en la comenzada plática, por dar lugar á que el famoso Tirsi me responda, rogándoos primero, señores, no os enfade oír una cancion, que algunos dias há tengo

hecha en vituperio deste mi enemigo, la cual, si bien me acuerdo, dice desta manera :

Sin que me pongan miedo el hielo y fuego,
El arco y flechas del amor tirano,
En su deshonra he de mover mi lengua :
Que ¿quién ha de temer á un niño ciego
De vario antojo y de juicio insano,
Aunque más amenace daño y mengua?
Mi gusto crece, mi valor desmengua
Cuando la voz levanto
Al verdadero canto,
Que en vituperio del amor se forma
Con tal verdad, con tal manera y forma,
Que á todo el mundo su maldad descubre,
Y claramente informa,
Del cierto daño que el amor encubre.

Amor es fuego que consume el alma,
Hielo que hiela, flecha que abre el pecho
Que de sus mañas vive descuidado :
Turbado mar do no se ha visto calma,
Ministro de ira, padre del despecho,
Enemigo de amigo disfrazado,
Dador de escaso bien y mal colmado :
Afable, lisonjero,
Tirano, crudo y fiero,
Y Circe engañadora que nos muda
En varios móstruos, sin que humana ayuda
Pueda al pasado ser nuestro volvernos,
Aunque ligera acuda
La luz de la razon á socorrernos :

Yugo que humilla al más erguido cuello,
Blanco á do se encaminan los deseos
Del ocio blando sin razon nacidos :
Red engañosa de su sutil cabello,
Que cubre y prende en torpes actos feos
Los que del mundo son en más tenidos :
Sabroso mal de todos los sentidos,
Ponzoña disfrazada
Cual píldora dorada :
Rayo que adonde toca, abrasa y hiende :
Airado brazo que á traicion ofende,
Verdugo del cautivo pensamiento,

Y del que se defiende
Del dulce halago de su falso intento :
Daño que aplace en los principios , cuando
Se regala la vista en el sujeto
Que cual el cielo bello le parece ;
Mas tanto cuanto más pasa mirando ,
Tanto más pena en público y secreto
El corazon que todo lo padece :
Mudo hablador , parlero que enmudece ,
Cuerdo que desatina ,
Pura total ruina
De la más concertada alegre vida :
Sombra de bien en males convertida ,
Vuelo que nos levanta hasta la esfera ,
Para que en la caída
Quede vivo el pesar y el gusto muera :
Invisible ladrón que nos destruye
Y roba lo mejor de nuestra hacienda ,
Llevándonos el alma á cada paso :
Ligereza que alcanza al que más huye ,
Enigma que ninguno hay que la entienda ,
Vida que de contino está en traspaso ,
Guerra elegida , y que nace acaso :
Tregua que poco dura ,
Amada desventura ,
Prefiez , que por jamás á sazón llega :
Enfermedad que al ánima se pega :
Cobarde que se arroja al mal y atreve ,
Dendón que siempre niega
La deuda averiguada que nos debe :
Cercado laberinto , do se anida
Una fiera cruel que se sustenta
De rendidos humanos corazones :
Lazo donde se enlaza nuestra vida ,
Señor que al mayordomo pide cuenta
De las obras , palabras é intenciones :
Codicia de mil varias pretensiones ,
Gusano que fabrica
Estancia pobre ó rica
Do poco espacio habita , y al fin muere :
Querer que nunca sabe lo que quiere ,
Nube que los sentidos oscurece ,
Cuchillo que nos hiere ;
Este es amor : seguidle , si os parece.

Con esta cancion acabó su razonamiento el desamorado Lenio, y con ella y con él dejó admirados á algunos de los que presentes estaban, especialmente á los caballeros, pareciéndoles lo que Lenio había dicho, de más caudal que de pastoril ingenio parecía, y con gran deseo y atencion estaban esperando la respuesta de Tirsi, prometiéndose todos en su imaginacion, que sin duda alguna á la de Lenio haría ventaja, por la que Tirsi le hacía en la edad y en la experiencia, y en los más acostumbrados estudios, y asimismo les aseguraba esto, porque deseaban que la opinion desamorada de Lenio no prevaleciese. Bien es verdad que la lastimada Teolinda, la enamorada Leonarda, la bella Rosaura, y aún la dama que con Darinto y su compañero venía, claramente vieron figurados en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores; y esto fué cuando llegó á tratar de lágrimas y suspiros, y de cuán caros se compraban los contentos amorosos. Solas la hermosa Galatea y la discreta Florisa iban fuera desta cuenta, porque hasta entónces no se la había tomado amor de sus hermosos y rebeldes pechos, y así estaban atentas no mas de á escuchar la agudeza con que los dos famosos pastores disputaban, sin que de los efetos de amor que oían vieses alguno en sus libres voluntades; pero siendo la de Tirsi reducir á mejor término la opinion del desamorado pastor, sin esperar ser rogado, teniendo de su boca colgados los ánimos de los circunstantes, poniéndose frontero de Lenio, con suave y levantado tono desta manera comenzó á decir.

TIRSI.

« Si la agudeza de tu buen ingenio, desamorado pastor, no me asegurara que con facilidad puede alcanzar la verdad, de quien tan léjos agora se halla, ántes que ponerme en trabajo de contradecir tu opinion, te dejara con ella por castigo de tus sinrazones. Mas porque me advierten

las que en vituperio del amor has dicho, los buenos principios que tienes para poder reducirte á mejor propósito, no quiero dejar con mi silencio á los que nos oyen escandalizados, al amor desfavorecido, y á tí pertinaz y vanaglorioso : y así, ayudado del amor, á quien llamo, pienso en pocas palabras dar á entender cuán otras son sus obras y efectos, de los que tú dél has publicado, hablando sólo del amor que tú entiendes ; el cual tú definiste ; diciendo que era un deseo de belleza, declarando asimismo qué cosa era belleza, y poco despues desmenuzaste todos los efectos que el amor, de quien hablamos, hacía en los enamorados pechos, confirmándolo al cabo con varios y desdichados sucesos por el amor causados. Y aunque la definicion que del amor hiciste sea la más general que se suele dar, todavía no lo es tanto que no se pueda contradecir, porque amor y deseo son dos cosas diferentes : que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama. La razon está clara en todas las cosas que se poseen, que entónces no se podrá decir que se desean, sino que se aman : como el que tiene salud, no dirá que desea la salud, sino que la ama ; y el que tiene hijos, no podrá decir que desea hijos, sino que ama los hijos ; ni tampoco las cosas que se desean se puede decir que se aman, como la muerte de los enemigos, que se desea y no se ama. Y así que por esta razon el amor y deseo vienen á ser diferentes afectos de la voluntad. Verdad es que amor es padre del deseo, y entre otras definiciones que del amor se dan, ésta es una. Amor es aquella primera mutacion que sentimos hacer en nuestra mente, por el apetito que nos conmueve y nos tira á sí y nos deleita y aplace ; y aquel placer engendra movimiento en el ánimo, el cual movimiento se llama deseo ; y en resolucion, deseo es movimiento del apetito acerca de lo que se ama : y un querer de aquello que se posee, y el objeto suyo es el bien : y como se hallan diversas especies de deseos, el amor es una especie de deseo que atiende y mira al bien que se llama bello ; pero

para más clara difinición y division del amor, se ha de entender que en tres maneras se divide, en amor honesto, en amor útil y en amor deleitable. Y á estas tres suertes de amor se reducen cuantas maneras de amar y desear pueden caber en nuestra voluntad; porque el amor honesto mira á las cosas del cielo, eternas y divinas; el útil á las de la tierra, alegres y perecederas, como son las riquezas, mandos y señoríos; el deleitable á las gustosas y placenteras, como son las bellezas corporales vivas, que tú, Lenio, dijiste. Y cualquiera suerte destos amores que he dicho, no debe ser de ninguna lengua vituperada; porque el amor honesto siempre fué, es y ha de ser limpio, sencillo, puro y divino, y que sólo en Dios pára y sosiega. El amor provechoso, por ser como es natural, no debe condenarse, ni ménos el deleitable, por ser más natural que el provechoso. Que sean naturales estas dos suertes de amor en nosotros, la experiencia nos lo demuestra, porque luego que el atrevido primer padre nuestro pasó el divino mandamiento, y de señor quedó hecho siervo, y de libre esclavo; luégo conoció la miseria en que había caído, y la pobreza en que estaba: y así tomó en el momento las hojas de los árboles que le cubriesen, y sudó y trabajó rompiendo la tierra para sustentarse y vivir con la ménos incomodidad que pudiese; y tras esto (obedeciendo mejor á su Dios en ello que en otra cosa) procuró tener hijos y perpetuar y deleitar en ellos la generacion humana; y así como por su inobediencia entró la muerte en él, y por él en todos sus descendientes, así heredamos juntamente todos sus afectos y pasiones, como heredamos su misma naturaleza; y como él procuró remediar su necesidad y pobreza, tambien nosotros no podemos dejar de procurar y desear remediar la nuestra; y de aquí nace el amor que tenemos á las cosas útiles á la vida humana; y tanto quanto más alcanzamos dellas, tanto más nos parece que remediamos nuestra falta; y por el mismo consiguiente heredamos el deseo de perpetuarnos

en nuestros hijos, y deste deseo se sigue el que tenemos de gozar la belleza viva corporal, como solo y verdadero medio que tales deseos á dichoso fin conduce.

» Así que este amor deleitable, solo y sin mezcla de otro accidente, es digno ántes de alabanza que de vituperio. Y este es el amor que tú, Lenio, tienes por enemigo; y cáusalo que no le entiendes ni conoces, porque nunca le has visto solo y en su misma figura, sino siempre acompañado de deseos perniciosos, lascivos y mal colocados; y esto no es culpa del amor, que siempre es bueno, sino de los accidentes que se le llegan, como vemos que acaece en algun candaloso rio, el cual tiene su nacimiento de alguna líquida y clara fuente, que siempre claras y frescas aguas le va ministrando, y á poco espacio que de la limpia madre se aleja, sus dulces y cristalinas aguas en amargas y turbias son convertidas por los muchos y no limpios arroyos que de una y otra parte se le juntan.

» Así, que este primer movimiento, amor ó deseo, como llamarlo quisieres, no puede nacer sino de buen principio; y áun dellos es el conocimiento de la belleza, la cual, conocida por tal, casi parece imposible que de amar se deje; y tiene la belleza tanta fuerza para mover nuestros ánimos, que ella sola fué parte para que los antiguos filósofos (ciegos y sin lumbre de fe que los encaminase) llevados de la razon natural, y traídos de la belleza que en los estrellados cielos y en la máquina y redondez de la tierra contemplaban, admirados de tanto concierto y hermosura, fueron con el entendimiento rastreando, haciendo escala por estas causas segundas hasta llegar á la primer causa de las causas, y conocieron que había un solo principio sin principio de todas las cosas; pero lo que más los admiró y levantó la consideracion, fue ver la compostura del hombre tan ordenada, tan perfeta y tan hermosa, que le vinieron á llamar mundo abreviado: y así es verdad, que en todas las obras hechas por el mayor-domo de Dios, naturaleza, ninguna es de tanto primor ni

que más descubra la grandeza y sabiduría de su Hacedor. Porque en la figura y compostura del hombre se cifra y cierra la belleza que en todas las otras partes della se reparte : y de aquí nace que esta belleza conocida se ama , y como toda ella más se muestre y resplandezca en el rostro, luego como se ve un hermoso rostro llama y tira la voluntad á amarle. De do se sigue, que como los rostros de las mujeres hagan tanta ventaja en hermosura al de los varones, ellas son las que son de nosotros más queridas, servidas y solicitadas, como á cosa en quien consiste la belleza que naturalmente más á nuestra vista contenta. Pero viendo el Hacedor y criador nuestro, que es propia naturaleza del ánima nuestra estar contino en perpetuo movimiento y deseo, por no poder ella parar sino en Dios, como en su propio centro, quiso, porque no se arrojase á rienda suelta á desear las cosas percederas y vanas, y esto sin quitarle la libertad del libre albedrío, ponerle encima de sus tres potencias una despierta centinela, que la avisase de los peligros que la contrastaban y de los enemigos que la perseguían ; la cual fué la razon que corrige y enfrena nuestros desordenados deseos : y viendo asimesmo que la belleza humana había de llevar tras sí nuestros afectos é inclinaciones, ya que no le pareció quitarnos este deseo, á lo ménos quiso templarle y corregirle, ordenando el santo yugo del matrimonio, debajo del cual al varon y á la hembra los más de los gustos y contentos amorosos naturales le son lícitos y debidos. Con estos dos remedios puestos por la divina mano, se viene á templar la demasía que puede haber en el amor natural que tú, Lenio, vituperas, el cual amor de sí es tan bueno, que si en nosotros faltase, el mundo y nosotros acabaríamos.

» En este mesmo amor de quien voy hablando, están cifradas todas las virtudes, porque el amor es templanza; que el amante conforme la casta voluntad de la cosa amada la suya temple ; es fortaleza, porque el enamorado

cualquier adversidad puede sufrir por amor de quien ama, es justicia, porque con ella á la que bien quiere sirve forzándole la misma razon á ello; es prudencia, porque de toda sabiduría está el amor adornado. Mas yo te demandando, ¡oh Lenio! tú que has dicho que el amor es causa de ruina de imperios, destruicion de ciudades, de muertes de amigos, de sacrilegios hechos, inventor de traiciones, transgresor de leyes; digo que te demandó que me digas, ¿cuál loable cosa hay hoy en el mundo, por buena que sea, que el uso della no pueda en mal ser convertida? Condénese la filosofía, porque muchas veces nuestros defectos descubre, y muchos filósofos han sido malos; abránsense las obras de los heróicos poetas, porque con sus sátiras y versos los vicios reprenden y vituperan; vitupérese la medicina, porque los venenos descubre; llámese inútil la elocuencia, porque algunas veces ha sido tan arrogante, que ha puesto en duda la verdad conocida; no se forjen armas, porque los ladrones y los homicidas las usan, ni se fabriquen casas, porque pueden caer sobre sus habitantes; prohíbase la variedad de los manjares, porque suelen ser causa de enfermedad; ninguno procure tener hijos, porque Edipo, instigado por cruelísima furia, mató á su padre, y Oreste hirió el pecho de la madre propia; téngase por malo el fuego, porque suele abrasar las casas y consumir las ciudades; desdénese el agua, porque con ella se anegó toda la tierra; condénense en fin los elementos, porque pueden ser de algunos perversos perversamente usados. Y desta manera cualquier cosa buena puede ser en mala convertida, y proceder della efectos malos, si en las manos de aquellos son puestas, que como irracionales, sin mediocridad del apetito gobernarse deja.

» Aquella antigua Cartago, émula del imperio romano, la belicosa Numancia, la adornada Corinto, la soberbia Tebas, y la docta Atenas, y la ciudad de Dios, Jerusalem, que fueron vencidas y asoladas; digamos por eso, que el amor fué causa de su destruicion y ruina. Así, que debe-

rían los que tienen por costumbre de decir mal de amor, decirlo dellos mismos, porque los dones de amor, si con templanza se usan, son dignos de perpetua alabanza; pues siempre los medios fueron alabados en todas las cosas, como vituperados los extremos; que si abrazamos la virtud más de aquello que basta, el sabio granjeará nombre de loco, y el justo de inicuo. Del antiguo Creomático fué opinión, que como el vino mezclado con el agua es bueno, así el amor templado es provechoso, lo que es al revés en el inmoderado: la generación de los animales racionales y brutos sería ninguna, si del amor no procediese, y faltando en la tierra, quedaría desierta y vacua. Los antiguos creyeron que el amor era obra de los dioses, dada para conservación y cura de los hombres. Pero viniendo á lo que tú, Lenio, dijiste de los tristes y extraños efectos que el amor en los enamorados pechos hace, teniéndolos siempre en continuas lágrimas, profundos suspiros, desesperadas imaginaciones, sin concederles jamás una hora de reposo; veamos por ventura, qué cosa puede desearse en esta vida, que el alcanzarla no cueste fatiga y trabajo, y tanto cuanto es de valor la cosa, tanto más se ha de padecer y se padece por ella. Porque el deseo presupone falta de lo deseado, y hasta conseguirlo es forzosa la inquietud del ánimo nuestro. Pues si todos los deseos humanos se pueden pagar y contentarse sin alcanzar de todo punto lo que desean, con que se les dé parte dello, y con todo eso se compadece el seguirlos, ¿qué mucho es que por alcanzar aquello que no puede satisfacer ni contentar al deseo, sino con ello mismo, se padezca, se lllore, se tema y se espere?

» El que desea señoríos, mandos, honras y riquezas, ya que ve que no puede subir al último grado que quisiera, como llegue á ponerse en algun buen punto, queda en parte satisfecho, porque la esperanza que le falta de no poder subir á más, le hace parar donde puede, y como mejor puede. Todo lo cual es contrario en el amor, porque

el amor no tiene otra paga ni otra satisfaccion sino el mismo amor, y él propio es su propia y verdadera paga: y por esta razon es imposible que el amante esté contento hasta que á la clara conozca que verdaderamente es amado, certificándole desto las amorosas señales que ellos saben, y así estiman en tanto un regalado volver de ojos, una prenda cualquiera que sea de su amada, un no sé qué de risa, de habla, de burlas que ellos de veras toman, como indicios que les van asegurando la pagan que desean, y así todas las veces que ven señales en contrario destas, ése fuerza al amante lamentarse y afligirse, sin tener medio en sus dolores, pues no le puede tener en sus contentos, cuando la favorable fortuna y el blando amor se los concede; y como sea hazaña de tanta dificultad reducir una voluntad ajena á que sea una propia con la mia, y juntar dos diferentes almas en tan indisoluble nudo y estrechez, que de las dos sean unos los pensamientos, y unas todas las obras, no es mucho que por conseguir tan alta empresa, se padezca más que por otra cosa alguna, pues despues de conseguida satisface y alegra sobre todas las que en esta vida se desean. Y no todas veces son las lágrimas con razon y causa derramadas, ni esparcidos los suspiros de los enamorados; porque si todas sus lágrimas y suspiros se causaron de ver que no se responde á su voluntad como se debe y con la paga que se requiere, habría de considerar primero adonde levantaron la fantasía; y si la subieron más arriba de lo que su merecimiento alcanza, no es maravilla que cual nuevos Icaros caigan abrasados en el rio de las miserias, de las cuales no tendrá la culpa el amor, sino su locura.

» Con todo eso yo no niego, sino afirmo, que el deseo de alcanzar lo que se ama, por fuerza ha de causar pesadumbre, por la razon de la carestía que presupone, como ya otras veces he dicho; pero tambien digo que el conseguirla sea de grandísimo gusto y contento, como lo es al cansado el reposo, y la salud al enfermo. Junto con esto confieso

que si los amantes señalasen , como en el uso antiguo , con piedras blancas y negras sus tristes ó dichosos dias , sin duda alguna que serían más los infelices ; más tambien conozco que la calidad de sola una blanca piedra haría ventaja á la cantidad de otras infinitas negras. Y por prueba de esta verdad , vemos que los enamorados jamás de serlo se arrepienten ; ántes si alguno les prometiese librarles de la enfermedad amorosa , como á enemigo le desearían , porque aún el sufrirla les es suave : y por esto , ¡ oh amadores ! no os impida ningun temor para dejar de ofreceros y dedicaros á amar lo que más os pareciere dificultoso , ni os quejeis ni arrepintais si á la grandeza vuestra las cosas bajas habeis levantado , que amor iguala lo pequeño á lo sublime , y lo ménos á lo más : y con justo acuerdo templa las diversas condiciones de los amantes , cuando con puro afeto la gracia suya en sus corazones recibe. No cedais á los peligros , porque la gloria sea tanta que quite el sentimiento de todo dolor ; y como á los antiguos capitanes y emperadores en premio de sus trabajos y fatigas les eran , segun la grandeza de sus victorias , aparejados triunfos , así á los amantes les están guardados muchedumbre de placeres y contentos : y como á aquellos el glorioso recibimiento les hacía olvidar todos los incómodos y disgustos pasados , así al amante , de la amada amado , los espantosos sueños , el dormir no seguro , las veladas noches , los inquietos dias en suma tranquilidad y alegría se convierten. De manera , Lenio , que si por sus efectos tristes les condenas , por los gustosos y alegres les debes absolver.

» Y á la interpretacion que diste de la figura de Cupido , estoy por decir que vas tan engañado en ella como casi en las demas cosas que contra el amor has dicho. Porque pintarle niño , ciego , desnudo , con las alas y saetas , no quiere significar otra cosa , sino que el amante ha de ser niño en no tener condicion doblada , sino pura y sencilla ; ha de ser ciego á todo cualquier otro objeto que se le ofreciere ,

si no es aquel á quien ya supo mirar y entregarse ; ha de ser desnudo , porque no ha de tener cosa que no sea de la que ama ; ha de tener alas de ligereza , para estar pronto á todo lo que por su parte se le quiere mandar ; píntanle con saetas , porque la llaga del enamorado pecho ha de ser profunda y secreta , y que apénas se descubra sino á la misma causa que ha de remedialla. Que el amor hiera con dos saetas , las cuales obran en diferentes maneras, es darnos á entender que en el perfeto amor no ha de haber medio de querer y no querer en un mismo punto, sino que el amante ha de amar enteramente , sin mezcla de alguna tibieza. En fin , Lenio , este amor es el que si consumió á los troyanos , engrandeció á los griegos : si hizo cesar las obras de Cartago, hizo crecer los edificios de Roma: si quitó el reino á Tarquino , redujo á libertad la república ; y aunque pudiera traer aquí muchos ejemplos en contrario de los que truje de los efetos buenos que el amor hace, no me quiero ocupar en ellos, pues de sí son tan notorios : sólo quiero rogarte te dispongas á creer lo que he mostrado , y que tengas paciencia para oir una cancion mia, que parece que en competencia de la tuya se hizo ; y si por ella y por lo que te he dicho no quisieres reducirte á ser de la parte de amor , y te pareciere que no quedas satisfecho de las verdades que dél he declarado , si el tiempo de agora lo concede , ó en otro cualquiera que tú escogieres y señalares , te prometo satisfacer á todas las réplicas y argumentos que en contrario de los míos decir quisieres ; y por agora estáme atento y escucha :

Salga del limpio enamorado pecho
La voz sonora , y en suave acento
Cante de amor las altas maravillas ,
De modo que contento y satisfecho
Quede el mas libre y suelto pensamiento ,
Sin que las sienta con no más de oillas.
Tú , dulce amor , que puedes referillas
Por mi lengua , si quieres ,
Tal gracia le concede ,

Que con la palma quede
De gusto y gloria por decir quién eres ;
Que si me ayudas , como yo confío ,
Veráse en presto vuelo
Subir al cielo tu valor y el mio.

Es el amor principio del bien nuestro ,
Medio por do se alcanza y se granjea
El mas dichoso fin que se pretende :
De todas ciencias sin igual maestro ;
Fuego , que aunque de hielo un pecho sea ,
En claras llamas de virtud le enciende :
Poder que al flaco ayuda , al fuerte ofende
Raíz de donde nace
La venturosa planta
Que al cielo nos levanta
Con tal fruto , que al alma satisface ,
De bondad , de valor , de honesto celo ,
De gusto sin segundo ,
Que alegra al mundo y enamora al cielo :

Cortesano , galan , sabio , discreto ,
Gallardo , liberal , manso , esforzado ,
De aguda vista , aunque de ciegos ojos :
Guardador verdadero del respeto ,
Capitan que en la guerra do ha triunfado
Sola la honra quiere por despojos :
Flor que crece entre espinas y entre abrojos
Que á vida y alma adorna :
Del temor enemigo ,
De la esperanza amigo :
Huésped que más alegra cuando torna ,
Instrumento de honrosos ricos bienes ,
Por quien se mira y medra
La honrosa hiedra en las honradas sienes

Instinto natural , que nos conmueve
A levantar los pensamientos , tanto
Que apenas llega allí la vista humana :
Escala por do sube el que se atreve
A la dulce region del cielo santo :
Sierra , en su cumbre deleitosa y llana
Facilidad que lo intrincado allana :
Norte por quien se guía
En este mar insano
El pensamiento sano :

Alivio de la triste fantasía,
Padrino que no quiere nuestra afrenta :
Farol que no se encubre,
Mas no descubre el puerto en la tormenta :
Pintor , que en nuestras ánimas retrata
Con apacibles sombras y colores
Ora mortal , ora inmortal belleza :
Sol que todo nublado desbarata ,
Gusto á quien son sabrosos los dolores :
Espejo en quien se ve naturaleza :
Liberal , que en su punto la franqueza
Pone con justo medio :
Espíritu de fuego
Que alumbra al que es más ciego :
Del odio y del temor sólo remedio :
Argos que nunca puede estar dormido ,
Por más que á sus orejas
Lleguen consejas de algun dios fingido :
Ejército de armada infantería
Que atropella con cien mil dificultades ,
Y siempre queda con victoria y palma ,
Morada adonde asiste el alegría ,
Rostro que nunca encubre las verdades ,
Mostrando claro lo que está en el alma :
Por donde la tormenta es dulce calma ,
Con sólo que se espere
Tenerla en tiempo alguno :
Refrigerio oportuno
Que cura el desdeñado cuando muere :
En fin , amor es vida , es gloria , es gusto ,
Almo , feliz sosiego :
Seguidle luego , que el seguirle es justo.

El fin del razonamiento y cancion de Tirsí fué principio para confirmar de nuevo en todos la opinion que de discreto tenía , si no fué en el desamorado Lenio , á quien no pareció tan bien su respuesta , que le satisfaciese el entendimiento y le mudase de su primer propósito. Vióse esto claro , porque ya iba dando muestras de querer responder y replicar á Tirsí , si las alabanzas que á los dos daban Darinto y su compañero , y todos pastores y pasto-

ras presentes, lo estorbaran, porque tomando la mano el amigo de Darinto, dijo: « En este punto acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas las partes de la tierra se extiende, y que donde más se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha demostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio y al discreto Tirsi, cuyas razones y argumentos más parecen de ingenios entre libros y las aulas criados, que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaría yo tanto desto, si fuese de aquella opinión del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían, presuponiendo que todas se crían enseñadas: más cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenía ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya sido posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos, se puedan aprender las ciencias, que apenas saben disputarse en las nombradas universidades: si ya no quiero persuadirme á lo que primero dije, que el amor por todo se extiende, y á todos se comunica; al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona.

— Si conocieras, señor, respondió á esta sazón Elicio, cómo la crianza del nombrado Tirsi no ha sido entre los árboles y florestas, como tú imaginas, sino en las reales córtes y conocidas escuelas, no te maravillarás de lo que ha dicho, sino de lo que ha dejado por decir: y aunque el desamorado Lenio, por su humildad ha confesado que la rusticidad de su vida pocas prendas de ingenio puede prometer, con todo eso te aseguro que los más floridos años de su edad gastó, no en el ejercicio de guardar las cabras en los montes, sino en las riberas del claro Tormes en loables estudios y discretas conversaciones. Así, que si la plática que los dos han tenido, de más que de pastores te parece, contémploslos como fueron, y no como ahora son: cuanto más, que hallarás pastores en estas nuestras riberas.

ras , que no te causarán ménos admiracion si los oyes, que los que ahora has oido ; porque en ellas apacientan sus ganados los famosos y conocidos Franio , Siralvo, Filardo , Silvano , Lisardo y los dos Matuntos , padre y hijo, uno en la lira y otro en la poesía sobre todo extremo extremados ; y para remate de todo , vuelve los ojos y conoce el conocido Damon, que presente tienes, donde puede parar tu deseo, si desea conocer el extremo de discrecion y sabiduria. » Responder quería el caballero á Elicio, cuando una de aquellas damas que con él venían dijo á la otra : « Paréceme, señora Nísida , que pues el sol va ya declinando , que sería bien que nos fuésemos, si habemos de llegar mañana adonde dicen que está nuestro padre. »

No hubo bien dicho esto la dama , cuando Darinto y su compañero la miraron , mostrando que les había pesado de que hubiese llamado por su nombre á la otra. Pero así como Elicio oyó el nombre de Nísida, le dió en el alma si era aquella Nísida de quien el ermitaño Silerio tantas cosas había contado , y el mismo pensamiento les vino á Tirsi , Damon y Erastro. Y por certificarse Elicio de lo que sospechaba , dijo: « Pocos días ha, señor Darinto, que yo y algunos de los que aquí estamos oimos nombrar el nombre de Nísida, como aquella dama agora ha hecho, pero de más lágrimas acompañado y con más sobresaltos referido.

— ¿ Por ventura , respondió Darinto , hay alguna pastora en estas vuestras riberas , que se llame Nísida ?

— Nó, respondió Elicio ; pero ésta que yo digo, en ellas nació, y en las apartadas del famoso Sebeto fué criada.

— ¿ Qué es lo que dices , pastor ? replicó el otro caballero.

— Lo que oyes , respondió Elicio , y lo que más oirás, si me aseguras una sospecha que tengo.

— Dímelas , dijo el caballero , que podría ser te satisficiese. » A esto replicó Elicio : « A dicha , señor , ¿ tu propio nombre es Timbrio ?

— No te puedo negar esa verdad, respondió el otro, porque Timbrio me llamo, el cual nombre quisiera encubrir hasta otra sazón más oportuna; más la voluntad que tengo de saber por qué sospechaste que así me llamaba, me fuerza á que no te encubra nada de lo que de mí saber quisieres.

— Según eso, tampoco me negarás, respondió Elicio, que esta dama que contigo traes se llama Nísida, y áun por lo que yo puedo conjeturar, la otra se llama Blanca, y es su hermana.

— En todo has acertado, respondió Timbrio; pero pues yo no te he negado nada de lo que me has preguntado, no me niegues tú la causa que te ha movido á preguntármelo.

— Ella es tan buena y será tan de tu gusto, replicó Elicio, cual lo verás ántes de muchas horas. »

Todos los que no sabían lo que el ermitaño Silerio á Elicio, Tirsi, Damon y Erastro había contado, estaban confusos oyendo lo que entre Timbrio y Elicio pasaba. Mas á este punto dijo Damon volviéndose á Elicio: « No entretengas; oh Elicio! las buenas nuevas que puedes dar á Timbrio.

— Y áun yo, dijo Erastro, no me detendré un punto de ir á dársela al lastimado Silerio del hallazgo de Timbrio.

— ¡ Santos cielos, y qué es lo que oigo! dijo Timbrio; ¿ y qué es lo que dices pastor? ¿ Es por ventura ese Silerio que has nombrado el que es mi verdadero amigo, el que es la mitad de mi vida, el que yo deseo ver más que á otra cosa que me pueda pedir el deseo? Sácame desta duda luego, así crezcan y multipliquen tus rebaños de manera que te tengan envidia todos los vecinos ganaderos.

— No te fatigues tanto, Timbrio, dijo Damon, que el Silerio que Erastro dice es el mismo que tú dices, y el que desea saber más de tu vida que sostener y aumentar la suya propia; porque despues que te partiste de Nápoles, según él nos ha contado, ha sentido tanto tu ausencia, que la pena della, con la que le causaban otras pér-

didas que él nos contó, le ha reducido á términos, que en una pequeña ermita que poco ménos de una legua está de aquí distante, pasa la más estrecha vida que imaginarse puede, con determinacion de esperar allí la muerte, pues de saber el suceso de tu vida no podía ser satisfecho. Esto sabemos cierto Tirsi, Elicio, Erastro y yo, porque él mismo nos ha contado la amistad que contigo tenía, con toda la historia de los casos á entrambos sucedidos, hasta que la fortuna por tan extraños accidentes os apartó para apartarle á él á vivir en tan extraña soledad que te causará admiracion cuando le veas.

— Véale yo, y llegue luego el último remate de mis días, dijo Timbrio; y así os ruego famosos pastores, por aquella cortesía que en vuestros pechos mora, que satisfagais este mio con decirme adonde está esa ermita adonde Silerio vive.

— Adonde muere podrás mejor decir, dijo Erastro; pero de aquí adelante vivirá con las nuevas de tu venida; y pues tanto su gusto y el tuyo deseas, levántate y vamos, que ántes que el sol se ponga te pondré con Silerio: más ha de ser con condicion que en el camino nos cuentes todo lo que te ha sucedido despues que de Nápoles te partiste, que de todo lo demas hasta aquel punto satisfechos están algunos de los presentes.

— Poca paga me pides, respondió Timbrio, para tan gran cosa como me ofreces; porque no digo yo contarte eso, pero todo aquello que de mí saber quisieres y más; » y volviéndose á las damas que con él venían, les dijo: « Pues con tan buena ocasion, querida y señora Nísida, se ha rompido el presupuesto que trafamos de no decir nuestros propios nombres, con el alegría que requiere la buena nueva que nos han dado, os ruego que no nos detengamos, sino que luego vamos á ver á Silerio, á quien vos y yo debemos las vidas y el contento que poseemos.

— Excusado es, señor Timbrio, respondió Nísida, que vos me roguéis que haga cosa que tanto deseo y que tan

bien me está en hacerla : vamos enhorabuena , que ya cada momento que tarda de verle se me hará un siglo. » Lo mismo dijo la otra dama, que era su hermana Blanca, la misma que Silerio había dicho , y la que más muestra dió de contento. Sólo Darinto con las nuevas de Silerio se puso tal , que los labios no movía , ántes con un extraño silencio se levantó y mandó á un su criado que le trujese el caballo en que allí había venido : sin despedirse de ninguno subió en él , y volviendo las riendas , á paso tirado se desvió de todos. Cuando esto vió Timbrio , subió en otro caballo , y con mucha priesa siguió á Darinto hasta que le alcanzó , y trabando por las riendas del caballo , le hizo estar quedo , y allí estuvo con él hablando un buen rato , al cabo del cual Timbrio se volvió donde los pastores estaban , y Darinto siguió su camino , enviando á disculparse con Timbrio del haberse partido sin despedirse dellos.

En este tiempo Galatea , Rosaura , Teolinda , Leonarda y Florisa á las hermosas Nísida y Blanca se llegaron ; y la discreta Nísida en breves razones les contó la amistad tan grande que entre Timbrio y Silerio había , con mucha parte de los sucesos por ellos pasados ; pero con la vuelta de Timbrio todos quisieron ponerse en camino para la ermita de Silerio ; sino que á la misma sazón llegó á la fuente una hermosa pastorcilla de hasta edad de quince años , con su zurrón al hombro y cayado en la mano , la cual como vió tan agradable compañía , con lágrimas en los ojos les dijo : « Si por ventura hay entre vosotros , señores , quien de los extraños efetos y casos de amor tenga alguna noticia , y las lágrimas y suspiros amorosos le suelen enternecer el pecho , acuda quien esto siente á ver si es posible remediar y detener las más amorosas lágrimas y profundos suspiros que jamás de ojos y pechos enamorados salieron : acudid , pues , pastores , á lo que os digo , vereis cómo con la experiencia de lo que os nuestro hago verdaderas mis palabras ; » y en diciendo esto volvió

las espaldas, y todos cuantos allí estaban la siguieron.

Viendo, pues, la pastora que la seguían, con presuroso paso se entró por entre unos árboles que á un lado de la fuente estaban; y no hubo andado mucho, cuando volviéndose á los que tras ella iban, les dijo: « Veis allí, señores, la causa de mis lágrimas, porque aquel pastor que allí parece es un hermano mio, que por aquella pastora ante quien está hincado de hinojos, sin duda alguna él dejará la vida en manos de su crueldad. » Volvieron todos los ojos á la parte que la pastora señalaba, y vieron que al pié de un verde sauce estaba arrimada una pastora, vestida como cazadora ninfa, con una rica aljaba que del lado le pendía, y un encorvado arco en las manos, con sus hermosos y rubios cabellos cogidos con una verde guirnalda; el pastor estaba ante ella de rodillas con un cordel echado á la garganta y un cuchillo desenvainado en la derecha mano, y con la izquierda tenía asida á la pastora de un blanco cendal que encima de los vestidos traía.

Mostraba la pastora ceño en su rostro, y estar desgustada de que el pastor allí por fuerza la detuviese; mas cuando ella vió que la estaban mirando, con grande ahinco procuraba desasirse de la mano del lastimado pastor, que con abundancia de lágrimas, tiernas y amorosas palabras, le estaba rogando que siquiera le diese lugar para poderle significar la pena que por ella padecía; pero la pastora desdefiosa y airada se apartó dél, á tiempo que ya todos los pastores llegaban cerca tanto, que oyeron al enamorado mozo, que en tal manera á la pastora hablaba. « ¡ Oh ingrata y desconocida Gelasia, y con cuán justo título has alcanzado el renombre de cruel que tienes ! Vuelve, endurecida, los ojos á mirar al que por mirarte está en el extremo de dolor que imaginarse puede. ¿ Por qué huyes de quien te sigue ? ¿ Por qué no admites á quién te sirve, y por qué aborreces al que te adora ? ¡ Oh sin razon enemiga mia, dura cual levantado risco, airada cual

ofendida sierpe, sorda cual muda selva, esquivo como rústica, rústica como fiera, fiera como tigre, tigre que en mis entrañas se ceba ! ¿ Será posible que mis lágrimas no te ablanden, que mis suspiros no te apiaden y que mis servicios no te muevan ? Sí que será posible, pues así lo quiere mi corta y desdichada suerte ; y aún será también posible que tú no quieras apretar este lazo que á la garganta tengo, ni atravesar este cuchillo por medio deste corazon que te adora : vuelve, pastora, vuelve y acaba la tragedia de mi miserable vida, pues con tanta facilidad puedes añadir este cordel á mi garganta, ó ensangrentar este cuchillo en mi pecho. »

Estas y otras semejantes razones decía el lastimado pastor, acompañadas de tantos sollozos y lágrimas, que movían á compasion á todos cuantos le escuchaban. Pero no por esto la cruel y desamorada pastora dejaba de seguir su camino, sin querer aún volver los ojos á mirar al pastor que por ella en tal estado quedaba : de que no poco se admiraron todos los que su airado desden conocieron ; y fué de manera, que hasta al desamorado Lenio le pareció mal la crueldad de la pastora : y así él con el anciano Arsindo se adelantaron á rogarle tuviese por bien de volver á escuchar las quejas del enamorado mozo, aunque nunca tuviese intencion de remediarlas. Mas no fué posible mudarla de su propósito, ántes les rogó que no la tuviesen por descomedida en no hacer lo que le mandaban, porque su intencion era de ser enemiga mortal del amor y de todos los enamorados, por muchas razones que á ello la movían, y una dellas era haberse desde su niñez dedicado á seguir el ejercicio de la casta Diana : añadiendo á estas tantas causas para no hacer el ruego de los pastores, que Arsindo tuvo por bien de dejarla y volverse, lo que no hizo el desamorado Lenio, el cual como vió que la pastora era tan enemiga del amor, como parecía, y que tan de todo en todo con la condicion desamorada suya se conformaba, determinó de saber quién era, y de seguir su

compañía por algunos días, y así le declaró como él era el mayor enemigo que el amor y los enamorados tenían, rogándole que pues tanto en las opiniones se conformaban, tuviese por bien de no enfadarse con su compañía, que no sería más de lo que ella quisiese. La pastora se holgó de saber la intencion de Lenio, y le concedió que con ella viniese hasta su aldea, que dos leguas de la de Lenio era.

Con esto se despidió Lenio de Arsindo, rogándole que le disculpase con todos sus amigos, y les dijese la causa que le había movido á irse con aquella pastora: y sin esperar más, él y Gelasia alargaron el paso, y en poco rato desaparecieron. Cuando Arsindo volvió á decir lo que con la pastora había pasado, halló que todos aquellos pastores habían llegado á consolar al enamorado pastor, y que las dos de las tres rebozadas pastoras, la una estaba desmayada en las faldas de la hermosa Galatea y la otra abrazada con la bella Rosaura, que asimesmo el rostro cubierto tenía. La que con Galatea estaba, era Teolinda, y la otra su hermana Leonarda, las cuales así como vieron al desesperado pastor, que con Gelasia hallaron, un celoso y enamorado desmayo les cubrió el corazon, porque Leonarda creyó que el pastor era su querido Galercio, y Teolinda tuvo por verdad que era su enamorado Artidoro: y como las dos le vieron tan rendido y perdido por la cruel Gelasia, llególes tan al alma el sentimiento, que sin sentido alguno, la una en las faldas de Galatea, la otra en los brazos de Rosaura, desmayadas cayeron. Pero de allí á poco rato, volviendo en sí Leonarda, á Rosaura dijo: «¡ Ay señora mía, y cómo creo que todos los pasos de mi remedio me tienen tomados la fortuna; pues la voluntad de Galercio está tan ajena de ser mía, como se puede ver por las palabras que aquel pastor ha dicho á la desamorada Gelasia! porque te hago saber, señora, que aquel es el que ha robado mi libertad, y aún el que ha de dar fin á mis días.» Maravillada quedó Rosaura de lo que

Leonarda decía : y más lo fué cuando habiendo tambien vuelto en sí Teolinda, ella y Galatea la llamaron, y juntándose todos con Florisa y Leonarda, Teolinda dijo cómo aquel pastor era el su deseado Artidoro ; pero aún no le hubo bien nombrado, cuando su hermana le respondió que se engañaba, que no era sino Galercio su hermano. «¡ Ay, traidora Leonarda ! respondió Teolinda, y ¿ no te basta haberme una vez apartado de mí bien, sino ahora que le hallo quieres decir que es tuyo ? Pues desengáñate, que en esto no te pienso ser hermana, sino declarada enemiga.

— Sin duda que te engañas, hermana, respondió Leonarda, y no me maravillo, que en este mismo error cayeron todos los de nuestra aldea, creyendo que este pastor era Artidoro, hasta que claramente vinieron á entender que no era sino su hermano Galercio ; que tanto se parece el uno al otro, como nosotras la una á la otra : y aún si puede haber mayor semejanza, mayor semejanza tienen.

— No lo quiero creer, respondió Teolinda, porque aunque nosotras nos parecemos tanto, no tan fácilmente se hallan estos milagros en naturaleza ; y así te hago saber que en tanto que la experiencia no me haga más cierta de la verdad, que tus palabras me hacen, yo no pienso dejar de creer que aquel pastor que allí veo es Artidoro ; y si alguna cosa me lo pudiera poner en duda, es no pensar que de la condicion y firmeza que yo de Artidoro tengo conocida, se puede esperar ó temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide.

— Sosegaos, pastoras, dijo entónces Rosaura, que yo os sacaré presto desa duda en que estais ; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la extraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba.

A su lado tenía el pastor la hermosa pastorcilla que decía ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apar-

tándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenía otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenía otro que se llamaba Artidoro, que le parecía tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo difería. Preguntóle tambien qué se había hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca había querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas del Henares había venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda había dicho y aquella pastora decía, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabía, con lo que quedó Teolinda sosegada y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas.

En las pláticas que las pastoras tenían, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: «Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano.

—¿ En qué manera? dijo Rosaura.

— Yo os lo diré si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora.

— De buena gana, replicó Rosaura; » y apartándose con ella la pastora, le dijo, « Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos.

— Así debe ser, respondió Rosaura, » y llamando á Ga-

latea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fué avisarles como de allí á dos dias vendría con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarían sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura había mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea quería partir con ella el presente que Grisaldo le había enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro había. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenían Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejaba, no podía apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabían lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón ya los pastores habían consolado á Galercio, aunque para el mal que padecía cualesquier consejos y consuelos tenía por vanos y excusados, todo lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ella se venían, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo cómo Rosaura estaría en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado había, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diría adonde Artidoro estaba; y Leonarda, que podría ser que la voluntad de Galercio se trocase viendo la obligacion en que le es-

taba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que ántes Galatea á Teolinda había pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornóselo á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban.

Lo mismo hicieron-luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsillo y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nísida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedidose del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iría luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaría algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendría: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse ménos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron; y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del Occidente, no quisieron detenerse allí más, por llegar á la aldea ántes que las sombras de la noche. Viéndose, pues, Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podían, y por aligerar el cansancio del camino, y áun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampofía de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

*El. El que quisiere ver la hermosura
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura*
CERVANTES.— *La Galatea.*

La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que es valor, ser y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesía,
Venga á mirar á la pastora mia.

Er. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al día,
Mas claro, que el que sale del Oriente :
Podrá decir cómo su fuego enfría,
Y abrasa al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay más que ver despues de vellos.

EL. Y que no hay más que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasión principal de mis enojos :
Vilos, y ví que abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,
Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.

Er. Que me abrasa y me hiela, arroja y llama.
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo ilustre ser puede la fama
Hacer extraña y verdadera historia :
Sólo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza más notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

EL. La pluma del más bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesía y justo celo
Desta fénix sin par, sola y primera :
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza
Donde más se extremó naturaleza.

Er. Donde más se extremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sujetos se reparte :
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,

Y adonde tiene amor su albergue y nido ,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

El. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso , y pudo , y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento :
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extendiendo el pié y el cuello á las cadenas ,
Llamando dulces tan amargas penas.

Er. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida ,
Del alma triste sustentada apénas ,
Y aun apénas del cuerpo sostenida :
Ofrecióle fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida ;
¿ Qué gusto pues , qué gloria ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece ?

El. Do mengua la esperanza y la fe crece ,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado ,
Que solo confiado en amor puro ,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

Er. El mísero doliente , á quien sujeta
La enfermedad y aprieta , se contenta
Cuando más le atormenta el dolor fiero ,
Con cualquiera ligero breve alivio ;
Mas cuando ya más tibio el daño toca ,
A la salud invoca y busca entera ;
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste ,
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos ,
A quien dió los despojos de su vida ,
Le mire con fingida ó cierta muestra ;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda ,
Y más cosas demanda que primero.

El. Ya traspone el otero el sol hermoso ,
Erastro , y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

Er. Y el aldea está cerca , y yo cansado.

El. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban, que más el camino se alargara, por gustar más del agradable canto de los enamorados pastores ; pero el cerrar de la noche , y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen , y que Aurelio , Galatea , Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas , con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea : sólo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche ; y así como ella mostró su hermoso rostro , ellos se fueron á buscar á Aurelio , y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

Era tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nísida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la ligereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumpliese la palabra que había dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, llevados del deseo que tenían de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fué de los más que allí venían conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decía, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad había hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto:

LAUSO.

¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?

¿Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
¿Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
¿Quién abrió y rompió mi pecho?
Y robó mi voluntad?

¿Dónde está la fantasía
De mi esquivia condicion?
¿Dó el alma que ya fué mía,
Y dónde mi corazón
Que no está donde solía?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
¿Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme
Ni me valgo por valerme;
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir;
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.

En tan extraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfía,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fría:

Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumenta y despojos
En esta amorosa fragua ,
No quiero , ni busco otra agua ,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzara ,
Todo mi mal feneciera ,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara :
Suspiros , aseguralda ,
Ojos míos , enteralda
Llorando en esta verdad :
Pluma , lengua , voluntad ,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que más adelante el pastor Lauso con su canto pasase , porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen , si ellos quedarse querían , hizo muestras de adelantarse , y así todos le siguieron , y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba , que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro , como lo hizo , con cuya compañía todos se holgaron , especialmente Damon , su verdadero amigo , con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita había , razonando en diversos acaescimientos que á los dos habían sucedido despues que dejaron de verse , que fué desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano había dejado los cisalpinos pastos , por ir á reducir aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religion se habían rebelado , y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso , preguntándole ahincadamente Damon que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le había rendido ; y cuando esto no pudo saber de Lauso , le rogó con grandes veras que á lo ménos le dijese en qué estado se hallaba , si era de temor ó de esperanza , si le fatigaba ingratitud , ó si le atormentaban celos. A todo lo cual satisfizo bien Lauso , contándole al-

gunas cosas que con su pastora le habían sucedido : y entre otras le dijo, como hallándose un dia celoso y desfavorecido, había llegado á términos de desesperarse ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase ; pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenía. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fué parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solenizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fué por bueno estimado. Pidió entónces Damon á Lauso que le dijese ; y así sin poder excusarse le hubo de decir, que era éste :

LAUSO.

Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura ;
Prenda que de la muerte y sombra oscura
A nueva luz y vida me tornaste :
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mí resucitaste.
¿ Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda ?
El alma, y aún no quedo satisfecho,
Pues ménos doy de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tú mi alma, enciértrate en mi pecho,
Verán cómo por tí sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar que si otra alguna cosa á su pastora había escrito se la dijese, pues sabía de cuánto gusto le era á él oír sus versos. A esto respondió Lauso : « Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oírlos : pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere te ha de ser negada : y así te digo, que en estos mismos

días, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora.

LAUSO Á SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.

El me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor,
Darán del yerro disculpa.

Pues con un arrimo tal
(Puesto que culpa me den)
Bien podré decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El cual bien, segun yo siento,
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un extraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo hubiera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.

Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un celoso desamado;
Que en el mal de mis enojos

Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.

Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Granjeado con tus daños :
Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno ;
Que yo por el bien ajeno
No pienso llorar agora.

Porque fuera liviandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad :
Mas ¡ ay ! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y cuando pienso apartarme,
Más quedo y más firme estoy.
¿ Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos,
Que cuanto más huyo dellos,
Más me enlazan y detienen ?

¡ Ay, ojos de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
Y por menguarme el consuelo !
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.

¡ Qué recelos, qué temores
Persiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores !
Déjame, aguda memoria,
Olvídate, no te acuerdes
Del bien ajeno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pecho,
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirmas;
¡ Oh pérfido amor cruel!
¡ Cuál ley tuya me condena
Que dé yo el alma á Silena,
Y que me niegue un papel?
No más, Silena, que toco
En puntos de tal porfía,
Que el menor dellos podría
Dejarme sin vida, ó loco:
No pase de aquí mi pluma,
Pues tú la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura, discrecion, donaire, honestidad y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querían entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacía, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podría estar Silerio á tales horas, llegó á sus oídos el son de su arpa, por do entendieron que él no debía de estar léjos; y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y más cuando oyeron que con extremada voz estos versos comenzó á cantar:

SILERIO.

Ligeras horas del ligero tiempo,
Para mí perezosas y cansadas,
Si no estais en mi daño conjuradas,
Parézcaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, haréislo á tiempo
Que están mis desventuras más colmadas:
Mirad que menguarán si sois pesadas;
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengaís dulces, sabrosas,
Pues no hallareis camino, senda ó paso
De reducirme al ser que ya he perdido,
Horas, á cualquier otro venturosas,
Aquella dulce del mortal traspaso,
Aquella de mi muerte sola os pido.

Despues que los pastores escucharon lo que Silerio cantado había, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demas que allí venían con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oireis. Que fué, que habiéndole dicho de la manera que habían hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hácia él, ora los viese ó no, porque aunque la noche hacía clara, no por eso sería alguno conocido, y que hiciese ansimismo que Nísida ó él algo cantasen; y todo esto hacía por entretenir el gusto que de su venida había de recibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo á Nísida vino en su mesmo parecer, y así, quando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrían ser oídos, hizo á la bella Nísida que comenzase; la cual, al son del rabel del celoso Orfenio, desta manera comenzó á cantar:

NÍSIDA.

Aunque es el bien que poseo
Tal, que al alma satisface,

Le turba en parte y deshace
Otro bien que ví y no veo :
Que amor y fortuna escasa,
Enemigos de medida,
Me dan el bien por mi vida,
Y el mal sin término ó tasa.

En el amoroso estado,
Aunque sobre el merecer
Tan sólo viene el placer
Cuanto el mal acompañado ;
Andan los males unidos
Sin un momento apartarse,
Los bienes por acabarse,
En mil partes divididos.

Lo que cuesta, si se alcanza,
Del amor algun contento,
Declárelo el sufrimiento,
El amor y la esperanza :
Mil penas cuesta una gloria,
Un contento mil enojos,
Sábenlo bien estos ojos,
Y mi cansada memoria :

La cual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino.
¡ Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Cuanto él se tuvo por tuyo,
Y cuanto yo lo soy dél !

Mejora con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquivia ausencia :
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.

Aquel que por buena suerte
Tú mesmo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Cuanto ha perdido en perderte :
Mitad de su alma fuiste,

Y medio por quien la mía
Pudo alcanzar la alegría
Que tu ausencia tiene triste.

Si la extremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiración á los que con ella iban, ¿qué causaría en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y como tenía tan en el alma la voz de Nísida, apenas comenzó á resonar en sus oídos el acento suyo, cuando él se llegó á alborotar, y á suspender y enajenar de sí mismo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquella, tenía tan perdida la esperanza de verla, y más en semejante lugar, que en ninguna manera podía asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludándole Tirsi, le dijo: «Tan aficionado nos dejaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que atraídos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compaña de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado.

—Harto mejor fuera, señores, respondió Silerio, que no me hallárades, pues en mí no hallareis sino ocasiones que á tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día de renovarla, no sólo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos.»

Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocían, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les había rogado: el cual hizo que todos sobre la verde hierba

se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando, pues, desta suerte, y despues que Damon á Silerio había dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mesmo Damon cantó este soneto.

DAMON.

Si el áspero furor del mal airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podría hallar quien entregase
Su flaca nave al piélago alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien ni el mal, que el uno y otro vase;
Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya sería el mundo á confusion tornado.
La noche al día, y el calor al frío,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sujecion se cambia en señorio,
En el placer el pesar, la gloria en viento,
Che per tal variar natura é bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores había hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque más sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento;
Tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque

el oír Silerio su voz, y el conocerle, todo fué uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba y se fué á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se traspuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien más extremos de dolor hacía, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio, el cual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo: «¡ Oh poderoso cielo! ¿ Es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? ¿ Es Timbrio el que oigo? ¿ Es Timbrio el que veo? Sí es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan.

— Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamás, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el más dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traído tal descuento, que goza mi ánima de la posesion de Nísida, y mis ojos de tu presencia. » Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado había, y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse más en ello, cuando ella misma le dijo: « ¿ Qué es esto, Silerio mio? ¿ Qué soledad y qué hábito es este, que tantas muestras dan de tu descontento? ¿ Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste?

— Engaños fueron, hermosa Nísida, respondió Silerio; más por haber traído tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare. »

Lo más deste tiempo tenía Blanca asida una mano de

Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas, que de la alegría y lástima de su corazón daban manifiesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenían los ojos bañados en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasión que le había movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no había podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fué ocasión de avivar más en el pecho de Timbrio el amor y amistad que á Silerio tenía; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y así como acabó de contar Silerio lo que después que partió de Nápoles le había sucedido, rogó á Timbrio que lo mismo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos ó los más sabían ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos.

Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedía; y más se holgaron los pastores, que asimesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo había contado, todos sabían los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mismo Tirsi de Silerio había oído. Sentados, pues, todos, como ya he dicho, en la verde hierba, con maravillosa atención estaban esperando lo que Timbrio diría, el cual dijo: «Después que la fortuna me fué favorable y tan adversa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mismo instante me partí para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la había visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solía ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos días llegué á la fuerte

Gaeta, donde hallé una nave que ya quería desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no más de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apénas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento embistió las velas del navío con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandísima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecía, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fué volver al puerto posible, porque era maestral el viento que soplabá, y con tan grande violencia, que fué forzoso poner la vela del trinquete al árbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y así comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta ligereza, que en dos dias que duró el maestral, discurrimos por todas las islas de aquel derecho sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasando tan cerca de Berbería, que los recién derribados muros de la Goleta se descubrían, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban.

» No fué pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo más reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban más temerosos, la suerte que mejor nos la tenía guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el maestral se cambiase en un medio-día tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mismo puerto de Gaeta, donde habíamos partido; con tanto consuelo de

todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habían hecho : estuvo allí la nave otros cuatro dias reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje con más sosegado mar y próspero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos, que apenas dejan mirarse.

»Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban, si no á mí que me era ocasion de más pesadumbre : sólo el descanso que tenía era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ó por mejor decir, llorándolas al son de un laud de uno de aquellos marineros : y una noche me acuerdo, y aún es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi dia, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los árboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navío tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que había, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos que habré de repetir agora; porque se advierta de qué extremo de tristeza, y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera : era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba, esto :

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento ;

Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma y el corazon
De vivas ansias mortales.

Llevóme el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor y muerte ordenaron
Una muerte y amor tal,
Cual en Nísida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible
De hoy más, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazañas los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar más loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido;
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida
Fué con muerte celebrada
De la más ilustre vida
Que en la presente ó pasada
Edad fué, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazon,
Mil lágrimas en los ojos,

En el alma confusion,
Y en el firme pecho enojos.
¡ Oh fiera mano enemiga !
¡ Cómo si allí me acabaras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbaras
Las ansias de mi fatiga !
¡ Oh cuán amargo descuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento,
El gusto solo de un dia
Con mil siglos de tormento !
Tú, mar, que escuchas mi llanto,
Tú, cielo, que lo ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaste,
Acabad ya mi quebranto ;
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
Tú, cielo, acoge mi alma,
Tú, amor, con la fama escribe
Qué muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.

No os descuideis de ayudarme,
Mar, cielo, amor y la muerte,
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podreis darme ;
Pues si no me anega el mar,
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar.

» Acuérdomé que llegaba á estos últimos versos que he dicho, quando sin poder pasar adelante, interrumpido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedía, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo ; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de pe-

regrina, y á mi lado estaba otra con el mismo traje adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban.

»Cuando yo me ví de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veía, porque nunca tales mujeres había visto jamás en la nave despues que en ella andaba. Pero desta confusion me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allá estaba, diciéndome: «¡Ay Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡Qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estais, y para que yo y mi hermanauviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debíamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trajes con intencion de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra!» Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenía, y que la continua imaginacion que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisficieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca.

» Mas cuando yo fui conociendo la verdad, el gozo que sentí fué de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado había hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste ¡oh Silerio! en hacer la señal de la toca, fué la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creíste: díjome tambien cómo despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en

extremo de hacer verdaderas las de su muerte ; pero ya que al último termino no la llevaron , hicieron con ella y con su hermana , por industria de una ama suya que con ellas venía , que vistiéndose en hábitos de peregrinas , desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvían ; y fué á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado , despues de reparada de la pasada tormenta , estaba ya para partirse , y diciendo al capitan que querían pasar en España para ir á Santiago de Galicia , se concertaron con él , y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez , do pensaban hallarme , ó saber de mí nueva alguna : y en todo el tiempo que en la nave estuvieron , que serían cuatro dias , no habían salido de un aposento que el capitan en la popa les había dado , hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho , y conociéndome en la voz , y en lo que en ellos decía , salieron al tiempo que os he contado , donde solemnizando con alegres lágrimas el contento de habernos hallado , estábamos mirándonos los unos á los otros , sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría , la cual se acrecentara más , y llegara al término y punto que agora llega , si de tí , amigo Silerio , allí supiéramos nueva alguna : pero como no hay placer que venga tan entero , que de todo en todo al corazon satisfaga , en el que entónces teníamos no sólo nos faltó tu presencia , pero aun las nuevas della. La claridad de la noche , el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente) , el mar tranquilo y desembarazado cielo , parece que todos juntos y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

» Mas la fortuna variable , de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna , envidiosa de nuestra ventura quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera , si el tiempo y los prósperos sucesos no

la hubiesen reducido á mejor término. Sucedió, pues, que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron más todas las velas, y con general alegría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hacía la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: « Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren ».

» Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban; mas el capitán della (que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto) viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos más que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; pero disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo más que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podría entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería.

» Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando ví que Nísida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fué éste, que desmayó la imaginación, cuando dél se acuerda la memoria: sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacía por no mostrar las mías, me tenían de tal manera, que

casi me olvidara de lo que debía hacer, de quién era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrándolas por de fuera, acudí á ver lo que el capitán ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y dando cargo á Darinto, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto ménos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar á bordo, porque viendo que el tiempo calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos.

» Hiciéronlo así, y el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entónces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdersenos. Con todo eso, no desmayando el valeroso capitán ni alguno de los que con él estaban, esperó á ver lo que los contrarios harían, los cuales luego como vino la mañana echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron á decir á nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel; amenazándole de parte de Arnaut Mami, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo á estas otras amenazas, el renegado le persuadía que se rindiese: mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave, sino que le echaría á fondo con la artillería. Oyó Arnaut esta respuesta, y luego cebando el navío por todas partes, comenzó á jugar desde lejos el artillería con tanta priesa, furia y estruendo, que era maravilla. Nuestra nave comenzó á hacer lo mismo

tan venturosamente, que á uno de los bajeles que por la popa le combatían echó á fondo, porque le acertó con una bala junto á la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se le sorbió el mar. Viendo esto los turcos apresuraron el combate, y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces, y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo, y no con poco nuestro.

» Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, solo diré que despues de habernos combatido diez y seis horas, y despues de haber muerto nuestro capitan y toda la más gente del navío, á cabo de nueve asaltos que hos dieron, al último entraron furiosamente en el navío. Tampoco, aunque quiera, no podré encarecer el dolor que á mi alma llegó, cuando ví que las amadas prendas mías, que agora tengo delante, habían de ser entónces entregadas y venidas á poder de aquellos crueles carniceros; y así, llevado de la ira que este temor y consideracion me causaba, con pecho desarmado me arrojé por medio de las bárbaras espadas, deseoso de morir al rigor de sus filos, ántes que ver á mis ojos lo que esperaba; pero sucedióme al revés mi pensamiento, porque abrazándose conmigo tres membrudos turcos, y yo, forcejeando con ellos, de tropel venimos á dar todos en la puerta de la cámara donde Nísida y Blanca estaban, y con el ímpetu del golpe se rompió y abrió la puerta, que hizo manifiesto el tesoro que allí estaba encerrado, del cual codiciosos los enemigos, el uno dellos asió á Nísida, y el otro á Blanca; y yo que de los dos me ví libre, al otro que me tenía, hice dejar la vida á mis pies, y de los dos pensaba hacer lo mismo, si ellos advertidos del peligro no dejaran la presa de las damas, y con dos grandes heridas no me derribaran en el suelo. Lo cual visto por Nísida, arrojándose sobre mi herido cuerpo con lamentables voces pedía á los dos turcos la acabasen.

» En este instante, atraído de las voces y lamentos de Blanca y Nísida, acudió á aquella estancia Arnaut, el

general de los bajeles, é informándose de los soldados de lo que pasaba, hizo llevar á Nísida y á Blanca á su galera, y á ruego de Nísida mandó tambien que á mí me llevasen, pues no estaba aún muerto. Desta manera, sin tener yo sentido alguno, me llevaron á la enemiga galera capitana, adonde fui luego curado con alguna diligencia, porque Nísida había dicho al capitán, que yo era hombre principal y de gran rescate, con intencion que cebados de la codicia y del dinero que de mí podrían haber, con algo más recato mirasen por la salud mía. Sucedió, pues, que estando curándome las heridas, con el dolor dellas volví en mí acuerdo, y volviendo los ojos á una parte y á otra, conocí que estaba en poder de mis enemigos, y en el bajeel contrario; pero ninguna cosa me llegó tan al alma como fué ver en la popa de la galera á Nísida y á Blanca sentadas á los pies del perro general, derramando por sus ojos infinitas lágrimas, indicio del interno dolor que padecían.

» No el temor de la afrentosa muerte que esperaba, cuando tú della, buen amigo Silerio, en Cataluña me libraste: no la falsa nueva de la muerte de Nísida, de mí por verdadera creída: no el dolor de mis mortales heridas, ni otra cualquier afliccion que imaginar pudiera, me causó, ni causará más sentimientos, que el que me vino de ver á Nísida y Blanca en poder de aquél bárbaro descreído, donde á tan cercano y claro peligro estaban puestas sus honras. El dolor deste sentimiento hizo tal operacion en mi alma, que torné de nuevo á perder los sentidos, y á quitar la esperanza de mi salud y vida á ci rujano que me curaba, de tal modo, que creyendo que era muerto, paró en medio de la cura, certificando á todos que ya yo desta vida había pasado.

» Oidas estas nuevas por las dos desdichadas hermanas, digan ellas lo que sintieron, si se atreven, que yo sólo sé decir, que despues supe que levantándose las dos de do estaban, tirándose de sus rubios cabellos, y arañándose

sus hermosos rostros, sin que nadie pudiese detenerlas, vinieron donde yo desmayado estaba, y allí comenzaron á hacer tan lastimero llanto, que los mismos pechos de los crueles bárbaros se enternecieron. Con las lágrimas de Nísida, que en el rostro me caían, ó por las ya frías y enconadas heridas, que gran dolor me causaban, torné á volver de nuevo en mi acuerdo, para acordarme de mi nueva desventura. Pasaré en silencio ahora las lastimeras y amorosas palabras que en aquel desdichado punto entre mí y Nísida pasaron, por no entristecer tanto el alegre en que ahora nos hallamos; ni quiero decir por extenso los trances que ella me contó que con el capitán había pasado: el cual, vencido de su hermosura, mil promesas, mil regalos, mil amenazas le hizo porque viniera á condescender con la desordenada voluntad suya; pero mostrándose ella con él tan esquivada como honrada, y tan honrada como esquivada, pudo todo aquel día y la noche siguiente defenderse de las pesadas importunaciones del cosario.

» Mas como la continua presencia de Nísida iba creciendo en él por puntos el libidinoso deseo, sin duda alguna se pudiera temer, como yo temía, que dejando los ruegos y usando la fuerza, Nísida perdiere su honra, ó la vida, que era lo mas cierto que de su bondad se podía esperar; pero cansada ya la fortuna de habernos puesto en el más bajo estado de miseria, quiso darnos á entender ser verdad lo que de la inestabilidad suya se pregona, por un medio que nos puso en términos de rogar al cielo que en aquella desdichada suerte nos mantuviese, á trueco de no perder la vida sobre las hinchadas ondas del mar airado: el cual (á cabo de dos días que cautivos fuimos, y á la sazón que llevábamos el derecho viaje de Berbería), movido de un furioso jaloque, comenzó á hacer montañas de agua, y azotar con tanta furia la cosaría armada, que sin poder los cansados remeros aprovecharse de los remos, afrenillaron y acudieron al usado remedio de la vela del

trinquete al árbol, y á dejarse llevar por donde el viento y mar quisiese: y de tal manera creció la tormenta, que en menos de media hora esparció y apartó á diferentes partes los bajeles, sin que ninguno pudiese tener cuenta con seguir su capitan; antes en poco rato divididos todos, como he dicho, vino nuestro bajel á quedar solo, y á ser el que más peligro amenazaba; porque comenzó á hacer tanta agna por las costuras, que por mucho que por todas las cámaras de popa, proa, y mesana le agotaban, siempre en la sentina llegaba el agua á la rodilla; y añadióse á toda esta desgracia sobrevenir la noche, que en semejantes casos más que en otros algunos el medroso temor acrecienta y vino con tanta oscuridad y nueva borrasca, que de todo en todo, todos desesperamos de remedio.

» No queráis más saber, señores, sino que los mismos turcos rogaban á los cristianos que iban al remo cautivos, que invocasen y llamasen á sus santos y á su Cristo, para que de tal desventura los librase; y no fueron tan en vano las plegarias de los míseros cristianos que allí iban, que movido el alto cielo dellas dejase sosegar el viento, antes le creció con tanto ímpetu y furia, que al amanecer del día, que solo pudo conocerse por las horas del reloj de arena por quien se rigen, se halló el mal gobernado bajel en la costa de Cataluña, tan cerca de tierra y tan sin poderse apartarse della, que fue forzoso alzar un poco más la vela, para que con mas furia embistiese en una ancha playa que delante se nos ofrecía; que el amor de la vida les hizo parecer dulce á los turcos la esclavitud que esperaban.

» Apenas hubo la galera embestido en tierra, cuando luego acudió á la playa mucha gente armada, cuyo traje y lenguaje dió á entender ser catalanes, y ser de Cataluña aquella costa; y aun aquel mismo lugar donde á riesgo de la tuya, amigo Silerio, la vida mía escapaste. ¡Quién pudiera exagerar agora el gozo de los cristianos, que del insufrible y pesado yugo del amargo cautiverio

veían libres y desembarzados sus cuellos, y las plegarias y ruegos que los turcos, poco antes libres, hacían á sus mismos esclavos, rogándoles fuesen parte para que de los indignados cristianos maltratados no fuesen; los cuales ya en la playa los esperaban con deseo de vengarse de la ofensa que estos mismos turcos les habían hecho, saqueándoles su lugar, como tú, Silerio, sabes! Y no les salió vano el temor que tenían, porque entrando los del pueblo en la galera que encallada en la arena estaba, hicieron tan cruel matanza en los cosarios, que muy pocos quedaron con la vida: y si no fuera que les cegó la codicia de robar la galera, todos los turcos en aquel primero ímpetu fueran muertos.

» Finalmente, los turcos que quedaron, y cristianos cautivos que allí veníamos, todos fuimos saqueados, y si los vestidos que yo traía no estuvieran sangrentados, creo que aun no me los dejarán. Darinto, que también allí venía, acudió luego á mirar por Nísida y Blanca, y á procurar que me sacasen á tierra, donde fuese curado. Cuando yo salí y reconocí el lugar donde estaba, y consideré en el peligro en que en él me había visto, no dejó de darme algunas pesadumbres, causada de temor no fuese conocido y castigado por lo que no debía; y así rogué á Darinto que sin poner dilación alguna procurase que á Barcelona nos fuésemos, diciéndole la causa que me movía á ello; pero no fue posible, porque mis heridas me fatigaban de manera, que me forzaron á que allí algunos días estuviese, como estuve, sin ser de más de un cirujano visitado. En este entretanto fue Darinto á Barcelona, donde proveyéndose de lo que menester habíamos dió la vuelta, y hallándome mejor y con más fuerzas, luego nos pusimos en camino para la ciudad de Toledo, por saber de los parientes de Nísida, que si sabían de sus padres, á quien ya hemos escrito todo el suceso de nuestras vidas, pidiéndole perdón de nuestros pasados yerros. Y todo el contento y dolor de estos buenos y malos suce-

sos, lo ha acrecentado ó disminuido la ausencia tuya, Silerio.

» Mas pues el cielo agora con tantas ventajas ha dado remedio á nuestras calamidades, no resta otra cosa sino que, dándole las debidas gracias por ello, tú, Silerio amigo, deseches la tristeza pasada con la ocasion de la alegría presente, y procures darla á quien há muchos dias que por tu causa vive sin ella, como lo sabrás cuando más á solas y contigo las comuniqué. Otras algunas cosas me quedan por decir, que me han sucedido en el discurso desta mi peregrinacion; pero dejarlas he por agora, por no dar con la prolijidad dellas disgustos á estos pastores, que han sido el instrumento de todo mi placer y gusto. Este es, pues, Silerio amigo, y amigos pastores, el suceso de mi vida. Ved si por la que he pasado y por la que agora paso, me puedo llamar el mas lastimado y venturoso hombre de los que hoy viven.» Con estas últimas palabras dió fin á su cuento el alegre Timbrio, y todos los que presentes estaban se alegraron del feliz suceso que sus trabajos habian tenido; pasando el contento de Silerio á todo lo que decirse puede, el cual, tornando de nuevo á abrazar á Timbrio, forzado del deseo de saber quién era la persona que por su causa sin contento vivia, pidiendo licencia á los pastores, se apartó con Timbrio á una parte, donde supo de él que la hermosa Blanca, hermana de Nísida, era la que más que á sí la amaba, desde el mismo dia y punto que ella supo quien él era, y al valor de su persona; y que jamás, por no ir contra aquello que á su honestidad estaba obligada, había querido descubrir este pensamiento sino á su hermana, por cuyo medio esperaba tenerle honrado en el cumplimiento de sus deseos. Díjole asimismo Timbrio, como aquel caballero Darinto, que con él venia, y de quien él había hecho mencion en la plática pasada, conociendo quién era Blanca, y llevado de su hermosura, se había enamorado della con tantas veras, que la pidió por su esposa á su hermana Nísida, la

cual le desengañó que Blanca no le haría en manera alguna ; y que agraviado desto Darinto , creyendo que por el poco valor suyo le desecharan , y por sacarle desta sospecha , le hubo de decir Nísida como Blanca tenía ocupados los pensamientos en Silerio : mas que no por esto Darinto había desmayado , ni dejado la empresa , porque como supo que de tí , Silerio , no se sabia nueva alguna , imaginó que los servicios que él pensaba hacer á Blanca y el tiempo la apartarían de su intencion primera ; y con este presupuesto jamás nos quiso dejar , hasta que ayer , oyendo á los pastores las ciertas nuevas de tu vida , y conociendo el contento que con ellas Blanca había recibido , y considerando ser imposible que pareciendo Silerio pudiese Darinto alcanzar lo que deseaba , sin despedirse de ninguno se había con muestras de grandísimo dolor apartado de todos. Junto con esto aconsejó Trimbrio á su amigo fuese contento de que Blanca le tuviese , escogiéndola y acetándola por esposa , pues ya la conocia , y no ignoraba su valor y honestidad , encareciéndole el gusto y placer que los dos tendrían viéndose con tales dos hermanas casados. Silerio le respondió que le diese espacio para pensar en aquel hecho , aunque él sabia que al cabo era imposible dejar de hacer lo que él le mandase.

A esta sazón comenzaba ya la blanca aurora á dar señales de su nueva venida , y las estrellas poco á poco iban escondiendo la claridad suya : y á este mismo punto llegó á los oídos de todos la voz del enamorado Lauso , el cual como su amigo Damon había sabido que aquella noche la habían de pasar en la ermita de Silerio , quiso venir á hallarse con él y con los demas pastores : y como todo su gusto y pasatiempo era cantar al son de su rabel los sucesos prósperos ó adversos de sus amores , llevado de la condicion suya , y convidado de la soledad del camino y de la sabrosa armonía de las aves , que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero dia , con baja voz semejantes versos venía cantando :

LAUSO.

Alzo la vista á la más noble parte
Que puede imaginar el pensamiento,
Donde miro el valor, admiro el arte
Que suspende el mas alto entendimiento :
Mas si quereis saber quién fue la parte
Que puso fiero yugo al cuello exento,
Quién me entregó, quién lleva mis despojos
Mis ojos son, Silena, y son tus ojos.

Tus ojos son, de cuya luz serena
Me viene la que al cielo me encamina,
Luz de cualquiera oscuridad ajena,
Segura muestra de la luz divina :
Por ella el fuego, el yugo y la cadena,
Que me consume, carga y desatina,
Es refrigerio, alivio, es gloria, es palma
Al alma, y vida que te ha dado el alma.

Divinos ojos, bien del alma mia,
Término y fin de todo mi deseo,
Ojos que serenais el turbio dia,
Ojos por quien yo veo, si algo veo ;
En vuestra luz mi pena y mi alegría
Ha pnesto amor ; en vos contemplo y leo
La dulce amarga verdadera historia
Del cierto infierno, de mi incierta gloria.

En ciega oscuridad andaba, cuando
Vuestra luz me faltaba ¡oh bellos ojos !
Acá y allá, sin ver el cielo, errando
Entre agudas espinas y entre abrojos ;
Mas luego en el momento que tocando
Fueron al alma mia los manojos
De vuestros rayos claros, vi á la elara
La senda de mi bien abierta y clara.

Vi que sois y sereis, ojos serenos,
Quien me levanta y puede levantarme
A que entre corto número de buenos
Venga como mejor á señalarme :
Esto podreis hacer no siendo ajenos,
Y con pequeño acuerdo de mirarme ;
Que el gusto del mas bien enamorado
Consiste en el mirar y ser mirado.

Si esto es verdad, Silena, ¿quién ha sido
Es, ni será, que con firmeza pura,
Cual yo, te quiera, ni te habrá querido,
Por mas que amor le ayude y la ventura?
La gloria de tu vista he merecido
Por mi inviolable fe; mas es locura
Pensar que pueda merecerse aquello
Que apenas puede contemplarse en ello.

El canto y el camino acabó á un mismo punto el enamorado Lauso, el cual de todos los que con Silerio estaban fue amorosamente recibido, acrecentando con su presencia el alegría que todos tenían, por el buen suceso que los trabajos de Silerio habían tenido: y estándoselos Damon contando asomó por junto á la ermita el venerable Aurelio, que con algunos de sus pastores traía algunos regalos con que regalar y satisfacer á los que allí estaban, como lo había prometido el día ántes que dellos se partió. Maravillados quedaron Tirsi y Damon de verle venir sin Elicio y Erastro, y más lo fueron cuando vinieron á entender la causa del haberse quedado. Llegó Aurelio, y su llegada aumentara más el contento de todos, si no dijera, encaminando su razon á Timbrio: « Si te precias, como es razon que te precies, valeroso Timbrio, de ser verdadero amigo amigo del que lo es tuyo, agora es tiempo de mostrarlo, acudiendo á remediar á Darinto, que no lejos de aquí queda tan triste y apasionado, y tan fuera de admitir consuelo alguno en el dolor que padece, que algunos que yo le dí, no fueron parte para que él los tuviese por tales. Hallámosle Elicio, Erastro y yo habrá dos horas en medio de aquel monte que á esta mano derecha se descubre, el caballo arrendado á un pino, y él en el suelo boca abajo tendido, dando tiernos y dolorosos suspiros, y de cuando en cuando decía algunas palabras, que á maldecir su ventura se encaminaban. Al son lastimero de las cuales llegamos á él, y con el rayo de la luna, aunque con dificultad, fue de nosotros co-

nocido, é importunado que la causa de su mal nos dijese: díjonosla, y por ella entendimos el poco remedio que tenía. Con todo eso se han quedado con él Elicio y Erastro, y yo he venido á darte las nuevas del término en que le tienen sus pensamientos; y pues á tí te son tan manifiestos, procura remediarlos con obras, ó acude á consolarlos con palabras.

— Palabras serán todas, buen Aurelio, respondió Timbrio, las que yo en esto gastaré, si ya él no quiere aprovecharse de la ocasión del desengaño, y disponer sus deseos á que el tiempo y la ausencia hagan en él sus acostumbrados efectos; mas porque no se piense que no correspondo á lo que á su amistad estoy obligado, enséñame Aurelio, á qué parte le dejaste, que yo quiero ir luego á verle.

— Yo iré contigo, respondió Aurelio, y luego al momento se levantaron todos los pastores para acompañar á Timbrio, y saber la causa del mal de Darinto, dejando á Silerio con Nísida y Blanca, con tanto contento de los tres, que no se acertaban á hablar palabra.

En el camino que había desde allí á donde Aurelio á Darinto había dejado, contó Timbrio á los que con él iban la ocasión de la pena de Darinto, y el poco remedio que della se podría esperar, pues la hermosa Blanca, por quien él penaba, tenía ocupados sus deseos en su buen amigo Silerio, diciéndoles asimismo, que había de procurar con toda su industria y fuerzas, que Silerio viniese en lo que Blanca deseaba, suplicándoles que todos fuesen en ayudar y favorecer su intencion, porque en dejando á Darinto, quería que todos á Silerio rogasen diese el sí de recibir á Blanca por su legítima esposa. Los pastores se ofrecieron de hacer lo que les mandaba, y en estas pláticas llegaron á donde creyó Aurelio que Elicio, Darinto y Erastro estarían; pero no hallaron á ninguno, aunque rodearon y anduvieron gran parte de un pequeño bosque que allí estaba, de que no poco pesar recibieron todos.

Pero estando en esto, oyeron un tan doloroso suspiro que les puso en confusion y deseo de saber quién le había dado ! mas sacóles presto de esta duda otro que oyeron no ménos triste que el pasado , y acudiendo todos á aquella parte donde el suspiro venía , vieron estar no lejos dellos al pie de un crecido nogal dos pastores , el uno sentado sobre la hierba verde , y el otro tendido en el suelo y la cabeza puesta sobre las rodillas del otro. Estaba el sentado con la cabeza inclinada , derramando lágrimas y mirando atentamente al que en las rodillas tenía ; y así por esto como por estar el otro con color perdida y rostro desmayado , no pudieron luego conocer quién era ; mas cuando más cerca llegaron , luego conocieron que los pastores eran Elicio y Erastro , Elicio el desmayado , y Erastro el lloroso. Grande admiracion y tristeza causó en todos los que allí venían la triste semblanza de los dos lastimados pastores , por ser grandes amigos suyos , y por ignorar la causa que de tal modo los tenía ; pero el que más se maravilló fué Aurelio , por ver que tan poco ántes los había dejado en compañía de Darinto , con muestras de todo placer y contento , como si él no hubiera sido la causa de toda su desdicha.

Viendo pues Erastro que los pastores á él se llegaban , estremeci6 á Elicio , diciéndole : « Vuelve en tí , lastimado pastor , levántate , y busca lugar donde puedas á solas llorar tu desventura , que yo pienso hacer lo mismo hasta acabar la vida » ; y diciendo esto , cogió con las dos manos la cabeza de Elicio , y quitándola de sus rodillas , la puso en el suelo , sin que el pastor pudiese volver en su acuerdo ; y levantándose Erastro , volvía las espaldas para irse , si Tirsi y Damon , y los demas pastores no se lo impidieran. Llegó Damon adonde Elicio estaba , y tomándole entre los brazos , le hizo volver en sí. Abrió Elicio los ojos , y porque conoció á todos los que allí estaban , tuvo cuenta con que su lengua , movida y forzada del dolor , no dijese algo que la causa dél manifestase ; y aun-

que ésta le fue preguntada por todos los pastores, jamás respondió sino que no sabía otra cosa de sí mismo, sino que estando hablando con Erastro le había tomado un recio desmayo: lo propio decía Erastro, y á esta causa los pastores dejaron de preguntarle más la causa de su pasión; antes le rogaron que con ellos á la ermita de Silerio se volviese, y que desde allí le llevarían á la aldea ó á su cabaña; mas no fué posible que con él esto se acabase, sino que le dejasen volver á la aldea.

Viendo pues que ésta era su voluntad, no quisieron contradecírsela, ántes se ofrecieron de ir con él; pero de ninguno quiso compañía, ni la llevara, si la porfía de su amigo Damon no le venciera; y así se hubo de partir con él, dejando concertado Damon con Tírsi que se vieses aquella noche en el aldea ó cabaña de Elicio, para dar órden de volverse á la suya. Aurelio y Timbrio preguntaron á Erastro por Darinto, el cual les respondió que así como Aurelio se había apartado dellos, le tomó el desmayo á Elicio, y que entre tanto que él le socorría, Darinto se había partido con toda priesa, y que nunca mas le habían visto.

Viendo pues Timbrio, y los que con él venían, que á Darinto no hallaban, determinaron de volver á la ermita á rogar á Silerio aceptase á la hermosa Blanca por su esposa; y con esta intencion se volvieron todos, excepto Erastro que quiso seguir á su amigo Elicio, y así despidiéndose dellos, acompañado de solo su rabel, se apartó por el mismo camino que Elicio había ido, el cual habiéndose un rato apartado con su amigo Damon de la demás compañía, con lágrimas en los ojos y con muestras de grandísima tristeza así le comenzó á decir: « Bien sé, discreto Damon, que tienes de los efectos de amor tanta experiencia, que no te maravillarás de lo que agora pienso contarte, que son tales, que á la cuenta de mi opinion los estimo y tengo por de los mas desastrados que en el amor se hallan ». Damon, que no deseaba otra cosa que

saber la causa del desmayo y tristeza suya, le aseguró que ninguna cosa le sería á él nueva, como tocase á los males que el amor suele hacer. Y así, Elicio, con este seguro y con el mayor que de su amistad tenía, prosiguió diciendo: « Ya sabes, amigo Damon, como la buena suerte mia, que este nombre de buena le daré siempre, aunque me cueste la vida el haberla tenido; digo pues, que la buena suerte mia quiso, como todo el cielo y todas estas riberas saben, que yo amase, ¿qué digo amase? que adorase á la sin par Galatea con tan limpio y verdadero amor cual á su merecimiento se debe; juntamente te confieso, amigo, que en todo el tiempo que há que ella tiene noticia de mi cabal deseo, no ha correspondido á él con otras muestras que las generales que suele y debe dar un casto y agradecido pecho; y así há algunos años, que sustentada mi esperanza con una honesta correspondencia amorosa, he vivido tan alegre y satisfecho, de mis pensamientos, que me juzgaba por el más dichoso pastor que jamás apacentó ganado, contentándome solo de mirar á Galatea, y de ver que si no me quería, no me aborrecía, y que otro ningún pastor no se podía alabar que aun della fuese mirado; que no era poca satisfaccion de mi deseo tener puestos mis pensamientos en tan segura parte, que de otros algunos no me recelaba: confirmándome en esta verdad la opinion que conmigo tiene el valor de Galatea, que es tal, que no da lugar á que se le atreva el mismo atrevimiento. Contra este bien que tan á poca costa el amor me daba, contra esta gloria tan sin ofensa de Galatea gozada, contra este gusto tan justamente de mi deseo merecido, se ha dado hoy irrevocable sentencia, que el bien se acabe, que la gloria fenezca, que el gusto se cambie, y que finalmente se concluya la tragedia de mi dolorosa vida. Porque sabrás, Damon, que esta mañana, viniendo con Aurelio, padre de Galatea, á buscaros á la ermita de Silerio, en el camino me dijo como tenía concertado de casar á Galatea con un pastor lusitano

las riberas del blando Lima gran número de ga-
na. paciente : pidióme que le dijese qué me parecía,
porq. ie de la amistad que me tenía y de mi entendimiento
espe. sejado : lo que yo le respondí, fué
que i. cia poder acabar con su voluntad
privarse. an hermosa hija, desterrándola á
tan apar. que si lo hacía llevado y cebado
de las riquez. ajero pastor, que considerase que
no carecía él i. s, que no tuviese para vivir en
su lugar mejor q. los en él de ricos presumían, y
que ninguno de los s de cuántos habitan las riber-
ras del Tajo dejaría d. erse por venturoso cuando al-
canzase á Galatea por es. sa. No ron mal admitidas
mis razones del venerable A. ro en fin se resol-
vió, diciendo que el rabadan may. os los aperos
se lo mandaba, y él era el que lo había. y tra-
tado, y que era imposible deshacerse. Preguntéle con qu
semblante Galatea había recibido las nuevas de su des-
tiero. Díjome que se había conformado con su voluntad,
y que disponía la suya á hacer todo lo que él quisiese,
como obediente hija. Esto supe de Aurelio, y esta es, Da-
mon, la causa de mi desmayo, y la que será de mi muerte;
pues de ver á Galatea en poder ajeno, y ajena de mi vista,
no se puede esperar otra cosa que el fin de mis días.»

Acabó su razon el enamorado Elicio, y comenzaron sus
lágrimas, derramadas en tanta abundancia, que enterne-
cido el pecho de su amigo Damon, no pudo dejar de acom-
pañarle en ellas; más á cabo de poco espacio comenzó con
las mejores razones que supo á consolar á Elicio; pero to-
das sus palabras en ser palabras paraban, sin que ningun
otro efeto hiciesen. Todavía quedaron de acuerdo que Eli-
cio á Galatea hablase, y supiese della si de su voluntad
consentía en el casamiento que su padre le trataba, y que
cuando no fuese con el gusto suyo, se le ofreciese de li-
brarla de aquella fuerza, pues para ello no le faltaría
ayuda.

Parecióle bien á Elicio lo que Damon decía, y dete-
de ir á buscar á Galatea para declararle su volun-
saber la que ella en su pecho encerraba : y así trocá-
camino que de su cabafia llevaban do el
caminaron, y llegando á una encruc de en-
cuatro caminos dividía, por uno de i ella
ocho dispuestos pastores, todos ar hasta
nos, excepto uno de ellos que á n las ma-
hermosa yegua, vestido con un a sobre una
mas á pié, y todos rebozados l cado, y los de-
zuelos. os con unos pañi-

Damon y Elicio se pararon
sen, los cuales pasar á junt que los pastores pasa-
cortesmente les sal cios, bajando las cabezas
hablase. Maraví a que alguno alguna palabra
fieza de edaron los dos de ver la extra-
se estuvieron quedos por ver qué camino
an ; pero luego vieron que el de la aldea tomaban,
y aunque por otro diferente que por el que ellos iban. Dijo
Damon á Elicio que los siguiesen, más no quiso, diciendo
que por aquel camino que él quería seguir, junto á una
fuente que no léjos dél estaba, solía estar muchas veces
Galatea con algunas pastoras del lugar, y que sería bien
ver si la dicha se la ofrecía tan buena que allí la hallase.
Contentóse Damon de lo que Elicio quería, y así le dijo
que guiase por do quisiese ; y sucedióle la suerte como él
mismo se había imaginado, porque no anduvieron mucho
cuando llegó á sus oidos la zampofia de Florisa, acompa-
ñada de la voz de la hermosa Galatea, que como de los
pastores fué oida, quedaron enajenados de sí mesmos.
Entónces acabó de conocer Damon cuanta verdad decían
todos los que las gracias de Galatea alababan, la cual es-
taba en compañía de Rosaura y Florisa, y de la hermosa
y recién casada Silveria, con otras dos pastoras de la
misma aldea. Y puesto que Galatea vió venir á los pasto-
res, no por eso quiso dejar su comenzado canto, ántes pa-
reció dar muestras de que recebía contento en que los

pastores la escuchasen, los cuales así lo hicieron con toda la atención posible : y lo que alcanzaron á oír de lo que la pastora cantaba, fué lo siguiente :

GALATEA.

¿ A quién volveré los ojos
En el mal que se apareja,
Si cuanto mi bien se aleja
Se acercan más mis enojos ?
A duro mal me condena
El dolor que me destierra :
Que si me acaba en mi tierra,
¿ Qué bien me hará en él ajena ?
¡ Oh justa amarga obediencia,
Que por cumplirte he de dar
En sí, que ha de confirmar
De mi muerte la sentencia !
Puesta estoy en tanta mengua,
Que por gran bien estimara
Que la vida me faltara,
O por lo ménos la lengua.

Breves horas y cansadas
Fueron las de mi contento,
Eternas las del tormento,
Más confusas y pesadas :
Gocé de mi libertad
En la temprana sazón,
Pero ya mi sujeción
Anda tras mi voluntad.

Ved si es el combate fiero
Que dan á mi fantasía ;
Si al cabo de su porfía
He de querer, y no quiero.
¡ Oh fastidioso gobierno !
¡ Que á los respetos humanos
Tengo de cruzar las manos,
Y abajar el cuello tierno !
¡ Que tengo de despedirme
De ver el Tajo dorado !
¡ Que ha de quedar mi ganado,
Y yo triste he de partirme !

¡ Que estos árboles sombríos
Y estos anchos verdes prados
No serán ya más mirados
De los tristes ojos míos !

Severo padre , ¿ qué haces ?

Mira que es cosa sabida
Que á mí me quitas la vida
Con lo que á tí satisfaces :
Si mis suspiros no valen
A descubrirte mi mengua ,
Lo que no puede mi lengua
Mis ojos te lo señalen.

Ya triste se me figura
El punto de mi partida ,
La dulce gloria perdida ,
Y la amarga sepultura :
El rostro que no se alegra
Del no conocido esposo ,
El camino trabajoso ,
La antigua enfadosa suegra.

Y otros mil inconvenientes
Todos para mí contrarios ,
Los gustos extraordinarios
Del esposo y sus parientes :
Mas todos estos temores
Que me figura mi suerte ,
Se acabarán con la muerte ,
Que es el fin de los dolores.

No cantó más Galatea , porque las lágrimas que derramaba le impidieron la voz , y aún el contento á todos los que escuchado la habían , porque luego supieron claramente lo que en confuso imaginaban del casamiento de Galatea con el lusitano pastor , y cuán contra su voluntad se hacía.

Pero á quien más sus lagrimas y suspiros lastimaron , fué á Elicio , que diera él por remediarlas su vida , si en ella consistiera el remedio dellas ; pero aprovechándose de su discrecion , y disimulando el rostro el dolor que el alma sentía , él y Damon se llegaron adonde las pastoras estaban , á las cuales cortesmente saludaron , y con no ménos

cortesía fueron dellas recibidos. Preguntó luego Galatea á Damon por su padre, y respondióle que en la ermita de Silerio quedaba en compañía de Timbrio y Nísida, y de todos los otros pastores que á Timbrio acompañaron, y asimismo le dió cuenta del conocimiento de Silerio y Timbrio, y de los amores de Darinto y Blanca, la hermana de Nísida, con todas las particularidades que Timbrio había contado de lo que en el discurso de sus amores le había sucedido, á lo cual Galatea dijo: «¡Dichoso Timbrio y dichosa Nísida, pues en tanta felicidad han parado los desasosiegos hasta aquí padecidos, con la cual pondreis en olvido los pasados desastres! Antes servirán ellos de acrecentar vuestra gloria, pues se suele decir que la memoria de las pasadas calamidades aumenta el contento en las alegrías presentes. Mas ¡ay del alma desdichada, que se ve puesta en términos de acordarse del bien perdido, y con temor del mal que está por venir, sin que vea ni halle remedio, ni medio alguno para estorbar la desventura que le está amenazando! Pues tanto más fatigan los dolores, cuanto más se temen.

— Verdad dices, hermosa Galatea, dijo Damon, que no hay duda sino que el repentino y no esperado dolor que viene, no fatiga tanto, aunque sobresalta, como el que con largo discurso de tiempo amenaza y quita todos los caminos de remediarse; pero con todo eso digo, Galatea que no da el cielo tan apurados los males, que quite de todo en todo el remedio dellos, principalmente cuando no los deja ver primero; porque parece que entónces quiere dar lugar al discurso de nuestra razón, para que se ejercite y ocupe en templar ó desviar las venideras desdichas, y muchas veces se contenta de fatigarnos con sólo tener ocupados nuestros ánimos con algun especioso temor, sin que se venga á la ejecución del mal que se teme; y cuando á ella se viniese, como no acabe la vida, ninguno por ningún mal que padezca debe desesperar del remedio.

— No dudo yo deso, replicó Galatea, si fuesen tan lige-

ros los males que se temen ó se padecen, que dejasen libre y desembarazado el discurso de nuestro entendimiento ; pero bien sabes, Damon , que cuando el mal es tal que se le puede dar este nombre, lo primero que hace es afiublar nuestro sentido, y aniquilar las fuerzas de nuestro albedrío, descaeciendo nuestra virtud de manera que apenas puede levantarse, aunque más la solicite la esperanza.

— No sé yo, Galatea , respondió Damon , cómo en tus verdes años puede caber tanta experiencia de los males, sino es que quieres que entendamos que tu mucha discrecion se extiende á hablar por ciencia de las cosas que por otra manera ninguna noticia dellas tienes.

— Pluguiera al cielo, discreto Damon , replicó Galatea, que no pudiera contradecirte lo que dices, pues en ello granjeara dos cosas : quedar en la buena opinion que de mí tienes, y no sentir la pena que me hace hablar con tanta experiencia en ella. »

Hasta este punto estuvo callando Elicio ; pero no pudiendo sufrir más ver á Galatea dar muestras del amargo dolor que padecía, le dijo : « Si imaginas por ventura, sin par Galatea, que la desdicha que te amenaza puede por alguna ser remediada, por lo que debes á la voluntad que para servirte de mí tienes conocida, te ruego me la declares ; y si esto no quisieres por cumplir con lo que á la paternal obediencia debes, dame á lo ménos licencia para que yo me oponga contra quien quisiere llevarnos destas riberas el tesoro de tu hermosura, que en ellas se ha criado ; y no entiendas, pastora , que presumo yo tanto de mí mismo, que sólo me atreva á cumplir con las obras lo que agora por palabras te ofrezco ; que puesto que el amor que te tengo , para mayor empresa me da aliento, desconfío de mi ventura , y así la habré de poner en las manos de la razon, y en las de todos los pastores que por esas riberas de Tajo apacientan sus ganados, los cuales no querrán consentir que se les arrebate y quite delante de sus ojos el sol que los alumbra, y la discrecion que los admira,

y la belleza que los incita y anima á mil honrosas competencias. Así que, hermosa Galatea, en fe de la razon que he dicho y de la que tengo de adorarte, te hago este ofrecimiento, el cual te ha de obligar á que tu voluntad me descubras, para que yo no caiga en error de ir contra ella en cosa alguna; pero considerando que la bondad y honestidad incomparable tuya te ha de mover á que correspondas ántes al querer de tu padre que al tuyo, no quiero, pastora, que me le declares, sino tomar á mi cargo ó hacer lo que me pareciere, con presupuesto de mirar por tu honra, con el cuidado que tú mesma has mirado siempre por ella.» Iba Galatea á responder á Elicio, y agradecerle su buen deseo; más estorbólo la respentina llegada de los ocho rebozados pastores, que Damon y Elicio habían visto pasar poco ántes hácia la aldea.

Llegaron todos donde las pastoras estaban. y sin hablar palabra los seis dellos con increíble celeridad arremetieron á abrazarse con Damon y con Elicio, teniéndolos tan fuertemente apretados, que en ninguna manera pudieron desasirse. En este entretanto, los otros dos (que era el uno que á caballo venia) se fueron donde Rosaura estaba dando gritos por la fuerza que á Damon y á Elicio se les hacia; pero sin aprovecharle defensa alguna, uno de los pastores la tomó en brazos, y púsola sobre la yegua y en los del que en ella venia, el cual quitándose el rebozo se volvió á los pastores y pastoras, diciendo. «No os maravilleis, buenos amigos, de la sinrazon que al parecer aquí se os ha hecho, porque la fuerza de amor y la ingratitud desta dama han sido causa della: ruégoos me perdoneis, pues no está mas en mi mano; y si por estas partes llegare (como creo que presto llegará) el conocido Grisaldo, diríisle como Artandro se lleva á Rosaura, porque no pudo sufrir ser burlado della; y que si el amor y esta injuria le movieren á querer vengarse, que ya sabe que Aragon es mi patria y el lugar donde vivo.» Estaba Rosaura desmayada sobre el arzon de la silla, y

los demas pastores no querian dejar ni á Elicio ni á Damon hasta que Artandro mandó que los dejaran; los cuales, viéndose libres, con valeroso ánimo sacaron sus cuchillos, y arremetieron contra los siete pastores, los cuales todos juntos les pusieron las azagayas que traian á los pechos, diciéndoles que se tuviesen, pues veían cuán poco podian ganar en la empresa que tomaban. «Harto menos podrá ganar Artandro, les respondió Elicio, en haber cometido tal traicion.

— No la llames, traicion, respondió uno de los otros, porque esta señora ha dado la palabra de ser esposa de Artandro, y agora por cumplir con la condicion mudable de mujer, la ha negado, y entregádose á Grisaldo; que es agravio tan manifesto, y tal que no pudo ser disimulado de nuestro amo Artandro. Por eso sosegaos, pastores, y tenednos en mejor opinion que hasta aquí, pues el servir á nuestro amo en tan justa ocasion nos disculpa.» Y sin decir más, volvieron las espaldas, recelándose todavía de los malos semblantes con que Elicio y Damon quedaron, los cuales estaban con tanto enojo por no poder deshacer aquella fuerza, y por no hallarse inhabilitados de vengarse de la que á ellos se les hacía, que ni sabían qué decirse ni qué hacerse.

Pero los extremos de Galatea y Florisa hacian por ver de llevar de aquella manera á Rosaura eran tales, que movieron á Elicio á poner su vida en manifesto peligro de perderla; porque sacando su honda, y haciendo Damon lo mismo, á todo correr fué siguiendo á Artandro, y desde lejos con mucho ánimo y destreza comenzaron á tirarles tantas piedras, que les hicieron detener y tornarse á poner en defensa; pero con todo esto no dejara de sucederles mal á los dos atrevidos pastores, si Artandro no mandara á los suyos que se adelantaran y los dejaran, como lo hicieron, hasta entrarse por un espeso monte-zuelo que á un lado del camino estaba, y con la defensa de los árboles hacian poco efecto las hondas y piedras de

los enojados pastores ; y con todo esto los siguieran , sino vieran que Galatea y Florisa , y las otras dos pastoras á mas andar hácia donde ellos estaban se venían , y por esto se detuvieron , haciendo fuerza al enojo que los incitaba , y á la deseada venganza que pretendían ; y adelantándose á recibir á Galatea , ella les dijo : « Templad vuestra ira , gallardos pastores , pues á la ventaja de nuestros enemigos no pueden igualar vuestra diligencia , aunque ha sido tal , cual nos la ha mostrado el valor de vuestros ánimos.

— El ver el tuyo descontento , Galatea , dijo Elicio , creí yo que diera tales fuerzas al mio , que no se alabaran aquellos descomedidos pastores de la que nos han hecho ; pero en mi ventura cabe no tenerla en cuanto deseo.

— El amoroso que Artandro tiene , dijo Galatea , fué el que le movió á tal descomedimiento , y así conmigo en parte queda disculpado. » Y luego punto por punto les contó la historia de Rosaura , y cómo estaba esperando á Grisaldo para recibirle por esposo , lo cual podría haber llegado á noticia de Artandro , y que la celosa rabia le hubiese movido á hacer lo que habían visto. « Si así pasa , como dices , discreta Galatea , dijo Damon , del descuido de Grisaldo , y atrevimiento de Artandro , y mudable condicion de Rosaura , temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias.

— Eso fuera , respondió Galatea , cuando Artandro residiera en Castilla ; pero si él se encierra en Aragon , que es su patria , quedarse há Grisaldo con solo el deseo de vengarse.

— ¿ No hay quien le pueda avisar deste agravio ? dijo Elicio.

— Sí , respondió Florisa , que yo aseguro que ántes que la noche llegue , él tenga dél noticia.

— Si eso así fuese , respondió Damon , podría ser cobrar su prenda ántes que á Aragon llegasen ; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso.

— No creo yo que lo será el de Grisaldo , dijo Florisa ; y

porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha.

— Hágase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva. » Y con esto se querían despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampofia de Erastro, que luego de todos fué conocida, el cual venia en seguimiento su amigo Elicio. Paráronse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando:

ERASTRO.

Por ásperos caminos voy siguiendo
El fin dudoso de mi fantasía,
Siempre en cerrada noche, oscura y fria,
Las fuerzas de la vida consumiendo.

Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha vía,
Que en fe de la alta fe sin igual mía
Mayores miedos contrastar entiendo.

Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viaje,

Por más que el medio se me muestre incierto,
Por más que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo más me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oía, soltó la voz á semejantes razones: « Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es más mudable tu condicion, que la de la variable fortuna: mira, se-

ñor, cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya; págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la ponía y la daba á sus frescas y menudas hierbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene más fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destes prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido; que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan conforme y llegado á razon que irías de todo en todo fuera della, si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido, agora que esperábamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos á ser poseído y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡ Oh verdes prados, que con su vista os alegrábades! ¡ Oh flores olorosas, que de sus pies tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡ Oh plantas, oh árboles de esta deleitosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéades, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al cielo á concederme lo que le suplico. »

CERVANTES.—*La Galatea.*

20

Decía esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni menos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimento; el cual, como vió á Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estuvo atento mirando por un rato, al cabo del cual dijo: «Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendía que por particular privilegio habías de estar exenta dellos, veo que con mayor ímpetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza que no se ha de extender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento.

—Antes por esa misma razon, respondió Galatea, estoy yo menos segura de mi desdicha, pues jamás la tuve en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que á mis padres debo, ruégote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa que ántes de tiempo despierte en mí la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me dejeis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho.» Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debía ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se había puesto. Querían ya los pastores hacer lo que Galatea les manda-

ba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche ántes en la ermita de Silerio se quedaron; los cuales en señal de grandísimo contento á la aldea se venían, y trayendo consigo á Silerio con diferente traje y gusto de lo que hasta allí había tenido, porque ya había dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfacción de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nísida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á los pensamientos que por Nísida le fatigaban: y así con el regocijo que tal suceso les causaba, venían todos dando muestras dél, con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea y á los demas que con ella estaban, recibíendose unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damon, Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesías, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que había comenzado á decir, cuando de Silerio fué conocido. Y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era éste.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque más sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.
Tan lejos voy de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Cuan cerca de acabar en mi tormento

Antes la vida, que la confianza.

Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mismo amor la dulce paz tranquila :
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no ménos la gracia con que cantado le había, y fué de manera que le rogaron que alguna otra cosa dijese; mas excusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo había hecho siempre en otras más peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mardaba; y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la misma flauta de Orfenio cantó lo que sigue:

SILERIO.

Gracias al cielo doy, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,
Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por dónde he ya llegado.
Recójanse las velas del cuidado,
Repárese el navío pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencio al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso celo
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nísida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto; la cual, mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedía, y dándosela él ansimesmo con la

vista, ella sin más esperar, con donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampogna de Orompo cantó este soneto :

NÍSIDA.

Voy contra la opinion de aquel que jura,
Que jamás del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por más que el bien ayude la ventura.
Yo sé qué es bien, yo sé qué es desventura,
Y sé de sus efetos claro, y siento
Que cuanto más destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien más lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los cosarios bárbaros rendida,
Fué dura pena, fué dolor tan fuerte,
Que agora no conozca y haga prueba
Que es más el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la extremada voz de la hermosa Nísida, la cual por parecerle que por entónces en cantar Timbrio y los de su parte habían tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo : y así sin importunarle mucho, con no ménos gracia que Nísida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera :

BLANCA.

Cual si estuviera en la arenosa Libia,
O en la apartada Citia siempre helada,
Tal vez del frio temor me ví asaltada,
Y tal del fuego que jamás se entibia ;
Mas la esperanza que el dolor alivia
En uno y otro extremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,

Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
Llegó la deseada primavera,

Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

No ménos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demas que habían oído. Y ya que ellos querían dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesianos caballeros, y para esto casi de un mismo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche ántes se había despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle, acabar su pesar y comenzar su gusto; y que sin decirle más, con otro pastor su amigo se había partido, y que no sabía qué podía haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba.

Lo que Tirsi dijo movió á querer llamar á Lauso, y así le dió voces que viniese; mas viendo que no las oía, y que ya á más andar iba trasponiendo un recuesto, con toda ligereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oídas por Lauso, y conociendo quién le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de extraño contento, tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba, y así le dijo: «¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hante desde ayer acá correspondido á ellos de manera que halles con facilidad lo que pretendes?»

—Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verda-

dero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y ésta ha sido de un desden y desengaño acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi ser primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han desecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traían, ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes hierbas y olorosas flores destos apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado.

— Sí es, Lauso, respondió Damon; pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plegue al cielo que sea más firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas; que no sólo me holgaría por lo que debo á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos.

— Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba de ello: ¿quieres que me ausente? ¿quieres que no visite más las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacerte.

— La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis dias te vea en ese mesmo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino

que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnices con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos.

Fué contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comediamento, Lauso dijo: «No vengo, señores, para ménos que para fiestas y contentos: por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejaos á oír lo que jamás pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni áun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les sería de gran gusto el oírle. Y luego Marsilio, con el deseo que tenía de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera:

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazon de un justo celo lleno,
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Están las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno:
Tú del rigor del áspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tú mi total ruína
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y así como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, más cien mil te adoro.
Por tí la luz de mis cansados ojos,
Tanto tiempo turbada y áun perdida,
Al sér primero ha vuelto que tenía:
Por tí torno á gozar de los despojos,
Que de mi voluntad y de mi vida
Llevó de amor la antigua tiranía:

Por tí la noche de mi error en día
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que ántes estaba
En posesion de esclava,
Con sosegado y advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno más se muestra y luce.

Mostráste me, desden, cuán engañosas,
Cuán falsas y fingidas habían sido
Las señales de amor que me mostraban,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oído,
Y el alma de sí misma enajenaban,
En falsedad y burla se forjaban,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos sólo era
Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Cuando llegase el claro desengaño;
Mas tú, dulce desden, curaste el daño.

Desden, que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa,
En mí tu efeto y condicion se muda,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corría con no vista priesa:
Y aunque contino el fiero amor no cesa
Mal de mí satisfecho
Tender de nuevo el lazo por cogerme,
Y por más ofenderme
Encarar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú, bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra:
Cien mil han sido menester primero;
Que fue cual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, de parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de ajena suerte,
Dulce me ha sido el verte,

El oírte y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma, en coyuntura
Que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño :
Tú has quitado las fuerzas al beleño
Con que el amor ingrato
Adormecía á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente
Soy reducido á nueva vida y trato ;
Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó más Lauso, aunque bastó lo que cantado
había para poner admiracion en los presentes, que como
todos sabían que el día antes estaba tan enamorado y tan
contento de estarlo, maravillábales verle en tan pequeño
espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solía.

Y considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo : « No
sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan bre-
ves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan
firme y seguro como tú imaginas ; pero todavía me huelgo
de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que
acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podría ser que
conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tor-
nases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses más
fuerza para romperlos, atraído de la dulzura y regalo que
goza un libre entendimiento y una voluntad desapasio-
nada.

— No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió
Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á
que yo torne á poner los pies en el cepo amoroso, ni me
tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya cos-
tado ponerme en el estado en que estoy infinitas conside-
raciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas

promesas hechas al cielo porque á la perdida luz me tornase ; y pues en ella veo agora cuán poco antes veía , yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere.

— Ninguno otro será tan bueno , dijo Tirsi , como no volver á mirar lo que atras dejas , porque perderás , si vuelves , la libertad que tanto te ha costado , y quedarás cual quedó aquel incauto amante , con nuevas ocasiones de perpetuo llanto ; y ten por cierto , Lauso amigo , que no hay tan enamorado pecho en el mundo , á quien los desdenes y arrogancias excusadas no entibien , y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos ; y háceme creer mas esta verdad saber yo quién es Silena , aunque tú jamás me lo has dicho , y saber ansimesmo la mudable condicion suya , sus acelerados ímpetus , y la llaneza , por no darle otro nombre , de sus deseos : cosas que , á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado , fuera por ellas de todo el mundo aborrecida.

— Verdad dices , Tirsi , respondió Lauso , porque sin duda alguna la singular belleza suya , y las apariencias de la incomparable honestidad de que se arrea , son partes para que no sólo sea querida , sino adorada de todos cuantos la miraren ; y así no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios : sólo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos , que puesto que salgo de sus manos tan mal tratado , estragada la voluntad , turbado el entendimiento , descaecida la memoria , todavía me parece que puedo triunfar de la batalla ».

No pasaron mas adelante en su plática los dos pastores , porque á este punto vieron que por el mismo camino que ellos iban , venia una hermosa pastora , y poco desviado della un pastor , que luego fue conocido , que era el anciano Arsindo , y la pastora era la hermana de Galercio , Maurisa . La cual como fue conocida de Galatea y de Florisa , entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para

Rosaura venía, y adelantándose las dos á recibirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con gran deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que allí venian no supieran tan de experiencia adónde y á cuánto la fuerza del amor se extendía, y así en los mismos que le culpaban halló la disculpa de su yerro.

Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores dél adivinaban, como en satisfaccion y disculpa de su cuidado, les dijo: « Oid, pastores, uno de los mas extraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las ajenas se habrá visto. Bien creo que conocéis, y conocemos todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no há muchos días que por sólo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamás supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas veras reprendía á los que de la amorosa dolencia veja lastimados. Este, pues, tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con más veras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro día, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados días. Digo en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de suspiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en

esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazon de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquivá pastora que se ha visto; y conociéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por los mismos términos que antes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no há muchas horas que viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de sudor frio, y anhelando el pecho con una extraña priesa: lleguéme á él, y conocíle, y con el agua de la fuente le rocié el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamás cupo señal de compasion alguna: encarecióme la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenia, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le habia traído á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le habia hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas, pues há ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya.

— No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las ajenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo has mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, tórname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si es así, podré yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en

todos los de su vida ha hecho : como son , rendir y avasallar el duro corazon de Lenio , y poner en libertad el tan sujeto mio.

— Mira lo que dices , dijo entonces Orompo , amigo Lauso , que si el amor te tenia sujeto , como hasta aquí has significado , ¿ cómo el mismo amor agora te ha puesto en libertad que publicas ?

— Si me quieres entender , Orompo , replicó Lauso , verás que en nada me contradigo , porque digo , ó quiero decir , que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella á quien yo tan en extremo queria , como se encamina á diferente intento que el mio , puesto que todo es amor , el efeto que en mí ha hecho , es ponerme en libertad , y á Lenio en servidumbre ; y no me hagas , Orompo que cuente con estos otros milagros ». Y diciendo esto , volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo , y con ellos , dijo lo que con la lengua callaba ; porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar , fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa.

La cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa , diciéndoles cómo otro dia seria Grisaldo en el aldea en hábito de pastor , y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto , porque en público no podia , á causa que los parientes de Leopersia , con quien su padre tenia concertado de casarle , habian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra , y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese ; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder antes á lo que á Rosaura debia , que no á la obligacion en que á su padre estaba . « Todo esto que os he dicho , pastoras , prosiguió Maurisa , mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese , lo cual á vosotras con este recando venia ; pero la cruel Gelasia , cuya hermosura lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano , fue la causa que él no pudiese venir á deciros lo que he dicho ,

pues por seguir á ella , dejó de seguir el camino que traía , fiándose de mí , como de hermana. Ya habeis entendido , pastoras , á lo que vengo : ¿ dónde está Rosaura para decírselo ? ó decídselo vosotras , porque la angustia en que mi hermano queda puesto , no consiente que un punto más aquí me detenga ».

En tanto que la pastora esto decia , estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle , y las tristes nuevas que habian de llegar á los oidos del desdichado Grisaldo ; pero viendo que no excusaba de darlas , y que era peor detenerla , luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido , y cómo Artandro la llevaba , de que quedó maravillada Maurisa ; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo , si Galatea no la detuviera , preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa : « Cosas te pudiera contar dellas , Galatea , que te pusieran en mayor admiracion , que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura ; pero el tiempo no me da lugar á ello : solo te digo que la que se llamaba Leonarda , se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sutil engaño que jamás se ha visto , y Teolinda la otra está en término de acabar la vida , ó de perder el juicio , y solo la entretiene la vista de Galercio , que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro , no se aparta un punto de su compañía : cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa , quanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia : el modo como esto pasó te contaré mas despacio , cuando otra vez nos veamos , porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia , usando en remediarla la diligencia posible ; porque si no há mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura , no se podrá haber alejado tanto destas riberas , que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla , y mas si yo aguijo los pies como pienso ». Parecióle bien á Galatea lo que Mau-

risa decia, y así no quiso más detenerla : sólo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo más presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura.

Pero quien más sintió su partida fué el anciano Ar-sindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habían oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquélla parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla : á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solía él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando quería hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo, pues, Aurelio, y casi los más pastores que allí venían, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, ya se habían juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recibir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recibido. Y llegando Aurelio á Telesio, le dijo : « Cuéntanos, si fueres

servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destos prados. ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿Quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere.

—Págueos el cielo, pastores, respondió Telesio, la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que teneis de saber lo que quiero, quiéroos traer á la memoria la que debéis tener perpétuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal día como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo ménos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la recuerdo, y os advierto que mañana es el día que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debéis, y por lo que á la intencion que tengo de serviros estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del día os halleis todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos aligerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado.»

Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, sus venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los más de los circunstantes, los cuales todos de una misma

conformidad se ofrecieron de acudir otro día adonde Telesio, les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien jar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarían. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habían apartado mucho de aquel lugar, quando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, ántes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, quando se arrojó al pié de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habían visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fué éste:

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfías,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fué sobre burlerías
Levantado su cimientó:
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor extendido.

Sé que puedes cuanto quieres
Y que quieres lo imposible,
Sé que muestras bien quién eres

En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres :
Y sé en fin que yo soy quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.

Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierto
En mis entrañas rendidas
Que tú solo eres el puerto
Do descansan nuestras vidas :
Tú la implacable tormenta
Que al alma más atormenta
Vuelves en serena calma :
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso ,
Aunque tarde venga en ello ,
Templa tu rigor y exceso ,
Amor, y del flaco cuello
Aligera un poco el peso :
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se defiende,
Cuanto más que aquí se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia ,
Do me tuvo mi malicia
Y el estar en tu desgracia ,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia :
Que si á mi poco valor
No le quilata el favor
De tu gracia conocida ,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
En tan extraña agonía ,
Que si más porfía en esto ,
Mi dolor y su porfía ,
Sé que acabarán bien presto.
¡ Oh dura Gelasia, esquivá ,

Zahareña, dura, altiva!
¿Por qué gustas, dí pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojar á sus piés, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: «Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponía: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare.» Había ya Tirsi levantado del suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: «La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y así mismo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando más rico y satisfecho con el perdon que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que más gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y

entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en más la alegre, que sin duda piensa darte.» A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo más consolado.

Y luego les contó cómo moría por la cruel pastora Gelasia, exagerándoles la esquiva y desamorada condicion suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecía, de quien ella hacía tan poco caso, que mil veces le había puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro día al salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les había mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

LIBRO SEXTO.

Apénas habían los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la más baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oídos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escucharon á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedía. Pero los primeros que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarían. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecía. Había venido Belisa á visitar á Silveria y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansí mismo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serían las que tantos y tan famosos pastores celebraban.

Salieron, pues, todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio ha-

bían sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones más puras y pensamientos más reposados se hiciesen aquel día los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen: de que los ménos quedaron contentos, y los más no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya había visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole tal se llegaron á él, y Orompo le dijo: «Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasion con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: ¿qué sabes si el cielo movido á compasion de tu pena, ha traído á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedie?

— Antes para más acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y más se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance más la razon que mi sentimiento.» Y con esto volvió algo más en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venía, le dijo: «No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razon; porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Pó, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasion había de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas.

— No vas tan fuera de camino en lo que dices, segun

yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razon que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste rio hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazon que dél está más ajeno: y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá abajo, creo firmemente que las deste rio sean en gran parte ocasion de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creeré que Dios, por la misma razon que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo más de su habitacion: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio en los brazos della dulcemente entretejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve, pues, los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sason del año andar la risueña primavera con la hermosa Vénus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores: y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artífice y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tercia naturaleza, á la cual no sabré dar nom-

bre. De sus cultivados jardines, con quienes los huertos Hespérides y de Alcínoo pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga más, sino que si en alguna parte de la tierra los campos Elíseos tienen asiento, es sin duda en ésta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río, y humedecen abundantemente las eras, que por largo espacio están apartadas? Añádase á todo esto criarse en estas riberas las más hermosas y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse: para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, há que estás en ellas y has visto, bastará traer por ejemplo á aquella pastora que allí ves; oh Timbrio! » Y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea, y sin decir más, dejó admirado á Timbrio de ver la discrecion y palabras con que había alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea.

Y respondiéndole que no se le podía contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenían la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los Cipreses, vieron que dél salían casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habían visto, causaba nueva admiracion y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo, en cuatro diferentes y contrapuestas partes, cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen á formar

cuatro largas y apacibles calles , á quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cipreses , puestos por tal orden y concierto , que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo , y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto más de la otra.

Cierran y ocupan el espacio que entre ciprés y ciprés se hace , mil olorosos rosales y suaves jazmines , tan juntos y entrettejidos , como suelen estar en los vallados de las guardadas vifias las espinosas zarzas y puntosas cambro-neras. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda hierba claros y frescos arroyos de limpias y sabiosas aguas , que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza , que los recuestos y los cipreses forman , en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente , de blanco y precioso mármol fabricada , con tanta industria y artificio hecha , que las vistosas del conocido Tíbuli , y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas hierbas de la deleitosa plaza , y lo que más hace á este agradable sitio digno de estimacion y reverencia , es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corduelos y mansas ovejas , y de otra cualquier suerte de ganado , que sólo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores , que por general decreto de todos los que quedan vivos , en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles , que por las espaldas de los cipreses estaban , en el lugar y distancia que había dellos hasta las faldas de los collados , algunas sepulturas , cuál de jaspe , y cuál de mármol fabricada , en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados.

Pero la que mas sobre todas resplandecía , y la que más

á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecía; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: « Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad, pues, á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace. » En diciendo esto, se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demás que lo mismo hiciesen.

De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tres ramas; y guiados de Telesio llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban.

Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento alrededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de ciprés se quemaban; y el venerable Telesio, con graves y sosegados pasos, comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía alguna breve y devota oracion á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento

respondían, amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfiro que soplabá, hacían y formaban un sordo y tristísimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio.

Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetían. Acabada esta ceremonia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir quería: y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la solitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religión que profesado había, juntando á éstas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, sólo por lo que él decía, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó, pues, el viejo su plática, diciendo: «Si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbra le viérades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostraos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, cele-

brándolas en la muerte, como os obliga el amor que el os tuvo en la vida ; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligacion , á quien en particular más obliga es á los famosos Tirsi y Damon , como á tan conocidos , amigos y familiares suyos ; y así les ruego cuan encarecidamente puedo , correspondan á esta deuda , supliendo y cantando ellos con más reposada y sonora voz, lo que yo he faltado llorando con la trabajosa mia. »

No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenían ; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oídos, movía los corazones á dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacían, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban ; y era de suerte, que concordándose al son de la triste música, y el de la triste armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda.

De allí á poco espacio, cesando los demas instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatro lados del sepulcro se pusieron : señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querían ; y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar :

T. Tal cual es la ocasion de nuestro llanto,
No sólo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.

D. El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.

E. Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.

L. Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida y de perpetua gloria.

T. Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.

D. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lágrimas vertidas,
Con ruegos pios, y sagrado incienso.

E. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y á tierno sentimiento reducidas.

L. Aquellos claros, venturosos dias
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables, frias.

T. ¡ Oh muerte, que con presta violencia.
Tal vida en poca tierra reduciste !
¿ A quién no alcanzará tu diligencia ?

D. Despues, ¡ oh muerte ! que aquel golpe diste,
Que echó por tierra nuestro fuerte arrimo,
De hierba el prado, ni de flor se viste.

E. Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.

L. ¿ Cuándo suele cobrarse el bien perdido ?
¿ Cuándo el mal sin buscarlo no se halla ?
¿ Cuándo hay quietud en el mortal ruido ?

T. ¿ Cuándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vida, y cuándo contra el tiempo
Se opuso ó fuerte arnés, ó dura malla ?

D. ES nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece
Cuando más firme pareció en su tiempo.

E. Dia que al medio curso se escurece,

Y le sucede noche tenebrosa,
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.

L. Mas tú, pastor famoso, en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.

T. Despues que en el aprisco veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran pastor del ancho suelo hispano....

D. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste...

E. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado...

L. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente...

T. Entónces quiso el cielo que llegase
La fria mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebatase.

D. Quedó tu suerte entónces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpetua, eternamente condenada.

E. Vióse el sacro virgíneo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.

L. A lágrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostró escaso.

T. No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes tenceros tanto se affigieron
Con el engaño del astuto griego,

Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los pastores
Cuando informados de su muerte fueron.

D. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave alguna cantar de amores.

De funesto ciprés se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.

E. Y así, pues hoy el áspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,

Pastores, entonad el triste canto.

Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.

L. El firme pecho, el ánimo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se canta.

Como el desden que de continuo hubo
En el pecho de Filis indignado
Cual firme roca contra el mar estuvo.

T. Repítanse los versos que ha cantado,
Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su gente levantado.

D. Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.

E. Y de su casta y amorosa llama
Ejemplo tome el más lascivo pecho,
Y el que en ardor menos cabal se inflama.

L. ¡Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho!

T. Poco te cansa, poco te importa
Esta mortal bajeza que dejaste,
Llena de más mudanza que la luna.

D. Por firme alteza la humildad trocaste,
Por bien el mal, la muerte por la vida:
Tan seguro temiste y esperaste.

E. Desta mortal al parecer caida
Quien bien vive al cabo se levanta,
Cual tú, Meliso, á la region florida.

Donde por más de una inmortal garganta
Se despide la voz que gloria suena,
Gloria repite, dulce gloria canta.

Donde la hermosa clara faz serena
Se ve, en cuya vision se goza y mira
La suma gloria más perfecta y buena.

Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
Y tanto cuanto más crece el deseo,
Tanto, Meliso, el miedo le retira.

Que aquello que contemplo ahora, y veo
Con el entendimiento levantado
Del sacro tuyo sobrehumano arreo,

Tiene mi entendimiento acobardado ,
Y sólo paro en levantar las cejas ,
Y en recoger los labios de admirado.

L. Con tu partida en triste llanto dejas
Cuantos con tu presencia se alegraban ,
Y el mal se acerca , porque tú te alejas.

T. En tu sabiduría se enseñaban
Los rústicos pastores , y en un punto
Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.

Pero llegóse aquel forzoso punto
Donde tú te partiste , y do quedamos
Con poco ingenio y corazon difunto.

Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto ,
Cuanto ahora en la muerte te lloramos.

Por esto al son de tan confuso llanto ,
Cobrando de continuo nuevo aliento ,
Pastores , entonad el triste canto.

Lleguen do llega el duro sentimiento
Las lágrimas vertidas y sospiros ,
Con quien se aumenta el presuroso viento.

Poco os encargo , poco sé pedirlos :
Mas habeis de sentir que cuanto ahora
Puede mi atada lengua referiros.

Mas pues Febo se ausenta , y descolora
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada aurora ,
Pastores , cesad ya del triste canto.

Tirsi , que comenzado había la triste y dolorosa elegía ,
fué el que le puso fin , sin que le pusiesen por un buen
espacio á las lágrimas todos los que el lamentable canto
escuchado habían. Mas á esta sazón el venerable Telesio
les dijo : « Pues habemos cumplido en parte , gallardos y
comedidos pastores , con la obligacion que al venturoso
Meliso tenemos , poned por agora silencio á vuestras tier-
nas lágrimas , y dad algun vado á vuestros dolientes sos-
piros , pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida
que lloramos ; y puesto que el humano sentimiento no
pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos ,
todavía es menester templar la demasía de sus accidentes

con la razon que al discreto acompaña ; y aunque las lágrimas y suspiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, más provecho consiguen las almas por quien se derraman, con los píos sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar Océano por los ojos de todo el mundo hecho lágrimas se destilase. Y por esta razon y por la que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansados cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero día, por agora visiteis vuestros zurrone, y cumplais con lo que la naturaleza os obliga. » Y en diciendo esto, dió órden como todas la pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los más ancianos pastores que allí había, y los demas poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurrone traían, y con el agua de la clara fuente satisficieron á la comun necesidad de la hambre ; acabando á tiempo que ya la noche vestía de nña mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando más el rubio hermano sus rayos le comunica.

Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrían, haciendo sombras en la tierra : señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban ; mas todo paró en no más de quedar la noche parda y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca hierba, entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que repartieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que alrededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban.

Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo había

con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes, á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habían, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la misma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el oscuro valle quedó con tanta claridad, como si el mismo sol le alumbrara: por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efeto en los demas que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y así, cuál en pie, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba.

Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lanso y de otros animosos pastores, poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer ó entender de do procedía la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecía una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sutil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrían adornadas con unos coturnos ó calzado justo, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traía otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y otra parte por un vientecillo que mansamente soplabá, extremadamente parecía: por las espaldas traía esparci-

dos los más luengos y rubios cabellos que jamás ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda sólo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupada con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva. Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban tenía colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con seguros pasos alrededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningún daño podía sucederles.

Y estando como se ha dicho todos trasportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas más se apartasen y divadiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada; y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña, á semejantes razones dió principio. « Por los efectos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podeis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mía que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los efetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alborozo que á poco rato le sosiega y satisface, al reves de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamás asegura: esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quién soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros: y porque no quiero teneros colgados del deseo que teneis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nombre es Calíope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es

ocuparse en la maravillosa y jamás como debe alabada ciencia de la poesía : yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa : la que hará vivir el mantuano Títiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe, y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los oscuros infiernos y subir á los claros cielos al famoso Dante : soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso, la que en esta patria vuestra tuvo familiar amistad con el agudo Boscan y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha : yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamás el lado de don Fernando de Acuña, y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no sólo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradecerlos tan loable y piadosa costumbre, como es la que entre vosotros se usa : así os prometo con las veras que de mi virtud pueden esperarse, que en pago del beneficio que á las cenizas de mi querido y amado Meliso habeis hecho, de hacer siempre que en vuestras riberas jamás falten pastores que en la alegría de la poesía á todos los de la otra ribera se aventajen : favoreceré asimesmo siempre vuestros consejos, y guiaré vuestros entendimientos de manera que nunca deis torcido voto ; quando decreteis quién es merecedor de enterrarse en este sagrado valle ; porque no será bien que

honra tan particular y señalada, y que sólo es merecida de los blancos y canoros cisnes, la vengan á gozar los negros y roncós cuervos; y así me parece que será bien daros alguna noticia agora de algunos señalados varones que en esta vuestra España viven, y algunos en las apartadas Indias á ellas sujetas, los cuales, si todos ó alguno dellos su buena ventura le trujere á acabar el curso de sus días en estas riberas, sin duda alguna le podeis conceder sepultura en este famoso sitio: junto con esto os quiero advertir, que no entendais que los primeros que nombrare son dignos de más honra que los postreros, porque en esto no pienso guardar orden alguna; que puesto que yo alcanzo la diferencia que el uno al otro, y los otros á los otros hacen, quiero dejar esta declaracion en duda; porque vuestros ingenios en entender la diferencia de los suyos tengan en que ejercitarse, de los cuales darán testimonio sus obras; irélos nombrando como se me vinieren á la memoria, sin que ninguno se atribuya á que ha sido favor que yo le he hecho en haberme acordado dél primero que de otro, porque, como digo, á vosotros, discretos pastores, dejo que despues les deis el lugar que os pareciere que de justicia se les debe; y para que con menos pesadumbre y trabajo á mi larga relacion esteis contentos, haréla de suerte, que sólo sintais disgusto por la brevedad della.»

Calló diciendo esto la bella ninfa, y luego tomó una arpa que junto á sí tenía, que hasta entónces de ninguno había sido vista, y en comenzándola á tocar, parece que comenzó á esclarecerse el cielo, y que la luna con nuevo y no usado resplandor alumbraba la tierra; los árboles á despecho de un blando céfiro que soplabá tuvieron quedas las ramas, y los ojos de todos los que allí estaban no se atrevían á bajar los párpados, porque aquel breve punto que se tardaban en alzarlos no se privasen de la gloria que en mirar la hermosura de la ninfa gozaban, y aun quisieran todos que todos sus cinco sentidos se convirtieran en el del oír solamente: con tal extrañeza, con tal dul-

zura, con tanta suavidad tocaba la arpa la bella musa. La cual despues de haber tañido un poco, con la más sonora voz que imaginarse puede, en semejantes versos dió principio :

CANTO DE CALÍOPE.

Al dulce son de mi templada lira
Prestad, pastores, el oído atento,
Oíreis cómo en mi voz y en él respira
De mis hermanas el sagrado aliento,
Veréis cómo os suspende y os admira
Y colma vuestras almas de contento,
Cuando os dé relacion aquí en el suelo
Do los ingenios que ya son del cielo.

Pienso cantar de aquellos solamente
A quien la parca el hilo aun no ha cortado,
De aquellos que son dignos justamente
De en tal lugar tenerle señalado;
Donde á pesar del tiempo diligente,
Por el laudable oficio acostumbrado
Vuestro, vivan mil siglos sus renombres,
Sus claras obras, sus famosos nombres.

Y el que con justo título merece
Gozar de alta y honrosa preeminencia,
Un DON ALONSO es, en quien florece,
Del sacro Apolo la divina ciencia;
Y en quien con alta lumbre resplandece
De Marte el brío y sin igual potencia :
DE LEIVA tiene el sobrenombre ilustre,
Que á Italia ha dado, y aun á España lustre.

Otro del mesmo nombre, que de Arauco
Cantó las guerras, y el valor de España,
El cual los reinos donde habita Glauco
Pasó, y sintió la embravecida saña :
No fué su voz, no fué su acento rauco ;
Que uno y otro fue de gracia estraña,
Y tal que ERCILLA en este hermoso asiento
Merece eterno y sacro monumento.

Del famoso DON JUAN DE SILVA os digo
Que toda gloria y todo honor merece,
Así por serle Febo tan amigo,

Como por el valor que en él florece :
Serán desto sus obras buen testigo,
En las cuales su ingenio resplandece,
Con claridad que al ignorante alumbra,
Y al sabio agudo á veces le deslumbra.

Crezca el número rico desta cuenta
Aquel con quien la tiene tal el cielo,
Que con febeo aliento le sustenta,
Y con valor de Marte acá en el suelo :
A Homero ignala, si escribir intenta,
Y á tanto llega de su pluma el vuelo,
Cuanto es verdad que á todos es notorio
El alto ingenio de DON DIEGO OSORIO.

Por cuantas vías la parlera fama
Puede loar un caballero ilustre,
Por tantas su valor claro derrama
Dando sus hechos á su nombre lustre :
Su vivo ingenio, su virtud inflama
Más de una lengua á que de lustre en lustre
Sin que cursos de tiempos las espanten ;
De DON FRANCISCO DE MENDOZA canten.

Feliz DON DIEGO DE SARMIENTO ilustre,
Y CARVAJAL famoso, producido
De nuestro coro, y de Hipocrene lustre,
Mozo en la edad, anciano en el sentido :
De siglo en siglo irá, de lustre en lustre
(A pesar de las aguas del olvido)
Tu nombre, con tus obras excelente,
De lengua en lengua, y de gente en gente.

Quiéroos mostrar por cosa soberana
En tierna edad maduro entendimiento,
Destreza y gallardía sobrehumana,
Cortesía, valor, comedimiento :
Y quien puede mostrar en la toscana
Como en su propia lengua, aquel talento
Que mostró el que cantó la casa de Este :
Un DON GUTIERRE CARVAJAL es éste.

Tú, DON LUIS DE VARGAS, en quien veo
Maduro ingenio en verdes pocos días,
Procura de alcanzar aquel trofeo
Que te prometen las hermanas mías :
Mas tan cerca estás dél, que á lo que creo,
Ya triunfas, pues procuras por mil vías

Virtuosas y sabias, que tu fama
Resplandezca con viva y clara llama.

Del claro Tajo la ribera hermosa
Adornan mil espíritus divinos,
Que hacen nuestra edad más venturosa
Que aquella de los griegos y latinos.
Dellos pienso decir sola una cosa,
Que son de vuestro valle y honra dinos,
Tanto cuanto sus obras nos lo muestran,
Que al camino del cielo nos adiestran.

Dos famosos doctores, presidentes
En las ciencias de Apolo se me ofrecen,
Que no más que en la edad son diferentes,
Y el trato é ingenio se parecen:
Admiran los ausentes y presentes,
Y entre unos y otros tanto resplandecen
Con su saber altísimo y profundo,
Que presto han de admirar á todo el mundo.

Y el nombre que me viene más á mano
Destos dos que á loar aquí me atrevo,
Es del DOTOR famoso CAMPUZANO,
A quien podeis llamar segundo Febo:
El alto ingenio suyo, el sobrehumano
Discurso nos descubre un mundo nuevo
De tan mejores Indias y excelencias,
Cuanto mejor que el oro son las ciencias.

Es el DOTOR SUAREZ, que DE SOSA
El sobrenombre tiene, el que se sigue,
Que de una y otra lengua artificiosa
Lo más cendrado, y lo mejor consigue:
Cualquiera que en la fuente milagrosa
Cual él la mitigó, la sed mitigue,
No tendrá que envidiar al docto griego,
Ni á aquel que nos cantó el troyano fuego.

Del DOTOR BAZA, si decir pudiera
Lo que yo siento dél, sin duda creo
Que cuantos aquí estais os suspendiera;
Tal es su ciencia, su virtud y arreo:
Yo he sido en ensalzarle la primera
Del sacro coro, y soy la que deseo
Eternizar su nombre en cuanto al suelo.
Diere su luz el gran señor de Delo.

Si la fama os trajere á los oídos

De algun famoso ingenio maravillas,
Concetos bien dispuestos y subidos,
Y ciencias que os asombren en oillas,
Cosas que paran sólo en los sentidos,
Y la lengua no puede referillas,
El dar salida á todo dubio y traza
Sabed que es el LICENCIADO DAZA.

Del MAESTRO GARAY las dulces obras
Me incitan sobre todos á alabarle:
Tú, fama, que al ligero tiempo sobras,
Ten por heroica empresa el celebrarle:
Verás cómo en él más fama cobras,
Fama, que está la tuya en ensalzarle;
Que hablando desta fama, en verdadera
Has de trocar la fama de parlera.

Aquel ingenio, que al mayor humano
Se deja atras, y aspira al que es divino,
Y dejando á una parte el castellano,
Sigue el heroico verso del latino:
El nuevo Homero, el nuevo mantüano
Es el MAESTRO CÓRDOBA, que es dino
De celebrarse en la dichosa España,
Y en cuanto el sol alumbra y el mar baña.

De tí, el DOTOR FRANCISCO DIAZ, puedo
Asegurar á estos mis pastores,
Que con seguro corazon y ledo
Pueden aventajarse en tus loores:
Y si en ellos yo agora corta quedo,
Debiéndose á tu ingenio los mayores,
Es porque el tiempo es breve, y no me atrevo.
A poderte pagar lo que te debo.

LUJAN, que con la toga merecida
Honras el propio y el ajeno suelo,
Y con tu dulce musa conocida
Subes tu fama hasta el más alto cielo,
Yo te daré despues de muerto vida,
Haciendo que en ligero y presto vuelo
La fama de tu ingenio, único, solo,
Vaya del nuestro hasta el contrario polo.

El alto ingenio y su valor, declara
Un licenciado tan amigo vuestro,
Cuanto ya sabeis que es JUAN DE VERGARA,
Honra del siglo venturoso nuestro:

Por la senda que él sigue abierta y clara,
Yo mesma el paso y el ingenio adiestro,
Y adonde él llega de llegar me pago,
Y en su ingenio y virtud me satisfago.

Otro os quiero nombrar, porque se estime
Y tenga en precio mi atrevido canto,
El cual hará que ahora más le anime,
Y llegue allí donde el deseo levanto :
Y es éste que me fuerza y que me oprime
A decir sólo dél y cantar cuanto
Cantó de los ingenios más cabales
El LICENCIADO ALONSO DE MORALES.

Por la difícil cumbre va subiendo
Al templo de la fama, y se adelanta
Un generoso mozo, el cual rompiendo
Por la dificultad que más espanta,
Tan presto ha de llegar allá, que entiendo
Que en profecía ya la fama canta
Del lauro que le tiene aparejado
Al LICENCIADO HERNANDO MALDONADO.

La sabia frente de laurel honroso
Adornada vereis de aquel que ha sido
En todas ciencias y artes tan famoso,
Que es ya por todo el orbe conocido :
¡ Edad dorada, siglo venturoso,
Que gozar de tal hombre has merecido !
¿ Cuál siglo, cuál edad ahora te llega,
Si en tí está MARCO ANTONIO DE LA VEGA?

Un DIEGO se me viene á la memoria,
Que DE MENDOZA es cierto que se llama,
Digno que sólo dél se hiciera historia,
Tal, que llegara allí donde su fama :
Su ciencia y su virtud, que es tan notoria,
Que ya por todo el orbe se derrama,
Admira los ausentes y presentes,
De las remotas y cercanas gentes.

Un conocido el alto Febo tiene,
¿ Qué digo un conocido ? un verdadero
Amigo, con quien solo se entretiene,
Que es de toda ciencia tesoro :
Y es este que de industria se detiene
A no comunicar su bien entero,
DIEGO DURAN, en quien de contínuo dura

Y durará el valor, ser y cordura.

¿Quién pensais que es aquel, que en voz sonora
Sus ansias canta regaladamente;
Aquel, en cuyo pecho Febo mora,
El docto Orfeo, y Aríon prudente;
Aquel que de los reinos del aurora
Hasta los apartados de Occidente
Es conocido, amado y estimado
Por el famoso LOPE MALDONADO?

¡Quién pudiera loaros, mis pastores
Un pastor vuestro, amado y conocido,
Pastor mejor de cuantos son mejores,
Que DE FILIDA tiene el apellido!
La habilidad, la ciencia, los primores,
El raro ingenio y el valor subido
De LUIS DE MONTALVO le aseguran
Gloria y honor mientras los cielos duran.

El sacro ibero de dorado acanto,
De siempre verde hiedra y blanca oliva
Su frente adorne, y en alegre canto
Su gloria y fama para siempre viva:
Pues su antiguo valor ensalza tanto,
Que al fértil Nilo de su nombre priva
De PEDRO DE LIÑAN la sutil pluma,
De todo el bien de Apolo cifra y suma.

De ALONSO DE VALDÉS me está incitando
El raro y alto ingenio á que dél cante,
Y que os vaya, pastores, declarando
Que á los más raros pasa, y va adelante:
Hálo mostrado ya, y lo va mostrando
En el fácil estilo y elegante
Con que descubre el lastimado pecho,
Y alaba el mal que el fiero amor le ha hecho.

Admíreos un ingenio, en quien se encierra
Todo cuanto pedir puede el deseo,
Ingenio que aunque viva acá en la tierra,
Del alto cielo es su caudal y arreo:
Ora trate de paz, ora de guerra,
Todo cuanto yo miro, escucho y leo
Del celebrado PEDRO DE PADILLA,
Me causa nuevo gusto y maravilla.

Tú, famoso GASPAR ALFONSO, ordenas,
Segun aspiras á inmortal subida,

Que yo no pueda celebrarte apenas,
Si te he de dar loor á tu medida:
Las plantas fertilísimas, amenas,
Que nuestro celebrado monte anida,
Todas ofrecen ricas laureolas
Para ceñir y honrar tus sienes solas.

De CRISTÓBAL DE MESA os digo cierto
Que puede honrar vuestro sagrado valle,
No sólo en vida, mas despues de muerto
Podeis con justo título alaballe:
De sus heróicos versos el concierto,
Su grave y alto estilo pueden dalle
Alto y honroso nombre, aunque callara
La fama dél, y yo no me acordara.

Pues sabeis cuanto adorna y enriquece
Vuestras riberas, PEDRO DE RIBERA,
Dadle el honor, pastores, que merece,
Que yo seré en honrarle la primera:
Su dulce musa, su virtud ofrece
Un sujeto cabal, donde pudiera
La fama y cien mil famas ocuparse,
En sólo sus loores extremarse.

Tú, que del uso el singular tesoro
Trujiste en nueva forma á la ribera
Del fértil rio, á quien el lecho de oro
Tan famoso le hace adonde quiera;
Con el debido aplauso y el decoro
Debido á tí, BENITO DE CALDERA,
Y á tu ingenio sin par, prometo honrarte,
Y de lauro y de hiedra coronarte.

De aquel que la cristiana poesía
Tan en su punto ha puesto en tanta gloria,
Haga la fama y la memoria mia
Famosa para siempre su memoria:
De donde nace adonde muere el día
La ciencia sea y la bondad notoria
Del gran FRANCISCO DE GUZMAN, que el arte
De Febo sabe así como el de Marte.

Del capitan SALCEDO está bien claro
Que llega su divino entendimiento
Al punto más subido, agudo y raro,
Que puede imaginar el pensamiento:
Si le comparo, á él mesmo le comparo,

Que no hay comparacion que llegue á cuento
De tamaño valor ; que la medida
Ha de mostrar ser falta ó ser torcida.

Por la curiosidad y entendimiento
De TOMAS DE GRACIAN , dadme licencia
Que yo le escoja en este valle asiento
Igual á su virtud , valor y ciencia :
El cual si llega á su merecimiento ,
Será de tanto grado y preeminencia ,
Que á lo que creo pocos se le igualen ;
Tanto su ingenio y sus virtudes valen.

Agora , hermanas bellas , de improviso
BAPTISTA DE VIVAR quiere alabaros
Con tanta discrecion , gala y aviso ,
Que podais , siendo musas , admiraros :
No cantará desdenes , no , Narciso ,
Que á Eco solitaria cuestan caros ,
Sino envidados suyos , que han nacido
Entre alegre esperanza y triste olvido.

Un nuevo espanto , un nuevo asombro y miedo
Me acude y sobresalta en este punto ,
Sólo por ver que quiero y que no puedo
Subir de honor al mas subido punto
Al grave BALTASAR , que DE TOLEDO
El sobrenombre tiene , aunque barrunto
Que de su docta pluma el alto vuelo
Le hace subir hasta el impíreo cielo.

Muestra en un ingenio la experiencia
Que en años verdes y en edad temprana
Hace su habitacion así la ciencia ,
Como en la edad madura , antigua y cana :
No entraré con alguno en competencia
Que contradiga una verdad tan llana ,
Y más si acaso á sus oídos llega ,
Que lo digo por vos , LOPE DE VEGA.

De pacífica oliva coronado
Ante mí entendimiento se presenta
Agora el sacro Bétis indignado ,
Y de mí inadvertencia se lamenta :
Pide que en el discurso comenzado
De los raros ingenios , os dé cuenta ,
Que en sus riberas moran , y yo ahora
Harélo con la voz muy más sonora.

Mas ¿qué haré, que en los primeros pasos
Que doy, descubro mil extrañas cosas,
Otros mil nuevos Pindos y Parnasos,
Otros coros de hermanas más hermosas,
Con que mis altos bríos quedan lasos,
Y más cuando por causas milagrosas
Oigo cualquier sonido servir de eco,
Cuando se nombra el nombre de PACHECO?

PACHECO es éste con quien tiene Febo
Y las hermanas tan discretas mías
Nueva amistad, discreto trato y nuevo
Desde sus tiernos y pequeños días:
Yo desde entónces hasta agora llevo
Por tan extrañas desusadas vías
Su ingenio y sus escritos, que han llegado
Al título de honor más encumbrado.

En punto estoy, donde por más que diga
En alabanza del divino HERRERA,
Será de poco fruto mi fatiga,
Aunque le suba hasta la quinta esfera:
Mas si soy sospechosa por amiga,
Sus obras y su fama verdadera
Dirán que en ciencias es HERNANDO solo
Del Gange al Nilo, y de uno al otro polo.

De otro FERNANDO quiero daros cuenta
Que DECANGAS se nombra, en quien se admira
El suelo, y por quien vive y se sustenta
La ciencia en quien al sacro lauro aspira:
Si al alto cielo algun ingenio intenta
De levantar y de poner la mira,
Póngala en este solo, y dará al punto
En el más ingenioso y alto punto.

De DON CRISTÓBAL, cuyo sobrenombre
Es DE VILLARROEL, tened creído
Que bien merece que jamás su nombre
Toque las aguas negras del olvido:
Su ingenio admire, su valor asombre,
Y el ingenio y valor sea conocido
Por el mayor extremo que descubre
En cuanto mira el sol, ó el suelo encubre.

Los rios de elocuencia, que del pecho
Del grave antiguo Ciceron manaron,
Los que al pueblo de Atenas satisfecho

Tuvieron, y á Demóstenes honraron :
 Los ingenios que el tiempo ha ya deshecho
 (Que tanto en los pasados se estimaron)
 Humíllense á la ciencia alta y divina
 Del MAESTRO FRANCISCO DE MEDINA.

Puedes, famoso Bétis, dignamente
 Al Mincio, al Arno, al Tibre aventajarte,
 Y alzar contento la sagrada frente,
 Y en nuevos anchos senos dilatarte :
 Pues quiso el cielo, que en tu bien consiente,
 Tal gloria, tal honor, tal fama darté,
 Cual te la adquiere á tus riberas bellas
 BALTASAR DEL ALCÁZAR, que está en ellas.

Otro vereis, en quien vereis cifrada
 Del sacro Apolo la más rara ciencia
 Que en otros mil sujetos derramada,
 Hace en todos de sí grave apariencia :
 Mas en este sujeto mejorada
 Asiste en tantos grados de escelencia,
 Que bien puede MOSQUERA EL LICENCIADO
 Ser como el mismo Apolo celebrado.

No se desdefia aquel varon prudente
 Que de ciencias adorna y enriquece
 Su limpio pecho, de mirar la fuente
 Que en nuestro monte en sabias aguas crece :
 Antes en la sin par clara corriente
 Tanto la sed mitiga, que fiorece
 Por ello el claro nombre acá en la tierra
 Del gran DOCTOR DOMINGO DE BECERRA.

Del famoso ESPINEL cosas diría
 Que exceden al humano entendimiento,
 De aquellas ciencias que en su pecho cría
 El divino de Febo sacro aliento ;
 Mas pues no puede ya la lengua mía
 Decir lo ménos de lo más que siento,
 No digo mas, sino que al cielo aspira,
 Ora tome la pluma, ora la lira.

Si quereis ver en una igual balanza
 Al rubio Febo y colorado Marte,
 Procurad de mirar al gran CARRANZA,
 De quien el uno y otro no se parte :
 En él vereis, amigas, pluma y lanza
 Con tanta discrecion, destreza y arte,
 CERVANTES.— *La Galatea.*

Que la destreza en partes dividida,
La tiene á ciencia y arte reducida.

De LÁZARO LUIS IRANZO, lira
Templada había de ser mas que la mía,
A cuyo son cantase el bien que inspira
En él el cielo y el valor que cria :
Por las sendas de Marte y Febo aspira
A subir, do la humana fantasía
Apenas llega, y él sin duda alguna
Llegará contra el hado y la fortuna.

BALTASAR DE ESCOBAR, que agora adorna
Del Tíber las riberas tan famosas,
Y con su larga ausencia desadorna
Las del sagrado Bétis espaciosas,
Fértil ingenio, si por dicha torna
Al patrio amado suelo, á sus honrosas
Y juveniles sienes les ofrezco
El lauro y el honor que yo merezco.

¿Qué título, qué honor, qué palma ó lauro
Se le debe á JUAN SANZ que DE ZUMETA
Se nombra, si del indio al rojo mauro
Cual su musa no hay otra tan perfeta ?
Su fama aquí de nuevo le restauro
Con deciros, pastores, cuán aceta
Será de Apolo cualquier honra y lustre
Que á ZUMETA hagais que más le lustre.

Dad á JUAN DE LAS CUEVAS el debido
Lugar, cuando se ofrezca en este asiento,
Pastores, pues lo tiene merecido
Su dulce musa y raro entendimiento :
Sé que sus obras del eterno olvido
(A despecho y pesar del violento
Curso del tiempo) librarán su nombre,
Quedando con un claro alto renombre.

Pastores, si le viérades, honraldo
Al famoso varon que os diré ahora,
Y en graves dulces versos celebraldo
Como á quien tanto en ellos se mejora :
El sobrenombre tiene de BIBALDO,
De ADAN el nombre, el cual ilustra y dora
Con su florido ingenio y excelente
La venturosa nuestra edad presente.

Cual suele estar de variadas flores

Ornado y rico el mas florido Mayo,
Tal de mil varias ciencias y primores
Está el ingenio de DON JUAN AGUAYO :
Y aunque más me detenga en sus loores,
Sólo sabré deciros que me ensayo
Agora , y que otra vez os diré cosas
Tales , que las tengáis por milagrosas.

De JUAN GUTIERREZ RUFO el claro nombre
Quiero que viva en la inmortal memoria ,
Y que al sabio y al simple admire , asombre
La heroica que compuso ilustre historia :
Déle el sagrado Bétis el renombre ,
Que su estilo merece , déne gloria
Los que pueden y saben , déle el cielo
Igual la fama á su encumbrado vuelo.

En DON LUIS DE GÓNGORA os ofrezco
Un vivo raro ingenio sin segundo :
Con sus obras me alegro y enriquezco
No solo yo , mas todo el ancho mundo :
Y si por lo que os quiero algo merezco ,
Haced que su saber alto y profundo
En vuestras alabanzas siempre viva
Contra el ligero tiempo y muerte esquivá.

Cifia el verde laurel , la verde hiedra ,
Y aún la robusta encina aquella frente
De GONZALO CERVANTES SAAVEDRA ,
Pues la deben ceñir tan justamente :
Por él la ciencia mas de Apolo medra ,
En él Marte nos muestra el brio ardiente
De su furor , con tal razon medido ,
Que por él es amado y es temido.

Tú , que de Celidon con dulce plectro
Hiciste resonar el nombre y fama ,
Cuyo admirable y bien limado metro
A lauro y triunfo te convida y llama ;
Recibe el mando , la corona y cetro ,
GONZALO GOMEZ , desta que te ama ,
En señal que merece tu persona
El justo señorío de Heliconá.

Tú , Darro , de oro conocido rio ,
Cuán bien ahora puedes señalarte ,
Y con nueva corriente y nuevo brío
Al apartado Hidaspe aventajarte ,

Pues GONZALO MATEO DE BERRÍO
Tanto procura con su ingenio honrarte,
Que ya tu nombre la parlera fama
Por él por todo el mundo le derrama.

Tejed de verde lauro una corona,
Pastores, para honrar la dina frente
Del LICENCIADO SOTO BARAHONA,
Varon insigne, sabio y elocuente:
En el santo licor de Helicon,
Si se perdiera en la sagrada fuente,
Se pudiera hallar ¡ oh extraño caso !
Como en las altas cumbres de Parnaso.

De la region antártica podría
Eternizar ingeniosos soberanos,
Que si riquezas hoy sustenta y cria,
Tambien entendimientos sobrehumanos;
Mostrarlo puedo en muchos este dia,
Y en dos os quiero dar llenas las manos;
Uno de Nueva España y nuevo Apolo
Del Perú el otro, un sol único y solo.

FRANCISCO el uno DE TERRAZAS tiene
El nombre acá y allá tan conocido,
Cuya vena caudal nueva Hipocrene
Ha dado al patrio venturoso nido:
La mesma gloria al otro igual le viene,
Pues su divino ingenio ha producido
En Arequipa eterna primavera,
Que éste es DIEGO MARTINEZ DE RIBERA.

Aquí debajo de felice estrella
Un resplandor salió tan señalado,
Que de su lumbre la menor centella
Nombre de Oriente al Occidente ha dado:
Cuando esta luz nació, nació con ella
Todo el valor, nació ALONSO PICADO,
Nació mi hermano, y el de Palas junto,
Que ámbas vimos en él vivo trasunto.

Pues si he de dar gloria á tí debida,
Gran ALONSO DE ESTRADA, hoy eres dino
Que no se cante así tan de corrida
Tu ser y entendimiento peregrino:
Contigo está la tierra enriquecida,
Que al Bétis mil tesoros dé contino,
Y aun no da el cambio igual, que no hay tal paga

Que á tan dichosa deuda satisfaga.

Por prenda rara desta tierra ilustre,
Claro DON JUAN, te nos ha dado el cielo,
DE ABALOS gloria, y DE RIBERA lustre,
Honra del propio y del ajeno suelo :
Dichosa España, do por más de un lustre
Muestra serán tus obras, y modelo
De cuanto puede dar naturaleza
De ingenio claro y singular nobleza.

El que en la dulce patria está contento,
Las puras aguas de Limar gozando,
La famosa ribera, el fresco viento
Con sus divinos versos alegrando ;
Venga, y vereis por suma deste cuento
Su heróico brío y discrecion mirando,
Que es SANCHE DE RIBERA, en toda parte
Febo primero, y sin segundo Marte.

Este mesmo famoso insigne valle
Un tiempo al Bétis usurpar soñía
Un nuevo Homero, á quien podemos dalle
La corona de ingenio y gallardía :
Las Gracias le cortaron á su talle,
Y el cielo en todas lo mejor le envía :
Este ya en vuestro Tajo conocido,
PEDRO DE MONTESDOCA es su apellido.

En todo cuanto pedirá el deseo
Un DIEGO ilustre DE AGUILAR admira
Un águila real, que en vuelo veo
Alzarse á do llegar ninguno aspira :
Su pluma entre cien mil gana trofeo
Que ante ella la más alta se retira :
Su estilo y su valor tan celebrado
Guanuco lo dirá, pues lo ha gozado.

Un GONZALO FERNANDEZ se me ofrece
Gran capitán del escuadron de Apolo,
Que hoy de SOTOMAYOR se ensoberbece
El nombre con su nombre heróico y solo :
En verso admira, y en saber florece
En cuanto mira el uno y otro polo,
Y si en la pluma en tanto grado agrada,
No menos es famoso por la espada.

De un ENRIQUE GARCÉS, que al piruiano
Reino enriquece, pues con dulce rima,

Con sutil, ingeniosa y fácil mano
A la mas ardua empresa en él dió cima :
Pues en dulce español el gran toscano
Nuevo lenguaje ha dado y nueva estima ,
¿Quién será tal que la mayor le quite ,
Aunque el mesmo Petrarca rescuite ?

Un RODRIGO FERNANDEZ DE PINEDA ,
Cuya vena inmortal, cuya excelente
Y rara habilidad , gran parte hereda
Del licor sacro de la equina fuente ;
Pues quanto quiere dél no se le veda ,
Pues de tal gloria goza en Occidente ,
Tenga tambien aquí tan larga parte
Cual la merecen hoy su ingenio y arte.

Y tú , que al patrio Bétis has tenido
Lleno de envidia , y con razon quejoso
De que otro cielo y otra tierra han sido
Testigos de tu canto numeroso ,
Alégrate , que el nombre esclarecido
Tuyo , JUAN DE MESTANZA generoso ,
Sin segundo será por todo el suelo
Mientras diere su luz el cuarto cielo.

Toda la suavidad que en dulce vena
Se puede ver, vereis en uno solo
Que al son sabroso de su musa enfrena
La furia al mar , el curso al dios Eolo :
El nombre deste es BALTASAR DE ORENA ,
Cuya fama del uno al otro polo
Corre ligera , y del Oriente á ocaso
Por honra verdadera de Parnaso.

Pues de una fértil y preciosa planta
De allá traspuesta en el mayor collado ,
Que en toda la Telasia se levanta ,
Planta que ya dichoso fruto ha dado ,
¿ Callaré yo lo que la fama canta
Del ilustre DON PEDRO DE ALVARADO ,
Ilustre , pero ya no menos claro
Por su divino ingenio al mundo raro ?

Tú que con nueva musa extraordinaria ,
CAIRASCO , cantas del amor el ánimo ,
Y aquella condicion del vulgo varía
Donde se opone al fuerte el pusilánimo :
Si á este sitio de la Gran Canaria

Vinieres con ardor vivo y magnánimo ;
Mis pastores ofrecen á tus méritos
Mil lauros , mil loores beneméritos.

¿ Quién es ; oh anciano Tormes ! el que niega
Que no puedes al Nilo aventajarte ?
Si puede sólo el LICENCIADO VEGA
Más que Títiro al Mincio celebrarte :
Bien sé , DAMIAN , que vuestro ingenio llega
Do alcanza deste honor la mayor parte ,
Pues sé por muchos años de experiencia
Vuestra tan singular virtud y ciencia.

Aunque el ingenio y la elegancia vuestra ,
FRANCISCO SANCHEZ , se me concediera ,
Por torpe me juzgara y poco diestra ,
Si á querer alabaros me pusiera :
Lengua del cielo única , y maestra
Tiene de ser la que por la carrera
De vuestras alabanzas se dilate ;
Que hacerlo humana lengua es disparate.

Las raras cosas y en estilo nuevas ,
Que un espíritu muestran levantado
En cien mil ingeniosas arduas pruebas
Por sabio conocido y estimado ,
Hacen que DON FRANCISCO DE LAS CUEVAS
Por mí sea dignamente celebrado ,
En tanto que la fama pregonera
No detuviere su veloz carrera.

Quisiera rematar mi dulce canto
En tal sazón , pastores , con loaros
Un ingenio que al mundo pone espanto ,
Y que pudiera en éxtasis robaros :
En él cifro y recojo todo cuanto
He mostrado hasta aquí y he de mostraros ,
FRAY LUIS DE LEON es el que digo ,
A quien yo reverencio , adoro y sigo.

¿ Qué modos , qué caminos ó qué vías
De alabar buscaré para que el nombre
Viva mil siglos de aquel gran MATÍAS
Que de ZÚÑIGA tiene el sobrenombre ?
A él se dén las alabanzas mías ,
Que aunque yo soy divina y él es hombre ,
Por ser su ingenio como lo es divino ,
De mayor honra y alabanza es dino.

Volved el presuroso pensamiento
A las riberas de Pisnurga bellas,
Vereis que aumentan este rico cuento
Claros ingenios con quien se honran ellas:
Ellas no solo, sino el firmamento
Do lucen las claríficas estrellas,
Honrarse puede bien cuando consigo
Tenga allá los varones que aquí digo.

Vos, DAMASIO DE FRIAS, podeis sólo
Loaros á vos mismo, pues no puede
Hacer, aunque os alabe el mismo Apolo,
Que en tan justo loor corto no quede:
Vos sois el cierto y el seguro polo,
Por quien se guía aquel que le sucede
En el mar de las ciencias buen pasaje,
Propicio viento y puerto en su viaje.

ANDRÉS SANZ DE PORTILLO, tú me envía
Aquel aliento con que Febo mueve
Tu sabia pluma y alta fantasía,
Porque te dé el loor que se te debe;
Que no podrá la ruda lengua mía,
Por más caminos que aquí tienta y pruebe
Hallar alguno así, cual le deseo,
Para loar lo que en tí siento y veo.

Felicitísimo ingenio, que te encumbras,
Sobre el que más Apolo ha levantado,
Y con tus claros rayos nos alumbras,
Y sacas del camino más errado:
Y aunque ahora con ella me deslumbras,
Y tienes á mi ingenio alborotado,
Yo te doy sobre muchos palma y gloria,
Pues á mí me la has dado, DOTOR SORIA.

Si vuestras obras son tan estimadas,
Famoso CANTORAL, en toda parte,
Serán mis alabanzas excusadas,
Si en nuevo modo no os alabo y arte:
Con las palabras más calificadas,
Con cuanto ingenio el cielo en mí reparte,
Os admiro y alabo aquí callando,
Y llego do llegar no puedo hablando.

Tú, JERÓNIMO VACA Y DE QUIÑONES,
Si tanto me he tardado en celebrarte,
Mi pasado descuido me perdones

Con la enmienda que ofrezco de mi parte :
De hoy más en claras voces y pregones ,
En la cubierta y descubierta parte
Del ancho mundo , haré con clara llama
Lucir tu nombre y extender tu fama.

Tu verde y rico márgen , no de nebro
Ni de ciprés funesto enriquecido ,
Claro , abundoso y conocido Ebro ,
Sino de lauro y mirto florecido :
Ahora como puedo te celebro ,
Celebrando aquel bien que ha concedido
El cielo á tus riberas , pues en ellas
Moran ingenios claros más que estrellas.

Serán testigo desto dos hermanos ,
Dos luceros , dos soles de poesía ,
A quien el cielo con abiertas manos
Dió cuanto ingenio y arte dar podía :
Edad temprana , pensamientos canos ,
Maduro trato , humilde fantasía
Labran eterna y dina laureola
A LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA.

Con santa envidia y competencia santa
Parece que el menor hermano aspira ,
A igualar al mayor , pues se adelanta ,
Y sube do no llega humana mira :
Por esto escribe , y mil sucesos canta
Con tan silave y acordada lira ,
Que este BARTOLOMÉ menor merece ,
Lo que al mayor LUPERCIO se le ofrece.

Si el buen principio y medio da esperanza
Que al fin ha de ser raro y excelente
En cualquier caso , ya mi ingenio alcanza
Que el tuyo has de encumbrar COSME PARIENTE :
Y así puedes con cierta confianza
Prometer á tu sabia honrosa frente
La corona que tiene merecida
Tu claro ingenio , tu inculpable vida.

En soledad del cielo acompañado
Vives ¡ oh gran MORILLO ! y allí muestras
Que nunca dejan tu cristiano lado
Otras musas más santas y más diestras :
De mis hermanas fuiste alimentado ,
Y ahora en pago dello nos adiestras

Y enseñas á cantar divinas cosas,
Gratas al cielo, al suelo provechosas.

Turía, tú que otra vez con voz sonora
Cantaste de tus hijos la excelencia,
Si gustas de escuchar la mía ahora
Formada, no en envidia ó competencia,
Oirás cuánto tu fama se mejora
Con los que yo diré, cuya presencia,
Valor, virtud, ingenio, te enriquecen,
Y sobre el Guindo ó Gange te engrandecen.

Oh tú, DON JUAN COLOMA, en cuyo seno
Tanta gracia del cielo se ha encerrado,
Que á la envidia pusiste en duro freno,
Y en la fama mil lenguas has criado,
Con que del gentil Tajo al fértil Reno
Tu nombre y tu valor va levantado:
Tú, CONDE DE ELDA en todo tan dichoso,
Haces el Turia más que el Po famoso.

Aquel en cuyo pecho abunda y llueve
Siempre una fuente que es por él divina,
Y á quien el coro de sus lumbres mueve,
Como á señor con gran razón se inclina,
A quien único nombre se le debe
De la etíope hasta la gente austrina,
DON LUIS GARCERAN es sin segundo,
Maestre de Montesa y bien del mundo.

Merece bien en este insigne valle
Lugar ilustre, asiento conocido,
Aquel á quien la fama quiere dalle
El nombre que su ingenio ha merecido:
Tenga cuidado el cielo de loalle,
Pues es del cielo su valor crecido,
El cielo alabe lo que yo no puedo,
Del sabio DON ALONSO REBOLLEDO.

Alzas, DOTOR FALCON, tan alto vuelo,
Que al águila caudal atrás te dejas,
Pues te remontas con tu ingenio al cielo,
Y deste valle mísero te alejas:
Por esto temo y con razón recelo
Que aunque te alabe, formarás mil quejas
De mí, porque en tu loa noche y día
No se ocupa la voz y lengua mía.

Si tuviera, cual tiene la fortuna,

La dulce poesía varía rueda,
Ligera y más movable que la luna,
Que ni estuvo, ni está, ni estará queda;
En ella sin hacer mudanza alguna
Pusiera solo á MICER REY DE ARTIEDA,
Y el más alto lugar siempre ocupara,
Por ciencias, por ingenio y virtud rara.

Todas cuantas bien dadas alabanzas
Diste á raros ingenios; oh GIL POLO!
Tú las mereces solo y las alcanzas,
Tú las alcanzas y mereces solo:
Ten ciertas y seguras esperanzas,
Que en este valle un nuevo mauseolo
Te harán estos pastores, do guardadas
Tus cenizas serán y celebradas.

CRISTÓBAL DE VIRUES, pues se adelanta
Tu ciencia y valor tanto á tus años,
Tú mismo aquel ingenio y virtud canta
Con que huyes del mundo los engaños:
Tierra dichosa, y bien nacida planta,
Yo haré que en propios reinos y en extraños
El fruto de tu ingenio levantado
Se conozca, se admire y sea estimado.

Si conforme al ingenio que nos muestra
SILVESTRE DE ESPINOSA, así se hubiera
De loar, otra voz más viva y diestra,
Más tiempo y más caudal menester fuera:
Mas pues la mía á su intencion adiestra,
Yo te daré por paga verdadera
Con el bien que del dios de Delo tiene
El mayor de las aguas de Hipocrene.

Entre estos como Apolo venir veo
Hermoséando al mundo con su vista
Al discreto galán GARCÍA ROMERO,
Dignísimo de estar en esta lista:
Si la hija del húmido Peneo,
De quien ha sido Ovidio coronista,
En campos de Tesalia le hallara,
En él y no laurel se transformara.

Rompe el silencio y santo encerramiento,
Traspasa el aire, al cielo se levanta
De FRAY PEDRO DE HUETE aquel acento
De su divina musa, heróica y santa.

Del alto suyo raro entendimiento
Cantó la fama, ha de cantar y canta,
Llevando para dar al mundo espanto
Sus obras por testigo de su canto.

Tiempo es ya de llegar al fin postrero,
Dando principio á la mayor hazaña
Que jamás emprendí, la cual espero
Que ha de mover al blando Apolo á saña:
Pues con ingenio rústico y grosero
A dos soles que alumbran nuestra España,
No solo á España, mas al mundo todo,
Pienso loar, aunque me falte el modo.

De Febo la sagrada honrosa ciencia,
La cortesana discrecion madura,
Los bien gastados años, la experiencia
Que mil sanos consejos asegura,
La agudeza de ingenio, el advertencia
En apuntar y en descubrir la oscura
Dificultad y duda que se ofrece,
En estos soles dos sólo fiorece.

En ellos un epílogo, pastores,
Del largo canto mío ahora hago,
Y á ellos enderezo los loores,
Cuantos habeis oído, y no los pago:
Que todos los ingenios son deudores
A estos, de quien yo me satisfago;
Satisfácese dellos todo el suelo,
Y áun los admira, porque son del cielo.

Estos quiero que den fin á mi canto,
Y á una nueva admiracion comienzo,
Y si pensais que en esto me adelanto,
Cuando os diga quién son, vereis que venzo
Por ellos hasta el cielo me levanto,
Y sin ellos me corro y me avergüenzo,
Tal es LAÍNEZ, tal es FIGUEROA,
Dignos de eterna y de incesable loa.

No había aun bien acabado la hermosa ninfa los últimos acentos de su sabroso canto, cuando tornándose á juntar las llamas que divididas estaban, la cerraron en medio, y luego poco á poco consumiéndose, en breve espacio desapareció el ardiente fuego, y la discreta musa

delante de los ojos de todos, á tiempo que ya la clara aurora comenzaba á descubrir sus frescas y rosadas mejillas por el espacioso cielo, dando alegres muestras del venidero día. Y luego el venerable Telesio, poniéndose encima de la sepultura de Meliso, y rodeado de toda la agradable compañía que allí estaba, prestándole toda una agradable atencion y extraño silencio, desta manera comenzó á decirles : « Lo que esta pasada noche en este mismo lugar, y por vuestros ojos habeis visto, discretos y gallardos pastores, y hermosas pastoras, os habrá dado á entender cuán acepta es al cielo la loable costumbre que tenemos de hacer estos afiales sacrificios y honrosas obsequias, por las felices almas de los cuerpos que por decreto vuestro en este famoso valle tener sepultura merecieron. Dígoos esto, amigos míos, porque de aquí adelante con más fervor y diligencia acudais á poner en efeto tan santa y famosa obra, pues ya veis de cuán raros y altos espíritus nos ha dado noticia la bella Calíope, que todos son dinos no sólo de las vuestras, pero de todas las posibles alabanzas : y no penseis que es pequeño el gusto que he recebido en saber por tan verdadera relacion cuán grande es el número de los divinos ingenios que en nuestra España hoy viven ; porque siempre ha estado y está en opinion de todas las naciones extranjeras que no son muchos, sino pocos los espíritus que en la ciencia de la poesía, en ella muestran que le tienen levantado ; siendo tan al revés como se parece, pues cada uno de los que la ninfa ha nombrado, al más agudo extranjero se aventaja, y darían claras muestras dello, si en esta nuestra España se estimase en tanto la poesía como en otras provincias se estima ; y así por esta causa los insignés y claros ingenios que en ella se aventajan, con la poca estimacion que dellos los príncipes y el vulgo hacen, con sólo sus entendimientos comunican sus altos y extraños conceptos, sin osar publicarlos al mundo ; y tengo para mí que el cielo debe de ordenarlo desta manera, porque no merece el

mundo, ni el mal considerado siglo nuestro, gozar de manjares al alma tan gustosos : mas porque me parece, pastores, que el poco sueño desta pasada noche, y las largas ceremonias nuestras os tendrán algun tanto fatigados y deseosos de reposo, será bien que haciendo lo poco que nos falta para cumplir nuestro intento, cada uno se vuelva á su cabafia ó al aldea, llevando en la memoria lo que la musa nos deja encomendado : y en diciendo esto se abajó de la sepultura, y tornándose á coronar de nuevas y finestas ramas, tornó á rodear la pira tres veces, siguiéndole todos, y acompañándole en él algunas devotas oraciones que decia. »

Esto acabado, teniéndole todos en medio, volvió el grave rostro á una y otra parte, bajando la cabeza, y mostrando agradecido semblante y amorosos ojos, se despidió de toda la compaña, la cual yéndose, quién por una y quién por otra parte de las cuatro salidas que aquel sitio tenía, en poco espacio se deshizo y dividió toda, quedando solos los del aldea de Aurelio, y con ellos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, con los famosos pastores Elicio, Tirsi, Damon, Lauso, Erastro, Daranio, Arsindo y los cuatro lastimados Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, con las pastoras Galatea, Florisa, Silveria y su amiga Belisa, por quien Marsilio moría.

Juntos, pues, todos éstos, el venerable Aurelio les dijo que sería bien partirse luego de aquel lugar para llegar á tiempo de pasar la siesta en el arroyo de las Palmas, pues tan acomodado sitio era para ello. A todos pareció bien lo que Aurelio decia, y luego con reposados pasos hacía donde él dijo se encaminaron. Mas como la hermosa vista de la pastora Belisa, no dejase reposar los espíritus de Marsilio, quisiera él, si pudiera y le fuera lícito, llegarse á ella, y decirle la sinrazon que con él usaba : mas por no perder el decoro que á la honestidad de Belisa se debía, estabase el triste más mudo de lo que había menester su deseo.

Los mismos efectos y accidentes hacía amor en las almas de los enamorados Elicio y Erastro, que cada cual por sí quisiera decir á Galatea lo que ya ella bien sabía. A esta sazón dijo Aurelio : « No me parece bien , pastores, que os mostreis tan avaros , que no querais corresponder y pagar lo que debéis á las calandrias y ruiseñores , y á los otros pintados pajarillos , que por entre estos árboles con su no aprendida y maravillosa armonía os van entreteniendo y regocijando : tocad vuestros instrumentos , y levantad vuestras sonoras voces , mostraldes que el arte y destreza vuestra en la música , á la natural suya se aventaja ; y con tal entretenimiento sentiremos ménos la pesadumbre del camino y los rayos del sol , que ya parece que van amenazando el rigor con que esta siesta han de herir la tierra.

Poco fué menester para ser Aurelio obedecido , porque luego Erastro tocó su zampoña , y Arsindo su rabel , al son de los cuales instrumentos , dando todos la mano á Elicio , él comenzó á cantar desta manera :

ELICIO.

Por lo imposible peleo ,
Y si quiero retirarme ,
Ni paso ni senda veo ;
Que hasta vencer ó acabarme
Tras sí me lleva el deseo :
Y aunque sé que aquí es forzoso
Antes morir que vencer ,
Cuando estoy mas peligroso
Entónces vengo á tener
Mayor fe en lo más dudoso.

El cielo que me condena
A no esperar buena andanza
Me da siempre á mano llena
Sin las obras de esperanza
Mil certidumbres de pena :
Mas mi pecho valeroso
Que se abrasa y se resuelve

En vivo fuego amoroso,
En contracambio le vuelve
Mayor fe en lo más dudoso.

Inconstancia firme, duda,
Falsa fe, cierto temor
Voluntad de amor desnuda,
Nunca turban el amor
Que de firme no se muda :
Vuele el tiempo presuroso,
Suceda ausencia ó desden,
Crezca el mal, mengüe el reposo ;
Que yo tendré por mi bien
Mayor fe en lo más dudoso.

¿ No es conocida locura,
Y notable desvarío,
Querer yo lo que ventura
Me niega y el hado mío,
Y la suerte no asegura ?
De todo estoy temeroso,
No hay gusto que me entretenga,
Y en trance tan peligroso,
Me hace el amor que tenga
Mayor fe en lo más dudoso.

Alcanzo de mi dolor
Que está en tal término puesto,
Que llega donde el amor ;
Y el imaginar en esto
Templa en parte su rigor.
De pobre y menesteroso
Doy á la imaginacion
Alivio tan congojoso,
Porque tenga el corazon
Mayor fe en lo más dudoso.

Y mas agora que vienen
De golpe todos los males,
Y para que más me penen,
Aunque todos son mortales,
En la vida me entretienen :
Mas en fin, un fin hermoso
Nuestra vida en honra sube,
El mío me hará famoso,
Porque en muerte y vida tuve
Mayor fe en lo más dudoso.

Parecióle á Marsilio que lo que Elicio había cantado, tan á su propósito hacía, que quiso seguirle en el mismo concepto, y así, sin esperar que otro le tomase la mano, al son de los mismos instrumentos desta manera comenzó á cantar :

MARSILIO.

¡ Cuan fácil cosa es llevarse
El viento las esperanzas,
Que pudieron fabricarse
De las vanas confianzas
Que suelen imaginarse !
Todo concluye y fenece :
Las esperanzas de amor,
Los medios que el tiempo ofrece,
Mas en el buen amador
Sola la fe permanece.

Ella en mí tal fuerza alcanza,
Que á pesar de aquel desden,
Lleno de desconfianza,
Siempre me asegura un bien
Que sustenta la esperanza :
Y aunque el amor desfallece
En el blanco airado pecho
Que tanto mis males crece,
En el mio á su despecho
Sola la fe permanece.

Sabes, amor, tu que cobras
Tributo de mí fe cierta,
Y tanto en cobrar le sobras,
Que mi fe nunca fue muerta,
Pues se aviva con mis obras :
Y sabes bien que descrece
Toda mi gloria y contento
Cuanto más tu furia crece,
Y que en mi alma de asiento
Sola la fe permanece.

Pero si es cosa notoria,
Y no hay poner duda en ella,
Que la fe no entra en la gloria,

Yo que no estaré sin ella ,
¿ Qué triunfo espero ó vitoria ?
Mi sentido desvanece
Con el mal que se figura ,
Todo el bien desaparece ,
Y entre tanta desventura
Sola la fe permanece.

Con un profundo suspiro dió fin á su canto el lastimado Marsilio : y luego Erastro dando su zampofia , sin más detenerse , desta manera comenzó á cantar :

ERASTRO.

En el mal que me lastima ,
Y en el bien de mi dolor
Es mi fe de tanta estima ,
Que ni huye del temor ,
Ni á la esperanza se arrima ;
No la turba ó desconcierta
Ver que está mi pena cierta
En su difícil subida ,
Ni que consumen la vida
Fe viva esperanza muerta.

Milagro es este en mi mal ,
Mas eslo , porque mi bien ,
Si viene , venga á ser tal ,
Que entre mil bienes le den
La palma por principal :
La fama con lengua experta
Dé al mundo noticia cierta ,
Que el firme amor se mantiene
En mi pecho , adonde tiene
Fe viva , esperanza muerta.

Vuestro desden riguroso
Y mi humilde merecer
Me tienen tan temeroso ,
Que ya que os supe querer ,
Ni puedo hablaros , ni oso :
Veo de continuo abierta
A mi desdicha la puerta ,

Y que acabo poco á poco ;
Porque con vos valen poco
Fe viva , esperanza muerta.

No llega á mi fantasía
Un tan loco devaneo ,
Como es pensar que podría
El menor bien que deseo
Alcanzar por la fe mia :
Podeis , pastora , estar cierta
Que el alma réndida acierta
A amaros cual mereceis ;
Pues siempre en ella hallareis
Fe viva , esperanza muerta.

Calló Erastro , y luego el ausente Crisio , al son de los
mismos instrumentos , desta suerte comenzó á cantar :

CRISIO.

Si á las veces desespera
Del bien la firme afición ,
Quien desmaya en la carrera
De la amorosa pasión ,
¿ Qué fruto ó qué premio espera ?
Yo no sé quien se asegura
Gloria , gustos y ventura
Por un ímpetu amoroso ,
Si en él y en el más dichoso
No es fe la fe que no dura.

En mil trances ya sabidos
Se han visto , y en los amores
Los soberbios y atrevidos ,
Al principio vencedores ,
Y á la fin quedar vencidos :
Sabe el que tiene cordura ,
Que en la firmeza se apura
El triunfo de la batalla ,
Y sabe que aunque se halla ,
No es fe la fe que no dura.

En el que quisiere amar
No más de por su contento ,

Es imposible durar
En su vano pensamiento
La fe que se ha de guardar ;
Si en la mayor desventura
Mi fe tan firme y segura ,
Como en el bien no estuviera ,
Yo mismo della dijera ,
No es fe la fe que no dura.

El ímpetu y ligereza
De un nuevo amador insano ,
Los llantos y la tristeza ,
Son nubes que en el verano
Se deshacen con presteza :
No es amor el que le apura ,
Sino apetito y locura ,
Pues cuando quiere , no quiere ;
No es amante el que no muere ,
No es fe la fe que no dura.

A todos pareció bien la órden que los pastores en sus canciones guardaban , y con deseo atendían á que Tirsi ó Damon comenzasen ; mas presto se lo cumplió Damon, pues en acabando Crisio , al son de su mismo rabel cantó desta manera :

DAMON.

Amarilli ingrata y bella ,
¿ Quién os podrá enternecer ,
Si os vienen á endurecer
Las ansias de mi querella ,
Y la fe de mi querer ?
Bien sabeis , pastora , vos ,
Que en el amor que mantengo ,
A tan alto extremo vengo ,
Que despues de la de Dios ,
Sola es fe la fe que os tengo.

Y puesto que subo tanto
En amar cosa mortal ,
Tal bien encierra mi mal ,
Que al alma por el levanto

A su patria natural :
Por esto conozco y sé
Que tal es mi amor tan luengo ,
Como muero y me entretengo ,
Y que si en amor hay fe ,
Sola es fe la fe que os tengo.

Los muchos años gastados
En amorosos servicios ,
Del alma los sacrificios ,
De mi fe y de mis cuidados
Dan manifiestos indicios :
Por esto no os pediré
Remedio al mal que sostengo ,
Y si á pedírosle vengo ,
Es , Amarili , porque
Sola es fe la fe que os tengo.

En el mar de mi tormenta
Jamás he visto bonanza ,
Y aquella alegre esperanza
Con quien la fe se sustenta
De la mía no se alcanza :
Del amor y de fortuna
Me quejo , mas no me vengo ,
Pues por ellas á tal vengo ,
Que sin esperanza alguna
Sola es fe la fe que os tengo.

El canto de Damon acabó de confirmar en Timbrio y en Silerio la buena opinion que del raro ingenio de los pastores que allí estaban habían concebido , y más quando á persuasion de Tirsi y de Elicio , el ya libre y desdefioso Lauso al son de la flauta de Arsindo soltó la voz en semejantes versos :

LAUSO.

Rompió el desden tus cadenas ,
Falso amor , y en mi memoria
El mesmo ha vuelto la gloria
De la ausencia de tus penas :
Llame mi fe quien quisiere
Antojadiza y no firme ,

Y en su opinion me confirme
Como más le pareciere.

Diga que presto olvidé,
Y que de un sutil cabello,
Que un soplo pudo rompello,
Colgada estaba mi fe;
Diga que fueron fingidos
Mis llantos y mis sospiros,
Y que del amor los tiros
No pasaron mis vestidos.

Que no el ser llamado vano
Y mudable me atormenta,
A trueco de ver exenta
Mi cervíz del yugo insano:
Sé yo bien quien es Silena
Y su condicion extraña,
Y que asegura y engaña
Su apacible faz serena.

A su extraña gravedad
Y á sus bajos bellos ojos
No es mucho dar los despojos
De cualquiera voluntad:
Esto en la vista primera;
Mas despues de conocida,
Por no verla, dar la vida,
Y más, si más se pudiera.

Silena del cielo y mía
Muchas veces la llamaba,
Porque tan hermosa estaba
Que del cielo parecía:
Mas ahora sin recelo,
Mejor la podré llamar
Serena falsa del mar,
Que no Silena del cielo.

Con los ojos, con la pluma,
Con las veras y los juegos
De amantes vanos y ciegos
Prende innumerable suma:
Siempre es primero el postrero;
Mas el más enamorado
Al cabo es tan maltratado,
Cuanto querido primero.
¡ Oh cuánto más se estimara

De Silena la hermosura,
Si el proceder y cordura
A su belleza igualara !
No le falta discrecion ;
Mas empléala tan mal ,
Que le sirve de dogal
Que ahoga su presuncion.
Y no hablo de corrido ,
Pues sería apasionado ;
Pero hablo de engafiado
Y sin razon ofendido :
Ni me ciega la pasion ,
Ni el deseo de su mengua ;
Que siempre siguió mi lengua
Los términos de razon.
Sus muchos antojos varios ,
Su mudable pensamiento
Le vuelven cada momento
Los amigos en contrario ;
Y pues hay por tantos modos
Enemigos de Silena ,
O ella no es toda buena ,
O son ellos malos todos.

Acabó Lauso su canto , y aunque él creyó que ninguno le entendía por ignorar el disfrazado nombre de Silena , más de tres de los que allí iban la conocieron , y aun se maravillaron que la modestia de Lauso á ofender alguno se extendiese , principalmente á la disfrazada pastora de quien tan enamorado le habían visto. Pero en la opinion de Damon su amigo quedó bien disculpado , porque conocía el término de Silena , y sabía el que con Lauso había usado , y de lo que no dijo se maravillaba. Acabó , como se ha dicho , Lauso ; y como Galatea estaba informada del extremo de la voz de Nísida , quiso por obligarla cantar ella primero ; y por esto ántes que otro pastor comenzase , haciendo señal á Arsindo que en tañer su flauta procediese , al son della con su extremada voz cantó desta manera :

GALATEA.

Tanto cuanto el amor convida y llama
Al alma con sus gustos de apariencia,
Tanto más huye su mortal dolencia
Quien sabe el nombre que le da la fama.

Y el pecho opuesto á su amorosa llama
Armado de una honesta resistencia,
Poco puede empecerle su inclemencia,
Poco su fuego y su rigor le inflama.

Segura está quien nunca fue querida
Ni supo querer bien, de aquella lengua
Que en su deshonra se adelgaza y lima.

Mas si el querer y el no querer da mengua,
¿ En qué ejercicios pasará la vida
La que más que el vivir la honra estima ?

Bien se echó de ver en el canto de Galatea, que respondía al malicioso de Lauso, y que no estaba mal con las voluntades libres, sino con las lenguas maliciosas y los ánimos dañados, que no alcanzando lo que quieren, convierten el amor, que en un tiempo mostraron, en un odio malicioso y detestable, como en Lauso imaginaba; pero quizá saliera deste engaño, si la buena condicion de Lauso conociera, y la mala de Silena no ignorara. Luégo que Galatea acabó de cantar, con corteses palabras rogó á Nísida que lo mismo hiciese. La cual como era tan comedia como hermosa, sin hacerse de rogar, al son de la zampoña de Florisa cantó desta suerte :

NÍSIDA.

Bien puse yo valor á la defensa
Del duro encuentro y amoroso asalto,
Bien levanté mi presuncion en alto
Contra el rigor de la notoria ofensa.

Mas fué tan reforzada y tan intensa
La batería, y mi poder tan falto,

Que sin cogerme amor de sobresalto
Me dió á entender su potestad inmensa.

Valor , honestidad , recogimiento ,
Recato , ocupacion , esquivo pecho ,
Amor con poco premio lo conquista.

Ansí que para huir el vencimiento
Consejos jamás fueron de provecho :
Desta verdad testigo soy de vista.

Cuando Nísida acabó de cantar , y acabó de admirar á Galatea , y á los que escuchado la habían , estaban ya bien cerca del lugar adonde tenían determinado de pasar la siesta. Pero en aquel poco espacio le tuvo Belisa para cumplir lo que Silveria le rogó , que fue que algo cantase ; la cual , acompañándola el son de la flauta de Arsindo , cantó lo que sigue.

BELISA.

Libre voluntad exenta ,
Atended á la razon
Que nuestro crédito aumenta ,
Dejad la vana aficion
Engendradora de afrenta :
Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga ,
A su gusto es cualquier cosa
Composicion venenosa
Con jugo de adelfa amarga.
Por la mayor cantidad
De la riqueza subida
En valor y en calidad ,
No es bien dada ni vendida
La preciosa libertad :
Pues ¿ quién se pondrá á perdella
Por una simple querella
De un amador porfiado ,
Si cuanto bien hay criado
No se compara con ella ?
Si es insufrible dolor
Tener en prision esquivá

El cuerpo libre de amor,
¿ Tener el alma captiva
No será pena mayor?
Si será, y aun de tal suerte,
Que remedio á mal tan fuerte
No se halla en la paciencia,
En años, valor y ciencia,
Porque solo está en la muerte.

Vaya pues mi sano intento
Léjos deste desvarío,
Huiga tan falso contento,
Rija mi libre albedrío
A su modo el pensamiento:
Mi tierna cerviz exenta
No permita ni consienta
Sobre sí el yugo amoroso,
Por quien se turba el reposo,
Y la libertad se ausenta.

Al alma del lastimado Marsilio llegaron los libres versos de la pastora, por la poca esperanza que sus palabras prometían de ser mejoradas sus obras; pero como era tan firme la fe con que la amaba, no pudieron, las notorias muestras de libertad que había oído, hacer que él no quedase tan sin ella, como hasta entónces estaba. Acabóse en esto el camino de llegar al arroyo de las Palmas, y aunque no llevaran intencion de pasar allí la siesta, en llegando á él, y en viendo la comodidad del hermoso sitio, él mismo á no pasar adelante les forzara.

Llegados pues á él, luego el venerable Aurelio ordenó que todos se sentasen junto al claro y espejado arroyo, que por entre la menuda hierba corría, cuyo nacimiento era al pie de una altísima y antigua palma (que por no haber en todas las riberas del Tajo sino aquella, y otra que junto á ella estaba, aquel lugar y arroyo el de las Palmas era llamado), y despues de sentados, con más voluntad y llaneza, que de costosos manjares, de los pastores de Aurelio fueron servidos, satisfaciendo la sed con las claras y frescas aguas que el limpio arroyo les ofrecía; y en

acabando la breve y sabrosa comida, algunos de los pastores se dividieron y apartaron á buscar algun apartado y sombrío lugar, donde restaurar pudiesen las no dormidas horas de la pasada noche; y sólo se quedaron solos los de la compañía y aldea de Aurelio, con Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, Tirsi y Damon, á quien les pareció ser mejor gustar de la buena conversacion que allí se esperaba, que de cualquier otro gusto que el sueño ofrecerles podía. Adivinada, pues, y casi conocida esta su intencion, Aurelio les dijo: «Bien será, señores, que los que aquí estamos, ya que entregarnos al dulce sueño no habemos querido, que este tiempo que le hurtamos, no dejemos de aprovecharle en cosa que más de nuestro gusto sea; y la que á mí me parece que no podrá dejar de dárnosle, es que cada cual, como mejor supiere, muestre aquí la agudeza de su ingenio, proponiendo alguna pregunta ó enigma, á quien esté obligado á responder el compañero que á su lado estuviere; pues con este ejercicio se granjearán dos cosas: la una pasar con menos enfado las horas que aquí estuviéremos, la otra no cansar tanto nuestros oídos con oír siempre lamentaciones de amor y endechas enamoradas.» Conformáronse todos luego con la voluntad de Aurelio, y sin mudarse del lugar do estaban, el primero que comenzó á preguntar fué el mismo Aurelio, diciendo desta manera.

AURELIO.

¿Cuál es aquel poderoso
Que desde Oriente á Occidente
Es conocido y famoso?
A veces fuerte y valiente,
Otras flaco y temeroso:
Quita y pone la salud,
Muestra y cubre la virtud
En muchos más de una vez,
Es más fuerte en la vejez
Que en la alegre juventud.

Múdase en quien no se muda
Por extraña preeminencia :
Hace temblar al que suda ;
Y á la más rara elocuencia
Suele tornar torpe y muda :
Con diferentes medidas
Mide su ser y su nombre ,
Y suele tomar renombre
De mil tierras conocidas.

Sin armas vence al armado ,
Y es forzoso que le venza ,
Y aquel que más le ha tratado
Mostrando tener vergüenza ,
Es el más desvergonzado :
Y es cosa de maravilla
Que en el campo y en la villa
A capitan de tal prueba ,
Cualquier hombre se le atreva
Aunque pierda en la rencilla.

Tocó la respuesta desta pregunta al anciano pastor Arsindo, que junto á Aurelio estaba ; y habiendo un poco considerado lo que significar podía , al fin le dijo : « Paréceme , Aurelio , que la edad nuestra nos fuerza á andar más enamorados de lo que significa tu pregunta , que no de la más gallarda pastora que se nos pueda ofrecer ; porque si no me engaño , el poderoso y conocido que dices , es el vino ; y en él cuadran todos los atributos que le has dado.

— Verdad dices , Arsindo , respondió Aurelio , y estoy para decir que me pesa de haber propuesto pregunta que con tanta facilidad haya sido declarada ; mas dí tú la tuya , que al lado tienes quien te la sabrá desatar por más añadada que venga.

— Que me place , dijo Arsindo : luego propuso lo siguiente :

ARSINDO.

¿Quién es quien pierde el color
Donde se suele avivar,
Y luego torna á cobrar
Otro más vivo y mejor?
Es pardo en su nacimiento,
Y despues negro atezado,
Y al cabo tan colorado
Que su vista da contento:

No guarda fueros ni leyes,
Tiene amistad con las llamas,
Visita á tiempos las camas
De señores y de reyes:
Muerto se llama varon,
Y vivo hembra se nombra,
Tiene el aspecto de sombra,
De fuego la condicion.

Era Damon el que al lado de Arsindo estaba; el cual, apenas había acabado Arsindo su pregunta, cuando le dijo: «Paréceme, Arsindo, que no es tan oscura tu demanda como lo que significa, porque si mal no estoy en ella, el carbon es por quien dices que muerto se llama varon, y encendido y vivo brasa, que es nombre de hembra, y todas las demas partes le convienen en todo como ésta; y si quedas con la misma pena que Aurelio, por la facilidad con que tu pregunta ha sido entendida, yo os quiero tener compañía en ella; pues Tirsi, á quien toca responderme, nos hará iguales, y luego dijo la suya.»

DAMON.

¿Cuál es la dama polida,
Aseada y bien compuesta,
Temerosa y atrevida,
Vergonzosa y deshonestá,
Y gustosa y desabrida?
Si son muchas, porque asombre,

Mudan de mujer el nombre
En varon , y es cierta ley ,
Que va con ellas el rey ,
Y las lleva cualquier hombre.

— Bien es , amigo Damon , dijo luego Tirsi , que salga verdadera tu porfia , y que quedes con la pena de Aurelio y Arsindo , si alguna tienen ; porque te hago saber que sé que lo que encubre tu pregunta , es la carta y el pliego de cartas. Concedió Damon lo que Tirsi dijo. Y luego Tirsi propuso desta manera :

TIRSI.

¿ Quién es la que es toda ojos
De la cabeza á los pies ,
Y á veces sin su interes
Causa amorosos enojos ?
Tambien suele aplacar riñas ,
Y no le va ni le viene ;
Y aunque tantos ojos tiene
Descubre muy pocas niñas :
Tiene nombre de un dolor
Que se tiene por mortal ,
Hace bien y hace mal ,
Enciende y temple el amor.

En confusion puso á Elicio la pregunta de Tirsi , porque á él tocaba responder á ella , y casi estuvo para darse , como dicen , por vencido ; pero á cabo de poco vino á decir , que era la celosia ; y concediéndolo Tirsi , luego Elicio preguntó lo siguiente :

ELICIO.

Es muy oscura y es clara ,
Tiene mil contrariedades ,
Encúbrenos las verdades ,
Y al cabo nos las declara :

Nace á veces de donaire ,
Otras de altas fantasías ,
Y suele engendrar porfías ,
Aunque trate cosas de aire.
Sabe su nombre cualquiera ,
Hasta los niños pequeños ;
Son muchas y tienen dueños
De diferente manera :
No hay vieja que no se abrace
Con una de estas señoras :
Son de gusto algunas horas ,
Cuál cansa , cuál satisface.
Sabios hay que se desvelan
Por sacarles los sentidos ,
Y algunos quedan corridos ,
Cuanto más sobre ello velan :
Cuál es necia , cuál curiosa ,
Cuál fácil , cuál intrincada ,
Pero sea ó no sea nada ,
Decidme , qué es cosa y cosa.

No podía Timbrio atinar con lo que significaba la pregunta de Elicio , y casi comenzó á correrse de ver que más que otro alguno se tardaba en la respuesta ; mas ni aun por eso venía en el sentido della ; y tanto se detuvo , que Galatea , que estaba despues de Nísida , dijo : « Si vale á romper la órden que está dada , y puede responder el que primero supiere , yo por mí digo que sé lo que significa la propuesta enigma , y estoy por declararla , si el señor Timbrio me da licencia.

— Por cierto , hermosa Galatea , respondió Timbrio , que conozco yo que así como á mí falta , os sobra á vos ingenio para aclarar mayores dificultades ; pero con todo eso quiero que tengais paciencia , hasta que Elicio la torne á decir ; y si desta vez no la acertare , confirmarse há con más veras la opinion que de mi ingenio y del vuestro tengo. » Tornó Elicio á decir su pregunta , y luego Timbrio declaró lo que era , diciendo : Con lo mesmo que yo pensé que tu demanda , Elicio , se escurecía , con eso mes-

mo me parece que se declara , pues el último verso dice :
te digan qué es cosa y cosa. Y así yo te respondo á lo que
me dices , y digo que tu pregunta es , el que es cosa y
cosa ; y no te maravilles haberme tardado en la respuesta,
porque más me maravillara yo de mi ingenio, si más
presto respondiera, el cual mostrará quién es en el poco
artificio de mi pregunta , que es ésta :

TIMBRIO.

¿ Quién es el que á su pesar
Mete sus pies por los ojos ,
Y sin causarles enojos
Les hace luego cantar ?
El sacarlos es de gusto ,
Aunque á veces quien los saca
No sólo su mal no aplaca ,
Mas cobra mayor disgusto.

A Nísida tocaba responder á la pregunta de Timbrio ;
mas no fué posible que la adivinasen ni ella ni Galatea,
que se le seguían. Y viendo Orompo que las pastoras se
fatigaban en pensar lo que significaba , les dijo : « No os
canseis , señoras , ni fatiguedes vuestros entendimientos en
la declaracion desta enigma ; porque podría ser que nin-
guna de vosotras en toda su vida hubiese visto la figura
que la pregunta encubre , y así no es mucho que no deis
en ella ; que si de otra suerte fuera , bien seguros estába-
mos de vuestros entendimientos , que en menos espacio
otras más dificultosas hubiéradades declarado ; y por esto ,
con vuestra licencia , quiero yo responder á Timbrio , y
decirle que su demanda significa. un hombre con grillos ,
pues cuando saca los pies de aquellos ojos que él dice , ó
es para ser libre , ó para llevarle al suplicio : porque veáis ,
pastoras , si tenía yo razon de imaginar que quizá ningun-
a de vosotras había visto en toda su vida cárceles ni pri-
siones.

— Yo por mí sé decir, dijo Galatea, que jamás he visto aprisionado alguno. » Lo mismo dijeron Nísida y Blanca, y luego Nísida propuso su pregunta en esta forma:

NÍSIDA.

Muerde el fuego, y el bocado
Es daño y bien del mordido,
No pierde sangre el herido,
Aunque se ve acuchillado:
Mas si es profunda la herida,
Y de mano que no acierte,
Causa al herido la muerte,
Y en tal muerte está su vida.

Poco se tardó Galatea en responder á Nísida, porque luego le dijo: Bien sé que no me engaño, hermosa Nísida si digo que á ninguna cosa se puede mejor atribuir tu enigma que á las tijeras de despabilar, y á la vela ó cirio que despabilan, y si esto es verdad, como lo es, y quedas satisfecha de mi respuesta, escucha agora la mia, que no con ménos facilidad espero que será declarada de tu hermana, que yo he hecho la tuya, y luego la dijo, que fué ésta:

GALATEA.

Tres hijos que de una madre
Nacieron con ser perfeto,
Y de un hermano era nieto
El uno, y el otro padre;
Y estos tres tan sin clemencia
A su madre maltrataban,
Que mil puñadas le daban
Mostrando en ello su ciencia.

Considerando estaba Blanca lo que podía significar la enigma de Galatea, cuando vieron atravesar corriendo por junto al lugar donde estaban dos gallardos pastores,

CERVANTES. — *La Galatea.*

mostrando en la furia con que corrían que alguna cosa de importancia les forzaba á mover los pasos con tanta ligereza, y luego en el mismo instante oyeron unas dolorosas voces, como de personas que socorro pedían; con este sobresalto se levantaron todos, y siguieron el tino donde las voces sonaban; y á pocos pasos salieron de aquel deleitoso sitio, y dieron sobre la ribera del fresco Tajo, que por allí cerca mansamente corría; y apenas vieron el río, cuando se les ofreció á la vista la más extraña cosa que imaginar pudieran, porque vieron dos pastoras al parecer de gentil donaire, que tenían á un pastor asido de las faldas del pellico con toda la fuerza á ellas posible, porque el triste no se ahogase, porque tenía ya el medio cuerpo en el río, y la cabeza debajo del agua, forcejando con los pies por desasirse de las pastoras, que su desesperado intento estorbaban; las cuales ya casi querían soltarle, no pudiendo vencer el teson de su porfía con las débiles fuerzas suyas.

Mas en esto llegaron los dos pastores que corriendo habían venido, y asiendo al desesperado, le sacaron del agua á tiempo que ya todos los demás llegaban, espantándose del extraño espectáculo; y más lo fueron cuando conocieron que el pastor que quería ahogarse era Galercio, el hermano de Artidoro, y las pastoras eran Maurisa su hermana y la hermosa Teolinda, las cuales como vieron á Galatea y á Florisa, con lágrimas en los ojos corrió Teolinda á abrazar á Galatea, diciendo: «¡Ay, Galatea, amiga dulce y señora mia! ¡cómo ha cumplido esta desdichada la palabra que te dió de volver á verte y á decirte las nuevas de su contento!

— De que le tengas, Teolinda, respondió Galatea, holgaré yo tanto, cuanto te lo asegura la voluntad que de mí para servirte tienes conocida; mas paréceme que no acreditan tus ojos tus palabras, ni aun ellas me satisfacen de modo que imagine buen suceso de tus deseos. »

En tanto que Galatea con Teolinda esto pasaba, Elicio

y Artidoro con los otros pastores habían desnudado á Galercio, y al desceñirle el pellico, que con todo el vestido mojado estaba, se le cayó un papel del seno, el cual alzó Tirsí, y abriéndole, vió que eran versos; y por no poderlos leer por estar mojados, encima de una alta rama le puso al rayo del sol para que se enjugase. Pusieron á Galercio un gaban de Arsindo, y el desdichado mozo estaba como atónito y embelesado, sin hablar palabra alguna, aunque Elicio le preguntaba qué era la causa que á tan extraño término le había conducido. Mas por él respondió su hermana Maurisa, diciendo: « Alzad los ojos, pastores, y vereis quién es la ocasion que al desgraciado de mi hermano en tan extraños y desesperados puntos ha puesto. »

Por lo que Maurisa dijo, alzaron los pastores los ojos, y vieron encima de una pendiente roca, que sobre el rio caía, una gallarda y dispuesta pastora, sentada sobre la misma peña, mirando con risueño semblante todo lo que los pastores hacían. La cual fué luego de todos conocida por la cruel Gelasia. « Aquella desamorada, aquella desconocida, siguió Maurisa, es, señores, la enemiga mortal deste desventurado hermano mio, el cual, como ya todas estas riberas saben, y vosotros no ignorais, la ama, la quiere y la adora; y en cambio de los continuos servicios que siempre le ha hecho, y de las lágrimas que por ella ha derramado, esta mañana con el más esquivo y desamorado desden que jamás en la crueldad pudiera hallarse, le mandó que de su presencia se partiese, y que agora ni nunca jamás á ella tornase; y quiso tan de veras mi hermano obedecerla, que procuraba quitarse la vida, por excusar la ocasion de nunca traspasar su mandamiento; y si por dicha estos pastores tan presto no llegaran, llegado fuera ya el fin de mi alegría y el de los dias de mi lastimado hermano. » En admiracion puso lo que Maurisa dijo á todos los que la escucharon, y más admirados quedaron, cuando vieron que la cruel Gelasia, sin moverse del lugar donde estaba, y sin hacer cuenta de toda aquella

compañía que los ojos en ella tenía puestos, con un extrañío donaire y desdeñoso brío sacó un pequeño rabel de su zurrón, y parándosele á templar muy despacio, á cabo de poco rato, y con voz en extremo buena, comenzó á cantar de esta manera:

GELASIA.

¿Quién dejará del verde prado umbroso
Las frescas hierbas y las frescas fuentes?

¿Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre ó jabalí cerdoso?

¿Quién con el son amigo y sonoro
No detendrá las aves inocentes?

¿Quién en las horas de la siesta ardientes
No buscará en las selvas el reposo?

Por seguir los incendios, los temores,
Los celos, iras, rabias, muertes, penas
Del falso amor que tanto aflige al mundo?

Del campo son y han sido mis amores,
Rosas son y jazmines mis cadenas,
Líbre nací, y en mi libertad me fundo.

Cantando estaba Gelasia, y en el movimiento y ademan de su rostro la desamorada condicion suya descubría; mas apenas hubo llegado al último verso de su canto, cuando se levantó con una extraña ligereza, y como si de alguna cosa espantable huyera, así comenzó á correr por la peña abajo, dejando á los pastores admirados de su condicion, y confusos de su corrida. Mas luego vieron qué era la causa della con ver al enamorado Lenio, que con tirante paso por la misma peña subía con intencion de llegar adonde Gelasia estaba; pero no quiso ella aguardarle, por no faltar de corresponder en un solo punto á la crueldad de su propósito.

Llegó el cansado Lenio á lo alto de la peña, cuando ya Gelasia estaba al pié della; y viendo que no detenía el paso, sino que con más presteza por la espaciosa campaña

le tendía, con fatigado aliento y laso espíritu se sentó en el mismo lugar donde Gelasia había estado, y allí comenzó con desesperadas razones á maldecir su ventura, y la hora en que alzó la vista á mirar á la cruel pastora Gelasia; y en aquel mismo instante, como arrepentido de lo que decía, tornaba á bendecir sus ojos y á tener por buena la ocasion que en tales términos le ponía; y luego, incitado y movido de un furioso accidente, arrojó léjos de sí el cayado, y desnudándose el pellico, le entregó á las aguas del claro Tajo, que junto al pie de la peña corría. Lo cual visto por los pastores que mirándole estaban, sin duda creyeron que la fuerza de la enamorada pasión le sacaba de juicio; y así Elicio y Erastro comenzaron á subir la peña para estorbarle que no hiciese algun otro desatino que le costase más caro; y puesto que Lenio los vió subir, no hizo otro movimiento alguno, sino fué sacar de su zurrón su rabel, y con un nuevo y extraño reposo se tornó á sentar, y vuelto el rostro hácia donde su pastora oía, con voz suave y de lágrimas acompañada, comenzó á cantar desta suerte:

LENIO.

¿Quién te impele, cruel, quién te desvía?
¿Quién te retira del amado intento?
¿Quién en tus pies veloces alas cría,
Con que corres ligera más que el viento?
¿Por qué tienes en poco la fe mía,
Y desprecias el alto pensamiento?
¿Por qué huyes de mí, por qué me dejas?
¡Oh más dura que mármol á mis quejas!
¿Soy por ventura de tan bajo estado
Que no merezca ver tus ojos bellos?
¿Soy pobre, soy avaro? ¿Hasme hallado
En falsedad desde que supe vellos?
¿La condicion primera no he mudado?
¿No pende del menor de tus cabellos
Mi alma? Pues ¿por qué de mí te alejas?
¡Oh más dura que mármol á mis quejas!

Tome escarmiento tu altivez sobrada
De ver mi libre voluntad rendida ,
Mira mi antigua presuncion trocada
Y en amoroso intento convertida ;
Mira que contra amor no puede nada
La más exenta descuidada vida ;
Deten el paso ya ; ¿ por qué le aquejas ?
¡ Oh más dura que mármol á mis quejas !
Víme cual tú te ves , y agora veo
Que como fuí , jamás espero verme :
Tal me tiene la fuerza del deseo ,
Tal quiero que se extrema en no quererme.
Tú has ganado la palma , tú el trofeo
De que amor pueda en su prision tenerme ;
Tú me rendiste , ¿ y tú de mí te alejas ?
¡ Oh más dura que mármol á mis quejas !

En tanto que el lastimado pastor sus dolorosas quejas entonaba , estaban los demas pastores reprendiendo á Galercio su mal propósito , afeando el dañado intento que había mostrado. Mas el desesperado mozo á ninguna cosa respondía , de que no poco Maurisa se fatigaba , creyendo que en dejándole solo había de poner en ejecucion su mal pensamiento. En este medio Galatea y Florisa , apartándose con Teolinda , le preguntaron qué era la causa de su tornada , y si por ventura había sabido ya de su Artidoro. A lo cual ella respondió llorando : « No sé qué os diga , amigas y señoras mias , sino que el cielo quiso que yo hallase á Artidoro para que enteramente le perdiese ; porque habreis de saber que aquella mal considerada y traidora hermana mía , que fué el principio de mi desventura , aquella mesma ha sido la ocasion del fin y remate de mi contento ; porque sabiendo ella , así como llegamos con Galercio y Maurisa á su aldea , que Artidoro estaba en una montaña no léjos de allí con su ganado , sin decirme nada se partió á buscarle : hallóle , y fingiendo ser yo (que para solo este daño ordenó el cielo que nos pareciésemos) , con poca dificultad le dió á entender que la pastora que en nuestra aldea le había desdefiado , era una su

hermana, que en extremo le parecía; en fin le contó por suyos todos los pasos que yo por él he dado y los extremos de dolor que he padecido; y como las entrañas del pastor estaban tan tiernas y enamoradas, con harto ménos que la traidora le dijera, fuera de él creída, como la creyó tan en mi perjuicio, que sin aguardar que la fortuna mezclase en su gusto algun nuevo impedimento, luego en el mismo instante dió la mano á Leonarda de ser su legítimo esposo, creyendo que se la daba á Teolinda. Veis aquí pastoras, en qué ha parado el fruto de mis lágrimas y suspiros; veis aquí ya arrancada de raíz toda mi esperanza; y lo que más siento, es que haya sido por la mano que á sustentarla estaba más obligada. Leonarda goza de Artidoro por el medio del falso engaño que os he contado, y puesto que ya él lo sabe, aunque debe de haber sentido la burla, hala disimulado como discreto. Llegaron luego al aldea las nuevas de su casamiento, y con ellas las del fin de mi alegría: supose tambien el artificio de mi hermana, la cual dió por disculpa ver que Galercio, á quien tanto ella amaba, por la pastora Gelasia se perdía, y que así le pareció más fácil reducir á su voluntad la enamorada de Artidoro, que no la desesperada de Galercio, y que pues las dos eran uno solo en cuanto á la apariencia y gentileza, que ella se tenía por dichosa y bien afortunada con la compañía de Artidoro. Con esto se disculpa, como he dicho, la enemiga de mi gloria; y así yo, por no verla gozar de la que de derecho se me debía, dejó el aldea y la presencia de Artidoro, y acompañada de las más tristes imaginaciones que imaginarse pueden, venía á daros las nuevas de mi desdicha en compañía de Maurisa, que ansimesmo viene con intencion de contaros lo que Grisaldo ha hecho despues que supo el hurto de Rosaura; y esta mañana al salir del sol topamos con Galercio, el cual con tiernas y enamoradas razones estaba persuadiendo á Gelasia que bien le quisiese; mas ella con el más extraño desden y esquivaza que decirse puede, le mandó que se le

quitase delante, y que no fuese osado de jamás hablarla : y el desdichado pastor apretado de tan recio mandamiento y de tan extraña crueldad, quiso cumplirle, haciendo lo que habeis visto. Todo esto es lo que por mí ha pasado, amigas mías, despues que de vuestra presencia me partí. Ved agora si tengo más que llorar que ántes, y si se ha aumentado la ocasion para que vosotras os ocupeis en consolarme, si acaso mi mal recibiese consuelo. »

No dijo más Teolinda, porque la infinidad de lágrimas que le vinieron á los ojos. y los suspiros que del alma arrancaba, impidieron el oficio á la lengua; y aunque las de Galatea y Florisa quisieron mostrarse expertas y elocuentes en consolarla, fué de poco efeto su trabajo. Y en el tiempo que entre las pastoras estas razones pasaban, se acabó de enjugar el papel que Tirsi á Galercio del seno sacado había, y deseoso de leerle, le tomó, y vió que desta manera decía :

GALERCIO Á GELASIA.

Angel de humana figura,
Furia con rostro de dama,
Fria y encendida llama
Donde mi alma se apura :
Escucha las sinrazones
De tu desamor causadas,
De mi alma trasladadas
En estos tristes renglones.

No escribo por ablandarte,
Pues con tu dureza extraña
No valen ruegos ni mafia,
Ni servicios tienen parte :
Escribote, porque veas
La sinrazon que me haces,
Y cuán mal que satisfaces
Al valor de que te arreas.

Que alabes la libertad
Es muy justo, y razon tienes ;
Mas mira que la mantienes
Sólo con la crueldad :

Y no es justo lo que ordenas,
Querer, sin ser ofendida,
Sustentar tu libre vida
Con tantas muertes ajenas.

No imagines que es deshonra
Que te quieran todos bien,
Ni que está en usar desdeñ
Depositada tu honra :
Antes templando el rigor
De los agravios que haces,
Con poco amor satisfaces,
Y cobras nombre mejor.

Tu crueldad me da á entender
Que las fieras te engendraron,
O que los montes formaron
Tu duro indomable ser :
Que en ellos es tu recreo,
Y en los páramos y valles,
Do no es posible que halles
Quien te enamore el deseo.

En una fresca espesura
Una vez te ví sentada,
Y dije : estatua es formada
Aquella de piedra dura :
Y aunque el moverte despues
Contradijo á mi opinion,
En fin en la condicion,
Dije, más que estatua es.

¡ Y ojalá que estatua fueras
De piedra ! que yo esperara
Que el cielo por mí cambiara
Tu sér, y en mujer volvieras :
Que Pigmalëon no fué
Tanto á la suya rendido,
Como yo te soy y he sido,
Pastora, y siempre seré.

Con razon y de derecho
Del mal y bien me das pago,
Pena por el mal que hago,
Gloria por el bien que he hecho.
En el modo que me tratas
Tal verdad es conocida ;
Con la vista me das vida,

Con la condicion me matas.

Dese pecho, que se atreve
A esquivar de amor los tiros,
El fuego de mis sospiros
Deshaga un poco la nieve:
Concédase al llanto mio
Y al nunca admitir descanso,
Que vuelva agradable y manso
Un solo punto tu brío.

Bien sé que habrás de decir
Que me alargo, y yo lo creo,
Pero acorta tú el deseo,
Y acortaré yo el pedir:
Mas segun lo que me das
En cuantas demandas toco,
A tí te importa muy poco,
Que pida ménos ó más.

Si de tu extraña dureza
Pudiera reprehenderte,
Y aquella señal ponerte,
Que muestra nuestra flaqueza,
Dijera viendo tu sér,
Y no así como se enseña:
Acuérdate que eres peña,
Y en peña te has de volver.

Mas seas peña ó acero,
Duro mármol ó diamante,
De un acero soy amante,
O una peña adoro y quiero:
Si eres ángel disfrazado,
O furia, que todo es cierto,
Por tal ángel vivo muerto,
Y por tal furia penado.

Mejor le parecieron á Tirsi los versos de Galercio, que la condicion de Gelasia; y queriéndolos mostrar á Elicio, vióle tan mudado de color y de semblante, que una imágen de muerto parecía. Llegóse á él, y cuando le quiso preguntar si algun dolor le fatigaba, no fué menester esperar su respuesta para entender la causa de su pena, porque luego oyó publicar entre todos los que allí estaban, cómo los dos pastores, que á Galercio socorrieron,

eran amigos del pastor lusitano, con quien el venerable Aurelio tenía concertado de casar á Galatea, los cuales venían á decirle cómo de allí á tres días el venturoso pastor vendría á su aldea á concluir el felicísimo desposorio. Y luego vió Tirsi que estas nuevas más nuevos y extraños accidentes de los causados habían de causar en el alma de Elicio; pero con todo esto se llegó á él y le dijo: «Agora es menester, buen amigo, que te sepas valer de la discrecion que tienes, pues en el peligro mayor se muestran los corazones valerosos; y asegúrote que no sé quién á mí me asegura, que ha de tener mejor fin este negocio de lo que tú piensas; disimula y calla, que si la voluntad de Galatea no gusta de corresponder de todo en todo á la de su padre, tú satisfacerás la tuya, aprovechándote de las nuestras y aún de todo el favor que te puedan ofrecer cuantos pastores hay en las riberas deste río y en las del manso Henares; el cual favor yo te ofrezco, que bien imagino que el deseo que todos han conocido que yo tengo de servirles, les obligará á hacer que no salga vano lo que aquí te prometo.»

Suspenseo quedó Elicio, viendo el gallardo y verdadero ofrecimiento de Tirsi, y no supo ni pudo responderle más que abrazarle estrechamente, y decirle: «El cielo te pague, discreto Tirsi, el consuelo que me has dado, con el cual y con la voluntad de Galatea; que á lo que creo, no discrepará de la nuestra, sin duda entiendo, que tan notorio agravio como el que se hace á todas estas riberas en desterrar dellas la rara hermosura de Galatea, no pase adelante: y tornándole á abrazar tornó á su rostro la color perdida. Pero no tornó al de Galatea, á quien fué oír la embajada de los pastores como si oyera la sentencia de su muerte. Todo lo notaba Elicio, y no lo podía disimular Erastro, ni ménos la discreta Florisa, ni aun fué gustosa la nueva á ninguno de cuantos allí estaban.

A esta sazón ya el sol declinaba su acostumbrada carrera: y así por esto, como por ver que el enamorado Le-

nio había seguido á Gelasia, y que allí no quedaba otra cosa que hacer, trayendo á Galercio y á Maurisa consigo, toda aquella compañía movió los pasos hácia el aldea, y al llegar junto á ella, Elicio y Erastro se quedaron en sus cabañas, y con ellos Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio, Arsindo y Orfenio se quedaron con otros algunos pastores: y de todos ellos con corteses palabras y ofrecimientos se despidieron los venturosos Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, diciéndoles que otro día se pensaban partir á la ciudad de Toledo, donde había de ser el fin de su viaje; y abrazando á todos los que con Elicio quedaban, se fueron con Aurelio, con el cual iban Florisa, Teolinda y Maurisa, y la triste Galatea tan congojada y pensativa, que con toda su discrecion no podía dejar de dar muestras de extraño descontento. Con Daranio se fueron su esposa Silveria y la hermosa Belisa. Cerró en esto la noche, y parecióle á Elicio que con ella se le cerraban todos los caminos de su gusto: y si no fuera por agasajar con buen semblante á los huéspedes que tenía aquella noche en su cabaña, él la pasara tan mala que desesperara de ver el día. La misma pena pasaba el mísero Erastro, aunque con más alivio, porque sin tener respeto á nadie, con altas voces y lastimeras palabras maldecía su ventura, y la acelerada determinacion de Aurelio.

Estando en esto, ya que los pastores habían satisfecho á la hambre con algunos rústicos manjares, y algunos dellos entregádose en los brazos del reposado sueño, llegó á la cabaña de Elicio la hermosa Maurisa, y hallando á Elicio á la puerta de su cabaña, le apartó, y le dió un papel, diciéndole que era de Galatea, y que le leyese luego, que pues ella á tal hora le traía, entendiese que era de importancia lo que en él debía de venir. Admirado el pastor de la venida de Maurisa, y más de ver en sus manos papel de su pastora, no pudo sossegar un punto hasta leerle, y entrándose en su cabaña, á la luz de una raja de teoso pino le leyó, y vió que así decía:

GALATEA Á ELICIO.

« En la apresurada determinacion de mi padre está la
» que yo he tomado de escribirte, y en la fuerza que me
» hace la que á mí mesma ha hecho llegar á este punto :
» bien sabes en el que estoy, y sé yo bien que quisiera
» verme en otro mejor, para pagarte algo de lo mucho
» que conozco que te debo. Mas si el cielo quiere que yo
» quede con esta deuda, quejate dél, y no de la voluntad
» mia. La de mi padre quisiera mudar, si fuera posible;
» pero veo que no lo es, y así no lo intento. Si algun re-
» medio por allá imaginas, como en él no intervengan
» ruegos, ponle en efeto, con el miramiento que á tu
» crédito debes y á mi honra estás obligado. El que me
» dan por esposo, y el que me ha de dar sepultura, viene
» pasado mañana : poco tiempo te queda para aconsejarte,
» aunque á mí me queda harto para arrepentirme. No
» digo más, sino que Maurisa es fiel, y yo desdichada. »

En extraña confusion pusieron á Elicio las razones de la carta de Galatea, pareciéndole cosa nueva, así el escribirle, pues hasta entónces jamás lo había hecho, como el mandarle buscar remedio á la sinrazon que se le hacía: mas pasando por todas estas cosas, solo paró en imaginar cómo cumpliría lo que le era mandado, aunque en ello aventurase mil vidas, si tantas tuviera. Y no ofreciéndosele otro algun remedio, sino el que de sus amigos esperaba, confiado en ellos, se atrevió á responder á Galatea con una carta que dió á Maurisa, la cual desta manera decía :

ELICIO Á GALATEA.

« Si las fuerzas de mi poder llegaran al deseo que tengo de servirlos, hermosa Galatea, ni la que vuestro padre os hace, ni las mayores del mundo fueran parte

» para ofenderos ; pero como quiera que ello sea , vos ve-
» reis agora , si la sinrazon pasa adelante , cómo yo no me
» quedo atrás en hacer vuestro mandamiento , por la vía
» mejor que el caso pidiere. Asegúrcos esto la fe que de
» mí teneis conocida , y haced buen rostro á la fortuna
» presente , confiada en la bonanza venidera ; que el cielo
» que os ha movido á acordaros de mí y á escribirme , me
» dará valor para mostrar que en algo merezco la merced
» que me habeis hecho , que como sea obedeceros , ni re-
» celo ni temor serán parte para que yo no pouga en efeto
» lo que á vuestro gusto conviene , y al mio tanto impor-
» ta. No más , pues lo más que en esto ha de haber sabreis
» de Maurisa , á quien yo he dado cuenta dello ; y si vnes-
» tro parecer con el mio no se conforma , sea yo avisado ,
» porque el tiempo no se pase , y con él la sazón de nues-
» tra ventura , la cual os dé el cielo como puede y como
» vuestro valor merece. »

Dada esta carta á Maurisa , como está dicho , le dijo ansimesmo cómo él pensaba juntar todos los más pastores que pudiese , y que todos juntos irían á hablar al padre de Galatea , pidiendole por merced señalada , fuese servido de no desterrar de aquellos prados la sin par hermosura suya : y cuando esto no bastase , pensaba poner tales inconvenientes y miedos al lusitano pastor , que él mesmo dijese no ser contento de lo concertado : y cuando los ruegos y astucias no fuesen de provecho alguno , determinaba usar la fuerza , y con ella ponerla en libertad , y esto con el miramiento de su crédito , que se podía esperar de quien tanto amaba.

Con esta resolucion se fué Maurisa , y esta mesma tomaron luego todos los pastores que con Elicio estaban , á quien él dió cuenta de sus pensamientos , y pidió favor y consejo en tan arduo caso. Luego Tirsi y Damon se ofrecieron de ser aquellos que al padre de Galatea hablarían. Lauso, Arsindo y Erastro, con los cuatro amigos, Orompo, Marsilio, Crisio y Orfenio, prometieron de buscar y jun-

tar para el día siguiente sus amigos, y poner en obra con ellos cualquier cosa que por Elicio les fuese mandada. En tratar lo que más al caso convenía, y en tomar este apuntamiento, se pasó lo más de aquella noche. Y la mañana venida, todos los pastores se partieron á cumplir lo que prometido habían, si no fueron Tirsi y Damon, que con Elicio se quedaron. Y aquel mesmo día tornó á venir Maurisa á decir á Elicio, cómo Galatea estaba determinada de seguir en todo su parecer: despidióla Elicio con naevas promesas y confianzas, y con alegre semblante y extraño alborozo estaba esperando el siguiente día, por ver la buena ó mala salida que la fortuna daba á su hecho.

Llegó en esto la noche, y recogíendose con Damon y Tirsi á su cabaña, casi todo el tiempo della pasaron en tantear y advertir las dificultades que en aquel negocio podrían suceder, si acaso no movían á Aurelio las razones que Tirsi pensaba decirle. Mas Elicio, por dar lugar á los pastores que reposen, se salió de su cabaña, y se subió en una verde cuesta que frontero della se levantaba: y allí con el aparejo de la soledad revolvía en su memoria todo lo que por Galatea había padecido, y lo que temía padecer si el cielo á sus intentos no favorecía; y sin salir desta imaginacion, al son de un blando céfiro, que mansamente soplabá, con voz suave y baja comenzó á cantar desta manera:

ELICIO.

Si deste herviente mar y golfo insano,
Donde tanto amenaza la tormenta,
Libro la vida de tan dura afrenta,
Y toco el suelo venturoso y sano;
Al aire alzadas una y otra mano
Con alma humilde y voluntad contenta,
Haré que amor conozca, el cielo sienta,
Que el bien les agradezco soberano.

Llamaré venturosos mis suspiros ,
Mis lágrimas tendré por agradables ,
Por refrigerio el fuego en que me quemo.
Diré que son de amor los recios tiros ,
Dulces al alma , al cuerpo saludables ,
Y que en su bien no hay medio , sino extremo.

Cuando Elicio acabó su canto , comenzaba á descubrirse por las orientales puertas la fresca aurora , con sus hermosas y variadas mejillas , alegrando el suelo , aljofarando las hierbas y pintando los prados ; cuya deseada venida comenzaron luego á saludar las parleras aves con mil suertes de concertadas cantilenas.

Levantóse en esto Elicio , y tendiendo los ojos por la espaciosa campaña , descubrió no léjos dos escuadras de pastores , las cuales segun le pareció hácia su cabafia se encaminaban , como era la verdad , porque luego conoció que eran sus amigos Arsindo y Lauso , con otros que consigo traían. Y los otros Orompo , Marsilio , Crisio y Orfenio , con todos los más amigos que juntar pudieron. Conocidos , pues , de Elicio , bajó de la cuesta para ir á recibirlos : y cuando ellos llegaron junto de la cabafia , ya estaban fuera della Tirsi y Damon , que á buscar á Elicio iban. Llegaron en esto todos los pastores , y con alegre semblante unos á otros se recibieron. Y luego Lauso , volviéndose á Elicio , le dijo : «En la compañía que traemos , amigo Elicio , puedes ver si comenzamos á dar muestras de querer cumplir la palabra que te dimos : todos los que aquí ves , vienen con deseo de servirte , aunque en ello aventuren las vidas : lo que falta es , que tú no la hagas en lo que más conviniera». Elicio , con las mejores razones que supo , agradeció á Lauso y á los demás la merced que le hacían : y luego les contó todo lo que con Tirsi y Damon estaba concertado de hacerse para salir bien con aquella empresa.

Parecióles bien á los pastores lo que Elicio decía ; y así , sin más detenerse hácia el aldea se encaminaron , yendo

delante de Tirsi y Damon, siguiéndoles todos los demas, que hasta veinte pastores serían, los más gallardos y bien dispuestos que en todas las riberas de Tajo hallarse pudiesen, y todos llevaban intencion de que si las razones de Tirsi no movían á que Aurelio la hiciese en lo que le pedían, de usar en su lugar la fuerza, y no consentir que Galatea al forastero pastor se entregase: de que iba tan contento Erastro, como si el buen suceso de aquella demanda en sólo su contento de redundar hubiera, porque á trueco de no ver á Galatea ausente y descontenta, tenía por bien empleado que Elicio la alcanzase, como lo imaginaba, pues tanto Galatea le había de quedar obligada.

El fin deste amoroso cuento y historia, con los sucesos de Galercio, Lenio y Gelasia, Arsindo, Maurisa, Grisaldo, Artandro y Rosaura, Marsilio y Belisa, con otras cosas sucedidas á los pastores hasta aquí nombrados, en la segunda parte desta historia se prometen. La cual, si con apacibles voluntades esta primera viere recibida, tendrá atrevimiento de salir con brevedad á ser vista y juzgada de los ojos y entendimientos de las gentes.

FIN DE LA GALATEA.

VIAJE AL PARNASO

DEDICATORIA
Á D. RODRIGO DE TAPIA

CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO
HIJO DEL SEÑOR
D. PEDRO DE TAPIA, OIDOR DEL CONSEJO REAL
Y CONSULTOR DEL SANTO OFICIO
DE LA
INQUISICION SUPREMA



Dirijo á vuesa merced este *Viaje* que hice al *Parnaso*, que no desdice á su edad florida, ni á sus loables y estudiosos ejercicios. Si vuesa merced le hace el acogimiento que yo espero de su condicion ilustre, él quedará famoso en el mundo, y mis deseos premiados. Nuestro Señor, etc.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

PRÓLOGO.

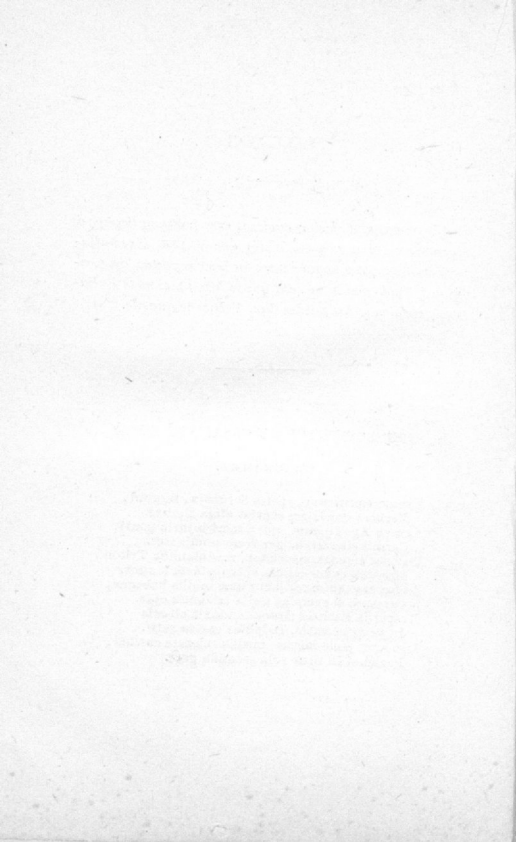


Si por ventura, lector curioso, eres poeta, y llegare á tus manos (aunque pecadoras) este VIAJE, si te hallares en él escrito y notado entre los buenos poetas, da gracias á Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares, también se las puedes dar. Y Dios te guarde.

DON AUGUSTINI DE CASANATE ROSAS.

EPIGRAMMA.

Exente cæruleum, proles Saturnia, tergum,
Verbera quadrigæ sentiat alma Tethys.
Agmen Apollineum, nova sacri injuria ponti,
Carminis ratibus per freta tendit iter.
Proteus æquoreas pecudes, modulamina Triton,
Monstra cavos latices obstupefacta sinunt.
At caveas tantæ torquent quæ mollis habenas,
Carmina si excipias nulla tridentis opes.
Hesperis Michaël claros conduxit ab oris
In pelagus vates. Delphica castra petit.
Imò age, pone metus, mediis subsiste carinis,
Parnassi in litus vela secunda gere.



VIAJE AL PARNASO

CAPITULO PRIMERO.

Un quidam caporal italiano,
De patria perusino, á lo que entiendo,
De ingenio griego, y de valor romano,
Llevado de un capricho reverendo,
Le vino en voluntad de ir á Parnaso,
Por huir de la corte el vario estruendo.

Solo y á pié partióse, y paso á paso
Llegó donde compró una mula antigua,
De color parda y tartamudo paso :

Nunca á medroso pareció estartigna,
Mayor, ni ménos buena para carga,
Grande en los huesos, y en la fuerza exigua,

Corta de vista, aunque de cola larga,
Estrecha en los ijares, y en el cuero
Mas dura que lo son los de una adarga.

Era de ingenio cabalmente entero,
Caía en cualquier cosa fácilmente
Así en Abril, como en el mes de Enero.

En fin, sobre ella el poeton valiente
Llegó al Parnaso, y fué del rubio Apolo
Agasajado con serena frente.

Contó, cuando volvió el poeta solo
Y sin blanca á su patria, lo que en vuelo
Llevó la fama deste al otro polo.

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo,

Quisiera despachar á la estafeta
Mi alma, ó por los aires, y ponella
Sobre las cumbres del nombrado Oeta.

Pues descubriendo desde allí la bella
Corriente de Aganipe, en un saltico
Pudiera el labio remojar en ella,

Y quedar del licor süave y rico
El pancho lleno, y ser de allí adelante
Poeta ilustre, ó al menos manífico.

Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido é ignorante.

Porque en la piedra que en mis hombros veo,
Que la fortuna me cargó pesada,
Mis mal logradas esperanzas leo.

Las muchas leguas de la gran jornada
Se me representaron que pudieran
Torcer la voluntad aficionada,

Si en aquel mismo instante no acudieran
Los humos de la fama á socorrerme,
Y corto y fácil el camino hicieran.

Dije entre mí : Si yo viniese á verme
En la difícil cumbre deste monte,
Y una guirnalda de laurel ponerme ;

No envidiaría el bien decir de Aponte,
Ni del muerto Galarza la agudeza,
En manos blando, en lengua Radamonte.

Mas como de un error siempre se empieza,
Creyendo á mi deseo, di al camino
Los piés, porque di al viento la cabeza.

En fin, sobre las ancas del destino,
Llevando á la elección puesta en la silla,
Hacer el gran viaje determino.

Si esta cabalgadura maravilla,
Sepa el que no lo sabe, que se usa
Por todo el mundo, no sólo en Castilla.

Ninguno tiene ó puede dar excusa
De no oprimir desta gran bestia el lomo,
Ni mortal caminante lo rehusa.

Suele tal vez ser tan ligera, como
Va por el aire el águila ó saeta,
Y tal vez anda con los piés de plomo.

Pero para la carga de un poeta,

Siempre ligera, cualquier bestia puede
Llevarla, pues carece de muleta.

Que es caso ya infalible, que aunque herede
Riquezas un poeta, en poder suyo
No aumentarlas, perderlas le sucede,

Desta verdad ser la ocasion arguyo,
Que tú, ¡ oh gran padre Apolo ! les infundes
En sus intentos el intento tuyo.

Y como no le mezclas ni confundes
En cosas de agibilibus rateras,
Ni en el mar de ganancia vil le hundes ;

Ellos, ó traten burlas, ó sean veras,
Sin aspirar á la ganancia en cosas,
Sobre el convexo van de las esferas,

Pintando en la palestra rigurosa
Las acciones de Marte, ó entre las flores
Las de Vénus más blanda y amorosa.

Llorando guerras, ó cantando amores,
La vida como en sueño se les pasa,
O como suele el tiempo á jugadores.

Son hechos los poetas de una masa
Dulce, siave, correosa y tierna,
Y amiga del holgar de ajena casa.

El poeta más cuerdo se gobierna
Por su antojo baldío y regalado,
De trazas lleno, y de ignorancia eterna.

Absorto en sus quimeras, y admirado
De sus mismas acciones, no procura
Llegar á rico, como á honroso estado.

Vayan pues los leyentes con letura,
Cual dice el vulgo mal limado y bronco,
Que yo soy un poeta desta hechura :

Cisne en las canas, y en la voz un ronco
Y negro cuervo, sin que el tiempo pueda
Desbastar de mi ingenio el duro tronco :

Y que en la cumbre de la varia rueda
Jamás me pude ver solo un momento,
Pues cuando subir quiero se está queda.

Pero por ver si un alto pensamiento
Se puede prometer feliz suceso,
Seguí el viaje á paso tardo y lento.

Un candel con ocho mis de queso
Fué en mis alforjas mi repostería,

Útil al que camina, y leve peso.

— Adios, dije á la humilde choza mía,
Adios, Madrid, adios tu Prado y fuentes
Que manan néctar, llueven ambrosía.

Adios, conversaciones suficientes
A entretener un pecho cuidadoso,
Y á dos mil desvalidos pretendientes.

Adios, sitio agradable y mentiroso,
Do fueron dos gigantes abrasados
Con el rayo de Júpiter fogoso.

Adios, teatros públicos, honrados
Por la ignorancia que ensalzada veo
En cien mil disparates recitados.

Adios de San Felipe el gran paseo,
Donde si baja ó sube el turco galgo
Como en gaceta de Venecia leo.

Adios hombre sutil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo. —

Con esto poco á poco llegué al puerto,
A quien los de Cartago dieron nombre,
Cerrado á todos vientos y encubierto.

A cuyo claro y singular renombre
Se postran cuantos puertos el mar baña,
Descubre el sol, y ha navegado el hombre.

Arrojóse mi vista á la campaña,
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico D. Juan la heróica hazafia.

Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho
Tuve, aunque humilde, parte en la vitoria.

Allí con rabia y con mortal despecho.
El otomano orgullo vió su brío
Hollado y reducido á pobre estrecho.

Lleno pues de esperanzas, y vacío
De temor, busqué luego una fragata,
Que efetiase el alto intento mío.

Cuando por la, aunque azul, líquida plata
Vi venir un bajel á vela y remo,
Que tomar tierra en el gran puerto trata.

Del más gallardo, y más vistoso extremo
De cuantos las espaldas de Neptuno
Oprimieron jamás, ni más supremo.

Cual éste, nunca vió bajel alguno
El mar, ni pudo verse en el armada.
Que destruyó la vengativa Juno.

No fué del vellocino á la jornada
Argos tan bien compuesta y tan pomposa,
Ni de tantas riquezas adornada.

Cuando entraba en el puerto, la hermosa
Aurora por las puertas del oriente,
Salía en trenza blanda y amorosa;

Oyóse un estampido de repente,
Haciendo salva la real galera,
Que despertó y alborotó la gente.

El son de los clarines la ribera
Llenaba de dulcísima armonía,
Y el de la chusma alegre y placentera.

Entrábanse las horas por el día,
A cuya luz con distincion más clara
Se vió del gran bajel la bizarría.

Ancoras echa, y en el puerto para,
Y arroja un ancho esquife al mar tranquilo
Con música, con grito y algazara.

Usan los marineros de su estilo,
Cubren la popa con tapetes tales
Que es oro y sirgo de su trama el hilo.

Tocan de la ribera los umbrales,
Sale del rico esquife un caballero
En hombros de otros cuatro principales.

En cuyo traje y ademan severo
Ví de Mercurio al vivo la figura,
De los fingidos dioses mensajero.

En el gallardo talle y compostura,
En los alados pies, y el caduceo,
Símbolo de prudencia y de cordura,

Digo, que al mismo paraninfo veo,
Que trujo mentirosas embajadas
A la tierra del alto coliseo.

Vile, y apenas puso las aladas
Plantas en las arenas venturosas
Por verse de divinos pies tocadas;

Cuando yo resolviendo cien mil cosas
En la imaginacion, llegué á postrarme
Ante las plantas por adorno hermosas.

Mandóme el dios parlero luego alzarme,

Y con medidos versos y sonantes,
Desta manera comenzó á hablarme :

— ¡ Oh Adán de los poetas, oh Cervantes !
¿ Qué alforjas y qué traje es este , amigo ,
Que así muestra discursos ignorantes ? —

Yo , respondiendo á su demanda , digo :
— Señor , voy al Parnaso , y como pobre
Con este alifio mi jornada sigo. —

Y él á mi dijo : ¡ Sobrehumano , y sobre
Espíritu cilenio levantado !
Toda abundancia y todo honor te sobre.

Que en fin has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso , cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda , para gloria de la diestra.

Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de raro inventor tu pecho encierra ,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.

Tus obras los rincones de la tierra ,
Llevándolas en grupa Rocinante ,
Descubren , y á la envidia mueven guerra.

Pasa , raro inventor , pasa adelante
Con tu sutil disinio , y presta ayuda
A Apolo ; que la tuya es importante :

Antes que el escuadron vulgar acuda
De mas de veinte mil sietemesinos
Poetas , que de serlo están en duda.

Llenas van ya las sendas y caminos
Desta canalla inútil contra el monte ,
Que aún de estar á su sombra no son dinos.

Armame de tus versos luego , y ponte
A punto de seguir este viaje
Conmigo , y á la gran obra disparte.

Conmigo segurísimo pasaje
Tendrás , sin que te empaches , ni procures
Lo que suelen llamar matalotaje.

Y porque esta verdad que digo , apures ,
Entra conmigo en mi galera , y mira
Cosas con que te asombres y asegures. —

Yo , aunque pensé que todo era mentira ,
Entré con él en la galera hermosa ,

Y ví lo que pensar en ello admira.

De la quilla á la gavia, ¡ oh extraña cosa !
Toda de versos era fabricada ,
Sin que se entremetiese alguna prosa.

Las ballesteras eran de ensalada
De glosas , todas hechas á la boda
De la que se llamó Malmaridada.

Era la chusma de romances toda ,
Gente atrevida , empero necesaria ,
Pues á todas acciones se acomoda.

La popa de materia extraordinaria ,
Bastarda , y de legítimos sonetos ,
De labor peregrina en todo , y varia.

Eran dos valentísimos tercetos
Los espaldares de la izquierda y diestra ,
Para dar boga larga muy perfetos.

Hecha ser la cruzía se me muestra
De una luenga y tristísima elegía ,
Que no en cantar , sino en llorar es diestra.

Por esta entiendo yo que se diría
Lo que suele decirse á un desdichado ,
Cuando lo pasa mal , pasó cruzía.

El árbol hasta el cielo levantado
De una dura cancion prolija estaba
De canto de seis dedos embreado.

El , y la entena que por él cruzaba ,
De duros estrambotes , la madera
De que eran hechos claro se mostraba.

La racamenta , que es siempre parlera ,
Toda la componían redondillas ,
Con que ella se mostraba más ligera.

Las jarcias parecían seguidillas
De disparates mil y más compuestas ,
Que suelen en el alma hacer cosquillas.

Las rumbadas , fortísimas y honestas
Estancias , eran tablas poderosas ,
Que llevan un poema y otro acuestas.

Era cosa de ver las bulliciosas ,
Banderillas que al aire tremolaban ,
De varias rimas algo licenciosas.

Los grumetes , que aquí y allí cruzaban
De encadenados versos parecían ,
Puesto que como libres trabajaban ,

Todas las obras muertas componían
O versos sueltos, ó sextinas graves,
Que la galera más gallarda hacían.

En fin, con modos blandos y suaves,
Viendo Mercurio que yo visto había
El bajel, que es razon, letor, que alabes,
Junto á sí me sentó, y su voz envía
A mis oídos en razones claras,
Y llenas de suavísima armonía,

Diciendo : — Entre las cosas que son raras
Y nuevas en el mundo y peregrinas,
Verás, si en ello adviertes y reparas,
Que es una este bajel de las más dinas
De admiracion, que llegue á ser espanto
A naciones remotas y vecinas.

No le formaron máquinas de encanto,
Sino el ingenio del divino Apolo,
Que puede, quiere, y llega y sube á tanto.

Formóle, ¡ oh nuevo caso ! para solo
Que yo llevase en él cuantos poetas
Hay desde el claro Tajo hasta Pactolo.

De Malta el gran maestro, á quien secretas
Espías dan aviso que en Oriente
Se aperciben las bárbaras saetas,

Teme, y envía á convocar la gente
Que sella con la blanca cruz el pecho,
Porque en su fuerza su valor se aumente.

A cuya imitacion Apolo ha hecho
Que los famosos vates al Parnaso
Acudan, que está puesto en duro estrecho.

Yo, condolido del doliente caso,
En el ligero casco, ya instruido
De lo que he de hacer, aguijo el paso.

De Italia las riberas he barrido,
He visto las de Francia y no tocado,
Por venir sólo á España dirigido.

Aquí con dulce y con felice agrado
Hará fin mi camino, á lo que creo,
Y seré fácilmente despachado.

Tu, aunque en tus canas tu pereza veo,
Serás el paraninfo de mi asunto,
Y el solicitador de mi deseo.

Parte, y no te detengas sólo un punto,

Y á los que en esta lista van escritos
Dirás de Apolo cuanto aquí yo apunto. —

Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres ví de poetas, en que había
Yangüeses, vizcainos y coritos.

Allí famosos ví de Andalucía,
Y entre los castellanos ví unos hombres,
En quien vive de asiento la poesía.

Dijo Mercurio: — Quiero que me nombres
Desta turba gentil, pues tú lo sabes,
La alteza de su ingenio, con los hombres. —

Yo respondí: — De los que son más graves
Diré lo que supiere, por moverte
A que ante Apolo su valor alabes. —
El escuchó. Yo dije desta suerte.

CAPÍTULO II.

Colgado estaba de mi antigua boca
El dios hablante, pero entónces mudo;
Que al que escucha, el guardar silencio toca.

Cuando dí de improviso un estornudo,
Y haciendo cruces por el mal agüero,
Del gran Mercurio al mandamiento acudo.

Miré la lista, y ví que era el primero
El LICENCIADO JUAN DE OCHOA, amigo
Por poeta, y cristiano verdadero.

Deste varon en su alabanza digo
Que puede acclerar y dar la muerte
Con su claro discurso al enemigo,

Y que si no se aparta y se divierte
Su ingenio en la gramática española,
Será de Apolo sin igual la suerte;

Pues de su poesía al mundo sola
Puede esperar poner el pie en la cumbre,
De la inconstante rueda, ó varia bola.

Este que de los cómicos es lumbré,
Que el LICENCIADO POYO es su apellido,
No hay nube que á su sol claro deslumbre.

Pero como está siempre entretenido
En trazas, en quimeras é invenciones,
No ha de acudir á este marcial ruido.

CERVANTES. — *Viaje del Parnaso.*

Este, que en lista por tercero pones,
Que HIPÓLITO se llama DE VERGARA,
Si llevarle al Parnaso te dispones,

Haz cuenta que en él llevas una jara,
Una saëta, un arcabuz, un rayo,
Que contra la ignorancia se dispara.

Este, que tiene como mes de mayo
Florido ingenio, y que comienza ahora
A hacer de sus comedias nuevo ensayo,

GODINEZ es. Y estotro que enamora
Las almas con sus versos regalados,
Cuando de amor ternezas, canta ó llora,

Es uno, que valdrá por mil soldados,
Cuando á la extraña y nunca vista empresa
Fueren los escogidos y llamados:

Digo que es DON FRANCISCO, el que profesa
Las armas y las letras con tal nombre,
Que por su igual Apolo le confiesa:

Es DE CALATAYUD su sobrenombre:
Con esto queda [dicho todo cuanto
Puedo decir con que á la envidia asombre.

Este que sigue es un poeta santo,
Digo famoso: MIGUEL CID se llama,
Que al coro de las musas pone espanto.

Estotro que sus versos encarama
Sobre los mismos hombros de Calisto,
Tan celebrado siempre de la fama,

Es aquel agradable, aquel bienquisto,
Aquel agudo, aquel sonoro y grave
Sobre cuantos poetas Febo ha visto:

Aquel que tiene de escribir la llave
Con gracia y agudeza en tanto extremo,
Que su igual en el orbe no se sabe;

Es DON LUIS DE GÓNGORA, á quien temo
Agraviar en mis cortas alabanzas,
Aunque las suba al grado más supremo.

Oh tú, divino espíritu, que alcanzas
Ya el premio merecido á tus deseos,
Y á tus bien colocadas esperanzas:

Ya en nuevos y justísimos empleos,
Divino HERRERA, tu caudal se aplica,
Aspirando del cielo á los trofeos.

Ya de tu hermosa luz clara y rica

El bello resplandor miras seguro
En la que la alma tuya beatifica :

Y arrimada tu hiedra al fuerte muro
De la inmortalidad , no estimas cuanto
Mora en las sombras deste mundo oscuro.

Y tú, DON JUAN DE JÁUREGUI , que á tanto
El sabio curso de tu pluma aspira ,
Que sobre las esferas le levanto ;

Aunque Lucano por tu voz respira ,
Déjale un rato , y con piadosos ojos
A la necesidad de Apolo mira ;

Que te están esperando mil despojos
De otros mil atrevidos , que procuran
Fértiles campos ser , siendo rastros.

Y tú , por quien las musas aseguran
Su partido , DON FÉLIX ARIAS , siente ,
Que por su gentileza te conjuran ,

Y ruegas que defiendas desta gente
Non sancta su hermosura , y de Aganipe
Y de Hipocrene la inmortal corriente.

¿ Consentirás tú á dicha partícipe
Del licor suavísimo un poeta ,
Que al hacer de sus versos sude y hipe ?

No lo consentirás , pues tu discreta
Vena , abundante y rica , no permite
Cosa que sombra tenga de imperfeta.

Señor , éste que aquí viene se quite ,
Dije á Mercurio , que es un chacho necio ,
Que juega , y es de sátiras su envite.

Este sí que podrás tener en precio ,
Que es ALONSO DE SALAS BARBADILLO ,
A quien me inclino y sin medida aprecio.

Este que viene aquí , si he de decillo ,
No hay para qué le embarques , y así puedes
Borrarle. Dijo el dios : gusto de oillo.

Es un cierto rapaz , que á Ganimedes
Quiere imitar , vistiéndose á lo godo ,
Y así aconsejo que sin él te quedes.

No lo harás con éste dese modo ,
Que es el gran LUIS CABRERA , que pequeño
Todo lo alcanza , pues lo sabe todo.

Es de la historia conocido dueño ,
Y en discursos discretos tan discreto ,

Que á Tácito verás, si te le enseño.

Este que viene es un galán, sujeto
De la varia fortuna á los vaivenes,
Y del mudable tiempo al duro aprieto.

Un tiempo rico de caducos bienes,
Y ahora de los firmes é inmutables
Más rico, á tu mandar firme le tienes:

Pueden los altos riscos siempre estables
Ser tocados del mar, mas no movidos
De sus ondas en cursos variables

Ni ménos á la tierra trae rendidos
Los altos cedros Bóreas, cuando airado
Quiere humillar los más fortalecidos.

Y éste que vivo ejemplo nos ha dado
Desta verdad con tal filosofía

DON LORENZO RAMIREZ es DE PRADO.

Deste que se le sigue aquí, diría
Que es DON ANTONIO DE MONROY, que veo
En ello que es ingenio y cortesía.

Satisfacion al más alto deseo
Puede dar de valor heróico y ciencia,
Pues mil descubro en él y otras mil creo.

Este es un caballero de presencia
Agradable, y que tiene de Torcato
El alma sin alguna diferencia.

De DON ANTONIO DE PAREDES trato,
A quien dieron las musas sus amigas
En tierna edad anciano ingenio y trato.

Este que por llevarle te fatigas,
Es DON ANTONIO DE MENDOZA, y veo
Cuánto en llevarle al sacro Apolo obligas.

Este que de las musas es recreo,
La gracia, y el donaire, y la cordura,
Que de la discrecion lleva el trofeo:

Es PEDRO DE MORALES, propia hechura
Del gusto cortesano, y es asilo
Adonde se repara mi ventura.

Este, aunque tiene parte de Zofio,
Es el grande ESPINEL que en la guitarra
Tiene la prima, y en el raro estilo.

Este, que tanto allí tira la barra,
Que las cumbres se deja atrás de Pindo,
Que jura, que vocea y que desgarras,

Tiene más de poeta que de lindo,
Y es JUSEPE DE VARGAS, cuyo astuto
Ingenio y rara condicion deslindo.

Este, á quien pueden dar justo tributo
La gala y el ingenio, que más pueda
Ofrecer á las musas flor y fruto,

Es el famoso ANDRES DE BALMASEDA,
De cuyo grave y dulce entendimiento
El magno Apolo satisfecho queda.

Este es ENCISO, gloria y ornamento
Del Tajo, y claro honor de Manzanares,
Que con tal hijo aumenta su contento.

Este, que es escogido entre millares
DE GUEVARA LUIS VELEZ es el bravo,
Que se puede llamar quita-pesares.

Es poeta gigante, en quien alabo,
El verso numeroso, el peregrino
Ingenio, si un Guaton nos pinta, ó un Davo.

Este es DON JUAN DE ESPAÑA, que es más dino
De alabanzas divinas que de humanas,
Pues en todos sus versos es divino.

Este, por quien de Lugo están ufanas
Las musas, es SILVEIRA, aquel famoso,
Que por llevarle con razon te afanas.

Este, que se le signe, es el curioso
Gran DON PEDRO DE HERRERA, conocido
Por de ingenio elevado en punto honroso.

Este que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido

Vérasle en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa,

Mostrar de su valor las lozanías.
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el doto
Y grave DON FRANCISCO DE FARIAS?

Este de quien yo fui siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada,
Y aun deste clima nuestro y del remoto,

PEDRO RODRIGUEZ es. Este es TEJADA,
De altitonantes versos y sonoros
Con majestad en todo levantada.

Este, que brota versos por los poros,

Y halla patria y amigos donde quiera ,
Y tiene en los ajenos sus tesoros ,

Es MEDINILLA , el que la vez primera
Cantó el romance de la tumba oscura ,
Entre cipreses puestos en hilera.

Este , que en verdes años se apresura
Y corre al sacro lacro , es DON FERNANDO
BERMUDEZ , donde vive la cordura :

Este es aquel poeta memorando ,
Que mostró de su ingenio la agudeza
En las selvas de Erifile cantando.

Este , que la columna nueva empieza ,
Con estos dos que con su ser convienen ,
Nombrarlos , aun lo tengo por baja.

MIGUEL CEJUDO y MIGUEL SANCHEZ vienen
Juntos aquí , ¡ oh par sin par ! En estos
Las sacras musas fuerte amparo tienen.

Que en los pies de sus versos bien compuestos ,
Llenos de erudición rara y doctrina ,
Al ir al grave caso serán prestos.

Este gran caballero , que se inclina
A la lección de los poetas buenos ,
Y al sacro monte con su luz camina ,

DON FRANCISCO DE SILVA es por lo menos :
¿ Qué será por lo más ? ¡ Oh edad madura ,
En verdes años de cordura llenos !

DON GABRIEL GOMEZ viene aquí , segura
Tiene con él Apolo la vitoria ,
De la canalla siempre necia y dura.

Para honor de su ingenio , para gloria
De su florida edad , para que admire
Siempre de siglo en siglo su memoria ,

En este gran sujeto se retire
Y abrevie la esperanza deste hecho ,
Y Febo al gran VALDES atento mire.

Verá en él un gallardo y sabio pecho ,
Un ingenio sutil y levantado ,
Con que le deje en todo satisfecho.

FIGUEROA es estotro , el doctorado ,
Que cantó de Amarili la constancia
En dulce prosa y verso regalado.

Cuatro vienen aquí en poca distancia
Con mayúsculas letras de oro escritos ,

Que son del alto asunto la importancia.

De tales cuatro, siglos infinitos
Durará la memoria, sustentada
En la alta gravedad de sus escritos

Del claro Apolo la real morada
Si viniere á caer de su grandeza,
Será por estos cuatro levantada;

En ellos nos cifró naturaleza
El todo de las partes, que son dinas
De gozar celsitud, que es más que alteza.

Esta verdad, gran CONDE DE SALINAS,
Bien la acreditas con tus raras obras,
Que en los términos tocan de divinas.

Tú, el de ESQUILACHE PRÍNCIPE, que cobras
De día en día crédito tamaño,
Que te adelantas á tí mismo y sobras:

Serás escudo fuerte al grave daño,
Que teme Apolo con ventajas tantas,
Que no te espere el escuadron tacaño.

Tú, CONDE DE SALDAÑA, que con plantas
Tiernas pisas de Pindo la alta cumbre,
Y en alas de tu ingenio te levantas;

Hacha has de ser de inextinguible lumbre,
Que guíe al sacro monte, al deseoso
De verse en él, sin que la luz deslumbre.

Tú, el de VILLAMEDIANA, el más famoso,
De cuantos entre griegos y latinos
Alcanzaron el lauro venturoso;

Cruzarás por las sendas y caminos
Que al monte guían, porque más seguros
Lleguen á él los simples peregrinos.

A cuya vista destos cuatro muros
Del Parnaso caeran las arrogancias
De los mancebos sobre necios duros.

¡ Oh cuántas, y cuán graves circunstancias
Dijera destos cuatro, que felices
Aseguran de Apolo las ganancias!

Y más si se les llega el de ALCÁÑICES,
MARQUÉS insigne, harán (puesto que hay una
En el mundo no más) cinco fenices.

Cada cual de por sí será columna,
Que sustente y levante el edificio
De Febo sobre el cerco de la luna.

Este (puesto que acude al grave oficio
En que se ocupa) el lauro y palma lleva,
Que Apolo da por honra y beneficio.

En esta ciencia es maravilla nueva,
Y en la jurispericia único y raro,
Su nombre es DON FRANCISCO DE LA CUEVA.

Este, que con Homero le comparo,
Es el gran DON RODRIGO DE HERRERA,
Insigne en letras, y en virtudes claro.

Este, que se le sigue, es el DE VERA
DON JUAN, que por su espada y por su pluma
Le honran en la quinta y cuarta esfera.

Este, que el cuerpo y aun el alma bruma
De mil, aunque no muestra ser cristiano,
Sus escritos el tiempo no consuma.

Cayóseme la lista de la mano
En este punto, y dijo el dios: — Con estos
Que has referido está el negocio llano.

Haz que con pies y pensamientos prestos
Venga aquí, donde aguardando quedo
La fuerza de tan válidos supuestos.

— Mal podrá DON FRANCISCO DE QUEVEDO
Venir, dije yo entónces; y él me dijo:

— Pues partirme sin él de aquí no puedo.

Ese es hijo de Apolo, ese es hijo
De Calíope musa, no podemos
Irnos sin él, y en esto estaré fijo.

Es el flagelo de poetas memos,
Y echara á puntillazos del Parnaso
Los malos que esperamos y tememos.

— ¡ Oh señor ! repliqué, que tiene el paso
Corto, y no llegará en un siglo entero.

— Deso, dijo Mercurio, no hago caso.

Que el poeta que fuere caballero,
Sobre una nube entre pardilla y clara
Vendrá muy á su gusto caballero.

— Y que nó, pregunté, ¿ qué le prepara
Apolo ? ¿ qué carrozas ó qué nubes ?

¿ Qué dromedario ó alfana en paso rara ?

— Mucho, me respondió, mucho te subes
En tus preguntas ; calla y obedece.

— Si haré, pues no es infando lo que jubes. —

Esto le respondí, y él me parece

Que se turbó algun tanto ; y en un punto
El mar se turba , el viento sopla y crece.

Mi rostro entónces , como el de un difunto
Se debió de poner , y así haría ,

Que soy medroso á lo que yo barrunto.

Ví la noche mezclarse con el día .
Las arenas del hondo mar alzarse

A la region del aire , entónces fría.

Todos los elementos ví turbarse ,
La tierra , el agua , el aire , y áun el fuego
Ví entre rompidas nubes azorarse.

Y en medio deste gran desasosiego
Llovian nubes de poetas llenas
Sobre el bajel , que se anegara luego ,

Si no acudieran más de mil sirenas
A dar de azotes á la gran borrasca ,
Que hacía el saltarel por las entenas.

Una , que ser pensé Juana la Chasca ,
De dilatado vientre y luengo cuello ,
Pintiparado á aquel de la tarasca ,

Se llegó á mí , y me dijo : — De un cabello
Deste bajel estaba la esperanza
Colgada , á no venir á socorrello.

Traemos , y no es burla , á la bonanza ,
Que estaba descuidada oyendo atenta
Los discursos de un cierto Sancho Panza. —

En esto sosegóse la tormenta ,
Volvió tranquilo el mar , serenó el cielo ,
Que al regañon el céfiro le ahuyenta.

Volví la vista , y ví en ligero vuelo
Una nube romper el aire claro
De la color del condensado hielo.

¡ Oh maravilla nueva ! ¡ Oh caso raro !
Vilo , y he de decillo , aunque se dude
Del hecho que por brújula declaro.

Lo que yo pude ver , lo que yo pude
Notar fué , que la nube dividida
En dos mitades á llover acude.

Quien ha visto la tierra prevenida
Con tal disposicion , que cuando llueve ,
Cosa ya averiguada y conocida ,

De cada gota en un instante breve
Del polvo se levanta ó sapo , ó rana ,

Que á saltos, ó despacio el paso mueve ;
Tal se imagine ver (¡ oh soberana
Virtud !) de cada gota de la nube
Saltar un bulto, aunque con forma humana.

Por no creer esta verdad estuve
Mil veces, pero vila con la vista,
Que entónces clara y sin legañas tuve,

Eran aquestos bultos de la lista
Pasada los poetas referidos,
A cuya fuerza no hay quien la resista.

Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y hampo, y Dios es Cristo,
Poquitos bien, y muchos mal vestidos,

Entre ellos parecióme de haber visto
A DON ANTONIO DE GALARZA el bravo,
Gentilhombre de Apolo, y muy bienquisto.

El bajel se llenó de cabo á cabo,
Y su capacidad á nadie niega
Copioso asiento, que es lo más que alabo.

Llovió otra nube al gran LOPE DE VEGA,
Poeta insigne, á cuyo verso ó prosa
Ninguno le aventaja ni aun le llega.

Era cosa de ver maravillosa
De los poetas la apretada enjambre,
En recitar sus versos melosa.

Este muerto de sed, aquel de hambre ;
Yo dije, viendo tantos, con voz alta :
— ¡ Cuerpo de mí con tanta poetambre !

Por tantas sobras conoció una falta
Mercurio, y acudiendo á remedialla,
Ligero en la mitad del bajel salta.

Y con una zaranda que allí halla,
No sé si antigua, ó si de nuevo hecha,
Zarandó mil poetas de gramalla.

Los de capa y espada no deshecha,
Y destos zarandó dos mil y tantos ;
Que fué neguilla entónces la cosecha.

Colábanse los buenos y los santos,
Y quedábanse arriba los granzones,
Más duros en sus versos que los cantos.

Y sin que les valiesen las razones
Que en su disculpa daban, daba luego
Mercurio al mar con ellos á montones.

Entre los arrojados se oyó un ciego,
Que murmurando entre las hondas iba
De Apolo con un pésete y reniego.

Un sastre (aunque en sus pies flojos estriba,
Abriendo con los brazos el camino)
Dijo:— Sucio es Apolo, así yo viva.—

Otro (que al parecer iba mohino,
Con ser un zapatero de obra prima)
Dijo dos mil, no un solo desatino.

Trabaja un tondidor, suda, y se anima
Por verse á la ribera conducido,
Que más la vida que la honra estima.

El escuadron nadante reducido
A la marina, vuelve á la galera
El rostro con señales de ofendido.

Y uno por todos dijo:— Bien pudiera
Ese chocante embajador de Febo
Tratarnos bien, y no desta manera.

Mas oigan lo que dijo:— Yo me atrevo.
A profanar del monte la grandeza
Con libros nuevos, y en estilo nuevo.

Calló Mercurio, y á poner empieza
Con gran curiosidad seis camarines,
Dando á la gracia ilustre rancho y pieza.

De nuevo resonaron los clarines,
Y así Mercurio, lleno de contento,
Sin darle mal agüero los delfines,
Remos al agua dió, velas al viento.

CAPÍTULO III.

Eran los remos de la real galera
De esdrújulos, y dellos compelida
Se deslizaba por el mar ligera.

Hasta el tope la vela iba tendida,
Hecha de muy delgados pensamientos,
De varios lizos por amor tejida.

Soplaban dulces y amorosos vientos,
Todos en popa, y todos se mostraban
Al gran viaje solamente atentos.

Las sirenas en torno navegaban,
Dando empellones al bajel lozano,

Con cuya ayuda en vuelo le llevaban.

Semejaban las aguas del mar cano

Colchas encarrujadas, y hacían

Azules visos por el verde llano.

Todos los del bajel se entretenían,

Unos glosando pies dificultosos,

Otros cantaban, otros componían.

Otros de los tenidos por curiosos

Referían sonetos, muchos hechos

A diferentes casos amorosos.

Otros alfeñicados y deshechos

En puro azúcar, con la voz suave,

De su melifluidad muy satisfechos,

En tono blando, sosegado y grave,

Eglogas pastorales recitaban,

En quien la gala y agudeza cabe.

Otros de sus señoras celebraban

En dulces versos de la amada boca

Los excrementos que por ella echaban.

Tal hubo á quien amor así le toca,

Que alabó los ríñones de su dama,

Con gusto grande, y no elegancia poca.

Uno cantó, que la amorosa llama

En mitad de las aguas le encendía,

Y como toro agarrochado brama.

Desta manera andaba la poesía

De uno en otro, haciendo que hablase

Este latin, aquel algarabía.

En esto sesga la galera vase

Rompiendo el mar con tanta ligereza,

Que el viento aun no consiente que la pase.

Y en esto descubrióse la grandeza

De la escombrada playa de Valencia

Por arte hermosa y por naturaleza.

Hizo luego de sí grata presencia

El gran DON LUIS FERRER, marcado el pecho

De honor, y el alma de divina ciencia.

Desembarcóse el dios, y fué derecho

A darle cuatro mil y más abrazos,

De su vista y su ayuda satisfecho.

Volvió la vista, y reiteró los lazos

En DON GUILLEN DE CASTRO, que venía

Deseoso de verse en tales brazos.

CRISTÓBAL DE VIRUES se le seguía ,
Con PEDRO DE AGUILAR, junta famosa
De las que Taria en sus riberas cría.

No le pudo llegar más valerosa
Escuadra al gran Mercurio, ni él pudiera
Desearla mejor, ni más honrosa.

Luego se descubrió por la ribera
Un tropel de gallardos valencianos,
Que á ver venían la sin par galera.

Todos con instrumentos en las manos
De estilos y librillos de memoria ,
Por bizarría y por ingenio ufanos ,

Codiciosos de hallarse en la vitoria ,
Que ya tenían por segura y cierta ,
De las heces del mundo y de la escoria.

Pero Mercurio les cerró la puerta :
Digo , no consintió que se embarcasen ,
Y el porqué no lo dijo , aunque se acierta.

Y fué, porque temió que no se alzasen ,
Siendo tantos y tales , con Parnaso ,
Y nuevo imperio y mando en él fundasen.

En esto vióse con brioso paso
Venir al magno ANDRÉS REY DE ARTIEDA ,
No por la edad descaecido ó laso.

Hicieron todos espaciosa rueda ,
Y cogiéndole en medio , le embarcaron ,
Más rico de valor que de moneda.

Al momento las áncoras alzaron ,
Y las velas ligadas á la entena
Los grumetes apriesa desataron.

De nuevo por el aire claro suena
El son de los clarines , y de nuevo
Vuelve á su oficio cada cual sirena.

Miró el bajel por entre nubes Febo ,
Y dijo en voz que pudo ser oída :

— Aquí mi gusto y mi esperanza llevo. —

De remos y sirenas impelida
La galera se deja atrás el viento ,
Con milagrosa y próspera corrida.

Leíase en los rostros el contento
Que llevaban los sabios pasajeros ,
Durable , por no ser nada violento.

Unos por el calor iban encueros ,

Otros por no tener godescas galas
En traje se vistieron de romeros.

Hendía en tanto las neptúneas salas
La galera, del modo como hiende
La grulla el aire con tendidas alas.

En fin, llegamos donde el mar se extiende,
Y ensancha y forma el golfo de Narbona,
Que de ningunos vientos se defiende.

Del gran Mercurio la cabal persona
Sobre seis resmas de papel sentada
Iba con cetro y con real corona:

Cuando una nube, al parecer preñada,
Parió cuatro poetas en crujía,
O los llovió, razon más concertada.

Fué el uno aquel, de quien Apolo fia
Su honra, JUAN LUIS DE CASANATE,
Poeta insigne de mayor cuantía.

El mismo Apolo de su ingenio trate,
El le alabe, él le premie y recompense;
Que el alabarle yo sería dialate.

Al segundo llovido, el uticense
Caton no le igualó, ni tiene Febo
Quien tanto por él mire, ni en él piense.

Del contador GASPARE DE BARRIONUEVO
Mal podrá el corto flaco ingenio mio
Loar el suyo así como yo debo.

Llenó del gran bajel el gran vacío
El gran FRANCISCO DE RIOJA al punto
Que saltó de la nube en el navío.

A CRISTÓBAL DE MESA ví allí junto
A los pies de Mercurio, dando fama
A Apolo, siendo dél propio trasunto.

A la gavia un grumete se encarama,
Y dijo á voces: — La ciudad se muestra,
Que Génova, del dios Jano se llama.

— Déjesele la ciudad á la siniestra
Mano, dijo Mercurio, el bajel vaya,
Y siga su derrota por la diestra.

Hacer al Tiber vimos blanca raya
Dentro del mar, habiendo ya pasado
La ancha romana y peligrosa playa.

De léjos vióse el aire condensado
Del humo que el estrómbalo vomita,

De azufre, y llamas, y de horror formado.

Huyen la isla infame, y solicita
El suave Poniente, así al viaje
Que lo acorta, lo allana y facilita.

Vímonos en un punto en el paraje
Do la nutriz de Enéas piadoso
Hizo el forzoso y último pasaje.

Vimos desde allí á poco el más famoso
Monte que encierra en sí nuestro emisfero,
Más gallardo á la vista y más hermoso.

Las cenizas de Títero y Sincero
Están en él, y puede ser por esto
Nombrado entre los montes por primero.

Luego se descubrió, donde echó el resto
De su poder naturaleza amiga,
De formar de otros muchos un compuesto.

Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
A la orilla del mar, que sus pies liga,

De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida, conocida y estimada.

Mandóme el del aligero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
A dar á los LUPERCIOS un recado,

En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.

— Señor, le respondí, si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que más grato á los dos hermanos fuese,

Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor. — Dijo Mercurio: — No te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo más se pase.

— Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, ya si el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo.

Que no sé quién me dice, y quién me exhorta,
Que tienen para mí, á que imagino,
La voluntad, como la vista corta.

Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino.

Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas, que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.

Mucho esperé, si mucho prometieron,
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.

Muchos, señor, en la galera llevas,
Que te podrán sacar el pié del lodo,
Parte, y excusa de hacer más pruebas.

— Ninguno, dijo, me hable dese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al conde, y todo

Con estos dos famosos me enemisto,
Que habiendo levantado á la poesía
Al buen punto en que está, como se ha visto,

Quieren con perezosa tiranía
Alzarse, como dicen, á su mano
Con la ciencia que á ser divinos guía.

Por el solio de Apolo soberano
Juro.... y no digo más; y ardiendo en ira
Se echó á las barbas una y otra mano.

Y prosiguió diciendo: EL DOCTOR MIRA,
Apostaré, si no lo manda el conde,
Que también en sus puntos se retira.

Señor galán, parezca: ¿á qué se esconde?
Pues á fe por llevarle, si él no gusta,
Que ni le busque, aseche, ni le ronde.

¿Es esta empresa acaso tan injusta,
Que se esquiven de hallar en ella cuantos
Tienen conciencia limitada y justa?

¿Carece el cielo de poetas santos?

¿Puesto que brote á cada paso el suelo
Poetas, que lo son tantos y tantos?

¿No se oyen sacros himnos en el cielo?

¿La arpa de David allá no suena,
Causando nuevo accidental consuelo?

Fuera melindres, y cese la entena,
Que llegue al tope; — y luego obedeciendo
Fué de la chusma sobre buenas buena.

Poco tiempo pasó, cuando un ruido

Se oyó, que los oídos atronaba,

Y era de perros áspero ladrido.

Mercurio se turbó, la gente estaba

Suspensa al triste son, y en cada pecho
El corazon más válido temblaba.

En esto descubrióse el corto estrecho
Que Escila y que Caribdis espantosas
Tan temeroso con su furia han hecho.

— Estas olas que veis presuntuosas
En visitar las nubes de continuo,
Y aun de tocar el cielo codiciosas,
Venciólas el prudente peregrino
Amante de Calipso, al tiempo cuando
Hizo, dijo Mercurio, este camino.

Su prudencia nosotros imitando,
Echaremos al mar en que se ocupen,
En tanto que el bajel pasa volando.

Que en tanto que ellas tasquen, roan, chupen,
Al mísero que al mar ha de entregarse,
Seguro estoy que el peso desocupen.

Miren si puede en la galera hallarse
Algun poeta desdichado acaso,
Que á las fieras gargantas pueda darse. —

Buscáronle, y hallaron á LOFRASO,
Poeta militar, sardo, que estaba
Desmayado á un rincon marchito y laso:
Que á sus diez libros de Fortuna andaba
Añadiendo otros diez, y el tiempo escoge,
Que más desocupado se mostraba.

Gritó la chusma toda: — Al mar se arroje,
Vaya LOFRASO al mar sin resistencia.

— Por Dios, dijo Mercurio, que me enoje.
¿Cómo? ¿y no será cargo de conciencia,
Y grande, echar al mar tanta poesía,
Puesto que aquí nos hunda su inclemencia?

Viva LOFRASO, en tanto que dé al día
Apolo luz, y en tanto que los hombres
Tengan discreta alegre fantasía.

Tocante á tí; oh LOFRASO! los renombres,
Y epítetos de agudo y de sincero,
Y gusto que mi cómitre te nombres. —

Esto dijo Mercurio al caballero,
El cual en la crujía en pié se puso
Con un rebenque despiadado y fiero.

Creo que de sus versos le compuso,
Y no sé cómo fué, que en un momento

CERVANTES. — *Viaje al Parnaso.*

(Ó ya el cielo, ó LOFRASO lo dispuso).

Salimos del estrecho á salvamento,
Sin arrojar al mar poeta alguno :
Tanto del sardo fué el merecimiento.

Más luego otro peligro, otro importuno
Temor amenazó, sino gritara
Mercurio, cual jamás gritó ninguno,
Diciendo al timonero : — Á orza, para,
Amáñese de golpe ; — y todo á un punto
Se hizo, y el peligro se repara.

Estos montes que veis que están tan juntos,
Son los que Acroceraunos son llamados
De infame nombre, como yo barrunto.

Asieron de los remos los honrados,
Los tiernos, los melífluos, los godescos,
Y los de á cantimplora acostumbrados.

Los frios los asieron y los frescos,
Asiéronlos también los calurosos,
Y los de calzas largas y gregüescos.

Del sopraestante daño temerosos,
Todos á una la galera empujan,
Con flacos y con brazos poderosos.

Debajo del bajel se somurmujan
Las sirenas que dél no se apartaron,
Y á sí mismas en fuerzas sobrepujan.

Y en un pequeño espacio la llevaron
A vista de Corfú, y á mano diestra
La isla inexpugnable se dejaron.

Y dando la galera á la siniestra
Discurría de Grecia las riberas,
Adonde el cielo su hermosura muestra.

Mostrábanse las olas lisonjeras,
Impeliendo el bajel suavemente,
Como burlando con alegres veras.

Y luego al parecer por el Oriente,
Rayando el rubio sol nuestro horizonte
Con rayas rojas, hebras de su frente,

Gritó un grumete y dijo : El monte, el monte,
El monte se descubre, donde tiene
Su buen rocin el gran Belorofonte.

Por el monte se arroja, y á pié viene
Apolo á recebirnos. — Yo lo creo,
Dijo LOFRASO, ya llega á la Hipocrene.

Yo desde aquí columbro, miro y veo
Que se andan solazando entre unas matas
Las musas con dulcísimo recreo.

Unas antiguas son, otras novatas,
Y todas con ligero paso y tardo
Andan las cinco en pié, las cuatro á gatas.
— Si tú tal vez, dijo Mercurio, ¡oh sardo
Poeta! qué me corten las orejas,
O me tengan los hombres por bastardo.

Díme ¿por qué algun tanto no te alejas
De la ignorancia, pobreton, y adviertes
Lo que cantan tus rimas en tus quejas?

¿Por qué con tus mentiras nos diviertes
De recibir á Apolo cual se debe,
Por haber mejorado vuestras suertes? —

En esto mucho más que el viento leve
Bajó el lucido Apolo á la marina,
A pié, porque en su carro no se atreve.

Quitó los rayos de la faz divina,
Mostróse en calzas y en jubon vistoso,
Porque dar gusto á todos determina.

Segúfale detras un numeroso
Escuadron de doncellas bailadoras,
Aunque pequeñas, de ademan brioso.

Supe poco despues, que estas señoras,
Sanas las más, las ménos mal paradas,
Las del tiempo y del sol eran las Horas.

Las medio rotas eran las menguadas,
Las sanas las felices, y con esto
Eran todas en todo apresuradas.

Apolo luego con alegre gesto
Abrazó á los soldados, que esperaba
Para la alta ocasion que se ha propuesto.

Y no de un mismo modo acariciaba
A todos, porque alguna diferencia
Hacia con los que él más se alegraba

Que á los de señoría y excelencia
Nuevos abrazos dió, razones dijo,
En que guardó decoro y preeminencia.

Entre ellos abrazó á DON JUAN DE ARGUIJO,
Que no sé en qué, ó cómo, ó cuando hizo
Tan áspero viaje y tan prolijo.

Con él á su deseo satisfizo

Apolo y confirmó su pensamiento,
Mandó, vedó, quitó, hizo y deshizo.

Hecho, pues, el sin par recibimiento,
Do se halló DON LUIS DE BARAHONA,
Llevado allí por su merecimiento.

Del siempre verde lauro una corona
Le ofrece Apolo en su intencion, y un vaso
Del agua de Castalia y de Helicon.

Y luego vuelve el majestuoso paso,
Y el escuadron pensado y de repente
Le sigue por las faldas del Parnaso.

Llegóse en fin á la Castalia fuente,
Y en viéndola, infinitos se arrojaron
Sedientos al cristal de su corriente.

Unos no solamente se hartaron,
Sino que piés y manos, y otras cosas
Algo más indecentes se lavaron.

Otros más advertidos, las sabrosas
Aguas gustaron poco á poco, dando
Espacio al gusto, á pausas melindrosas.

El brindez y el carao se puso en bando,
Porque los más de bruces, y no á sorbos,
El suave licor fueran gustando.

De ambas manos hacían vasos corvos
Otros, y algunos de la boca al agua
Temían de hallar cien mil estorbos.

Poco á poco la fuente se desagiá,
Y pasa en los estómagos bebientes,
Y aún no se apaga de su sed la fragua.

Mas díjoles Apolo : — Otras dos fuentes
Aun quedan, Aganipe é Hipocrene,
Ambas sabrosas, ambas excelentes;

Cada cual de licor dulce y perene,
Todas de calidad aumentativa
Del alto ingenio que á gustarlas viene. —

Beben, y suben por el monte arriba,
Por entre palmas, y entre cedros altos,
Y entre árboles pacíficos de oliva.

De gusto llenos y de angustia faltos,
Siguiendo á Apolo el escuadron camina,
Unos á pedicoj, otros á saltos.

Al pié sentado de una antigua encina
Ví á ALONSO DE LEDESMA, componiendo

Una cancion angélica y divina.

Conocile, y á él me fuí corriendo
Con los brazos abiertos como amige,
Pero no se movió con el estruendo.

— ¿No ves, me dijo Apolo, que consigo
No está LEDESMA ahora? ¿No ves claro
Que está fuera de sí, y está conmigo? —

A la sombra de un mirto, al verde amparo
JERÓNIMO DE CASTRO se estaba,
Varon de ingenio peregrino y raro.

Un motete imagino que cantaba
Con voz suave; yo quedé admirado
De verle allí, porque en Madrid quedaba.

Apolo me entendió, y dijo: — Un soldado
Como éste no era bien que se quedara
Entre el ocio y el sueño sepultado.

Yo le truje, y sé cómo; que á mi rara
Potencia no la impide otra ninguna,
Ni inconveniente alguno la repara. —

En esto se llegaba la oportuna
Hora á mi parecer de dar sustento
Al estómago pobre, y mas si ayuna;

Pero no le pasó por pensamiento
A Delio, que el ejército conduce,
Satisfacer al mísero hambriento.

Primero á un jardín rico nos reduce,
Donde el poder de la naturaleza,
Y el de la industria más campea y luce.

Tuvieron los Hespérides belleza
Menor, no le igualaron los Pensiles
En sitio, en hermosura y en grandeza.

En su comparacion se muestran viles
Los de Alcinoos, en cuyas alabanzas
Se han ocupado ingenios bien sotiles:

No sujeto del tiempo á las mudanzas,
Que todo el año primavera ofrece
Frutos en posesion, no en esperanzas.

Naturaleza y arte allí parece
Andar en competencia, y está en duda
Cuál vence de las dos, cuál más merece.

Muéstrase balbuciente y casi muda,
Si le alaba la lengua más experta,
De adulacion y de mentir desnuda.

Junto con ser jardín , era una huerta ,
Un soto, un bosque, un prado, un valle ameno,
Que en todos estos títulos concierta ,
De tanta gracia y hermosura lleno ,
Que una parte del cielo parecía
El todo del bellissimo terreno.

Alto en el sitio alegre Apolo hacía ,
Y allí mandó que todos se sentasen
A tres horas despues de mediodía.

Y porque los asientos señalasen
El ingenio y valor de cada uno ,
Y unos con otros no se embarazasen.

A despecho y pesar del importuno
Ambicioso deseo , les dió asiento
En el sitio y lugar más oportuno.

Llegaban los laureles casi á ciento ,
A cuya sombra y troncos se sentaron
Algunos de aquel número contento.

Otros los de las palmas ocuparon ,
De los mirtos y hiedras , y los robles
Tambien varios poetas albergaron.

Puesto que humildes , eran de los nobles
Los asientos cual tronos levantados ,
Porque tú , ¡ oh envidia ! aquí tu rabia dobles.

En fin , primero fueron ocupados
Los troncos de aquel ancho circuito ,
Para honrar á poetas delicados ,

Antes que yo , en el número infinito ,
Hallase asiento : y así en plé quedéme
Despechado , colérico y marchito.

Dije entre mí : ¿ Es posible que se extreme
En perseguirme la fortuna airada ,
Que ofende á muchos y á ninguno teme ?

Y volviéndome á Apolo , con turbada
Lengua le dije lo que oirá el que gusta
Saber , pues la tercera es acabada ,
La cuarta parte desta empresa justa.

CAPÍTULO IV.

Suele la indignacion componer versos ;
Pero si el indignado es algun tonto ,
Ellos tendrán su todo de perversos.

De mí yo no sé más , sino que pronto
Me hallé para decir en tercia rima
Lo que no dijo el desterrado al Ponto.

Y así le dije á Delio : — No se estima ,
Señor , de vulgo vano el que te sigue
Y al árbol sacro del laurel se arrima.

La envidia y la ignorancia le persigue ,
Y así envidiado siempre y perseguido
El bien que espera por jamás consigue.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido ,
Con que al mundo la hermosa *Galatea*
Salió para librarse del olvido.

Soy por quien la *Confusa* nada fea
Pareció en los teatros admirable ,
Si esto á su fama es justo se le crea.

Yo con estilo en parte razonable
He compuesto *Comedias* , que en su tiempo
Tuvieron de lo grave y de lo afable.

Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
Al pecho melancólico y mohino
En cualquiera sazon , en todo tiempo.

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino ,
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invencion excede
A muchos , y al que falta en esta parte ,
Es fuerza que su fama falta quede.

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía ,
Y en ella procuré siempre agradarte.

Nunca voló la pluma humilde mia
Por la region satírica , bajeza
Que á infames premios y desgracias guía.

Yo el soneto compuse que así empieza ,
Por honra principal de mis escritos :
Voto á Dios , que me espanta esta grandeza.

Yo he compuesto *Romances* infinitos ,

Y el de los *Celos* es aquel que estimo,
Entre otros que los tengo por malditos.

Por esto me congojo y me lastimo
De verme solo en pié, sin que se aplique
Arbol que me conceda algun arrimo.

Yo estoy, cual decir suelen, puesto á pique
Para dar la estampa al gran *Persiles*,
Con que mi nombre y obras multiplique.

Yo en pensamientos castos y sotiles,
Dispuestos en sonetos de á docena,
He honrado tres sujetos fregoniles.

Tambien al par de *Filís* mi *Filena*
Resonó por las selvas, que escucharon
Más de una y otra alegre cantilena.

Y en dulces varias rimas se llevaron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos y en la arena se sembraron.

Tuve, tengo y tendré los pensamientos.
Merced al cielo que á tal bien me inclina,
De toda adulacion libres y exentos.

Nunca pongo los pies por do camina
La mentira, la fraude y el engaño,
De la santa virtud total ruina.

Con mi corta fortuna no me ensaño,
Aunque por verme en pié, como me veo,
Y en tal lugar, pondero así mi daño.

Con poco me contento, aunque deseo
Mucho. — A cuyas razones enojadas,
Con estas blandas respondió Timbreo :

— Vienen las malas suertes atrasadas,
Y toman tan de léjos la corriente,
Que son temidas, pero no excusadas.

El bien les viene á algunos de repente,
A otros poco á poco y sin pensallo,
Y el mal no guarda estilo diferente.

El bien que está adquirido, conservallo
Con mafia, diligencia y con cordura,
Es no menor virtud que el granjeallo.

Tú mismo te has forjado tu ventura,
Y yo te he visto alguna vez con ella,
Pero en el imprudente poco dura.

Mas si quieres salir de tu querella,
Alegre, y no confuso, y consolado,

Dobla tu capa, y siéntate sobre ella.

Que tal vez suele un venturoso estado,
Cuando le niega sin razon la suerte,
Honrar más merecido, que alcanzado.

— Bien parece, señor, que no se advierte,
Le respondí, que yo no tengo capa. —
El dijo : — Aunque sea así, gusto de verte.

La virtud es un manto con que tapa
Y cubre su indecencia la estrechez,
Que exenta y libre de la envidia escapa. —

Incliné al gran consejo la cabeza,
Quedéme en pié ; que no hay asiento bueno,
Si el favor no le labra, ó la riqueza.

Alguno murmuró, viéndome ajeno
Del honor que pensó se me debía,
Del planeta de luz y virtud lleno.

En esto pareció que cobró el día
Un nuevo resplandor, y el aire oyóse
Herir de una dulcísima armonía.

Y en esto por un lado descubrióse
Del sitio un escuadron de ninfas bellas,
Con que infinito el rubio dios holgóse.

Venía en fin, y por remate dellas
Una resplandeciendo, como hace
El sol ante la luz de las estrellas.

La mayor hermosura se deshace
Ante ella, y ella sola resplandece
Sobre todas, y alegra y satisface.

Bien así semejaba, cual se ofrece
Entre líquidas perlas y entre rosas
La aurora que despunta y amanece.

La rica vestidura, las preciosas
Joyas que la adornaban, competían
Con las que suelen ser maravillosas.

Las ninfas que al querer suyo asistían
En el gallardo brío y bello aspecto,
Las artes liberales parecían.

Todas con amoroso y tierno afecto,
Con las ciencias más claras y escogidas,
Le guardaban santísimo respeto.

Mostraban que en servirla eran servidas,
Y que por su ocasion de todas gentes
En más veneracion eran tenidas.

Su influjo y su reflujo las corrientes
Del mar y su profundo le mostraban,
Y el ser padre de rios y de fuentes.

Las hierbas su virtud la presentaban,
Los árboles sus frutos y sus flores,
Las piedras el valor que en sí encerraban.

El santo amor, castísimos amores,
La dulce paz, su quietud sabrosa,
La guerra amarga todos sus rigores.

Mostrábasele clara la espaciosa
Vía, por donde el sol hace contínuo
Su natural carrera y la forzosa.

La inclinacion, ó fuerza del destino,
Y de qué estrellas consta y se compone,
Y cómo influye este planeta ó sino,

Todo lo sabe, todo lo dispone
La santa hermosísima doncella,
Que admiracion como alegría pone.

Preguntéle al parlero, si en la bella
Ninfa alguna deidad se disfrazaba,
Que fuese justo en adorar en ella.

Porque en el rico adorno que mostraba
Y en el gallardo ser que descubría,
Del cielo y no del suelo semejaba.

— Descubres, respondió, tu bobería,
Que há que tratas infinitos años,
Y no conoces que es la Poësía.

— Siempre la he visto envuelta en pobres paños
Le repliqué; jamás la ví compuesta
Con adornos tan ricos y tamaños:

Parece que la he visto descompuesta,
Vestida de color de primavera
En los días de entio y los de fiesta.

— Esta, que es la Poesía verdadera,
La grave, la discreta, la elegante,
Dijo Mercurio, la alta y la sincera,

Siempre con vestidura rozagante
Se muestra en cualquier acto que se halla,
Cuando á su profesion es importante.

Nunca se inclina, ó sirve á la canalla
Trovadora, maligna y trafalmeja,
Que en lo que más ignora, ménos calla.

Hay otra falsa, ansiosa, torpe y vieja,

Amiga de sonaja y morteruelo,
Que ni tabanco, ni taberna deja.

No se alza dos, ni aun un coto del suelo,
Grande amiga de bodas y bautismos,
Larga de manos, corta de cerbelo.

Tómanla por momentos parasismos,
No acierta á pronunciar, y si pronuncia,
Absurdos hace, y forma solecismos.

Baco donde ella está, su gusto anuncia,
Y ella derrama en coplas el poleo,
Compá, y vereda, y el mastranzo, y juncia.

Pero aquesta que ves, es el aseó,
La gala de los cielos y la tierra,
Con quien tienen las musas su burgeo;

Ella abre los secretos y los cierra,
Toca y apunta de cualquiera ciencia
La superficie y lo mejor que encierra.

Mira con más ahinco su presencia,
Verás cifrada en ella la abundancia
De lo que en bueno tiene la excelencia.

Moran con ella en una misma estancia
La divina y moral filosofía,
El estilo más puro y la elegancia.

Puede pintar en la mitad del día
La noche, y en la noche más oscura
El alba bella que las perlas cría.

El curso de los ríos apresura,
Y le detiene; el pecho á furia incita,
Y le reduce luego á más blandura.

Por mitad del rigor se precipita
De las lucientes armas contrapuestas,
Y dá vitorias, y vitorias quita.

Verás cómo le prestan las florestas
Sus sombras, y sus cantos los pastores,
El mal sus lutos y el placer sus fiestas,

Perlas el Sur, Sabea sus olores,
El oro Tiber, Híbla su dulzura,
Galas Milán, y Lusitania amores.

En fin, ella es la cifra, do se apura
Lo provechoso, honesto y deleitable,
Partes con quien se aumenta lá ventura.

Es de ingenio tan vivo y admirable,
Que á veces toca en punto que suspenden,

Por tener no sé que de inexcrutable.

Alábanse los buenos, y se ofenden
Los malos con su voz, y destos tales
Unos la adoran, otros no la entienden.

Son sus obras heroicas inmortales,
Las líricas sátiavas, de manera
Que vuelven en divinas las mortales.

Si alguna vez se muestra lisonjera,
Es con tanta elegancia y artificio,
Que no castigo, sino premio espera.

Gloria de la virtud, pena del vicio
Son sus acciones, dando al mundo en ellas
De su alto ingenio y su bondad indicio. —

En esto estaba, cuando por las bellas
Ventanas de jazmines y de rosas,
Que amor estaba á lo que entiendo en ellas,

Divisé seis personas religiosas,
Al parecer de honroso y grave aspecto,
De luengas togas, limpias y pomposas.

Preguntéle á Mercurio: — ¿ Por qué efeto
Aquellos no parecen y se encubren,
Y muestran ser personas de respeto? —

A lo que él respondió: — No se descubren
Por guardar el decoro al alto estado
Que tienen, y así el rostro todos cubren.

— ¿ Quién son, le repliqué, si es que te es dado
Decirlo? — Respondióme: — No por cierto,
Porque Apolo lo tiene así mandado.

— ¿ No son poetas? — Sí. — Pues yo no acierto
A pensar por qué causa se desprecian
De salir con su ingenio á campo abierto.

¿ Para qué se embobecen y se anecian,
Escondiendo el talento que da el cielo
A los que más de ser suyos se precian?

Aquí del rey: ¿ qué es esto? ¿ qué recelo
O celo les impide á no mostrarse
Sin miedo ante la turba vil del suelo?

¿ Puede ninguna ciencia compararse
Con esta universal de la poesía,
Que límites no tiene do encerrarse?

Pues siendo esto verdad, saber querría
Entre los de la carda, ¿ cómo se usa
Este miedo, ó melindre, ó hipocresía?

Hace monseñor versos, y rehusa
Que no se sepan, y él los comunica
Con muchos, y á la lengua ajena acusa.

Y más que siendo buenos, multiplica
La fama su valor, y al dueño canta
Con voz de gloria y de alabanza rica.

¿Qué mucho pues, si no se le levanta
Testimonio á un pontífice poeta,
Que digan que lo es? por Dios que espanta.

Por vida de Lanfusa la discreta,
Que si no se me dice quién son estos
Togados de bonete y de muceta;

Que con trazas y modos descompuestos,
Tengo de reducir á behetría
Estos tan sasegados y compuestos.

Por Dios, dijo Mercurio, y á fe mía,
Que no puedo decirlo, y si lo digo,
Tengo de dar la culpa á tu porfía.

Dilo, señor, que desde aquí me obligo
De no decir que tú me lo dijiste,
Le dije, por la fe de buen amigo.—

El dijo:— No nos cayan en el chiste,
Llégate á mí, dirételo al oído,
Pero creo que hay más de los que viste.

Aquel que has visto allí del cuello erguido,
Lozano, rozagante y de buen talle,
De honestidad y de valor vestido,

Es el DOTOR FRANCISCO SANCHEZ: dalle
Puede cual debe Apolo la alabanza,
Que pueda sobre el cielo levantalte.

Y aun más su famoso ingenio alcanza,
Pues en las verdes hojas de sus dias
Nos da de santos frutos la esperanza.

Aquel que en elevadas fantasías,
Y en éxtasis sabrosos se regala,
Y tanto imita las acciones mías,

Es el MAESTRO ORENSE, que la gala
Se lleva de la más rara elocuencia
Que en las aulas de Atenas se señala.

Su natural ingenio con la ciencia
Y ciencias aprendidas le levanta
Al grado que le nombra la excelencia.

Aqué! de amarillez marchita y santa,

Que le encubre de lauro aquella rama,
Y aquella hojosa y acopada planta,
FRAY JUAN BAPTISTA CAPATAZ se llama,
Descalzo y pobre pero bien vestido
Con el adorno que le da la fama.

Aquel que del rigór fiero de olvido
Libra su nombre con eterno gozo,
Y es de Apolo y las musas bien querido,
Anciano en el ingenio, y nunca mozo,
Humanista divino, es según pienso,
El insigne DOTOR ANDRÉS DEL POZO.

Un licenciado de un ingenio inmenso
Es aquel, y aunque en traje mercenario,
Como á señor le dan las musas censo:

RAMON se llama, auxilio necesario
Con que Delio se esfuerza y ve rendidas
Las obstinadas fuerzas del contrario.

El otro, cuyas sienes ves ceñidas
Con los brazos de Dafne en triunfo honroso
Sus glorias tiene en Alcalá esculpidas.

En su ilustre teatro vitorioso
Le nombra el cisne en canto no funesto,
Siempre el primero como á más famoso.

A los donaires suyos echó el resto
Con propiedades al gorrón debidas,
Por haberlos compuesto ó descompuesto.

Aquestas seis personas referidas,
Como están en divinos puestos puestas,
Y en sacra religion constituidas,

Tienen las alabanzas por molestas,
Que les dan por poetas, y holgarían
Llevar la loa sin el nombre á cuestas.

¿ Por qué, le pregunté, señor, porfían
Los tales á escribir y dar noticia
De los versos que paren y que crían?

También tiene el ingenio su codicia,
Y nunca la alabanza se desprecia;
Que al bueno se le debe de justicia.

Aquel que de poeta no se precia,
¿ Para qué escribe versos, y los dice?
¿ Por qué desdén lo que más aprecia?

Jamás me contenté, ni satisface
De hipócritas melindres. Llanamente

Quise alabanzas de lo que bien hice.

— Con todo quiere Apolo, que esta gente Religiosa se tenga aquí secreta,
Dijo el dios que presume de elocuente.

Oyóse en esto el son de una corneta,
Y un trapa, trapa, aparta, afuera, afuera,
Que viene un gallardísimo poeta.

Volví la vista y ví por la ladera
Del monte un postillon y un caballero
Correr, como se dice, á la ligera.

Servía el postillon de pregonero,
Mucho más que de guía, á cuyas voces
En pié se puso el escuadron entero.

Preguntóme Mercurio: — ¿ No conoces
Quién es este gallardo, este brioso?
Imagino que ya le reconoces.

— Bien, yo le respondí; que es el famoso
Gran DON SANCHE DE LEIVA, cuya espada
Y pluma harán á Delio venturoso.

Venceráse sin duda esta jornada
Con tal socorro; — y en el mismo instante,
Cosa que parecía imaginada,

Otro favor no ménos importante
Para el caso tenido se nos muestra,
De ingenio y fuerzas, y valor bastante.

Una tropa gentil por la siniestra
Parte del monte descubrióse: ¡ oh cielos,
Que dais de vuestra providencia muestra!

Aquel discreto JUAN DE BASCONCELOS
Venía delante en un caballo bayo,
Dando á las musas lusitanas celos.

Tras él el CAPITAN PEDRO TAMAYO
Venía, y aunque enfermo de la gota,
Fué al enemigo asombro, fué desmayo.

Que por él se vió en fuga, y puesto en rota;
Que en los dudosos trances de la guerra
Su ingenio admira y su valor se nota.

Tambien llegaron á la rica tierra,
Puestos debajo de una blanca seña,
Por la parte derecha de la sierra,

Otros, de quien tomó luego reseña
Apolo: y era dellos el primero
El jóven DON FERNANDO DE LODEÑA

Poeta primerizo, insigne, empero
En cuyo ingenio Apolo deposita
Sus glorias para el tiempo venidero.

Con majestad real, con inaudita
Pompa llegó, y al pié del monte para
Quien los bienes del monte solicita :

El LICENCIADO fué JUAN DE VERGARA
El que llegó, con quien la turba ilustre
En sus vecinos medios se repara.

De Esculapio y de Apolo gloria y lustre,
Si no, dígalo el santo bien partido,
Y su fama la misma envidia ilustre.

Con él fué con aplauso recibido
El doto JUAN ANTONIO DE HERRERA,
Que puso en fin el desigual partido.

¡ Oh, quién con lengua en nada lisonjera,
Sino con puro afecto en grande exceso,
Dos que llegaron alabar pudiera !

Pero no es de mis hombros este peso.
Fueron los que llegaron los famosos,
Los dos maestros CALVO Y VALDIVIESO.

Luego se descubrió por los undosos
Llanos del mar una pequeña barca
Impelida de remos presurosos :

Llegó, y al punto della desembarca
El gran DON JUAN DE ARGOTE Y DE GAMBOA,
En compañía de DON DIEGO ABARCA,

Sujetos dinos de incesable loa ;
Y DON DIEGO JIMENEZ Y DE ENCISO
Dió un salto á tierra desde la alta proa.

En estos tres la gala y el aviso
Cifró cuanto de gusto en sí contienen,
Como su ingenio y obras dan aviso.

Con JUAN LOPEZ DEL VALLE otros dos vienen
Juntos allí, y es PAMONES el uno,
Con quien las musas ojeriza tienen,

Porque pone sus pies por do ninguno
Los puso, y con sus nuevas fantasías
Mucho más que agradable es importuno.

De lejas tierras por incultas vías
Llegó el bravo irlandés DON JUAN BATRO,
Jerjes nuevo en memoria en nuestros días.

Vuelvo la vista, á MANTUANO veo,

Que tiene al gran Velasco por Mecenas,
Y ha sido acertadísimo su empleo.

Dejarán estos dos en las ajenas
Tierras, como en las propias, dilatados
Sus nombres, que tú, Apolo, así lo ordenas.

Por entre dos fructíferos collados
(¿ Habrá quien esto crea, aunque lo entienda?)
De palmas y laureles coronados,

El grave aspecto del ABAD MALUENDA
Pareció, dando al monte luz y gloria,
Y esperanzas de triunfo en la contienda.

¿ Pero de qué enemigos la vitoria
No alcanzará un ingenio tan florido,
Y una bondad tan digna de memoria?

DON ANTONIO GENTIL DE VARGAS, pido
Espacio para verte, que llegaste
De gala y arte y de valor vestido;

Y aunque de patria ginovés, mostraste
Ser en las musas castellanas doto,
Tanto que al escuadron todo admiraste.

Desde el indio apartado del remoto
Mundo llegó mi amigo MONTESDOCA,
Y el que anudó de Arauco el nudo roto.

Dijo Apolo á los dos: — A entrambos toca
Defender esta vuestra rica estancia
De la canalla de vergüenza poca.

La cual de error armada y de arrogancia
Quiere canonizar y dar renombre
Inmortal y divino á la ignorancia;

Que tanto puede la afición que un hombre
Tiene á sí mismo, que ignorante siendo,
De buen poeta quiere alcanzar nombre. —

En esto otro milagro, otro estupendo
Prodigio se descubre en la marina,
Que en pocos versos declarar pretendo.

Una nave á la tierra tan vecina
Llegó, que desde el sitio donde estaba,
Se ve cuanto hay en ella y determina.

De más de cuatro mil salmas pasaba,
Que otros suelen llamarlas toneladas,
Ancha de vientre y de estatura brava:

Así como las naves que cargadas
Llegan de la oriental India á Lisboa,
CERVANTES. — *Viaje al Parnaso.*

Que son por las mayores estimadas ;
Esta llegó desde la popa á proa
Cubierta de poetas , mercancía
De quien hay saca en Calicut y en Goa.
Tomóle al rojo dios alferecía
Por ver la muchedumbre impertinente ,
Que en socorro del monte le venía.

Y en silencio rogó devotamente
Que el vaso naufragase en un momento
Al que gobierna el húmido tridente.

Uno de los del número hambriento
Se puso en esto al borde de la nave ,
Al parecer mohino y mal contento ;

Y en voz que ni de tierna ni suave
Tenía un solo adarme , gritando
(Dijo tal vez colérico , y tal grave)

Lo que impaciente estuve yo escuchando ,
Porque ví sus razones ser saetas ,
Que iban mi alma y corazón clavando.

— Oh tu , dijo , traidor que los poetas
Canonizaste de la larga lista ,
Por causas y por vías indirectas :

¿ Donde tenías , Magancés , la vista
Aguda de tu ingenio , que así ciego
Fuiste tan mentiroso coronista ?

Yo te confieso ¡oh bárbaro! y no niego
Que algunos de los muchos que escogiste
Sin que el respeto te forzase ó el ruego ,

En el debido punto los pusiste ;

Pero con los demás sin duda alguna
Pródigo de alabanzas anduviste.

Has alzado á los cielos la fortuna ,
De muchos que en el centro del olvido
Sin ver la luz del sol y de la luna ,

Yacían : ni llamado , ni escogido
Fué el gran pastor de Iberia , el gran BERNARDO
Que DE LA VEGA tiene el apellido.

Fuiste envidioso , descuidado y tardo ,
Y las ninfas de Henares y pastores
Como á enemigo le tiraste un dardo.

Y tienes tú poetas tan peores
Que estos en tu rebaño , que imagino
Que han de sudar si quieren ser mejores.

Que si este agravio no me turba el tino,
Siete trovistas desde aquí diviso,
A quien suelen llamar de torbellino,
Con quien la gala, discrecion y aviso
Tienen poco que ver, y tú los pones
Dos leguas más allá del paraíso.

Estas quimeras, estas invenciones
Tnyas, te han de salir al rostro un día,
Si más no te medidas y compones. —

Esta amenaza y gran descortesía
Mi blando corazon llenó de miedo
Y dió á través con la paciencia mia.

Y volviéndome á Apolo con denuedo
Mayor del que esperaba por mis años,
Con voz turbada y con semblante acedo,

Le dije: — Con bien claros desengaños
Descubro, que el servirte me granjea
Presentes, miedos de futuros daños.

Haz ¡ oh señor ! que en público se lea
La lista que Cilenio llevó á España,
Porque mi culpa poca aquí se vea.

Si tu deidad en escoger se engaña,
Y yo sólo aprobé lo que él me dijo,
¿ Por qué este simple contra mí se ensaña ?

Con justa causa y con razon me aflijo,
De ver cómo estos bárbaros se inclinan
A tenerme en temor duro y prolijo.

Unos, porque los puse, me abominan,
Otros, porque he dejado de ponellos,
De darme pesadumbre determinan.

Yo no sé cómo me avendré con ellos:
Los puestos se lamentan, los no puestos
Gritan, yo tiemblo destos y de aquellos.

Tú, señor, que eres dios, dales los puestos
Que piden sus ingenios: llama y nombra
Los que fueren más hábiles y prestos.

Y porque el turbio miedo que me asombra,
No me acabe, acabada esta contienda,
Cúbreme con tu manto y con tu sombra.

O ponme una señal por do se entienda
Que soy hechura tuya y de tu casa:
Y así no habrá ninguno que me ofenda.

— Vuelve la vista y mira lo que pasa, —

Fué de Apolo enojado la respuesta,
Que ardiendo en ira el corazon le abrasa.

Volvíla, y ví la más alegre fiesta,
Y la más desdichada y compasiva,
Que el mundo vió, ni áun la verá cual ésta.

Mas no se espere que yo aquí la escriba,
Sino en la parte quinta, en quien espero
Cantar con voz tan entonada y viva,
Que piensen que soy cisne y que me muero.

CAPITULO V.

Oyó el señor del húmido tridente
Las plegarias de Apolo, y escuchólas
Con alma tierna y corazon clemente.

Hizo de ojo, y dió del pié á las olas,
Y sin que lo entendiesen los poetas
En un punto hasta el cielo levantólas.

Y él por ocultas vías y secretas
Se agazapó debajo del navío,
Y usó con él de sus traidoras tretas.

Hirió con el tridente en lo vacío,
Del buco, y el estómago le llena
De un copioso corriente amargo rio.

Advertido el peligro, al aire suena
Una confusa voz, la cual resulta
De otras mil que el temor forma y la pena.

Poco á poco el bajel pobre se oculta
En las entrañas del cerúleo y cano
Vientre, que tantas ánimas sepulta.

Suben los llantos por el aire vano
De aquellos miserables, que suspiran
Por ver su irreparable fin cercano.

Trepan y suben por las jarcias, miran
Cuál del navío es el lugar más alto,
Y en él muchos se apañan y retiran.

La confusion, el miedo, el sobresalto
Les turba los sentidos, que imaginan
Que desta á la otra vida es grande el salto.

Con ningún medio ni remedio atinan;
Pero creyendo dilatar su muerte,
Algun tanto á nadar se determinan.

Saltan muchos al mar de aquella suerte;

Que el charco de la orilla saltan ranas
Cuando el miedo ó el ruido las advierte.

Hienden las olas del romperse canas,
Menudean las piernas y los brazos,
Aunque enfermos están, y ellas no sanas.

Y en medio de tan grandes embarazos
La vista ponen en la amada orilla,
Deseosos de darla mil abrazos.

Y sé yo bien, que la fatal cuadrilla
Antes que allí, holgara de hallarse
En el Compás famoso de Sevilla.

Que no tienen por gusto el ahogarse,
Discreta gente al parecer en esto;
Pero valióles poco el esforzarse;

Que el padre de las aguas echó el resto
De su rigor, mostrándose en su carro
Con rostro airado y ademan funesto.

Cuatro delfines, cada cual bizarro,
Con cuerdas hechas de tejidas ovas
Le tiraban con furia y con desgarro.

Las ninfas en sus húmidas alcobas
Sienten tu rabia, ¡oh vengativo núme!
Y de sus rostros la color les robas.

El nadante poeta que presume
Llegar á la ribera defendida,
Sus ayes pierde y su teson consume;

Que su corta carrera es impedida
De las agudas puntas del tridente,
Entónces fiero y áspero homicida.

Quien ha visto muchacho diligente,
Que en goloso á sí mismo sobrepuja,
Que no hay comparacion más conveniente,

Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí ó la sisa,
Con punta alfileresca, ó ya de aguja;

Pues no con menor gana, ó menor prisa
Poetas ensartaba el núme airado
Con gusto infame, y con dudosa risa.

En carro de cristal venía sentado,
La barba luenga y llena de marisco,
Con dos gruesas lampreas coronado.

Hacían de sus barbas firme aprisco
La almeja, el morsillon, pulpo y cangrejo,

Cual le suelen hacer en peña ó risco.

Era de aspecto venerable y viejo :
De verde , azul y plata era el vestido ,
Robusto al parecer y de buen rejo ;

Aunque como enojado renegrido
Se mostraba en el rostro ; que la saña
Así turba el color como el sentido.

Airado contra aquellos más se ensaña
Que nadan más , y sádeles al paso ,
Juzgando á gloria tan cobarde hazafia

En esto , ¡ oh nuevo y milagroso caso ,
Dino , de que se cuente poco á poco ,
Y con los versos de Torcato Taso !

Hasta aquí no he invocado , ahora invoco
Vuestro favor ¡ oh musas ! necesario
Para los altos puntos en que toco.

Descerrajad vuestro más rico almarío ,
Y el aliento me dad que el caso pide ,
No humilde , no ratero ni ordinario.

Las nubes hiende , el aire pisa y mide
La hermosa Vénus Acidalia , y baja
Del cielo , que ninguno se lo impide.

Traía vestida de pardilla raja
Una gran saya entera , hecha al uso
Que le dice muy bien , cuadra y encaja.

Luto que por su Adónis se le puso ,
Luego que el gran colmillo del berraco
A atravesar sus ingles se dispuso.

A fe que si el mocito fuera Maco ,
Que él guardara la cara al colmilludo ,
Que dió á su vida y su belleza saco.

¡ Oh valiente garzon ! más que sesudo ,
¿ Cómo estando avisado , tu mal tomas ,
Entrando en trance tan horrendo y crudo ?

En esto las mansísimas palomas
Que el carro de la diosa conducían
Por el llano del mar , y por las lomas

Por unas y otras partes discurrían ,
Hasta que con Neptuno se encontraron ,
Que era lo que buscaban y querían.

Los dióse que se ven , se respetaron ,
Y haciendo sus zalemas á lo moro ,
De verse juntos en extremo holgaron.

Guardáronse real grave decoro ,
Y procuró Cipriana en aquel punto
Mostrar de su belleza el gran tesoro

Ensanchó el verdugado, y dióle el punto
Con ciertos puntapiés que fueron coces
Para el dios que las vió y quedó difunto.

Un poeta llamado DON QUINCOCES
Andaba semivivo en las saladas
Ondas, dando gemidos y no voces.

Con todo dijo en mal articuladas
Palabras : — ¡ Oh señora ! la de Pafo ,
Y de las otras dos islas nombradas ,

Muévate á compasion el verme gafo
De pies y manos , y que ya me ahogo ,
En otras linfas que la del Garrafo.

Aquí será mi pira , aquí mirogo ,
Aquí será QUINCOCES sepultado ,
Que tuvo en su crianza pedagogo. —

Esto dijo el mezquino, esto escuchado
Fué de la diosa con ternura tanta ,
Que volvió á componer el verdugado.

Y luego en pié y pladosa se levanta ,
Y poniendo los ojos en el viejo ,
Desembudó la voz de la garganta.

Y con acierto desden y sobrecejo ,
Entre enojada y grave y dulce, dijo
Lo que al húmido dios tuvo perplejo.

Y aunque no fué su razonar prolijo ,
Todavía le trujo á la memoria
Hermano de quién era , y de quién hijo.

Representóle cuán pequeña gloria
Era llevar de aquellos miserables
El triunfo infausto y la crüel vitoria

El dijo : — Si los hados inmutables
No hubieran dado la fatal sentencia
Destos en su ignorancia siempre estables ,

Una brizna no más de tu presencia
Que diera yo , bellísima señora ,
Fuera de mi rigor la resistencia.

Mas ya no puede ser , que ya la hora ,
Llegó donde mi blanda y mansa mano
Ha de mostrar que es dura y vencedora.

Que estos de proceder siempre inhumano ,

En sus versos han dicho cien milveces :
Azotando las aguas del mar cano.

— Ni azotando, ni viejo me pareces ,
Replicó Vénus , — y él le dijo á ella :

— Puesto que me enamoras , no enterneces ;

Que de tal modo la fatal estrella
Influye de estos tristes , que no puedo
Dar felice despacho á tu querella.

Del querer de los hados solo un dedo
No puedo apartar , ya tú lo sabes ,
Ellos han de acabar , y han de ser cedo.

— Primero acabarás que los acabes ,
Le respondió madama , la que tiene
De tantas voluntades puerta y llaves ;

Que aunque el hado feroz su muerte ordene ,
El modo no ha de ser á tu contento ,
Que muchas muertes el morir contiene. —

Turbóse en esto el líquido elemento ,
De nuevo renovóse la tormenta ,
Sopló más vivo y más apriesa el viento.

La hambrienta mesnada , y no sedienta ,
Se rinde al huracan recién venido ,
Y por más no penar muere contenta.

¡ Oh raro caso y por jamás oido ,
Ni visto ! ¡ Oh nuevas y admirables trazas
De la gran reina obedecida en Gnido !

En un instante el mar , de calabazas
Se vió cuajado , algunas tan potentes ,
Que pasaban de dos y aun de tres brazos.

Tambien hinchados odres y valientes ,
Sin deshacer del mar la blanca espuma ,
Nadaban de mil talles diferentes.

Esta trasmutacion fué hecha en suma
Por Vénus de los lánguidos poetas ,
Porque Neptuno hundirlos no presuma.

El cual le pidió á Febo sus saetas ,
Cuya arma arrojadiza desde aparte
A Vénus defraudara de sus tretas.

Negóselas Apolo , y veis do parte
Enojado el vejón con su tridente ,
Pensándolos pasar de parte á parte ;

Mas este se resbala , aquel no siente
La herida , y dando esguince se desliza ,

Y él queda de la cólera impaciente.

En esto Bóreas su furor atiza,
Y lleva antecogida la manada,
Que con la de los cerdos simboliza.

Pidióselo la diosa aficionada
A que vivan poetas zarabandos,
De aquellos de la seta almidonada :

De aquellos blancos, tiernos, dulces, blandos,
De los que por momentos se dividen
En varias setas y en contrarios bandos,

Los contrapuestos vientos se comiden
A complacer la bella rogadora,
Y con un solo aliento la mar miden :

Llevando la pñara gruñidora,
En calabazas y odres convertida,
A los reinos contrarios del aurora.

Desta dulce semilla referida,
España, verdad cierta, tanto abunda,
Que es por ella estimada y conocida.

Que aún en armas y en letras es fecunda
Más que cuantas provincias tiene el suelo,
Su gusto en parte en tal semilla funda.

Después desta mudanza que hizo el cielo,
O Vénus, ó quien fuese que, no importa
Guardar puntualidad como yo suelo,

No veo calabaza, ó luenga ó corta,
Que no imagine que es algún poeta
Que allí se estrecha, encubre, encoge, acorta.

Pues que cuando veo un cuero (¡ oh mal discreta
Y vana fantasía, así engañada,
Que á tanta liviandad estás sujeta !)

Pienso que el piezgo de la boca atada
Es la faz del poeta, transformado
En aquella figura mal hinchada.

Y cuando encuentro algún poeta honrado
Digo, poeta firme y valedero,
Hombre vestido bien y bien calzado,

Luego se me figura ver un cuero,
O alguna calabaza, y desta suerte
Entre contrarios pensamientos muero ;

Y no sé si le yerre, ó si lo acierte,
En que á las calabazas y á los cueros,
Y á los poetas trate de una suerte.

Cernícalos que son lagartijeros
No esperen de gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.

Puestas en paz ya las diferencias
De Dello, y los poetas transformados
En tan vanas y tan huecas apariencias,

Los mares y los vientos sosegados,
Sumergiósse Neptuno mal contento
En sus palacios de cristal labrados.

Las mansísimas aves por el viento
Volaron, y á la bella Cipriana
Pasieron en su reino á salvamento.

Y en señal que del triunfo quedó ufana,
Lo que hasta allí nadie acabó con ella,
Del luto se quitó la saboyana,

Quedando en cueros tan briosa y bella,
Que se supo despues que Marte anduvo
Todo aquel dia y otros dos tras ella.

Todo el cual tiempo el escuadron estuvo
Mirando atento la fatal ruina,
Que la canalla transformada tuvo.

Y viendo despejada la marina,
Apolo, del socorro mal venido,
De dar fin al gran caso determina.

Pero en aquel instante un gran ruido
Se oyó, con que la turba se alborozó,
Y pone vista alerta y presto oído.

Y era quien le formaba una carroza
Rica, sobre la cual venía sentado
El grave DON LORETO DE MENDOZA,

De su infelice ingenio acompañado,
De su mucho valor y cortesía,
Joyas inestimables, adornado,

PEDRO JUAN DE REJAULE le seguía
En otro coche, insigne valenciano
Y grande defensor de la poesía.

Sentado viene á su derecha mano
JUAN DE SOLIS, mancebo generoso,
De raro ingenio, en verdes años cano.

Y JUAN DE CARVAJAL, dotor famoso,
Les hace tercío, y no por ser pesado
Dejan de hacer su curso presuroso.

Porque el divino ingenio al levantado

Valor de aquestos tres que el coche encierra,
No hay impedirle monte ni collado.

Pasan volando la empinada sierra,
Las nubes tocan, llegan casi al cielo,
Y alegres pisan la famosa tierra.

Con este mismo honroso y grave celo,
BARTOLOMÉ DE MOLA Y GABRIEL LASO
Llegaron á tocar del monte el suelo.

Honra las altas cimas de Parnaso
DON DIEGO, que de Silva tiene el nombre,
Y por ellas alegre tiende el paso.

A cuyo ingenio y sin igual renombre,
Toda ciencia se inclina y le obedece,
Y le levanta á ser más que de hombre.

Dilátanse las sombras, y descrece
El día, y de la noche el negro manto
Guarnecido de estrellas aparece.

Y el escuadron que había esperado tanto
En pié, se rinde al sueño perezoso
De hambre y sed, y de mortal quebranto.

Apolo entonces poco luminoso,
Dando hasta los antípodas un brinco,
Signió su accidental curso forzoso.

Pero primero licenció á los cinco
Poetas titulados á su ruego,
Que lo pidieron con extraño ahinco,

Por parecerles risa, burla y juego
Empresas semejantes; y así Apolo
Condescendió con sus deseos luego;

Que es el galán de Dafne único y sólo
En usar cortesía sobre cuantos
Descubre el nuestro y el contrario polo.

Del lóbrego lugar de los espantos
Sacó su hisopo el lánguido Morfeo,
Con que ha rendido y embocado á tantos.

Y del licor que dicen que es Leteo,
Que mana de la fuente del Olvido,
Los párpados bañó á todos arreo.

El más hambriento se quedó dormido:
Dos cosas repugnantes, hambre y sueño,
Privilegio á poetas concedido.

Yo quedé en fin dormido como un leño,
Llena la fantasía de mil cosas,

Que de contallas mi palabra empeño,
Por más que sean en fin dificultosas.

CAPITULO VI.

De una de tres causas los ensueños
Se causan, ó los sueños, que este nombre
Les dan los que del bien hablar son dueños.

Primera, de las cosas de que el hombre
Trata más de ordinario: la segunda
Quiere la medicina que se nombre,

Del humor que en nosotros más abunda:
Toca en revelaciones la tercera,
Que en nuestro bien más que las dos redunda.

Dormí, y soñé, y el sueño la tercera,
Causa le dió principio suficiente
A mezclar el ahito y la dentera.

Sueña el enfermo, á quien la fiebre ardiente
Abrasa las entrañas, que en la boca
Tiene de las que ha visto alguna fuente.

Y el labio al fugitivo cristal toca,
Y el dormido consuelo imaginado
Crece el deseo, y no la sed apoca.

Pelea el valentísimo soldado
Dormido, casi al modo que despierto
Se mostró en el combate fiero armado.

Acude el tierno amante á su concierto,
Y en la imaginacion dormido llega
Sin padecer borrasca á dulce puerto.

El corazón el avariento entrega
En la mitad del sueño á su tesoro.
Que el alma en todo tiempo no le niega.

Yo, que siempre guardé el comun decoro
En las cosas dormidas y despiertas,
Pues no soy troglodita ni soy moro;

De par en par del alma abrí las puertas,
Y dejé entrar al sueño por los ojos
Con premisas de gloria y gusto ciertas.

Gocé durmiendo cuatro mil despojos,
Que los conté sin que faltase alguno,
De gustos que acudieron á manojos.

El tiempo, la ocasion, el oportuno
Lugar correspondían al efeto,

Juntos y por sí solo cada uno.

Dos horas dormí, y más á lo discreto,
Sin que imaginaciones ni vapores
El cerebro tuviesen inquieto

La suelta fantasía entre mil flores
Me puso de un pradillo, que exhalaba
De Pancaya y Sabea los olores.

El agradable sitio se llevaba
Tras sí la vista, que durmiendo, viva,
Mucho más que despierta se mostraba.

Palpable ví, mas no sé si lo escriba,
Que á las cosas que tienen de imposibles
Siempre mi pluma se ha mostrado esquivo.

Las que tienen vislumbre de posibles,
De dulces, de suaves y de ciertas
Explican mis borrones apacibles.

Nunca á disparidad abre las puertas
Mi corto ingenio, y hállalas contino
De par en par la consonancia abiertas.

¿Cómo puede agradar un desatino
Si no es que de propósito se hace,
Mostrándole el donaire su camino?

Que entónces la mentira satiface
Cuando verdad parece, y está escrita
Con gracia que al discreto y simple aplace.

Digo, volviendo al cuento, que infinita
Gente ví discurrir por aquel llano,
Con algazara placentera y grita:

Con hábito decente y cortesano
Algunos, á quien dió la hipocresía
Vestido pobre, pero limpio y sano.

Otros de la color que tiene el día
Cuando la luz primera se aparece
Entre las trenzas de la aurora fría.

La variada primavera ofrece
De sus varias colores la abundancia;
Con que á la vista el gusto alegre crece.

La prodigalidad, la exorbitancia
Campean juntas por el verde prado
Con galas que descubren su ignorancia.

En un trono del suelo levantado
(Do el arte á la materia se adelanta,
Puesto que de oro y de marfil labrado)

Una doncella ví, desde la planta
Del pié hasta la cabeza así adornada,
Que el verla admira, y el oirla encanta.

Estaba en él con majestad sentada,
Giganta al parecer en la estatura,
Pero aunque grande, bien proporcionada.

Parecía mayor su hermosura
Mirada desde léjos, y no tanto
Si de cerca se ve su compostura :

Lleno de admiracion, colmo de espanto,
Puse en ella los ojos, y ví en ella
Lo que en mis versos desmayados canto.

Yo no sabré afirmar si era doncella,
Aunque he dicho que sí, que en estos casos
La vista más aguda se atropella.

Son por la mayor parte siempre escasos
De razon los juicios maliciosos
En juzgar rotos los enteros vasos.

Altaneros sus ojos y amorosos
Se mostraban con cierta mausedumbre,
Que los hacía en todo extremo hermosos.

Ora fuese artificio, ora costumbre,
Los rayos de su luz tal vez crecían,
Y tal vez daban encogida lumbre.

Dos ninfas á sus lados asistían,
De tan gentil donaire y apariencia,
Que miradas, las almas suspendían.

De la del alto trono en la presencia
Desplegaban sus labios en razones,
Ricas en suavidad, pobres en ciencia.

Levantaban al cielo sus blasones,
Que estaban por ser pocos ó ningunos,
Escritos del olvido en los borrones.

Al dulce murmurar, al oportuno
Razonar de las dos, la del asiento,
Que en belleza jamás le igualó alguno,

Luego se puso en pié, y en un momento
Me pareció que dió con la cabeza
Más allá de las nubes, y no miento :

Y no perdió por esto su belleza,
Antes mientras más grande, se mostraba
Igual su perfeccion á su grandeza :

Los brazos de tal modo dilataba,

Que de do nace adonde muere el día
Los opuestos extremos alcanzaba.

La enfermedad llamada hidropesía
Así le hincha el vientre, que parece
Que todo el mar caber en él podía.

Al modo destas partes así crece
Toda su compostura ; y no por esto,
Cual dije, su hermosura desfallece.

Yo atónito esperaba ver el resto
De tan grande prodigio, y diera un dedo
Por saber la verdad segura, y presto.

Uno, y no sabré quién, bien claro y quedo
Al oído me habló, y me dijo : — Espera,
Que yo decirte lo que quieres puedo.

Esta que ves, que crece de manera,
Que apenas tiene ya lugar do quepa,
Y aspira en la grandeza á ser primera ;

Esta que por las nubes sube y trepa
Hasta llegar al cerco de la luna
(Puesto que el modo de subir no sepa),

Es la que confiada en su fortuna
Piersa tener de la inconstante rueda
El eje quedo y sín mudanza alguna.

Esta que no halla mal que le suceda
Ni le teme atrevida su arrogante,
Pródiga siempre, venturosa y leda,

Es la que con disinio extravagante
Dió en crecer poco á poco hasta ponerse,
Cual ves, en estatura de gigante.

No deja de crecer por no atreverse
A emprender las hazañas más notables,
Adonde puedan sus extremos verse.

¿ No has oído decir los memorables
Arcos, anfiteatros, templos, baños,
Termas, pórticos, muros admirables,

Que á pesar y despecho de los años,
Aun duran sus reliquias y entereza,
Haciendo al tiempo y á la muerte engaños ?

Yo respondí : — Por mí ninguna pieza
Desas que has dicho, dejo de tenella
Clavada y remachada en la cabeza.

Tengo el sepulcro de la viuda bella,
Y el coloso de Rodas allí junto,

Y la lanterna que sirvió de estrella.

Pero vengamos de quién es al punto

Esta, que lo deseo. — Haráse luego, —

Me respondió la voz en bajo punto.

Y prosiguió diciendo: — A no estar ciego

Hubieras visto ya quién es la dama;

Pero en fin, tienes el ingenio lego.

Esta que hasta los cielos se encarama,

Prefiada, sin saber cómo, del viento,

Es hija del Deseo y de la Fama.

Esta fué la ocasion y el instrumento

En todo y parte de que el mundo viese

No siete maravillas, sino ciento.

Corto número es ciento: aunque dijese

Cien mil y más millones, no imagines

Que en la cuenta del número excediese.

Esta condujo á memorables fines

Edificios que asientan en la tierra,

Y tocan de las nubes los confines.

Esta tal vez ha levantado guerra,

Donde la paz suave reposaba,

Que en límites estrechos no se encierra.

Cuando Mucio en las llamas abrasaba

El atrevido fuerte brazo y fiero,

Esta el incendio horrible resfriaba.

Esta arrojó al romano caballero

En el abismo de la ardiente cueva,

De limpio armado, y de luciente acero.

Esta tal vez con maravilla nueva

(De su ambiciosa condicion llevada)

Mil imposibles atrevida prueba.

Desde la ardiente Libia hasta la helada

Cítia lleva la fama su memoria,

En grandiosas obras dilatada.

En fin, ella es la altiva Vanagloria,

Que en aquellas hazañas se entrémete,

Que llevan de los siglos la vitoria.

Ella misma á sí misma se promete

Triunfos y gustos, sin tener asida

A la calva Ocasión por el copete.

Su natural sustento, su bebida,

Es aire, y así crece en un instante

Tanto, que no hay medida á su medida.

Aquellas dos del plácido semblante
Que tiene á sus dos lados, son aquellas
Que sirven á la máquina de Atlante.

Su delicada voz, sus luces bellas,
Su humildad aparente, y las lozanas
Razones, que el amor se cifra en ellas,

Las hacen más divinas que no humanas.
Y son (con paz escucha y con paciencia)
La Adulacion y la Mentira hermanas.

Estas están contino en su presencia
Palabras ministrándole al oído,
Que tienen de prudentes apariencia.

Y ella cual ciega del mejor sentido,
No ve que entre las flores de aquel gusto,
El áspid ponzoñoso está escondido.

Y así arrojada con deseo injusto,
En cristalino vaso prueba y bebe
El veneno mortal, sin ningun susto,
Quien más presume de advertido, pruebe
A dejarse adular, verá cuán presto
Pasa su gloria como el viento leve.—

Esto escuché, y en escuchando aquesto
Dió un estampido tal la Gloria vana,
Que dió á mi sueño fin dulce y molesto.

Y en esto descubrióse la mañana,
Vertiendo perlas y esparciendo flores,
Lozana en vista, y en virtud lozana.

Los dulces pequesuelos ruiseñores
Con cantos no aprendidos le decían,
Enamorados della, mil amores.

Los silgueros el canto repetían,
Y las diestras calandrias entonaban
La música que todos componían.

Unos del escuadron priesa se daban,
Porque no los hallase el dios del día
En los forzosos actos en que estaban.

Y luego se asomó su señoría,
Con una cara de tudesco roja,
Por los balcones de la aurora fría.

En parte gorda, en parte flaca y floja,
Con quien teme el esperado trance,
Donde verse vencido se le antoja.

En propio toledano y buen romance
CERVANTES.— *Viaje del Parnaso.*

Les dió los buenos días cortesmente ,
Y luego se aprestó al forzoso lance.

Y encima de un peñasco puesto enfrente
Del escuadron , con voz sonora y grave
Esta oracion les hizo de repente :

— ¡ Oh espíritus felices , donde cabe
La gala del decir , la sutileza
De la ciencia más docta que se sabe ;

Donde en su propia natural belleza
Asiste la hermosa poesía
Entera de los pies á la cabeza !

No consintais por vida vuestra y mía
(Mirad con qué llaneza Apolo os habla) ,
Que triunfe esta canalla que porfía.

Esta canalla , digo , que se endiaba ,
Que por darles calor su muchedumbre ,
Ya su ruina , ó ya la nuestra entabla.

Vosotros de mis ojos gloria y lumbré ,
Faroles do mi luz de asiento mora ,
Ya por naturaleza ó por costumbre.

¿ Habeis de consentir que esta embaidora ,
Hipócrita gentalla se me atreva ,
De tantas necedades inventora ?

Haced famosa y memorable prueba
De vuestro gran valor en este hecho ,
Que á su castigo y vuestra gloria os lleva.

De justa indignacion armad el pecho ,
Acometed intrépidos la turba ,
Ociosa , vagamunda y sin provecho.

No se os dé nada , no se os dé una burba
(Moneda berberisca , vil y baja)
De aquesta gente , que la paz os turba.

El son de más de una templada caja ,
Y el del pífaro triste y la trompeta ,
Que la cólera sube , y flema abaja ,

Así os incite con virtud secreta ,
Que despierte los ánimos dormidos
En la facion que tanto nos aprieta.

Ya retumba , ya llega á mis oídos
Del escuadron contrario el rumor grande ,
Formado de confusos alaridos.

Ya es menester , sin que os lo ruegue ó mande ,
Que cada cual como guerrero experto ,

Sin que por su capricho se desmande,
La órden gñarde y militar concierto,
Y acuda á su deber como valiente
Hasta quedar, ó vencedor, ó muerto.
En esto por la parte de poniente
Pareció el escuadron casi infinito
De la bárbara, ciega y pobre gente.
Alzan los nuestros al momento un grito
Alegre, y no medroso; y gritan, arma:
Arma resuena todo aquel distrito;
Y aunque mueran, correr quieren al arma.

CAPÍTULO VII.

Tú, belígera musa, tú, que tienes
La voz de bronce y de metal la lengua,
Cuando á cantar del fiero Marte vienes:
Tú, por quien se aniquila siempre y mengua
El gran género humano: tú, que puedes
Sacar mi pluma de ignorancia y mengua:

Tú, mano rota, y larga de mercedes,
Digo en hacellas; una aquí te pido,
Que no hará que ménos rica quedes.

La soberbia y maldad, el atrevido
Intento de una gente mal mirada
Ya se descubre con mortal ruido.

Dame una voz al caso acomodada,
Una sutil y bien cortada pluma,
No de aficion ni de pasion llevada,

Para que pueda referir en suma
Con purísimo y nuevo sentimiento,
Con verdad clara y entereza suma,

El contrapuesto y desigual intento
De uno y otro escuadron, que ardiendo en ira,
Sus banderas descoge al vago viento.

El del bando católico, que mira
Al falso y grande al pié del monte puesto,
Que de subir al alta cumbre aspira;

Con paso largo y ademan compuesto,
Todo el monte coronan, y se ponen
A la furia, que en loca ha echado el resto.

Las ventajas tantean, y disponen
Los ánimos valientes al asalto,

En quien su gloria y su venganza ponen.

De rabia lleno y de paciencia falto

Apolo, su bellissimo estandarte

Mandó al momento levantar en alto.

Arbolóle un marqués, que el propio Marte

Su briosa presencia representa

Naturalmente, sin industria y arte.

Poeta celeberrimo y de cuenta,

Por quien y en quien Apolo soberano

Su gloria y gusto, y su valor aumenta.

Era la insinia un cisne hermoso y cano,

Tan al vivo pintado, que dijeras,

La voz despide alegre al aire vano;

Siguen el estandarte sus banderas

De gallardos alféreces llevadas,

Honrosas por no estar todas enteras;

Las cajas á lo bélico templadas

Al límite más tardo vuelven presto,

De voces de metal acompañadas,

JERÓNIMO DE MORA llegó en esto,

Pintor excelentísimo y poeta,

Apéles y Virgilio en un supuesto.

Y con la autoridad de una gineta

(Que de ser capitan le daba nombre)

Al caso acude y á la turba aprieta.

Y porque más se turbe y más se asombre

El enemigo desigual y fiero,

Llegó el gran BIEDMA de inmortal renombre.

Y con él GASPAR DE AVILA, primero

Secuaz de Apolo, á cuyo verso y pluma

Iciar puede invidiar, temer Sincero.

Llegó JUAN DE MESTANZA, cifra y suma

De tanta erudicion, donaire y gala,

Que no hay muerte ni edad que la consuma.

Apolo le arrancó de Gnatimala,

Y le trujo en su ayuda para ofensa

De la canalla en todo extremo mala.

Hacer milagros en el trance piensa

CEPEDA, y acompáñale MEJÍA,

Poetas dinos de alabanza inmensa.

Clarísimo esplendor de Andalucía,

Y de la Mancha el sin igual GALINDO

Llegó con majestad y bizarría.

De la alta cumbre del famoso Pindo
Bajaron tres bizarros lusitanos,
A quien mis alabanzas todas rindo.

Con prestos pies y con valientes manos
Con FERNANDO CORREA DE LA CERDA,
Pisó RODRIGUEZ LOBO monte y llanos.

Y porque Febo su razon no pierda,
El grande DON ANTONIO DE ATAIDE
Llegó con furia alborotada y cuerda.

Las fuerzas del contrario ajusta y mide
Con las suyas Apolo, y determina
Dar la batalla, y la batalla pide,

El ronco son de más de una bocina,
Instrumento de caza y de la guerra,
De Febo á los oídos se avecina.

Tiembla debajo de los pies la tierra
De infinitos poetas oprimida,
Que dan asalto á la sagrada sierra.

El fiero general de la atrevida
Gente, que trae un cuervo en su estandarte,
Es ARBOLANCHES, muso por la vida.

Puestos estaban en la baja parte,
Y en la cima del monte frente á frente
Los campos de quien tiembla el mismo Marte:

Cuando una, al parecer discreta gente,
Del católico bando al enemigo
Se pasó, como en número de veinte.

Yo con los ojos su carrera sigo,
Y viendo el paradero de su intento,
Con voz turbada al sacro Apolo digo:

— ¿Qué prodigio es aqueste? ¿qué portento?
O por mejor decir, ¿qué mal agüero,
Que así me corta el brío y el aliento?

Aquel tráfuga que partió primero,
No sólo por poeta le tenía,
Pero también por bravo churrullero.

Aquel ligero que tras el corría,
En mil corrillos en Madrid le he visto
Ternamente hablar en la poesía.

Aquel tercero que partió tan listo,
Por satírico, necio y por pesado
Sé que de todos fué siempre malquisto.

No puedo imaginar cómo ha llevado

Mercurio estos poetas en su lista.

— Yo fui, respondió Apolo; el engañado;

Que de su ingenio la primera vista

Indicios descubrió que serían buenos

Para facilitar esta conquista.

— Señor, repliqué yo, creí que ajenos

Eran de las deidades los engaños,

Digo, engañarse en poco más ni ménos. —

La prudencia que nace de los años,

Y tiene por maestra la experiencia,

Es la deidad que advierte destos daños.

Apolo respondió: — Por mi conciencia,

Que no te entiendo, — algo turbado y triste

Por ver de aquellos veinte la insolencia.

Tú, sardo militar, LOFRASO, fuiste

Uno de aquellos bárbaros corrientes,

Que del contrario el número creciste.

Mas no por esta mengua los valientes

Del escuadron católico temieron,

Poetas madrigados y excelentes.

Antes tanto coraje concibieron

Contra los fugitivos corredores,

Que riza en ellos y matanza hicieron.

¡ Oh falsos y malditos trovadores,

Que pasais plaza de poetas sabios,

Siendo la hez de los que son peores !

Entre la lengua paladar y labios

Anda continuo vuestra poésia,

Haciendo á la virtud cien mil agravios.

Poetas de atrevida hipocresía,

Esperad, que de vuestro acabamiento

Ya se ha llegado el temeroso día,

De las confusas voces el concento

Confuso por el aire resonaba

De espesas nubes condensando el viento.

Por la falda del monte gateaba

Una tropa poética, aspirando

A la cumbre, que bien guardada estaba.

Hacían incapié de cuando en cuando,

Y con hondas de estallo y con ballestas

Iban libros enteros disparando.

No del plomo encendido las funestas

Balas pudieran ser dañosas tanto,

Ni al disparar pudieran ser más prestas.

Un libro mucho más duro que un canto
A JUSEPE DE VARGAS dió en las sienes,
Causándole terror, grima y espanto.

Gritó, y dijo á un soneto: — Tú, que vienes
De satírica pluma disparado,
¿Por qué el infame curso no detienes? —

Y cual perro con piedras irritado.
Que deja al que las tira, y va tras ellas,
Cual si fueran la causa del pecado,

Entre los dedos de sus manos bellas
Hizo pedazos al soneto altivo,
Que amenazaba al sol y á las estrellas.

Y díjole Cilenio: — Oh rayo vivo
Donde la justa indignacion se muestra
En un grado y valor superlativo,

La espada toma en la temida diestra,
Y arrójate valiente y temerario
Por esta parte, que el peligro adiestra.

En esto del tamaño de un breviario
Volando un libro por el aire vino,
De prosa y verso que arrojó el contrario.

De verso y prosa el puro desatino
Nos dió á entender que de ARBOLANCHES eran
Las Avidas pesadas de continuo.

Unas rimas llegaron, que pudieran
Desbaratar el escuadron cristiano,
Si acaso vez segunda se imprimieran.

Dióle á Mercurio en la derecha mano
Una sátira antigua licenciosa,
De estilo agudo, pero no muy sano.

De una intrincada y mal compuesta prosa,
De un asunto sin jugo y sin donaire,
Cuatro novelas disparó PEDROSA.

Silbando recio, y desgarrando el aire,
Otro libro llegó de rimas solas
Hechas al parecer como al desgaire.

Viólas Apolo, y dijo, cuando viólas:
— Dios perdone á su autor, y á mí me guarde
De algunas rimas sueltas españolas. —

Llegó el PASTOR DE IBERIA, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Pero dos valerosos, dos maestros,
Dos lumbreras de Apolo, dos soldados,
Unicos en hablar y en obrar diestros;
Del monte puestos en opuestos lados
Tanto apretaron á la turba multa,
Que volvieron atrás los encumbrados.

Es GREGORIO DE ANGULO el que sepulta
La canalla, y con él PEDRO DE SOTO,
De prodigioso ingenio y vena culta.

Doctor aquel, estotro único y docto
Licenciado, de Apolo ambos secunaces,
Con raras obras y ánimo devoto.

Las dos contrarias indignadas haces
Ya miden las espadas, ya se cierran
Duras en su teson y pertinaces.

Con los dientes se muerden, y se aferran
Con las garras, las fieras imitando;
Que toda piedad de sí destierran.

Haldeando venía y trasudando
El autor de la *Pícara Justina*,
Capellan lego del contrario bando.

Y cual si fuera de una culebrina
Disparó de sus manos su librazo,
Que fué de nuestro campo la ruina.

Al buen TOMÁS GRACIAN mancó de un brazo
A MEDINILLA derribó una muela,
Y le llevó de un muslo un gran pedazo.

Una despierta nuestra centinela
Gritó: — Todos abajen la cabeza,
Que dispara el contrario otra novela. —

Dos pelearon una larga pieza,
Y el uno al otro con instancia loca
De un envion, con arte y con destreza,

Seis seguidillas le encajó en la boca,
Con que le hizo vomitar el alma,
Que salió libre de su estrecha roca.

De la furia el ardor, del sol la calma
Tenía en duda de una y otra parte
La vencedora y pretendida palma.

Del cuervo en esto el lóbrego estandarte
Cede al del cisne, porque vino al suelo
Pasado el corazon de parte á parte.

Su alférez, que era un andaluz moznelo,

Trovador repentista, que subía
Con la soberbia más allá del cielo,
Helósele la sangre que tenía,
Murióse cuando vió que muerto estaba,
La turba, pertinaz en su porfía.

Puesto que ausente el gran LUPERCIO estaba
Con un solo soneto suyo hizo
Lo que de su grandeza se esperaba.

Descuadernó, desencajó, deshizo
Del opuesto escuadron catorce hileras,
Dos criollos mató, hirió un mestizo.

De sus sabrosas burlas y sus veras
El magno cordobés, un cartapacio
Disparó, y aterró cuatro banderas.

Daba ya indicios de cansado y lacio
El brio de la bárbara canalla,
Peleando más flojo y más despacio.

Mas renovóse la fatal batalla
Mezclándose los unos con los otros,
Ni vale arnés, ni presta dura malla,

Cinco melífluos sobre cinco potros
Llegaron, y embistieron por un lado,
Y lleváronse cinco de nosotros.

Cada cual como moro ataviado,
Con más letras y cifras que una carta
De príncipe enemigo y recatado,

De romances moriscos una sarta,
Cual si fuera de balas enramadas,
Llega con furia y con malicia harta.

Y á no estar dos escuadras avisadas
De las nuestras del recio tiro y presto,
Era fuerza quedar desbaratadas.

Quiso Apolo indignado echar el resto
De su poder y de su fuerza sola,
Y dar al enemigo fin molesto.

Y una sacra cancion, donde acrisola
Su ingenio, gala, estilo y bizarría
BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA,

Cual si fuera un petrarte Apolo envía.
Adonde está el teson más apretado,
Mas dura y más furiosa la porfía.

Cuando me paro á contemplar mi estado,
Comienza la cancion, que Apolo pone

En el lugar mas noble y levantado.

Todo lo mira , todo lo dispone
Con ojos de Argos , manda , quita y veda ,
Y del contrario á todo ardid se opone.

Tan mezclados están , que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo , ó cuál es bueno ,
Cuál es GARCILASISTA ó TIMONEDA.

Pero un mancebo de ignorancia ajeno ,
Grande escudriñador de toda historia ,
Rayo en la pluma y en la voz un trueno ,

Llegó tan rica el alma de memoria ,
De sana voluntad y entendimiento ,
Que fué de Febo y de las musas gloria.

Con esto aceleróse el vencimiento ,
Porque supo decir : Este merece
Gloria , pero aquel no , sino tormento.

Y como ya con distincion parece
El justo y el injusto combatiente ,
El gusto al paso de la pena crece.

Tú , PEDRO MANTUANO el excelente ,
Fuíste quien distinguió de la confusa
Máquina el que es cobarde del valiente.

JULIAN DE ALMENDARIZ no rehusa ,
Puesto que llegó tarde , en dar socorro
Al rubio Delio con su ilustre musa.

Por las rucias que peino , que me corro
De ver que las comedias endiabladas ,
Por divinas se pongan en el corro.

Y á pesar de las limpias y atildadas ,
Del cómico mejor de nuestra Hesperia ,
Quieren ser conocidas y pagadas.

Mas no ganaron mucho en esta feria ,
Porque es discreto el vulgo de la corte ,
Aunque le toca la comun miseria.

De llano no lo deis , dadlo de corte ,
Estancias Polifemas , al poeta
Que no os tuviere por su guía y norte.

Inimitables sois , y á la discreta
Gala que descubris en lo escondido ,
Toda elegancia puede estar sujeta.

Con estas municiones el partido
Nuestro se mejoró de tal manera ,
Que el contrario se tuvo por vencido.

Cayó su presuncion soberbia y fiera,
Derrúmbanse del monte abajo cuantos
Presumieron subir por la ladera.

La voz prolija de sus roncós cantos
El mal suceso con rigor la vuelve
En interrotos y funestos llantos.

Tal hubo, que cayendo se resuelve
De asirse de una zarza, ó cabrahigo,
Y en llanto, á lo de Ovidio, se disuelve.

Cuatro se arracimaron á un quejigo
Como enjambre de abejas desmandada,
Y le estimaron por el lauro amigo.

Otra cuadrilla, vírgen por la espada,
Y adúltera de lengua, dió la cura
A sus plés de su vida almidonada.

BARTOLOMÉ llamado DE SEGURA
El toque casi fué del vencimiento :
Tal es su ingenio, y tal es su cordura.

Resonó en esto por el vago viento
La voz de la vitoria repetida
Del número escogido en claro acento.

La miserable, la fatal caída
De las musas del limpio tagarete
Fué largos siglos con dolor plañida.

A la parte del llanto (¡ ay me !) se mete.
Zapardiel, famoso por su pesca,
Sin que un pequeño instante se quite.

La voz de la vitoria se refresca,
Vitoria suena aquí, y allí vitoria,
Adquirida por nuestra soldadesca,
Que canta alegre la alcanzada gloria.

CAPÍTULO VIII.

Al caer de la máquina excesiva
Del escuadron poético arrogante
Que en su no vista muchedumbre estriba :

Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo : — Cai, paciencia ; que algún día
Será la nuestra, mi valor mediante.

De nuevo afilaré la espada mía,
Digo, mi pluma, y cortaré de suerte
Que dé nueva excelencia á la porfia.

Que ofrece la comedia, si se advierte,
Largo campo al ingenio, donde pueda
Librar su nombre del olvido y muerte.

Fué desto ejemplo JUAN DE TIMONEDA,
Que con sólo imprimir, se hizo eterno,
Las comedias del gran LOPE DE RUEDA.

Cinco vuelcos daré en el propio infierno
Por hacer recitar una que tengo
Nombrada : *El gran Bastardo de Salerno.*

Guarda, Apolo, que baja guarde rengo
El golpe de la mano más gallarda
Que ha visto el tiempo en su discurso luengo.

En esto el claro son de una bastarda.
Alas pone en los piés de la vencida
Gente del mundo perezosa y tarda.

Con la esperanza del vencer perdida,
No hay quien no atienda con ligero paso,
Si no á la honra, á conservar la vida.

Desde las altas cumbres de Parnaso
De un salto uno se puso en Guadarrama,
Nuevo, no visto y verdadero caso.

Y al mismo paso la parlara fama
Cundió del vencimiento la alta nueva,
Desde el claro Caistro hasta Jarama.

Lloró la gran vitoria el turbio Esgueva,
Pisuerga la rió, rióla Tajo,
Que en vez de arena granos de oro lleva.

Del cansancio, del polvo y del trabajo
Las rubicundas hebras de Timbreo,
Del color se pararon de oro bajo.

Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra mercuriesca
Hizo de la gallarda un gran paseo.

Y de Castalia en la corriente fresca
El rostro se lavó, y quedó luciente
Como de acero la segur turquesca.

Pulióse luego, y adornó su frente
De majestad mezclada con dulzura,
Indicios claros del placer que siente.

Las reinas de la humana hermosura
Salieron de do estaban retiradas
Mientras duraba la contienda dura :

Del árbol siempre verde coronadas,

Y en medio la divina Poesía,
Todas de nuevas galas adornadas.

Melpómene, Tersícore y Talía,
Polimnia, Urania, Erato, Euterpe y Clio,
Y Caliope, hermosa en demasía,

Muestran ufanas su destreza y brío,
Tejiendo una entricada y nueva danza
Al dulce son de un instrumento mío.

Mío, no dije bien, mentí á la usanza
De aquel que dice propios los ajenos
Versos que son, más dinos de alabanza.

Los anchos prados, y los campos llenos
Están de las escuadras vencedoras
(Que siempre van á más, y nunca á ménos):

Esperando de ver de sus mejoras
El colmo con los premios merecidos
Por el sudor y aprieto de seis horas.

Piensen ser los llamados escogidos,
Todos á premios de grandeza aspiran,
Tiénense en más de lo que son tenidos:

Ni á calidades ni riquezas miran,
A su ingenio se atiene cada uno,
Y si hay cuatro que acierten, mil deliran.

Mas Febo, que no quiere que ninguno
Quede quejoso dél, mandó á la Aurora
Que vaya y coja *in tempore oportuno*

De las faldas floríferas de Flora,
Cuatro tabaques de purpúreas rosas,
Y seis de perlas de las que ella llora.

Y de las nueve por extremo hermosas
Las coronas pidió, y al darlas ellas
En nada se mostraron perezosas.

Tres, á mi parecer, de las más bellas
A Parténope se que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas,

Tres sujetos las otras coronaron,
Allí en el mismo monte peregrinos,
Con que su patria y nombre eternizaron.

Tres cupieron á España, y tres divinos
Poetas se adornaron la cabeza,
De tanta gloria justamente dinos.

La envidia mónstro de naturaleza
Maldita y carcomida, ardiendo en saña

A murmurar del sacro don empieza.

Dijo : — ¿ Será posible que en España
Haya nueve poetas laureados ?

Alta es de Apolo, pero simple hazafia. —

Los demas de la turba, defraudados
Del esperado premio, repetían
Los himnos de la envidia mal cantados.

Todos por laureados se tenían, —
En su imaginacion, ántes del trance,
Y al cielo quejas de su agravio envían.

Pero ciertos poetas de romance,
Del generoso premio hacer esperan
A despecho de Febo presto alcance.

Otros, aunque latinos, desesperan
De tocar del laurel sólo una hoja,
Aunque del caso en la demandan mueran.

Véngase ménos el que más se enoja,
Y alguno se tocó sienes y frente,
Que de estar coronado se le antoja.

Pero todo deseo impertinente
Apolo repartió, premiando á cuantos
Poetas tuvo el escuadron valiente.

De rosas, de jazmines y amarantos
Flora le presentó cinco cestones,
Y la Aurora de perlas otros tantos.

Estos fueron, letor dulce, los dones
Que Delio repartió con larga mano
Entre los poetísimos varones.

Quedando alegre cada cual y ufano
Con un puño de perlas y una rosa,
Estimando este premio sobrehumano ;

Y porque fuese más maravillosa
La fiesta y regocijo, que se hacía
Por la vitoria insigne y prodigiosa,

La buena, la importante Poesía
Mandó traer la bestia, cuya pata
Abrió la fuente de Castalia fria.

Cubierta de finísima escarlata,
Un lacayo la trujo en un instante,
Tascando un freno de bruñida plata.

Envidiarle pudiera Rocinante
Al gran Pegaso de presencia brava,
Y aun Brilladoro el del señor de Aglante.

Con no sé cuántas alas adornaba
Manos y pies, indicio manifiesto
Que en ligereza al viento aventajaba.

Y por mostrar cuán ágil y cuán presto
Era, se alzó del suelo cuatro picas,
Con un denuesto y ademan compuesto.

Tú, que me escuchas, si el oído aplicas
Al dulce cuento deste gran Viaje,
Cosas nuevas oirás de gusto ricas.

Era del bel troton todo el herraje
De durísima plata diamantina,
Que no recibe del pisar ultraje.

De la color que llaman columbina,
De raso en una funda trae la cola,
Que suelta, con el suelo se avecina.

Del color de carmin ó de amapola
Eran sus clines, y su cola gruesa,
Ellas solas al mundo, y ella sola.

Tal vez anda despacio, y tal apriesa,
Vuela tal vez, y tal hace corbetas,
Tal quiere relinchar, y luego cesa.

¡ Nueva felicidad de los poetas !
Unos sus excrementos recogían
En dos de cuero grandes barjuletas.

Pregunté para qué lo tal hacían,
Respondióme Cilenio á lo bellaco,
Con no sé qué vislumbres de ironía :

— Esto que se recoge, es el tabaco,
Que á los vaguidos sirve de cabeza
De algun poeta de cerebro flaco.

Urania de tal modo lo adereza,
Que puesto á las narices del doliente,
Cobra salud y vuelve á su entereza. —

Un poco entónces arrugué la frente,
Ascos haciendo del remedio extraño,
Tan de los ordinarios diferente.

— Recibes, dijo Apolo, amigo, engaño
(Leyóme el pensamiento). Este remedio
De los vaguidos cura y sana el daño.

No come este rocin lo que en asedio
Duro y penoso comen los soldados,
Que están entre la muerte y hambre en medio.

Son deste tal los piensos regalados,

Ambar y azmizcle entre algodones puestos,
Y bebe del rocío de los prados.

Tal vez le damos de almidon nn cesto,
Tal de algarrobas con que el vientre llena,
Y no se estríñe, ni se va por esto.

— Sea, le respondí, muy norabuena,
Tieso estoy de cerebro por ahora,
Vaguido alguno no me causa pena. —

La nuestra en esto universal señora,
Digo la Poesía verdadera,
Que con Timbreo y con las musas mora,
En vestido subcinto, á la ligera
El monte discurrió y abrazó á todos,
Hermosa sobre modo, y placentera.

— ¡ Oh sangre vencedora de los godos !
Dijo : de aquí adelante ser tratada
Con más sñaves y discretos modos

Espero ser, y siempre respetada
Del ignorante vulgo, que no alcanza,
Que puesto que soy pobre, soy honrada.

Las riquezas os dejo en esperanza,
Pero no en posesion, premio seguro
Que al reino aspira de la inmensa holganza.

Por la belleza deste monte os juro,
Que quisiera al más mínimo entregalle
Un privilegio de cien mil de juro.

Más no produce minas este valle,
Aguas sí, salutíferas y buenas,
Y monas que de cisnes tienen talle.

Volved á ver, ¡ oh amigos ! las arenas
Del aurífero Tajo en paz segura,
Y en dulces horas de pesar ajenas.

Que esta inaudita hazafia os asegura
Eterno nombre en tanto que dé Febo
Al mundo aliento, y luz serena y pura. —

¡ Oh maravilla nueva, oh caso nuevo,
Digno de admiracion que cause espanto
Cuya extrañeza me admiró de nuevo !

Morfeo, el dios del sueño, por encanto
Allí se apareció, cuya corona
Era de ramos de beleño santo.

Flojísimo de brío y de persona,
De la pereza torpe acompañado,

Que no le deja á vísperas ni á nona.

Traía al Silencio á su derecho lado ,
El Descuido al siniestro , y el vestido
Era de blanda lana fabricado.

De las aguas que llaman del olvido ,
Traía un gran caldero , y de un hisopo
Venía como apostá prevenido.

Asia á los poetas por el hopo ,
Y aunque el caso los rostros les volvía
En color encendida de piropo ,

El nos bañaba con el agua fría ,
Causándonos un sueño de tal suerte ,
Que dormimos un día y otro día.

Tal es la fuerza del licor , tan fuerte
Es de las aguas la virtud , que pueden
Competir con los fueros de la muerte.

Hace el ingenio alguna vez que queden
Las verdades sin crédito ninguno ,
Por ver que á toda contingencia exceden.

Al despertar del sueño así importuno ,
Ni ví monte , ni monta , dios , ni diosa .
Ni de tanto poeta vide alguno.

Por cierto extraña y nunca vista cosa ;
Despabilé la vista , y parecióme
Verme en medio de una ciudad famosa.

Admiracion y grima el caso dióme ;
Torné á mirar , porque el temor ó engaño
No de mí buen discurso el paso tome.

Y díjeme á mí mismo : No me engaño :
Esta ciudad es Nápoles la ilustre ,
Que yo pisé sus ruas más de un año ;

De Italia gloria , y aún del mundo lustre ,
Pues de cuantas ciudades él encierra
Ninguna puede hablar que así le ilustre.

Apacible en la paz , dura en la guerra ,
Madre de la abundancia y la nobleza ,
De elíseos campos y agradable sierra.

Si vaguidos no tengo de cabeza ,
Paréceme que está mudada en parte ,
De sitio , aunque en aumento de belleza.

¿ Qué teatro es aquel , donde reparte
Con él cuanto contiene de hermosura ,
La gala , la grandeza , industria y arte ?

CERVANTES. — *La Galatea.*

Sin duda el sueño en mis pápebras dura ,
Porque este es edificio imaginado ,
Que excede á toda humana compostura.

Llegóse en esto á mí disimulado
Un mi amigo , llamado Promontorio ,
Mancebo en dias , pero gran soldado.

Creció la admiracion viendo notorio
Y palpable que en Nápoles estaba ,
Espanto á los pasados acesorio.

Mi amigo tiernamente me abrazaba ,
Y con tenerme entre sus brazos , dijo ,
Que del estar yo allí mucho dudaba ,

Llamóme padre , y yo llaméle hijo ,
Quedó con esto la verdad en punto ,
Que aquí puede llamarse punto fijo.

Dijome Promontorio : — Yo barrunto ,
Padre , que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan léjos ya semidifunto.

— En mis horas tan frescas y tempranas
Esta tierra habité , hijo le dije ,
Con fuerzas más bríosas y lozanas.

Pero la voluntad que á todos rige ,
Digo , el querer del cielo , me ha traído
A parte que me alegra más que aflige. —

Dijera más , sino que un gran ruido
De pifanos , clarines y tambores
Me azoró el alma , y alegró el oído ;

Volví la vista al son , ví los mayores
Aparatos de fiesta que vió Roma
En sus felices tiempos y mejores.

Dijo mi amigo : — Aquel que ves que asoma
Por aquella montaña contrahecha ,
Cuyo brío al de Marte oprime y doma ,

Es un alto sujeto , que deshecha
Tiene á la envidia en rabia , porque pisa
De la virtud la senda más derecha.

De gravedad y condicion tan lisa ,
Que suspenso y alegre á un mismo instante ,
Y con su aviso al mismo aviso avisa.

Mas quiero , ántes que pases adelante
En ver lo que verás , si essás atento ;
Darte del caso relacion bastante.

Será DON JUAN DE TESIS de mi cuento

Principio, porque sea memorable,
Y lleguen mis palabras á mi intento.

Este varon, en liberal notable,
Que una mediana villa le hace conde,
Siendo rey en sus obras admirables,

Este, que sus haberes nunca esconde,
Pues siempre los reparte, ó los derrama,
Ya sepa adonde, ó ya no sepa adonde.

Este, á quien tiene tan en fil la fama,
Puesta la alteza de su nombre claro,
Que liberal y pródigo se llama,

Quiso pródigo aquí, y allí no avaro,
Primer mantenedor ser de un torneo,
Que á fiestas sobrehumanas le comparo.

Responden sus grandezas al deseo
Que tiene de mostrarse alegre, viendo
De España y Francia el regio himeneo.

Y este que escuchas, duro, alegre estruendo,
Es señal que el torneo se comienza,
Que admira por lo rico y estupendo.

Arquímedes el grande se avergüenza
De ver que este teatro milagroso
Su ingenio apoque, y á sus trazas venza.

Digo, pues, que al mancebo generoso,
Que allí descende de encarnado y plata,
Sobre todo mortal curso brioso,

Es el CONDE DE LEMOS, que dilata
Su fama con sus obras por el mundo,
Y que lleguen al cielo en tierra trata:

Y aunque sale el primero es el segundo
Mantenedor, y en buena cortesía
Esta ventaja califico y fundo.

El DUQUE DE NOCERA, luz y guía
Del arte militar, es el tercero
Mantenedor de este festivo día.

El cuarto, que pudiera ser primero,
Es DE SANTELMO el fuerte CASTELLANO
Que al mesmo Marte en el valor prefiero.

El quinto es otro Eneas el troyano,
ARROCIOLO, que gana en ser valiente
Al que fué verdadero por la mano. —

El gran concurso y número de gente
Estorbó que adelante prosiguiese

La comenzada relacion prudente.

Por esto le pedí que me pusiese
Adonde sin ningun impedimento
El gran progreso de las fiestas viese.

Porque luego me vino al pensamiento
De ponellas en verso numeroso,
Favorecido del febeo aliento.

Hízolo así, y yo ví lo que no oso
Pensar, que no decir, que aquí se acorta
La lengua y el ingenio más curioso.

Que se pase en silencio es lo que importa
Y que la admiracion supla esta falta,
El mismo grandioso caso exhorta.

Puesto que despues supe que con alta
Magnífica elegancia milagrosa,
Donde ni sobra punto ni le falta.

El curioso DON JUAN DE OQUINA en prosa
La puso, y dió á la estampa para gloria
De nuestra edad, por esto venturosa.

Ni en fabulosa ó verdadera historia
Se halla que otras fiestas hayan sido
Ni pueden ser más dignas de memoria.

Desde allí, y no sé cómo, fuí traído
Adonde ví al gran DUQUE DE PASTRANA
Mil parabienes dar de bien venido;

Y que la fama en la verdad ufana
Contaba que agradó con su presencia,
Y con su cortesía sobrehumana:

Que fué nuevo Alejandro en la excelencia
Del dar, que satisfizo á todo cuanto
Puede mostrar real magnificencia;

Colmo de admiracion, lleno de espanto,
Entré en Madrid en traje de romero,
Que es granjería el parecer ser santo.

Y desde léjos me quitó el sombrero
El famoso ACEVEDO, y dijo. — *A Dio,*
Voi siate il ben venuto, cavaliero;

So parlar zenoese, e tusco anch'io —
Y respondí: — *La vostra signoria*
Sia la ben trovata, padron mio. —

Topé á LUIS VELEZ, lustre y alegría,
Y discrecion del trato cortesano,
Y abracéle en la calle á medio día.

El pecho, el alma, el corazon, la mano
Dí á PEDRO DE MORALES, y un abrazo,
Y alegre recibí á JUSTINIANO.

Al volver de una esquina sentí un brazo
Que el cuello me ceñía, miré cuyo,
Y más que gusto me causó embarazo,
Por ser uno de aquellos (no rehuyo
Decirlo) que al contrario se pasaron,
Llevados del cobarde intento suyo.

Otros dos al del Layo se llegaron,
Y con la risa falsa del conejo,
Y con muchas zalemas me hablaron.
Yo socarron, yo poeton ya viejo
Volvíles á lo tierno las saludes,
Sin mostrar mal talante ó sobrecejo.

No dudes, ¡ oh lector caro ! no dudes,
Sino que suele el disimulo á veces
Servir de aumento á las demas virtudes.

Dínoslo tú, David, que aunque pareces
Loco en poder de Aquís, de tu cordura
Fingiendo el loco, la grandeza ofreces.

Dejélos esperando coyuntura
Y ocasion más secreta para dalles
Vejámen de su miedo, ó su locura.

Si encontraba poetas por las calles,
Me ponía á pensar, si eran de aquellos
Huidos, y pasaba sin hablalles.

Poníanseme yertos los cabellos
De temor no encontraste algun poeta,
De tantos que no pude conocellos,

Que con puñal buido, ó con secreta
Almarada me hiciese un agujero
Que fuese al corazon por vía reta,

Aunque no es este el premio que yo espero
De la fama, que á tantos he adquirido
Con alma grata y corazon sincero.

Un cierto mancebito cuellierguído,
En profesion poeta, y en el traje
A mil leguas por godo conocido,

Lleno de presuncion y de coraje
Me dijo : — Bien sé yo, señor Cervántes,
Que puedo ser poeta, aunque soy paje.

Cargastes de poetas ignorantes,

Y dejáste me á mí, que ver deseo
Del Parnaso las fuentes elegantes.

Que caducais sin duda alguna creo ;
Creo , no digo bien : mejor diría
Que toco esta verdad , y que la veo. —

Otro , que al parecer , de argentería,
De nácar, de cristal, de perlas y oro
Sus infinitos versos componía.

Me dijo bravo , cual corrido toro :
— No sé yo para qué nadie me puso
En lista con tan bárbaro decoro.

— Así el discreto Apolo lo dispuso,
A los dos respondí , y en este hecho
De ignorancia ó malicia no me acuso. —

Fuíme con esto , y lleno de despecho
Busqué mi antigua y lóbrega posada,
Y arrojéme molido sobre el lecho ;
Que cansa cuando es larga una jornada.

ADJUNTA AL PARNASO

Algunos dias estuve reparándome de tan largo viaje, al cabo de los cuales salí á ver y á ser visto, y á recibir parabienes de mis amigos, y malas vistas de mis enemigos; que puesto que pienso que no tengo ninguno, todavía no me aseguro de la comun suerte. Sucedió, pues, que saliendo una mañana del monasterio de Atocha, se llegó á mí un mancebo al parecer de veinte y cuatro años, poco más ó ménos, todo limpio, todo aseado y todo crujiendo gorgoranes, pero con un cuello tan grande y tan almidonado, que creí que para llevarle fueran menester los hombros de un Atlante. Hijos de este cuello eran dos puños chatos, que comenzando de las muñecas, subían y trepaban por las canillas del brazo arriba, que parecía que iban á dar asalto á las barbas. No he visto yo hiedra tan codiciosa de subir desde el pié de la muralla donde se arrima, hasta las almenas, como el ahinco que llevaban estos puños á ir á darse de puñadas con los codos. Finalmente, la exorbitancia del cuello y puños era tal, que en el cuello se escondía y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos. Digo, pues, que el tal mancebo se llegó á mí, y con voz grave y reposada me dijo: «¿Es por ventura vuestra merced el señor Miguel de Cervántes Saavedra, él que há

pocos días que vino del Parnaso?» A esta pregunta creo sin duda que perdí la color del rostro, porque en un instante imaginé y dije entre mí: ¿Si es este alguno de los poetas que puse, ó dejé de poner en mi *Viaje*, y viene ahora á darme el pago que él se imagina se me debe? Pero sacando fuerzas de flaqueza, le respondí: «Yo, señor, soy el mismo que vuestra merced dice: ¿qué es lo que se me manda?» Él luego en oyendo esto, abrió los brazos, y me los echó al cuello, y sin duda me besara en la frente, si la grandeza del cuello no lo impidiera, y díjome: «Vuestra merced, señor Cervántes, me tenga por su servidor y por su amigo, porque há muchos días que le soy muy aficionado, así por sus obras como por la fama de su apacible condicion.» Oyéndolo cual, respiré, y los espíritus que andaban alborotados, se sosegaron: y abrazándole yo tambien, con recato de no ajarle el cuello, le dije: «Yo no conozco á vuestra merced si no es para servirle; pero por las muestras bien se me trasluce que vuestra merced es muy discreto y muy principal: calidades que obligan á tener en veneracion á la persona que las tiene.» Con estas pasamos otras corteses razones, y anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance me dijo: «Vuestra merced sabrá, señor Cervántes, que yo por la gracia de Apolo soy poeta, ó á lo ménos deseo serlo, y mi nombre es Pancracio de Roncesvalles.

Miguel. Nunca tal creyera, si vuestra merced no me lo hubiera dicho por su misma boca.

Pancracio. ¿Pues por qué no lo creyera vuestra merced?

Mig. Porque los poetas por maravilla andan tan atildados como vuestra merced, y es la causa, que como son de ingenio tan altaneros y remontados, ántes atienden á las cosas del espíritu, que á las del cuerpo.

—Yo, señor, dijo él, soy mozo, soy rico y soy enamorado: partes que deshacen en mí la flojedad que infunde la poesía. Por la mocedad tengo brío; con la riqueza, con

que mostrarle ; y con el amor , con que no parecer descuidado.

— Las tres partes del camino, le dije yo, se tiene vuestra merced andadas para llegar á ser buen poeta.

Panc. ¿ Cuáles son ?

Mig. La de la riqueza y la del amor. Porque los partos de los ingenios de la persona rica y enamorada son asombros de la avaricia y estímulos de la liberalidad , y en el poeta sobre la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento. Pero dígame vuestra merced, por su vida ! ¿ de qué suerte de menestra poética gasta ó gusta más ?

A lo que respondió : No entiendo eso de menestra poética.

Mig. Quiero decir , que á qué genero de poesía es vuestra merced más inclinado , al lírico , al heróico , ó al cómico.

A todos estilos me amañó , respondió él ; pero en el que más me ocupo es en el cómico.

Mig. Desá manera habrá vuestra merced compuesto algunas comedias.

Panc. Muchas pero sólo una se ha representado.

Mig. ¿ Pareció bien ?

Panc. Al vulgo no.

Mig. ¿ Y á los discretos ?

Panc. Tampoco.

Mig. ¿ La causa ?

Panc. La causa fué , que la achacaron que era larga en los razonamientos , no muy pura en los versos , y desmayada en la invencion.

— Tachas son estas , respondí yo , que pudieran hacer parecer malas las del mesmo Plauto.

— Y más , dijo él , que no pudieron juzgalla , porque no la dejaron acabar segun la gritaron. Con todo esto , la echó el autor para otro día ; pero porfiar que porfiar : cinco personas vinieron apénas.

— Créame vuestra merced, dije yo, que las comedias tienen dias, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura, como en el ingenio: comedia he visto yo apedreada en Madrid, que la han laureado en Toledo: y no por esta primer desgracia deje vuestra merced de proseguir en componerlas; que podrá ser que cuando ménos lo piense, acierte con alguna que le dé crédito y dineros.

— De los dineros no hago caso, respondió él; más preciaría la fama, que cuanto hay; porque es cosa de grandísimo gusto, y de no ménos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos, y estar el poeta que la compuso á la puerta del teatro, recibiendo parabienes de todos.

— Sus descuentos tienen esas alegrías, le dije yo, que tal vez suele ser la comedia tan pésima, que no hay quien alce los ojos á mirar al poeta, ni aún él para cuatro calles del coliseo, ni aún los alzan los que la recitaron, avergonzados y corridos de haberse engañado y escogídola por buena.

— Y vuestra merced, señor Cervántes, dijo él, ¿ha sido aficionado á la carátula? ¿ha compuesto alguna comedia?

— Sí, dije yo, muchas; y á no ser mías, me parecieran dignas de alabanza, como lo fueron: *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesa*, *La Batalla Naval*, *La Jerusalem*, *La Amaranta*, ó *la del Mayo*, *el Bosque amoroso*, *la Unica* y *la Bizarra Arsinda*, y otras muchas de que no me acuerdo; más la que yo más estimo, y de la que más me precio, fué y es, de una llamada *La Confusa*, la cual, con paz sea dicho de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.

Panc. ¿Y agora tiene vuestra merced algunas?

Mig. Seis tengo con otros seis entremeses.

Panc. ¿Pues por que no se representan?

Mig. Porque ni los autores me buscan, ni yo les voy á buscar á ellos.

Panc. No deben de saber que vuestra merced las tiene.

Mig. Sí saben, pero como tienen sus poetas paniaguados, y les va bien con ellos, no buscan pan de trastrigo: pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, ó no se entiende cuando las representan; y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares. » Aquí llegábamos con nuestra plática, cuando Pancracio puso la mano en el seno, y sacó dél una carta con su cubierta, y besándola, me la puso en la mano: leí el sobrescrito, y ví que decía desta manera:

« A Miguel de Cervántes Saavedra, en la calle de las » Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, en Madrid. » Al porte: medio real, digo, diez y siete maravedís.

Escandalizóme el porte, y de la declaración del medio real, digo diez y siete. Y volviéndosela le dije: « Estando yo en Valladolid llevaron una carta á mi casa para mí, con un real de porte: recebióla y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero dióme por disculpa, que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos, ó de enemigos, que las de los amigos avisan, y de las de los enemigos se puede tomar algun indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal del *Don Quijote*; y de lo que me pesó fué del real, y propuse desde entónces de no tomar carta con porte: así que, si vuestra merced le quiere llevar desta, bien se la puede volver, que yo sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide. » Rióse muy de gana el señor Roncesvalles, y díjome: « Aunque soy poeta, no

soy tan mísero que me aficionen diez y siete maravedís. Advierta vuestra merced, señor Cervántes, que esta carta por lo ménos es del mismo Apolo : él la escribió no ha veinte dias en el Parnaso , y me la dió para que á vuestra merced la diese : vuestra merced la lea , que yo sé que le ha de dar gusto.

— Haré lo que vuestra merced me manda, respondí yo ; pero quiero que ántes de leerla , vuestra merced me le haga de decirme, cómo, cuando , y á qué fué al Parnaso. »

Y él respondió : « Como fuí , fué por mar , y en una fragata que yo y otros diez poetas fletamos en Barcelona ; cuándo fuí , fué seis dias despues de la batalla que se dió entre los buenos y los malos poetas ; á que fuí , fué á hallarme en ella , por obligarme á ello la profesion mia.

— A buen seguro , dije yo , que fueron vuestras mercedes bien recebidos del señor Apolo.

Panc. Si fuimos aunque le hallamos muy ocupado á él, y á las señoras Piérides, arando y sembrando de sal todo aquel término del campo donde se dió la batalla. Preguntéle para que se hacía aquello, y respondiíme, que así como de los dientes de la serpiente de Cadmo habían nacido hombres armados, y de cada cabeza cortada de la hidra que mató Hércules habían renacido otras siete, y de las gotas de la sangre de la cabeza de Medusa se había llenado de serpientes toda la Libia; de la misma manera de la sangre podrida de los malos poetas que en aquel sitio habían sido muertos, comenzaban á nacer del tamaño de ratones otros poetillas rateros, que llevaban camino de henchir toda la tierra de aquella mala simiente, y que por esto se araba aquel lugar, y se sembraba de sal, como si fuera de traidores. » En oyendo esto, abrí luego la carta, y ví que decía :

APOLLO DELFICO

À MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Salud.

El señor Pancracio de Roncesvalles, llevador desta, dirá á vuestra merced, señor Miguel de Cervantes, en qué me halló ocupado el día que llegó á verme con sus amigos. Y yo digo que estoy muy quejoso de la descortesía que conmigo se usó en partirse vuestra merced deste monte sin despedirse de mí, ni de mis hijas, sabiendo cuánto le soy aficionado, y las Musas por el consiguiente; pero si me da por disculpa que le llevó el deseo de ver á su Mecenaz el gran conde de Lemos, en las fiestas famosas de Nápoles, yo lo acepto, y le perdono.

Despues que vuestra merced partió deste lugar, me han sucedido muchas desgracias, y me he visto en grandes aprietos, especialmente por consumir y acabar los poetas que iban naciendo de la sangre de los malos que aquí murieron, aunque ya, gracias al cielo y á mi industria, este daño está remediado.

No sé si del ruido de la batalla, ó del vapor que arrojó de sí la tierra, empapada en la sangre de los contrarios, me han dado unos vaguidos de cabeza, que verdaderamente me tienen como tonto y no acierto á escribir cosa que sea de gusto ni de provecho: así, si vuestra merced viere por allá que algunos poetas, aunque sean de los más famosos, escriben y componen impertinencias y cosas de poco fruto, no los culpe, y no los tenga en ménos, sino que disimule con ellos: que pues yo que soy el padre y el inventor de la poesía, deliro y parezco mentecato, no es mucho que lo parezcan ellos.

Envío á vuestra merced unos privilegios, ordenanzas y advertimientos, tocantes á los poetas: vuestra merced

los haga guardar y cumplir al pié de la letra, que para todo ello doy á vuestra merced mi poder cumplido cuando de derecho se requiere.

Entre los poetas que aquí vinieron con el señor Pancracio de Roncesvalles, se quejaron algunos de que no iban en la lista de los que Mercurio llevó á España, y que así vuestra merced no los había puesto en su *Viaje*. Yo les dije, que la culpa era mía, y no de vuestra merced; pero que el remedio deste daño estaba en que procurasen ellos ser famosos por sus obras, que ellas por sí mismas les darían fama y claro renombre, sin andar mendigando ajenas alabanzas.

De mano en mano, si se ofreciere ocasion de mensajero, iré enviando más privilegios, y avisando de lo que en este monte pasare. Vuestra merced haga lo mesmo, avisándome de su salud y la de todos los amigos.

Al famoso Vicente Espinel dará vuestra merced mis encomiendas, como á uno de los más antiguos y verdaderos amigos que yo tengo.

Si don Francisco de Quevedo no hubiere partido para venir á Sicilia, donde le esperan, tóquele vuestra merced la mano, y dígame que no deje de llegar á verme, pues estaremos tan cerca; que cuando aquí vino, por la súbita partida no tuve lugar de hablarle.

Si vuestra merced encontrare por allá algun tráfuga de los veinte que se pasaron al bando contrario, no les diga nada, ni los aflija, que harta mala ventura tienen, pues son como demonios, que se llevan la pena y la confusión con ellos mesmos do quiera que vayan.

Vuestra merced ténga cuenta con su salud, y mire por sí, y guárdese de mí, especialmente en los caniculares, que aunque le soy amigo, en tales días no va en mi mano ni miro en obligaciones, ni en amistades.

Al señor Pancracio de Roncesvalles téngale vuestra merced por amigo, y comuníquelo: y pues es rico, no se le dé nada que sea mal poeta. Y con esto nuestro Señor

guarde á vuestra merced como pueda y yo deseo. Del Parnaso á 22 de Julio, el día que me calzo las espuelas para subirme sobre la Canicula, 1614.

Servidor de vuestra merced,

APOLO LUCIDO.

En acabando la carta, ví que en un papel aparte venía escrito :

PRIVILEGIOS, ORDENANZAS Y ADVERTENCIAS, QUE
APOLO ENVÍA Á LOS POETAS ESPAÑOLES.

Es el primero, que algunos poetas sean conocidos tanto por el desaliño de sus personas, como por la fama de sus versos.

Item, que si algun poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento ó averiguacion alguna.

Ordénase, que todo poeta sea de blanda y de suave condicion, y que no mire en puntos, aunque los traiga sueltos en sus medias.

Item, que si algun poeta llegare á casa de algun su amigo ó conocido, y estuviere comiendo y le convidare, que aunque él jure que ya ha comido, no se le crea en ninguna manera, sino que le hagan comer por fuerza, que en tal caso no se le hará muy grande.

Item, que el más pobre poeta del mundo, como no sea de los Adanes y Matusalenes, pueda decir que es enamorado, aunque no lo esté, y poner el nombre á su dama como más le viniere á cuento, ora llamándola Amarili, ora Anarda, ora Clori, ora Filis, ora Filida, ó ya Juana Tellez, ó como más gustare, sin que desto se le pueda pedir ni pida razon alguna.

Item, se ordena que todo poeta, de cualquier calidad y condicion que sea, sea tenido y le tengan por hijodalgo, en razon del generoso ejercicio en que se ocupa, como son

tenidos por cristianos viejos los niños que llaman de la piedra.

Item, se advierte que ningun poeta sea osado en escribir versos en alabanzas de príncipes y señores, por ser mi intencion y advertida voluntad, que la lisonja ni la adulacion no atraviesen los umbrales de mi casa.

Item, que todo poeta cómico, que felizmente hubiera sacado á luz tres comedias, pueda entrar sin pagar en los teatros, si ya no fuere limosna de la segunda puerta, y aun ésta si pudiese ser la excuse.

Item, se advierte que si algun poeta quisiere dar á la estampa algun libro que él hubiere compuesto, no se dé á entender que por dirigirle á algun monarca, el tal libro ha de ser estimado, porque si él no es bueno, no le adorará la direccion, aunque sea hecha al prior de Guadalupe.

Item, se advierte que todo poeta no se desprecie de decir que lo es; que si fuere bueno, será digno de alabanza; y si malo, no faltará quien lo alabe; que cuando nace la escoba, etc.

Item, que todo buen poeta pueda disponer de mi y de lo que hay en el cielo á su beneplácito: conviene á saber que los rayos de mi cabellera los pueda trasladar y aplicar á los cabellos de su dama, y hacer dos soles sus ojos, que conmigo serán tres, y así andará el mundo más alumbrado; y de las estrellas, signos y planetas puede servirse de modo, que cuando ménos lo piense, la tenga hecha una esfera celeste.

Item, que todo poeta á quien sus versos le hubieren dado á entender que lo es, se estime y tenga en mucho, ateniéndose á aquel refran: Ruin sea el que por ruin se tiene.

Item, se ordena que ningun poeta grave haga corrillo en lugares públicos, recitando sus versos; que los que son buenos, en las aulas de Atenas se habían de recitar que no en las plazas.

Item, se da aviso particular que si alguna madre tuviere hijos pequeñuelos, traviesos y llorones, los pueda amenazar y espantar con el coco, diciéndoles: Guardaos, niños, que viene el poeta fulano, que os echará con sus malos versos en la sima de Cabra, ó en el pozo Airon.

Item, que los días de ayuno no se entienda que los ha quebrantado el poeta que aquella mañana se ha comido las uñas al hacer de sus versos.

Item, se ordena que todo poeta que diere en ser espadachin, valenton y arrojado, por aquella parte de la valentía se le desagüe y vaya la fama que podía alcanzar por sus buenos versos.

Item, se advierte que no ha de ser tenido por ladrón el poeta que hurtare algun verso ajeno, y le encajare entre los suyos, como no sea todo el concepto y toda la copla entera, que en tal caso tan ladrón es como Caco.

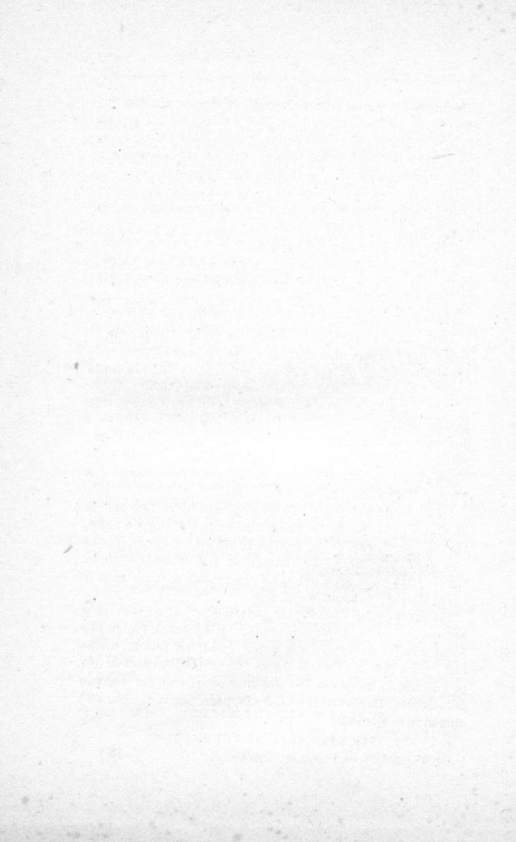
Item, que todo buen poeta, aunque no haya compuesto poema heróico, ni sacado al teatro del mundo obras grandes, con cualesquiera, aunque sean pocas, pueda alcanzar renombre de divino, como le alcanzaron Garcilaso de la Vega, Francisco de Figueron, el capitán Francisco de Aldana y Hernando de Herrera.

Item, se da aviso que si algun poeta fuere favorecido de algun príncipe, ni le visite á menudo; ni le pida nada, sino déjese llevar de la corriente de su ventura; que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.

En suma, estos fueron los privilegios, advertencias y ordenanzas que Apolo me envió, y el señor Pancracio Roncesvalles me trujo, con quien quedé en mucha amistad, y los dos quedamos de concierto de despachar un propio con la respuesta al señor Apolo, con las nuevas desta córte. Daráse noticia del día, para que todos sus aficionados le escriban.

FIN DEL VIAJE AL PARNASO.

CERVANTES.— *Viaje al Parnaso.*



POESÍAS SUELTAS



Á LA MUERTE

DE LA

REINA DOÑA ISABEL DE VALOIS

*(Historia y relacion del tránsito y exequias de la reina
doña Isabel de Valois, por el maestro Juan Lopez de
Hoyos. Madrid, 1569.)*

PRIMER EPITAFIO EN SONETO

CON UNA COPLA CASTELLANA, QUE HIZO MI AMADO
DISCÍPULO. (*Habla el M. Hoyos.*)

Aquí el valor de la española tierra,
Aquí la flor de la francesa gente,
Aquí quien concordó lo diferente,
De oliva coronando aquella guerra :
Aquí en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de occidente,
Aquí yace encerrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quién es el mundo y su pujanza,
Y cómo de la más alegre vida
La muerte lleva siempre la vitoria.
Tambien mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

REDONDILLA, EN LA CUAL SE REPRESENTA LA VELOCIDAD Y PRESTEZA CON QUE LA MUERTE ARREBATÓ Á SU MAJESTAD.

Cuando dejaba la guerra,
Libre nuestro hispano suelo,
Con un repentino vuelo
La mejor flor de la tierra
Fué trasplantada en el cielo.

Y al cortarla de su rama,
El mortífero accidente
Fué tan oculta á la gente,
Como el que no ve la llama
Hasta que quemar se siente.

Estas cuatro REDONDILLAS castellanas á la muerte de su Majestad, en las cuales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con su Majestad, son, con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervántes, nuestro caro y amado discípulo.

Cuando un estado dichoso,
Esperaba nuestra suerte,
Bien como ladron famoso,
Vino la invencible muerte
A robar nuestro reposo :

Y metió tanto la mano
Aqueste fiero tirano
Por órden del alto cielo,
Que nos llevó deste suelo
El valor del ser humano.

¡ Cuán amarga es tu memoria,
Oh dura y terrible faz !
Pero en aquesta vitoria
Si llevaste nuestra PAZ,
Fué para dalle más gloria.

Y aunque el dolor nos desnuela,
Una cosa nos consuela,
Ver que al reino soberano

Ha dado un vuelo temprano
Nuestra muy cara ISABELA.

Una alma tan limpia y bella,
Tan enemiga de engaños ;
¿Qué pudo merecer ella ,
Para que en tan tiernos años,
Dejase el mundo de vella ?

Dirás , muerte , en quien se encierra
La causa de nuestra guerra
(Para nuestro desconsuelo) ,
Que cosas que son del cielo ,
No las merece la tierra.

Tanto de punto subiste
En el amor que mostraste ,
Que ya que al cielo te fuiste ,
En la tierra nos dejaste
Las prendas que más quisiste.

¡ Oh Isabela , Eugenia , Clara ,
Catalina á todos cara ,
Claros luceros los dos ,
No quiera y permita Dios ,
Se os muestre fortuna avara !

*ELEGÍA que , en nombre de todo el estudio , el sobredicho
compuso al ilustrísimo y reverendísimo cardenal don
Diego de Espinosa , etc., en la cual con bien elegante
estilo se ponen cosas dignas de memoria.*

¿ A quién irá mi doloroso canto ,
O en cuya oreja sonará su acento ,
Que no deshaga el corazon en llanto ?

A tí , gran cardenal , yo le presento ;
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado ejecutivo violento.

Aquí verás que el bien no tiene parte :
Todo es dolor , tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.

¿ Quién dijera , señor , que un solo vuelo
De una ánima beata al alta cumbre ,
Pusiera en confusion al bajo suelo ?

Mas ; ay ! que yace muerta nuestra lumbré :
El alma goza de perpetua gloria ,

Y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, señor, de tu memoria
Cómo en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la vitoria.

Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la santa mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.

Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraíso fresco y tierno,
El ornato añubló del ser cristiano.

Volvió la primavera en frío invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á bajo su gobierno.

Pasóse ya aquel ser, que ser solía
A nuestra oscuridad claro lucero,
Sosiego de la antigua tiranía.

A más andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma santa el corazon sincero.

Cuando ya nos venía la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.

¿Quién detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase más el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?

No pisará ya más nuestro horizonte,
Que á los campos Elíseos es llevada,
Sin ver la oscura barca de Caronte.

A tí, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Aligerarnos carga tan pesada.

Mira el dolor que el gran Filipo tiene :
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.

Bien sé que le dirás que á la bajeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza ;

Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.

Mas ¿ qué consuelo habrá, señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima ?

Y más si considera las amadas
Prendas que le dejó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.

Alma bella, del cielo merecida,
Mira cuál queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida :

Verás que en árbol verde no hace vuelo
El ave más alegre, ántes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece
El triste día, que te imaginamos
Con aquella virtud que no parece.

Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que merecieron tus deseos,
Que goces ya del bien que deseamos.

Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu cristiandad, valor y gracia extraña,
De alma santa, santísimos arreos.

De hoy más la sola y afligida España,
Cuando más sus clamores levantara
Al sumo Hacedor y alta compañía ;

Cuando más por salud le importunare
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se hallare ;

Sólo podrá pedirle, que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Quen obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura
¿ De qué nos sirve, cuando en un instante
Damos en manos de la sepultura ?

Aquel firme esperar, santo y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento
Y á la querida hermana ir adelante,

Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.

Aquí, señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Tener más otro trance doloroso.

Aquí con nuevo ser es conducida,
Entre las almas del inmenso coro
Nuestra ISABELA, reina esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro

Do al precepto divino más se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.

¡ Ay muerte ! ¿ contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira ?

Si no os cansais, señor, ya de escucharme,
Afiudaré de nuevo el roto hilo,
Que la ocasion es tal, que á desforzarme

Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las más tristes musas triste estilo.

Diré que al duro mal, al grave duelo,
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dejarle sin consuelo.

Dejóle al gran Filipo, que sostiene,
Cual firme basa al alto firmamento,
El bien ó desventura que le viene.

De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues deja en vuestros hombros esta carga
Del cielo, y de la tierra y pensamiento.

La vida que en la vuestra así se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.

Gozando como goza tal ventura,
El gran señor del ancho suelo hispano,
Su mal es ménos, y esta desventura.

Si el ánimo real, si el soberano
Tesoro le robó en solo un día
La muerte airada con esquivia mano,

Regalos son quel sumo Dios envía
A aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en alta hierarquía.

Quien goza quietud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere nada le es trocado ;

Argúyese que poca confianza
Puede tenerse del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza.

Cuando más favorable el mundo sea,
Cuando nos ría el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,

Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,

Que no fué ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra,
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.

Porque no se coronan en la gloria,
Sino en los capitanes valerosos,
Que llevan de sí mismos la vitoria.

Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido
Quien nos puede en su vista hacer dichosos,

El perder á su hijo tan querido,
Aquel mirarse y verse cual se halla
De todo su placer desposeído;

¿Qué se puede decir sino batalla
Adonde le hemos visto siempre armado
Con la paciencia, que es muy fina malla?

Del alto cielo ha sido consolado,
Con concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.

De aquí saldrá á gozar de una corona
Más rica, más preciosa y muy más clara,
Que la que cifre el hijo de Latona.

Con él vuestra virtud al mundo rara
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.

Resonará el valor tan excelente
Que os cifre, cubre, ampara y os rodea,
De donde sale el Sol hasta Occidente.

Y allá en el alto alcázar do pasea
En mil contentos nuestra reina amada,
Si puede desear, solo desea

Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.

Que vuestro poderío se parece
Del católico rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.

De hoy más deje del llanto la fiereza
El afligida España, levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.

Que mientras fuera el cielo mejorando
Del soberano rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.

Y en tanto que arribare á la subida
 De la inmortalidad vuestra alma pura,
 No se entregue al dolor tan de corrida;
 Y mas, que el grave rostro de hermosura,
 Por cuya ausencia vive sin consuelo,
 Goza de Dios en la celeste altura.
 ¡ Oh trueno glorioso, oh santo celo,
 Pues con gozar la tierra has merecido
 Tender tus pasos por el alto cielo !
 Con esto cese el canto dolorido,
 Magnánimo señor, que por mal diestro,
 Queda tan temeroso y tan corrido,
 Cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.

AL ROMANCERO DE PEDRO DE PADILLA.

(Romancero de Padilla, 1583.)

SONETO.

Ya que del cielo dios habeis cantado
 El bien y el mal, la dulce fuerza y arte
 En la primera y la segunda parte
 Do está de amor el todo señalado;
 Ahora con aliento descansado
 Y con nueva virtud que en vos reparte
 El cielo, nos contaís del duro Marte
 Las fieras armas y el valor sobrado.
 Nuevos ricos mineros se descubren
 De vuestro ingenio en la famosa mina,
 Que á más alto deseo satisfacen;
 Y con dar ménos de lo más que encubren,
 A este ménos, lo que es más se inclina,
 Del bien que Apolo y que Minerva hacen.

AL HABITO DE FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiriual, 1584.)

REDONDILLAS.

Hoy el famoso Padilla
 Con las muestras de su celo

Causa contento en el cielo,
Y en la tierra maravilla.

Porque llevado del cebo
De amor, temor y consejo,
Se despoja el hombre viejo
Para vestirse de nuevo.

Cual prudente sierpe ha sido,
Pues con nuevo corazon
En la piedra de Simon
Se deja el viejo vestido.

Y esta mudanza que hace
Lleva tan cierto compás,
Que en ella asiste lo más
De cuanto á Dios satisface.

Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor jarcia da barca
Que la que libró á Noé.

Y para hacer tal pasaje,
Há muchos años que ha hecho
Con sano y cristiano pecho
Cristiano matalotaje.

Y no teme el mal tempero,
Ni anegarse en el profundo,
Porque en el mar deste mundo
Es plático marinero.

Y así mirando el aguja
Divina cual se requiere,
Si el demonio á orza diere,
El dará al instante á puja.

Y llevando este concierto
Con las ondas deste mar,
A la fin vendrá á parar
A seguro y dulce puerto.

Donde sin áncoras ya
Estará la mar en calma,
Con la eternidad del alma
Que nunca se acabará.

En una verdad me fundo,
Y mi ingenio aquí no yerra:
Que en siendo sol de la tierra,
Habeis de ser luz del mundo.

Luz de gracia rodeada

Que alumbre nuestro horizonte,
Y sobre el Carmelo monte
Fuerte ciudad levantada.

Para alcanzar el trofeo
Destas santas profecías
Tendreis el carro de Elías
Con el manto de Eliseo.

Y ardiendo en amor divino,
Donde nuestro bien se fragua,
Apartando el manto al agua,
Por el fuego hareis camino.

Porque el voto de humildad
Promete segura alteza,
Y castidad y pobreza,
Bienes de divinidad.

Y ansi los cielos serenos
Verán cuando acabarás,
Un cortesano allá mas,
Y en la tierra un sabio ménos.

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

(Jardin espiritual.)

Cual vemos que renueva
El águila real la vieja y parda
Pluma, y con otra nueva
La detenida y tarda
Pereza arroja, y con subido vuelo
Rompe las nubes y se llega al cielo ;

Tal, famoso Padilla,
Has sacudido tus humanas plumas,
Porque con maravilla
Intentes y presumas
Llegar con nuevo vuelo al alto asiento,
Donde aspiran las alas de tu intento.

Del sol el rayo ardiente
Alza del duro rostro de la tierra
(Con virtud excelente)
La humildad que en sí encierra,
La cual despues en lluvia convertida
Alegra al suelo y da á los hombres vida.
Y desta mesma suerte

El sol divino te regala y toca ;
 Y en tal humor convierte,
 Que con tu pluma apoca
 La ceguedad de la ignorancia nuestra ,
 Y á ciencia santa y á santa vida adiestra.
 ¡ Qué santo truco y cambio ,
 Por las humanas las divinas musas !
 ¡ Qué interes y recambio !
 ¡ Qué nuevos modos usas
 De adquirir en el suelo una memoria
 Que dé fama á tu nombre , al alma gloria !
 Que pues es tu Parnaso
 El monte del Calvario , y son tus fuentes
 De Aganipe y Pegaso
 Las sagradas corrientes
 De las benditas llagas del Cordero ,
 Eterno nombre de tu nombre espero

A FRAY PEDRO DE PADILLA.

*En la obra « Grandezas y excelencias de la Virgen
 Nuestra Señora », que publicó dedicándola á la infan-
 ta Margarita de Austria.*

(Grandezas y excelencias, etc., 1587.)

De la Virgen sin par santa y bendita ,
 Digo de sus loores , justamente
 Haces el rico sin igual presente
 A la sin par cristiana Margarita :
 Dándole , quedas rico ; y queda escrita
 Tu fama en hojas de metal luciente ,
 Que á despecho y pesar del diligente
 Tiempo , será en sus fines infinito :
 Felice en el sujeta que escogiste :
 Dichoso en la ocasion que te dió el cielo
 De dar á Virgen el virgíneo canto ;
 Venturoso tambien porque hiciste
 Que dén las musas del hispano suelo
 Admiracion al griego , al turco espanto.

A LOPEZ MALDONADO.

(Cancionero de Lopez Maldonado, 1588.)

SONETO.

El casto ardor de una amorosa llama,
Un sabio pecho á su rigor sujeto,
Un desden sacudido y un afeto
Blando, que al alma en dulce fuego inflama;
El bien y el mal á que convida y llama
De amor la fuerza y poderoso efeto,
Eternamente en son claro y perfeto
Con estas rimas cantará la fama;
Levando el nombre único y famoso
Vuestro, felice Lopez Maldonado,
Del moreno etiope al cita blanco;
Y hará que en balde del laurel honroso
Espere algano verse coronado,
Si no os imita y tiene por su blanco.

AL MISMO.

Bien donado sale al mundo
Este libro, do se encierra
La paz de amor y la guerra,
Y aquel fruto sin segundo
De la castellana tierra.

Que aunque le da Maldonado,
Va tan rico y bien donado
De ciencia y de discrecion,
Que me afirmo en la razon
De decir que es bien donado.

El sentimiento amoroso
Del pecho más encendido
En fuego de amor, y herido
De su dardo ponzoñoso,
Y en la red suya cogido;

El temor y la esperanza
Con que el bien y el mal se alcanza.
En las empresas de amor,

Aquí muestra su valor
Su buena ó su mala andanza.

Sin flores, sin praderías,
Y sin los faunos silvanos,
Sin ninfas, sin dioses vanos,
Sin hierbas, sin aguas frías,
Y sin apacibles llanos;

En agradables concetos,
Profundos, altos, discretos,
Con verdad llana y distinta,
Aquí el sabio autor nos pinta
Del ciego dios los afetos.

Con declararnos la mengua
Y el bien de su ardiente llama,
Ha dado á su nombre fama
Y enriquecido su lengua,
Que ya la mejor se llama,

Y hanos mostrado que es sólo
Favorecido de Apolo
Con dones tan infinitos,
Que su fama en sus escritos
Irá deste al otro polo.

A ALONSO DE BARROS.

(Filosofía moralizada, por Alonso de Barros, 1587.)

SONETO.

Cual vemos del rosado y rico oriente
La blanca y dura piedra señalarse,
Y en todo, aunque pequeña, aventajarse
A la mayor del Cáucaso eminente:

Tal este, humilde al parecer, presente,
Puede y debe mirarse y admirarse,
No por la cantidad, mas por mostrarse
Ser en su calidad tan excelente.

El que navega por el golfo insano
Del mar de pretensiones, verá al punto
Del cortesano laberinto el hilo.

Felice ingenio y venturosa mano
Que el deleite y provecho puso junto
En juego alegre, en dulce y claro estilo.

A LA AUSTRIADA DE JUAN RUFO GUTIERREZ.

(La Austriada, 1584.)

SONETO.

¡ Oh venturosa levantada pluma
Que en la empresa más alta te ocupaste
Que el mundo pudo dar , y al fin mostraste
Al recibo y al gasto igual la suma !
Calle de hoy más el escritor de Numa ,
Que nadie llegará donde llegaste ,
Pues en tan raros versos celebraste
Tan raro capitan , virtud tan suma.
Dichoso el celebrado y quien celebra ,
Y no ménos dichoso todo el suelo
Que de tanto bien goza en esta historia ,
En quien invidia ó tiempo no harán quiebra ;
Antes hará con justo celo el cielo
Eterna , más que el tiempo , su memoria.

A LOPE DE VEGA EN SU DRAGONTEA.

(La Dragontea, 1593).

SONETO.

Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega* ,
A quien Apolo su favor no niega
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter , labrador por grande hazaña ,
Sa ciencia toda en cultivarla entrega :
Cilenio alegre en ella se sosiega ;
Minerva eternamente la acompaña.
Las musas su Parnaso en ella han hecho ,
Vénus honesta en ella aumenta y cría
La santa multitud de los amores :
Y así con gusto y general provecho
Nuevos frutos ofrece cada día
De ángeles , de armas , santos y pastores.

A GABRIEL PEREZ DEL BARRIO ANGULO.

(*Direccion de secretarios, por Gabriel Perez, del Barrio
Angulo, 1613.*)

Tal secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos,
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.

De la ignorancia sacais
La pluma y en presto vuelo
De lo más bajo del suelo
Al cielo la levantaís.

Desde hoy más la discrecion
Quedará puesta en su punto
Y al hablar y escribir junto
En su mayor perfeccion.

Que en esta nueva ocasion
Nos muestra en breve distancia,
Demóstenes su elegancia
Y su estilo Ciceron.

España os está obligada,
Y con ella el mundo todo,
Por la sutileza y modo
De pluma tan bien cortada.

La adulacion defraudada
Queda, y la lisonja en ella:
La mentira se atropella,
Y es la verdad levantada.

Vuestro libro nos informa
Que sólo vos habeis dado
A la materia de estado
Hermosa y cristiana forma.

Con la razon se conforma
De tal suerte, que en él veo
Que contentando al deseo,
Al que es más libre reforma.

A JUAN YAGUE DE SALAS.

(*Los Amantes de Teruel, epopeya trágica, con la restauración de España por la parte de Sobrarbe, y conquista del reino de Valencia, por Juan Yagüe de Salas, 1616.*)

SONETO.

De Turia el cisne más famoso hoy canta,
Y no para acabar la dulce vida
Que en sus divinas obras escondida
A los tiempos y edades se adelanta.
Queda por él canonizada y santa
Ternel : vivos Marcilla y su homicida ;
Su pluma por heroica conocida
En quien se admira el suelo, el cielo espanta.
Su doctrina, su voz, su estilo raro,
Que por tuyos ¡ oh Apolo ! reconoces,
Segun el vuelo de sus bellas alas,
Grabadas por la fama en mármol paro
Y en láminas de bronce, harán que goces
Siglos de eternidad, Yagüe de Salas.

A DON DIEGO DE MENDOZA Y A SU FAMA.

(*Poesías de Don Diego Hurtado de Mendoza, 1610.*)

En la memoria vive de las gentes,
¡ Varon famoso, siglos infinitos ;
Premio que le merecen tus escritos
Por graves, puros, castos y excelentes.
Las ansias en honesta llama ardientes,
Los Etnas, los Estigios, los Cocitos,
Que en ellos suavemente van descritos,
Mira si es bien ¡ oh fama ! que los cuentes ;
Y aún, que los llesves en ligero vuelo
Por cuanto ciñe el mar y el sol rodea,
Y en láminas de bronce los esculpas ;
Que así el suelo sabrá que sabe el cielo
Que el renombre inmortal que se desea,
Tal vez le alcancen amorosas culpas.

A LA MUERTE DE HERNANDO DE HERRERA.

(Códice manuscrito en 1530, que poseyó Don Fernando de la Serna, donde entre varias poesías recopiladas al parecer por Don Francisco Pacheco, se halla la siguiente con este epígrafe: MIGUEL DE CERVANTES AUTOR DE DON QUIJOTE: este soneto hice á la muerte de Don Fernando de Herrera; y para entender el primer cuarteto, advierte que él celebraba en sus versos á una señora debajo deste nombre de LUZ. Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.)

SONETO.

El que snbió por sendas nunca usadas
Del sacro monte á la más alta cumbre;
El que á una Luz se hizo todo lumbre
Y lágrimas en dulce voz cantada:

El que con culta vena las sagradas
De Elicon y Pirene en muchedumbre
(Libre de toda humana pesadumbre)
Bebió y dejó en divinas transformadas;

Aquel á quien invidia tuvo Apolo
Porque á par de su Luz tiende su fama
De donde nace á donde muere el día;

El agradable al cielo, al suelo solo,
Vuelto en ceniza de su ardiente llama
Yace debajo desta losa fría.

EN ALABANZA DEL MARQUÉS DE SANTA CRUZ.

(Coментарios de la jornada de las islas de los Azores,
por el licenciado Mosquera de Figueroa, 1596.)

SONETO.

No há menester el que tus hechos canta,
Oh gran marqués, el artificio humano

Que á la más sutil pluma y docta mano
Ellos le ofrecen al que el orbe espanta.

Y este que sobre el cielo se levanta,
Llevado de tu nombre soberano,
A par del griego y escritor toscano,
Sas sienes cifie con la verde planta.

Y fué muy justa prevencion del cielo,
Que á un tiempo ejercitases tú la espada
Y él su prudente y verdadera pluma;

Porque rompiendo de la invidia el velo,
Tu fama en sus escritos dilatada,
Ni olvido, ó tiempo, ó muerte la consuma.

A SAN FRANCISCO.

(*Jardin espiritual de Padilla.*)

SONETO.

Muestra su ingenio el que es pintor curioso
Cuando pinta al desnudo una figura
Donde la traza, el arte y compostura
Ningun velo la cubre artificioso.

Vos, seráfico Padre, y vos hermoso
Retrato de Jesus, sois la pintura
Al desnudo pintado, en tal hechura
Que Dios nos muestra ser pintor famoso.

Las sombras, de ser mártir descubristes :
Los léjos, en que estais allá en el cielo
En soberana silla colocado :

Los colores, las llagas que tuvistes
Tanto las suben, que se admira el suelo,
Y el pintor en la obra se ha pagado.

A SAN JACINTO.

(*Relacion de las justas celebradas en el convento de padres predicadores de Zaragoza, en la canonizacion de San Jacinto, por Jerónimo Martel, 1597.*)

REDONDILLA en alabanza de San Jacinto, propuesta para glosar en el segundo de los certámenes celebrados en Zaragoza.

El cielo á la Iglesia ofrece

Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.

GLOSA DE MIGUEL DE CERVANTES.

Tras los dones primitivos
Que en el fervor de su celo
Ofreció la Iglesia al cielo,
A sus edificios vivos
Dió nuevas piedras el suelo.

Estos dones agradece
A su esposa, y la ennoblece;
Pues de parte del esposo
Un hyacinto el más precioso
El cielo á la tierra ofrece.

Porque el hombre de su gracia
Tantas veces se retira,
Y el hyacinto al que le mira
Es tan grande su eficacia,
Que le sosiega la ira;

Su misma piedad lo inclina
A darlo por medicina;
Que en su juicio profundo
Ve que há menester el mundo
Hoy una piedra tan fina.

Obró tanto esta virtud
Viviendo Hyacinto en él,
Que á los vivos rayos dél
En una y otra salud
Se restituyó por él.

Crezca gloriosa la mina
Que de su luz hyacintina
Tiene el cielo y tierra llenos;
Pues no mereció estar ménos
Que en la corona divina.

Allá luce ante los ojos
Del mismo autor de su gloria,
Y acá en gloriosa memoria
De los triunfos y despojos
Que sacó de la victoria:

Pues si otra luz desfallece
Cuando el sol la suya ofrece;

¿Qué más viva y rutilante
Será aquesta, si delante
Del mismo Dios resplandece?

AL TUMULO DE REY FELIPE II EN SEVILLA.

(*Parnaso español de Don Juan Lopez de Sedano, 1772.*)

SONETO.

Voto á Dios, que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla;
Porque ¿á quién no sorprende y maravilla
Esta máquina insigne, está riqueza?

Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale más de un millon, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y nobleza.

Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dejado
La gloria donde vive eternamente. —

Esto oyó un valenton y dijo: Es cierto
Cuanto dice voacé, señor soldado.
Y el que dijere lo contrario miente. —

Y luego in continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése y no hubo nada.

A LA ENTRADA DEL DUQUE DE MEDINA

en Cádiz, en Julio de 1596, con socorro de tropas enseñadas en Sevilla por el capitan Becerra, despues de haber evacuado aquella ciudad las tropas inglesas, y saqueádola por espacio de veinticuatro dias al mando del conde de Essex.

(*Manuscrito del señor Arrieta.*)

SONETO.

Vimos en Julio otra semana santa
Atestada de ciertas cofradías

Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el inglés, se espanta.

Hubo de plumas muchedumbre tanta
Que en ménos de catorce ó quince días
Volaron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta.

Bramó el becerro, y púsoles en sarta,
Tronó la tierra, oscurecióse el cielo
Amenazando una total ruina;

Y al cabo en Cádiz con mesura harta
Ido ya el conde sin ningún recelo
Triunfando entró el gran duque de Medina.

A UN VALENTON METIDO A PORDIOSERO,

(Manuscrito del señor Arrieta.)

SONETO.

Un valenton de espátula y gregüesco,
Que á la muerte mil vidas sacrifica,
Cansado del oficio de la pica
Mas no del ejercicio picaresco;

Retorciendo el mostacho soldadesco,
Por ver que ya su bolsa le repica,
A un corrillo llegó de gente rica,
Y en el nombre de Dios pidió-refresco.

Den voacedes, por Dios, á mi pobreza,
Les dice: donde no, por ocho santos,
Que haré lo que hacer suelo sin tardanza.

Mas uno que á sacar la espada empieza,
¿Con quién habla le dijo, el tiracantos?

Si limosna no alcanza,
¿Qué es lo que suele hacer en tal querella?
Respondió el bravonel: irme sin ella.

A UN ERMITAÑO.

(Manuscrito del señor Arrieta.)

SONETO.

Maestro era de esgrima Campuzano,
De espada y daga diestro á maravilla,

Rebanaba narices en Castilla,
 Y siempre le quedaba el brazo sano :
 Quiso pasarse á Indias un verano,
 Y vino con Montalvo el de Sevilla ;
 Cojo quedó de un plé de la rencilla,
 Tuerto de un ojo, manco de una mano.

Vínose á recoger á aquesta ermita
 Con su palo en la mano y su rosario,
 Y su ballesta de matar pardales.

Y con su Madalena, que le quita
 Mil canas, está hecho un San Hilario.
 ¡ Ved cómo nacen bienes de los males !

LOS EXTASIS DE LA BEATA MADRE TERESA DE JESUS.

(Compendio de las fiestas celebradas en España con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesus, por Fray Diego de San José, 1615.)

CANCION.

Virgen fecunda, madre venturosa,
 Cuyos hijos, criados á tus pechos,
 Sobre sus fuerzas la virtud alzando,
 Pisan ahora los dorados techos
 De la dulce region maravillosa,
 Que está la gloria de su Dios mostrando :
 Tú que ganaste obrando
 Un nombre en todo el mundo
 Y un grado sin segundo ;
 Ahora estés ante tu Dios postrada,
 En rogar por tus hijos ocupada,
 O en cosas dignas de tu intento santo ;
 Oye mi voz cansada
 Y esfuerza ¡ oh madre ! el desmayado canto,
 Luego que de la cuna y las mantillas
 Sacó Dios tu niñez, distes señales
 Que Dios para ser suya te guardaba,
 Mostrando los impulsos celestiales
 En tí (con ordinarias maravillas),
 Que á tu edad tu deseo aventajaba.

Y así si descuidaba
De lo que hacer debía,
Tal vez luego volvía
Mejorado, mostrando codicioso
Que el haber parecido perezoso
Era en volver atrás para dar salto
Con curso más brioso,
Desde la tierra al cielo que es más alto.

Creciste, y fué creciendo en tí la gana
De obrar en proporción de los favores
Con que te regaló la mano eterna:
Tales, que al parecerse alzó á mayores
Contigo alegre Dios, en la mañana
De tu florida edad, humilde y tierna.
Y así tu ser gobierna,
Que poco á poco subes
Sobre las densas nubes
De la suerte mortal, y así levantas
Tu cuerpo al cielo sin fijar las plantas,
Que ligero tras sí el alma le lleva
A las regiones santas
Con nueva suspension, con virtud nueva.

Allí su humildad te muestra santa,
Acullá se desposa Dios contigo,
Aquí misterios altos te revela:
Tierno amante se muestra, dulce amigo,
Y siendo tu maestro te levanta
Al cielo, que señala por tu escuela.
Parece se desvela
En hacerte mercedes;
Rompe rejas y redes
Para buscarte el mágico divino,
Tan tu llegado siempre y tan continuo,
Que si algún afligido á Dios buscara,
Acortando camino
En tu pecho ó en tu celda le hallara.

Aunque naciste en Avila, se puede
Decir que en Alba fué donde naciste;
Pues allí nace, donde muere el justo.
Desde Alba; oh madre! al cielo te partiste:
Alba pura, hermosa, á quien sucede
El claro día del inmenso gusto,
Que le goces es justo

En éxtasis divinos,
Por todos los caminos
Por donde Dios llevar á un alma sabe,
Para darle de sí cuanto ella cabe,
Y aun la ensancha, dilata y engrandece,
Y con amor suave
A sí y de sí la junta y enriquece.

Como las circunstancias convenientes,
Que acreditan los éxtasis, que suelen
Indicios ser de santidad notoria,
En los tuyos se hallaron; nos impelen
A creer la verdad de los visibles
Que nos describe tu discreta historia:
Y el quedar con vitoria,
Honroso triunfo y palma
Del infierno, y tu alma
Más humilde, más sabia y obediente
Al fin de tus arrobos, fué evidente
Señal que todos fueron admirables
Y sobrehumanamente
Nuevos, continuos, sacros, inefables.

Ahora, pues, que al cielo te retiras
Menospreciando la mortal riqueza
En la inmortalidad que siempre dura,
Y el visorey de Dios nos da certeza
Que sin enigma y sin espejo miras
De Dios la incomparable hermosura;
Colma nuestra ventura,
Oye devota y pía
Los balidos que envía
El rebaño infinito que criaste
Cuando del suelo al cielo el vuelo alzaste:
Que no porque dejaste nuestra vida,
La caridad dejaste,
Que en los cielos está más extendida.

Cancion, de ser humilde has de preciarte,
Cuando quieras al cielo levantarte:
Que tiene la humildad naturaleza
De ser el todo y parte
De alzar al cielo la mortal bajeza.

LOS CELOS.

ROMANCES.

(*Romancero de Don Eugenio Ochoa, Paris 1838.*)

Yace donde el sol se pone,
Entre dos tajadas peñas,
Una entrada de un abismo
Quiero decir, una cueva,
Profunda, lóbrega, oscura,
Aquí mojada, allí seca,
Propio albergue de la noche,
Del horror y las tinieblas.
Por la boca sale un aire
Que al alma encendida hiela,
Y un fuego de cuando en cuando
Que el pecho de hielo quema.
Oyese dentro un ruido
Como crujir de cadenas,
Y unos ayes luengos, tristes,
Envueltos en tristes quejas.
Por las funestas paredes,
Por los resquicios y quiebras,
Mil víboras se descubren
Y ponzoñosas culebras.
A la entrada tiene puesto,
En una amarilla piedra,
Huesos de muerto encajados
En modo que forman letras;
Las cuales vistas del fuego
Que arroja de sí la cueva,
Dicen: « Esta es la morada
» De los celos y sospechas. »
Y un pastor cantaba al uso
Esta maravilla cierta
De la cueva, fuego y hielo,
Aullidos, sierpes y piedra.
El cual oyendo le dijo:
— Pastor, para que te crea,
No has menester juramentos,
Ni hacer la vista experiencia.

Un vivo traslado es ese
De lo que mi pecho encierra,
El cual como en cueva oscura
No tiene luz ni la espera.

Seco le tienen desdenes,
Bañado en lágrimas tiernas;
Aire, fuego y los suspiros
Le abrasan contino y hielan.

Los lamentables aullidos
Son mis continuas querellas,
Víboras mis pensamientos
Que en mis entrañas se ceban.

La piedra escrita amarilla
Es mi sin igual firmeza;
Que mis huesos en la muerte
Mostrarán que sou de piedra.

Los celos son los que habitan
En esta morada estrecha,
Que engendraron los descuidos
De mi querida Silena. —

En pronunciando este nombre
Cayó como muerto en tierra;
Que de memorias de celos
Aquestos fines se esperan.

EL DESDEN.

ROMANCE.

(El mismo romancero.)

A tus desdenes, ingrata,
Tan usado está mi pecho,
Que dellos ya se sustenta
Como el áspid del veneno.

En tu amor pensé anegarme,
Pensé abrasarme en tu fuego;
Mas ya no temo á tus brasas,
Tampoco á tus hielos temo.

Tormentas me son bonanzas
Y duros naufragios puertos;
Como simple mariposa
Por lo que me mata muero.

Digiero ya tus desdenes

Como el avestruz el hierro,
Aunque en los mios no se halla
Causa por do los merezco.

Pero basta ser tu gusto
Para que confiese habellos,
Que aunque con obras me ofendes,
No en pensamiento te ofendo.

Pasados son dos veranos
(Para mí siempre es invierno):
Los árboles reverdecen,
Y yo siempre mustio y seco.

Revístense de esperanza,
Yo de esperar desespero;
Llevan dulcísimos frutos,
Yo amargos suspiros llevo.

Al fin es mi voluntad
Velea para tus vientos:
Hiele, ventisque y granice,
Que yo no quiero otro tiempo:

Porque para resistirle
Muy buen pellico me tengo
Guarnecido de paciencia,
Y aforrado en sufrimiento.

Pasadas son treinta lunas,
Y no hay mudanza en los tiempos,
Siempre yo las veo menguantes
Y crecer mis ansias veo.

Todas las cosas se mudan,
Y tú no mudas de intento,
Siempre muda á mis razones,
Y siempre sorda á mis ruegos.

Aunque no quiero mudanzas,
Que de tu condicion creo
Que cuando acaso te mudes
Será de desden á celos:

Y habiendo de ser así,
De tal mudanza reniego,
Que es mejor andar con quejas
Que padecer mal de perros.

Tampoco favores tuyos
Los quiero ni los pretendo,
Que se ha ya estragado el gusto,
Y ningun gusto pretendo.

Si acaso sueño algún bien ,
Como es ordinario en sueños ,
Con el temor de enojarte
Sobresaltado despierto.

Mira , crúel , qué me debes ;
Pues no sufro cuando duermo
A tu disgusto mis gustos ,
Y en los tuyos me desvelo.

Al fin mis deseos vistos ,
Es ver lo que tus deseos :
Y quiero lo que tú quieres ,
Pues no quieres lo que quiero.

ELICIO.

ROMANCE.

(El mismo romancero.)

Elicio , un pobre pastor ,
Ausente de Galatea ,
Dulce prenda de su alma ,
A quien deja el alma en prendas ;
Cuya perfeccion adora ,
Cuyo nombre reverencia ,
Por quien vive , y por quien muere ,
De cuyo esclavo se precia ;

Sobre un cayado de pechos ,
Cortado de su paciencia ,
Para golpes de fortuna ,
Y para servir de prueba ,

Al hombro un zurrón colgado
De temores y sospechas ,
Que en destierro semejante
Es la carga que más pesa ;

Una honda con que arroja
Del hondo pecho las quejas ,
Que sin piedad descomponen
Los corazones de piedra ;

A sombra de su cayado ,
Si dan sombra las tinieblas
En que pone á una alma triste
La oscura noche de ausencia ;

Orilla del mar profundo
De sus congojas inmensas,
Que le alborotan suspiros,
Y lágrimas le acrecientan ;

Guardando mal de su grado
Un gran rebaño de penas,
Hecha la imaginacion,
Para que todo le ofenda,
Un caos de memorias tristes,
Una confusion inmensa ;

Vueltos los ausentes ojos
A la venturosa tierra
Adonde tiene su dama
Y sus pensamientos deja ;

Al desapacible son
De las ardientes centellas
Que por los aires se esparcen,
Desta suerte se lamenta :

Fortuna, no desesperes,
Que si en mi muerte te vengas,
Morirá por fuerza presto
Quien vive ausente por fuerza ;

Pues no merece sepulcro
Quien muriendo desespera,
Amigos que le acompañen,
Antorchas, luto ni exequias.

Basta por lumbre mi fuego
Y por bronce mi firmeza,
Mis tristes ansias por luto,
Por funeral mis endechas.

Sólo pido que en memoria
De mi rabiosa dolencia,
Y destas lágrimas tristes
Que del placer desesperan,

Quede aquí por simulacro
Una fuente dellas hecha,
Una fuente de alabastro
Que de contino las vierta :

Y podrá bien empinarse
A las encumbradas sierras
Por el peso de la altura
Que alcanza el origen della.

Sirva el agua de remedio

Para deshelar tibiezas,
Y curar ingratitudes,
Donde quiera que las vea :
Y en la virtud milagrosa
De sus efetos se vea
La fe con que murió Elicio
Ausente de Galatea.

GALATEA.

ROMANCE.

(El mismo romancero.)

Galatea, gloria y honra
Del Tajo y de nuestro siglo,
Atormentada y celosa
Con penas y sin Elicio ;
De mal de ausencia á la muerte,
Con calentura y sin frío,
Ronco y levantado el pecho
De quejas y de suspiros ;
Vueltos los hermosos ojos
En dos caudalosos rios ;
El color de su ventura
Más que la cera amarillo ;
Con crecimiento de fe
Y fe de su bien perdido ;
Sin pulso las esperanzas,
El sufrimiento en un hilo ;
Para manjares del alma
Estragado el apetito,
Que sin la salsa que falta
Todos le causan hastío,
Está vivo por milagro,
Pero muerto más que vivo,
Que su mal el primer día
Es tan mortal como el quinto,
Tiene fe, le dará vida
Un trago solo de vino,
Pues solo el trago de *fuése*
La tiene en tanto peligro :
Y con ser médico el tiempo

De dolores peregrinos,
No le permite y alarga
La cura como enemigo:

Que él no receta jamás
Sino infusiones de olvido,
Que en poco nobles sujetos
Obran presto y dan olvido.

Mas en pechos delicados,
Tiernos de amor y rendidos,
Ni por la vida no sufren
Tan groseros bebedizos.

Y quiere más Galatea
Dar la suya en sacrificio,
Que ver por tan mal remedio
De su salud el principio.

Desecha entretenimientos
De contento y regocijo,
Solo el eco busca y llama
Porque dobla sus gemidos.

Oye mis querellas, dice,
¿Dónde estás, Elicio mio?
¿Cómo, cruel, no respondes,
Cuando tu nombre repito?

Si es que el viento no lleva
Mis voces á tus oídos,
No lleve mi fe jurada
Ni mi esperanza conmigo;

Por copia vaya mi alma,
Y no de balde la envío,
Pues me deja en este fresno
Por juzgar su paraíso.

No trates pues de ofenderme,
Siquiera por el testigo,
Que le creerán fácilmente
En mi desdicha su dicho.

Esto te suplico sólo;
Mira si al amor me humillo,
Que con ser tiempo de mandas,
No mando, sino suplico.

AL CONDE DE SALDAÑA.

(Manuscrito autógrafo en poder de D. Juan Cortada.)

ODA.

Florida y tierna rama
Del más antiguo y generoso tronco
Que celebró la fama
Con acento sutil en metal ronco,
Pues yo á tu sombra vivo
Laurel serás de lo que en ella escribo.
Oh genio de Saldaña,
Honra y amparo dulce de mi pluma,
Los más cisnes que baña
El agua deste río en blanca espuma
Que al cortarla levantan,
Por excusar tu fin tus prendas cantan.
Cuál dellos enriquece
Con tu primer progenitor su canto,
A quien España ofrece,
Mezclado en gozo, agradecido llanto.
Tal pide un rey que huye
Y un vasallo que imperios restituye.
De Sando (jóven bello)
La prodigiosa empresa solemniza,
Y de miedo el cabello
Segunda vez el africano eriza.
Muestras nos dan tus años
Que harás en ellos más llorados daños.
Cuál de tu padre amado
Canta el valor que en tu persona siente
Con vivo é igual traslado;
Así vemos del sol el rayo ardiente
Traer hácia la tierra
Cuanta virtud el sol entero encierra.
Celebra su privanza
Que libra el orbe en su cerviz constante,
Debida confianza
Del gran Filipo agradecido atlante:
Si en fe de tus anales
Reyes no hubiera á no haber Sandoval.

Cuál de tu grande casa
Mil honrados blasones encarece,
Aunque con voz escasa
Viva timbre en sus paños resplandece,
No de matiz bordada
Cuanto de sangre propia salpicada.

Cuál con voz victoriosa
De despojos torcido alza el trofeo,
O sangre venturosa,
Que para las banderas que en tí veo,
Con singular ejemplo
Hubo la fama de ensanchar su templo.

Yo, señor, entre todos
Admiro tu valor, tus prendas raras,
Reliquias de los godos,
Tu rostro hermoso, tus virtudes claras,
Tus dignas esperanzas,
Sujeto de más dignas alabanzas;

Ese agradable aspecto,
Digno de cetro y vendas imperiales,
Que el amor y el respeto
Obliga á ser en tu obediencia iguales,
La gracia de la gente
Mucha colgada al ceño de tu frente;

Ese divino ingenio,
Y lo que es más, en años tiernos grave,
Ese superior genio,
Espíritu gentil, decir suave,
Y unas secretas señas
Con que tu vida á un gran suceso empeñas.

Tal vez hirió en mis ojos
La lumbré de tu rostro, afectos tiernos
Te rendí por despojos:
Ojalá pueda en mármoles eternos
Tallar nuestros trasuntos,
Vivirán Carcio y su Alejandro juntos.

Tal fué la fuerza presta
Que de Israel al príncipe heredero,
Y al que rindió en apuesta
Con-el villano arnés al jayan fiero
Juntó vistas y palmas,
Prendas, vestido, inclinaciones y almas.

Ni juzgues á locura

La confianza hidalga deste trueco ;
La voz de un ángel pura
Entre guijarros toscos halla el eco ,
Y los dos que se amaban
Ya del cayado y ya del cetro usaban.
Sombra y amor me ofreces ,
Y aunque en fe dello aquesta humilde hiedra
Al paso que tú creces
En esperanzas y verdores medra ,
Antes que rama abraza
El pié besa del tronco donde nace.

Tutelar dulce mío ,
A quien no sé qué fuerza me destina
Como á la mar el río ;
Si aquella es fuerza que á mi bien me inclina ,
Estos versos escucha ,
Donde el amor con el ingenio lucha.

Un natural forzado
Del son lírico ajeno , mal podía ,
Aunque de amor guiado ,
Acertarte á servir : verná algún día ,
Que á tí mis pensamientos
Consagren inmortales monumentos.

DE MIGUEL DE CERVANTES

CAUTIVO

A MATEO VAZQUEZ MI SEÑOR

(Archivo del señor Conde de Altamira)

« Si el bajo son de la zampoña mía ,
Señor , á vuestro oído no ha llegado
En tiempo que sonar mejor debía ,
No ha sido por la falta de cuidado ,
Sino por obra del que me ha traído
Por extraños caminos desviado .

Tambien , por no adquirirme de atrevido
El nombre odioso , la cansada mano
Ha encubierto las faltas del sentido .

Mas ya que el valor vió sobrehumano
De quien tiene noticia todo el suelo ,
La graciosa altivez , el trato llano

Aniquilan el miedo y el recelo
Que ha tenido hasta aquí mi humilde pluma
De no quereros descubrir su vuelo .

De vuestra alta bondad y virtud suma
Diré lo ménos , que lo más no siento
Quién de cerrarlo en verso se presume .

Aquel que os mira en el subido asiento
Do el humano favor puede encumbrarse ,
Y que no cesa el favorable viento ,

Y él se ve entre las ondas anegarse
Del mar de la privanza , do procura
O por fas ó por nefas levantarse ,
¿ Quién duda que no dice : la ventura
Ha dado en levantar este mancebo
Hasta ponerle en la más alta altura ?

Ayer le vimos inexperto y nuevo
En las cosas que ahora mide y trata
Tan bien , que tengo envidia y las apruebo .

De esta manera se acongoja y mata
El envidioso que la gloria ajena

Le destruye, marchita y desbarata.

Pero aquel que con mente más serena
Contempla vuestro trato y vida honrosa,
Y el alma dentro de virtudes llena,

No la inconstante rueda presurosa
De la falsa fortuna, suerte ó hado,
Signo, ventura, estrella ni otra cosa,

Dice que es causa que en el buen estado
Que ahora poseéis os haya puesto
Con esperanza de más alto grado.

Mas sólo el modo del vivir honesto,
La virtud escogida que se muestra
En vuestras obras y apacible gesto,
Esta dice, Señor, que os da su diestra
Y os tiene asido con sus fuertes lazos,
Y á más y á más subir siempre os adiestra.

¡ Oh santos, oh agradables dulces brazos
De la santa virtud alma y divina,
Y santo quien recibe sus abrazos !

Quien con tal guía como vos camina,
¿ De qué se admira el ciego vulgo bajo,
Si á la silla más alta se avecina ?

Y puesto que no hay cosa sin trabajo,
Quien va sin la virtud va por rodeo,
Y el que la lleva va por el atajo.

Si no me engaña la experiencia, creo
Que se ve mucha gente fatigada
De un solo pensamiento y un deseo.

Pretenden más de dos llave dorada ;
Muchos un mismo cargo, y quién aspira
A la fidelidad de una embajada.

Cada cual por sí mismo al blanco tira
Do asestan otros mil, y solo es uno
Cuya saeta dió do fué la mira.

Y este quizá que á nadie fué importuno,
Ni á la soberbia puerta del privado
Se halló despues de vísperas ayuno,

Ni dió ni tuvo á quien pedir prestado,
Sólo con la virtud se entretenía,
Y en Dios y en ella estaba confiado.

Vos sois, señor, por quien decir podría,
Y lo digo y diré sin estar mudo,
Que sola la virtud fué vuestra guía,

Y que ella sola fué bastante y pudo
Levantaros al bien do estais ahora,
Privado humilde de ambicion desnudo.

Dichosa y felicísima la hora
Donde tuvo el real conocimiento
Noticia del valor que anida y mora

En vuestro reposado entendimiento,
Cuya fidelidad, cuyo secreto
Es de vuestras virtudes el cimiento.

Por la senda y camino más perfecto
Van vuestros piés, que es la que el medio tiene
Y la que alaba el seso más discreto.

Quien por ella camina, vemos viene
A aquel dulce suave paradero
Que la felicidad en sí contiene.

Yo, que el camino más bajo y grosero
He caminado en fría noche oscura,
He dado en manos del atolladero ;

Y en la esquiva prision amarga y dura
Adonde ahora quedo, estoy llorando
Mi corta infelicísima ventura :

Con quejás tierra y cielo importunando,
Con suspiros el aire oscureciendo,
Con lágrimas el mar acrecentando.

Vida es ésta, Señor, do estoy muriendo
Entre bárbara gente descreída,
La malograda juventud perdiendo.

No fué la causa aquí de mi venida
Andar vagando por el mundo acaso
Con la vergüenza y la razon perdida.

Diez años há que tiendo y mudo el paso
En servicio del gran Felipe nuestro,
Ya con descanso, ya cansado y laso.

Y en el dichoso dia que siniestro
Tanto fué el bado á la enemiga armada,
Cuanto á la nuestra favorable y diestro,

De temor y de esfuerzo acompañada
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.

Ví el formado escuadron roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho ;

La muerte alrada, con su furia insana,

Aquí y allí con prisa discurriendo,
Mostrándose á quién tarda, á quién temprana;

El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo;

Los profundos suspiros lamentables
Que los heridos pechos despedían
Maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz, de vencedora nuestra
Rompiendo el aire, claro el son mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazon, yo triste estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;

El pecho mio de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,

Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento
Que á veces me quitó todo el sentido;

Y en mi propia cabeza el escarmiento
No me pudo estorbar que el segundo año
No me pusiese á discrecion del viento,

Y al bárbaro medroso pueblo extraño
Ví recogido, triste, amedrentado,
Y con causa temiendo de su daño;

Y al reino tan antiguo y celebrado,
A do la hermosa Dido fué rendida
Al querer del Troyano desterrado,

Tambien vertiendo sangre aún la herida
Mayor, con otras dos quise hallarme,
Por ver ir la morisma de vencida.

¡ Dios sabe si quisiera allí quedarme
Con los que allí quedaron esforzados,
Y perderme con ellos ó ganarme!

Pero mis cortos implacables hados,
En tan honrosa empresa no quisieron

Que acabase la vida y los cuidados,
Y al fin por los cabellos me trajeron
A ser vencido por la valentía
De aquellos que despues no la tuvieron.

En la galera Sol, que oscurecía
Mi ventura su luz, á pesar mio,
Fué la pérdida de otros y la mía.
Valor mostramos al principio y brío;
Pero despues, con la experiencia amarga,
Conocimos ser todo desvarío.

Sentí de ajeno yugo la gran carga;
Y en las manos sacrílegas malditas
Dos años há que mi dolor se alarga.

Bien sé que mis maldades infinitas
Y la poca atricion que en mí se encierra
Me tiene entre estos falsos Ismaelitas.

Cuando llegué vencido y ví la tierra
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tantos Piratas cubre, acoge y cierra,

No pude al llanto detener el freno,
Que á mi despecho, sin saber lo que era,
Me ví el marchito rostro de agua lleno.

Ofrecióse á mis ojos la ribera
Y el monte donde el grande Cárlos tuvo
Levantada en el aire su bandera;

Y el mar que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues, movido de envidia de su gloria,
Airado entonces más que nunca estuvo.

Estas cosas volviendo en mi memoria
Las lágrimas trajeron á los ojos,
Movidas de desgracia tan notoria.

Pero si el alto cielo, en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos,

Cuando me vea en más alegre estado,
Si vuestra intercesion, Señor, me ayuda
A verme ante Felipe arrodillado,

Mi lengua balbuciente y casi muda
Pienso mover en la Real presencia,
De adulacion y de mentir desnuda,

Diciendo: alto Señor, cuya potencia
Sujetas trae mil bárbaras Naciones
Al desabrido yugo de obediencia;

A quien los negros Indios, con sus dones,
Reconocen honesto vasallaje,
Trayendo el oro acá de sus rincones :

Despierte en tu Real pecho el gran coraje,
La gran soberbia con que una bicoca
Aspira de continuo á hacerte ultraje.

La gente es mucha, mas su fuerza es poca ;
Desnuda, mal armada, que no tiene
En su defensa fuerte, muro ó roca.

Cada uno mira si tu armada viene,
Para dar á sus piés el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.

De la amarga prision, triste y oscura,
Adonde mueren veinte mil Cristianos,
Tienes la llave de su cerradura.

Todos (cual yo) de allá puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,

Valeroso Señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
A los suyos que están siempre llorando.

Y pues te deja ahora la discordia,
Que hasta aquí te ha oprimido y fatigado,
Y gozas de pacífica concordia,

Haz, ¡ oh buen Rey ! que sea por tí acabado
Lo que con tanta audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.

Solo el pensar que vas, pondrá un espanto
En la enemiga gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.

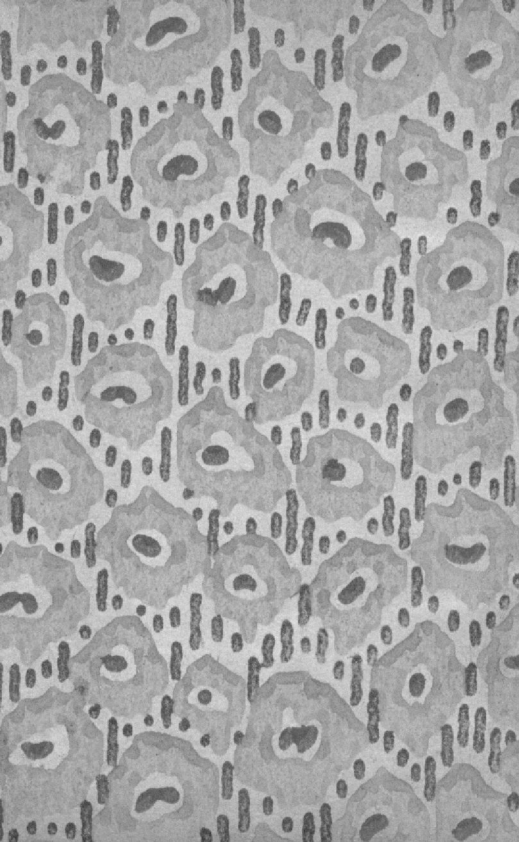
¿ Quién duda que el Real pecho benigno
No se muestre escuchando la tristeza
En que están estos miseros continuo ?

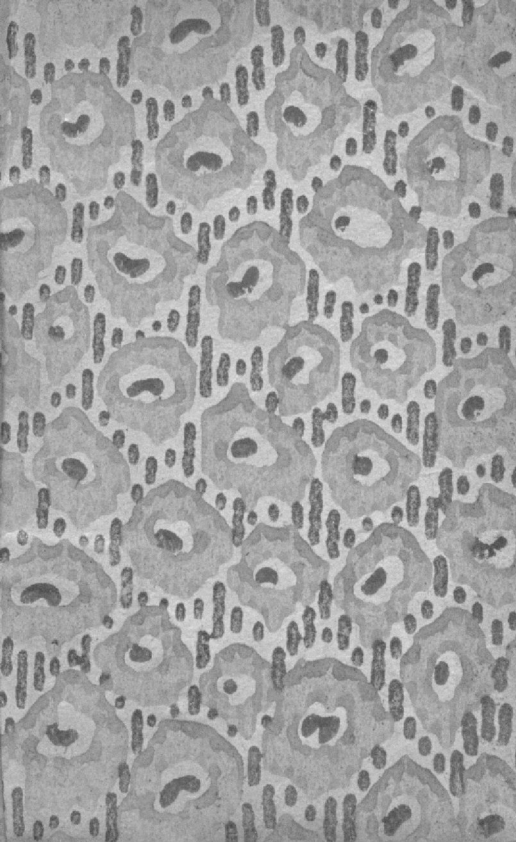
Bien parece que nuestro la flaqueza
De mi tan torpe ingenio, que pretende
Hablar tan bajo ante tan alta Alteza.

Pero el justo deseo la defiende ;
Mas á todo silencio poner quiero,
Que temo que mi pluma ya os ofende,
Y al trabajo me llaman donde muero. »

FIN DE LAS OBRAS

DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.







Cervantes

LA
GALATEA

CR 3003